

Geney Beltrán

Crónica de la lumbre

Narrativa Hispánica

Geney Beltrán

Crónica de la lumbre



Para Osvaldo,
para Andrea,
para Rosalba.

Las almas se esculpen al igual que los cuerpos.
Esther Seligson

Mira, entonces, si esa luz de lumbre que hay en ti no son sino tinieblas.
Evangelio de Lucas, 11:35

“¿Quién vive la otra mitad de nuestra vida? ¿Lo saben ustedes? Por qué no me responden…”

Acodado en el balcón, deja ver el hombre tras de sí el insaciable cielo de ceniza que se ensancha sobre la piel de la ciudad. “Ella es un cadáver y yo aquí sigo respirando. ¿Entienden lo que pasa? No hay vuelta atrás: la maté con mis manos…”

Sonriendo, fija la mirada en sus padres como si quisiera, con esa oscura caricia, desafiarlos a la osadía del castigo. “Ha de haber en otro lado del mundo alguien con mi cara, con mis manos, viviendo al lado de ella, pero sin estos barrancos que me llenan los sesos de reptiles, de oscurana.”

Las ojeras y los cachetes hundidos lo hacen parecer enfermo, como si llevara días sin dormir. La piel reseca en la nariz y en las sienes deja ver mínimas ronchas enrojecidas.

Y los ojos de lobo ingenuo le brillan turbios, robustos.

No deja de sonreír.

Su madre está muda. Deja caer la espalda en el marco de la puerta que lleva de la sala al balcón. Luce la expresión vacía de quien se ve robada de la luz que desde siempre vive en los ojos, esa que, una vez se pierde, no retorna. Su hijo —piensa— ¿pudo hacer eso? Quiere soltar el llanto; no puede. Se le hunde en el pecho un clavo de lumbre fría al no poder negar la solidez que tiene la sospecha: aquel mocoso que vino de sí al mundo hace treinta y dos años y once meses claro que habría sido capaz de matar a quien amaba.

Ella recibió la llamada telefónica —¿cuándo fue?— hace dos días, tres días: “No hallamos a tu hijo”, escuchó, “no hallamos a Nadine tampoco”. Ella hubo de tomar el vuelo para volver a esta misma ciudad en que vivió tantos años, donde crio a ese hijo malsano que hoy sonríe. “Ya dio señales de vida ese cabrón”, le hubo de avisar esa mañana muy temprano el exmarido por teléfono: “quiere vernos a las doce. Ve tú a saber en qué bronca andará metido…”

“Quería verlos para contarles todo”, vuelve a hablar el muchacho. “Que no lo supieran por alguien más. Me iré a otro país, a ver adónde…”

“No, mijo. Tienes que entregarte.” Despacio dice el hombre la última palabra. Sigue erguido contra la pared al lado de la puerta, la

mano apoyada en el respaldo de la silla de mimbre.

La madre cierra los ojos y busca imaginar el departamento en que vivió su hijo con Nadine. Ella no conoció nunca ese sitio. Ahora lo ve ahorcarla, lo ve golpear el cuerpo de Nadine, lo ve acostado en la sala de quizá muebles rústicos de caoba al lado del cadáver de aquella mujer esbelta y de piel lívida. Nunca supo esa pobre mujer con quién vivía realmente… Esos golpes, ese afán de romper el cuerpo que se ama —¿cómo podía ella misma, la madre, no saberlo?—, venían de aquella honda llaga en el ser de su hijo desde hacía muchos años.

“Ni te hagas ilusiones, apá.” Él sigue sonriendo. “No. De veras, no.”

Una semana. ¿Una semana estuvo al lado de Nadine ya muerta, de esa mujer con quien vivió cinco años? ¿Una semana viendo qué, sintiendo qué? ¿En qué abismo estuvo su mente oscurecida? ¿Su alma qué hizo? ¿Adónde viajó el arisco animal de su miedo? Recordó en ese instante aquella vez en que, a los cinco años, su hijo despertó de una pesadilla y, empapado en sudor, fue corriendo hacia el cuarto de ellos, sus papás, a contarles: había soñado que le clavaba en el cuello a su madre unas tijeras.

“Has estado internado”, habla de nuevo el padre, sin levantar la voz, “has seguido tratamientos más de una vez y tomarán eso en cuenta, no pisarás la cárcel… Tienes expediente médico, te enviarán a un hospital. Yo conozco gente, abogados, yo pagaré, yo veré todo…”

La madre pone la mano derecha en el hombro de su exmarido. Querría pedirle que no hable mucho. Que hable con otro tono, con palabras no de realidad ni de juzgados. Que le diga: Te esconderemos, hijo. O mejor aún: Haremos que el tiempo vuelva a aquellos días en que sólo eras un chamaquillo que batallaba para dormirse en la noche…

“No hay nada que resolver, jefazo”, dice el muchacho en voz baja. Se mira la punta del zapato izquierdo, mueve la cabeza a los lados.

Se da media vuelta; pone los brazos sobre el barandal; yergue el cuerpo igual que si retara la ceguera plomiza del cielo, ese vago existir de luz que semeja de pronto un paisaje de agua visto en sueños. Baja la vista y allá, luego de diez pisos, ve sobre la tierra el parque arbolado, una manzana entera de fuentes y fresnos, de hules y ahuehuetes: ahí solía su madre llevarlo a jugar cuando era niño al lado del Rodolfo, su hermano mayor. Aquí en estos rumbos vivió de muy pequeño, cuando sus padres estaban juntos, en ese ayer sin carne que por sí solo apenas recuerda. Es como si todo esto que ahora ve fuera un país fantasmal y extranjero, el más allá de cielos

contaminados por la sangre de Nadine vuelta ceniza en que él por vez primera anda vagando: todo aquí es rescoldo.

Sus ojos dejan los árboles y se fijan en la calle y los autos que pasan; ahí están la acera y el asfalto con la dureza de una estéril caricia.

“Yo te acompaño a entregarte.”

“No me hables más de abogados, pa. No en un día como éste. ¿Sabré algún día dónde quedó todo ese tiempo que me ha pasado por la espalda? ¿Quién vivió por mí lo que siempre estuvo cerca y nunca pude conocer? Alguien igual que yo se robó la mitad de mi vida, él sí vive con Nadine…”

Gira el rostro buscando la mirada materna, le dirige un guiño al que ella sin más responde con alentada sonrisa.

Luego el hijo lanza cabeza y cuerpo hacia delante y de súbito la tierra lo llama con fiereza y el aire se endurece; el cuerpo vuela en medio del aire encarnizado hacia una turbulencia quién sabe si falsa o salvadora, escucha los gritos de aire pétreo de sus padres.

Escucha el desgarrarse en la voz de la mujer que diez pisos arriba se sostiene del barandal mientras ve cómo el cuerpo de su hijo es colocado sobre la acera por la mano de viento de un ángel sin piedad.

1

Desde niño le gustó el teatro. Yo lo traía y llevaba conmigo a los ensayos, se aprendía los parlamentos que iba escuchando aunque no entendiera qué querían decir. Corría, pegaba brincos; jugaba luchitas o a las vencidas con actores y tramoyistas, a las actrices les sonreía en el escenario. Acataba —sin respingar y poniendo cara seria— las restricciones del director, se aprendió muy pronto la jerga técnica.

Debutó en una obra a los once años. Al final del estreno se le veía el rostro luminoso: parecían sus ojos pequeñitos traer la llama independiente de un animal bisoño que —no sabíamos entonces— habría de terminar esparciendo en todo su cuerpo el ansia de hoguera y de vacío.

Yo no nací para el escenario; lo supe pronto. El pánico antes de cada función me hacía trizas el nervio de la calma. Fui por eso asistente de no sé qué cantidad de montajes y, sobre todo, conocí muy pronto la pasión de dar clases. No he dejado el aula.

Él traía el llamado de la actuación. Por eso aprendió a rehuirlo. “No, de veras. No quiero ir a los ensayos, jefa”, me decía cada que yo buscaba llevarlo de nuevo al grupo, durante los años de la secundaria, cuando fuimos descubriendo su mal. ¿Qué le ocurría? Ni deseaba siquiera ver montajes. Un tiempo le atrajo la química, a raíz de un experimento que le dejaron en la escuela: con una solución de agua y sal vertida en dos vasos y un hilo de algodón creó cristales al modo de estalagmitas caseras. Se puso a leer manuales y probó otros experimentos; fue sin embargo un interés efímero. Se aficionó a leer novelas y obras de historia. Hablaba de Raskólnikov y de la joven prostituta que le lee el pasaje de la resurrección de Lázaro en el Evangelio de Juan, de Fabrizio del Dongo encerrado en una torre mientras se enamora de la hija de su agrio vigilante, o de Heathcliff al volver quién sabe de qué tierras esclavizadas con el fin de adueñarse de los páramos de Yorkshire para entrar de nuevo en el corazón de hoguera de la única mujer que había amado. Todo lo refería igual que

si conociera a los personajes de carne y hueso, con la fiebre y los ojos de adolescente que no se sacia en la heredad sin fin del asombro. Devoraba también libros en torno de los cátaros y las guerras de religión; hubo una racha en que no paraba de leer y de hablar sobre la guerra del Peloponeso, Cartago, Alejandro Magno, Julio César, Marco Antonio.

Fueron tiempos en que él y yo charlábamos a todas horas, íbamos para acá y para allá, lo mismo al tianguis que a las librerías. Y nos apapachábamos sin buscar excusas. Una vez le dije lo que el yogui a quien seguí me había instruido: que todo ser humano necesita dar y recibir dieciocho abrazos al día para evitar derrumbarse. Y él no se quedaba nunca con el amor por dentro: decía te quiero mucho, amá, sin que le temblara la voz y mientras me oprimía salvaje con los tensos brazos.

Hicimos el viaje al Tíbet cuando él tenía diecisiete. Fue en septiembre y octubre. Desde que aterrizamos en Nueva Delhi y a como íbamos subiendo de Katmandú hacia Lhasa en aquel autobús destartalado de tiempos de la Segunda Guerra yo tuve el descubrimiento de una lógica integral, intuitiva, de muchas dimensiones, en la que cuanto decían las palabras no concordaba con el tejido de lo que mi hijo y yo veíamos, olíamos, sentíamos. Y después, al ingresar al Potala y caminar por donde caminaron los dalái lamas, me creí en el ombligo del mundo, en la morada del Ser Absoluto. Mi cuerpo había sido hasta entonces un instrumento cuyas cuerdas no había sabido pulsar. Viví ese instante en que la visión interior coincide con la realidad externa, el punto donde la iluminación surge.

Un año me tomó procesar lo que viví allá, en cambio mi hijo desde el regreso parecía haber madurado de súbito. La voz grave ahora salía a cuentagotas, haciéndole una reverencia al silencio. Tenía en los ojos una nueva oscurana, más condensada y seria: no sabías qué era más negro, si la pupila o el iris.

Sin decirme nada, como si quisiera darme la sorpresa, se inscribió no en la carrera de Letras sino en la de Teatro.

¿Ahí se firmó el desastre? ¿Fue todo mi culpa? Pues me tocó tenerlo como alumno un semestre. Al menor dislate yo lo reprendía frente al grupo, lo tachaba, le exigía; no le dejaba pasar ni una sola. No seas chillón —le dije esa vez que se enojó por mis palabras—, este gremio está lleno de mediocres; eres mi hijo ¿y quieres que sin meter las manos deje que te vuelvas un farsante?

Se alejó de mí.

Le ayudó su padre a rentar un departamentito allá por Tlalpan, lejos, en el húmedo sur de la ciudad. Desde antes de acabar la carrera fue abriéndose camino con algún director y alguna compañía para aparecer en una obra, luego en otra. Yo iba a sus estrenos aunque no me invitara. Se había enamorado de la Alma Delia. Hacían linda pareja, no te mentiré. Eran jóvenes, frescos, audaces, los dos amaban el teatro.

En algún momento dejé la Ciudad de México y me volví, luego de más de veinte años, a mi tierra acá en el valle, a sus pesados calores y sus calles sin fresnos ni sauces donde arden, broncos, todos los soles del sol. Ya llevaba rato divorciada, mis amores iban y venían en medio de pasiones abrasadoras pero breves. Nada, salvo mi hijo, me unía a esa ciudad gigante que tanto me deshizo y me deslumbró en mi juventud durante los años sesenta. En cambio, acá en el valle mis papás estaban viejos y llenos de achaques y quejumbres; quise volver a mi tierra para cuidarlos antes de que se marcharan.

Él se quedó en la capital. La Alma Delia y él llevaban tres o cuatro años juntos cuando terminaron.

Al paso de pocos meses alguien me dijo: “Tu muchacho ya volvió a enamorarse”.

Vivió varios años con esa mujer. Nadine. No se perdían las muestras de cine en la Cineteca; se les veía, según supe, muy seguido en los cocteles de aspirantes a intelectuales y artistas en Coyoacán, en la Condesa o en la colonia Roma, iban a museos, tomaban la mochila y puebleaban por Michoacán, por Oaxaca o por Chiapas comprando artesanías, probaban cuanto platillo se les pusiera enfrente. Iban a todos lados juntos. ¿Sabes qué tengo claro? Que él quería fundirse en ella, estrecharla visceralmente con sus tensos brazos. No perderla nunca. Ser uno solo con Nadine.

Y el primer día del febrero más gris, la mató.

Luego se lanzó al vacío, frente a mis ojos, frente a los ojos de su padre.

Así empezó el año 2000.

No pude más. Renuncié a mis clases de teatro, vendí la casa que fue de mis papás e hice el testamento. Dejé todo y me fui a morir a Portugal.

En el infierno del propio corazón

2

Su madre había venido por ella. Caminaron tomadas de la mano hasta que en la esquina encontraron al hombre. Alto y flaco, de cara angulosa y facciones duras, traía la gorra gris que le echaba en los ojos una sucia sombra.

—¿Y tú por qué viniste a recogerla? —dijo el padre.

—¿No te acuerdas que este fin se queda conmigo, descerebrado?

La niña se llevó a los ojos la mano derecha. El nuevo ciclo de clases tenía poco de haber iniciado. Ella veía otra vez ese caer de rocas, la misma gritería de sus padres que llevaba años aturdiéndola. Habría querido tapiarse los oídos cuando del brazo la jaló su madre. Las voces de una y otro arreciaban en su estrépito de bestias que combaten.

—¡A mí me toca hoy, hija de tu rechingada! ¡Es viernes, no trabajo!

—¡Me valen cuacha tus horarios! ¿Ya ni sabes en qué acuerdo quedamos, pedazo de estúpido?

Ella conocía bien el sentido de todas sus palabras. Groserías así escuchaba en el patio de la escuela; bastaba que salieran de labios de su padre y de su madre para que el cielo en torno suyo se quebrara en mil añicos y en vez de palabras le llegasen rechinidos, esquirlas, golpes secos: esa estridencia la hacía sentirse a la intemperie, perdida en lo profundo de la tundra feroz que, desde el núcleo de la calurosa ciudad, sólo para ella existiría.

Apenas hubo la mujer jalado a la niña en dirección del auto, el hombre se acercó e hizo el intento de arrancar la mano materna del brazo de la hija.

—¡Ella no es de tu propiedad! —recibió la bofetada—. ¡Voy a echarte una patrulla y te meterán una chinga!

El hombre trastabilló. Luego de abrir la puerta trasera, ella empujó a la niña hacia el interior.

Mientras la mujer, corriendo, rodeaba el carro y luego se sentaba al volante, la niña vio a su padre sobre la acera: la boca se abría y

cerraba en medio de la cara que se ponía cada vez más enrojecida. ¿Y si de veras él llegaba a golpearlas? Luego de acercarse a la puerta del copiloto, el padre metió el brazo y quitó el seguro de la puerta trasera.

La abrió. Inclinándose, abrazó a la niña.

—¡Suéltala, desgraciado!

—¿Qué te crees, pinche perra? ¡También es mi hija!

—¡Pues no volverás a verla nunca!

Sentada ante el manubrio, la Rubí tiene el brazo derecho extendido hacia el asiento trasero. Le pega en el omóplato al hombre que, de pie en la acera, ha llevado la mitad del cuerpo hacia el interior del auto y cubre a la niña con los brazos.

La hija llora, las manos tensas sobre el pecho. Desea hundirse en el cuero del asiento; esfumarse sin más para huir de los coágulos de plomo que siente en el aire al respirar. Le duele mucho la cabeza, un escalofrío de hiel corre por sus vértebras…

Cuando se percata de las cosas, para el Arsenio ya es tarde. Por detrás dos hombres jóvenes lo jalan, a gritos lo acusa la Rubí de querer robarle a la hijita; aunque él farfulla pérense, locos, yo no me estoy robando a nadie, los desconocidos le dan de empellones contra la pared, uno de ellos le pega con la rodilla en los testículos y en tanto él se va doblando y cae al suelo recibe una patada en las costillas.

Los muchachos se calman al ver que la niña ha salido del auto gritando ¡no le peguen a mi papi! Se agacha extendiendo los brazos, llora y lo besa en el cabello. Él aprieta los músculos faciales, se frota con las manos el tobillo izquierdo.

—Esto lo tienen que resolver con el juez, señora —dice con voz de riña uno de los jóvenes, antes de seguir su andar por la banqueta.

—Ya, Irlanda. Sí se volverán a ver… Vámonos, vente. No le pasó nada. Sólo se está haciendo…

La mujer hace que los brazos de la niña suelten el cuerpo del padre.

3

—Quiero matarla, ¿entiendes?

Salió una sonrisa de la cara huesuda.

—Y quiero que tú me ayudes.

La Janet se le quedó mirando de rostro ladeado. La inquietaba esa sonrisa de diablo tímido, tan contraria al ardimiento que escupían sus palabras.

—No digas esas cosas… Hasta parece que hablas en serio.

—¡Es en serio! Le haríamos un bien a la niña…

—¿Para eso me buscaste? —bajó la voz, acercándole el rostro al tiempo que las mejillas se le llenaban de rubor sanguíneo—. ¡Cómo se te ocurre!

Los codos sobre la mesa, el hombre le guiñó el ojo izquierdo. En los labios tan delgados, en los hondos ojos y pestañas chinas lucía el aire de placidez que a ella le causaba repulsa. Él movió a la derecha el vaso ya vacío de jugo de naranja y extendió las manos para tomar las de la joven, quien las retrajo hacia el abdomen en tanto la invadía, al modo de un manso contrapeso, el olor vigorizante del café recién molido. Jaló el aire con avidez: las células del cuerpo parecían alegrarse.

—Lo he planeado todo.

—¡No estás bien de la cabeza!

—Nadie sabrá que fuimos nosotros. Y así nos quedamos con la niña, nos vamos a vivir al puerto los tres juntos…

Vino de la barra el grito, luego el ruido de tazas al pegar contra el suelo: dos jóvenes meseras habían chocado. La que veía la Janet de frente era de piel blanca y llevaba el cabello castaño recogido en un chongo; traía en las manos una charola que ahora pendía vertical. Arrugaba en silencio los ojos como si gotas de sucia lluvia le cayeran en el rostro. De la otra se veía el perfil moreno; doblada levemente sobre sí aullaba de dolor, irguió la cabeza y abriendo mucho la boca gritó me quemaste las manos, ¡si serás estúpida!

—¡Tú te me cruzaste, india patarrajada!

El hombre robusto y de patillas dejó la caja y se colocó entre las dos mujeres. Encorvado le hablaba a la primera, le ponía la mano sobre el hombro. Condujo a la joven herida hacia el interior. De la calle entró un viento caliente en el protegido entorno de frescura del aire acondicionado.

—¡Ya mejor me voy, guapetonas! —gritó el anciano vestido de guayabera blanca al momento de abrir la puerta de la cafetería—. Se ve que las pongo nerviositas —señaló con el índice a la mesera de chongo mientras, sonriente, le cerraba un ojo.

—Tú y yo, mija —dijo el Arsenio—, vamos a envejecer juntos. Ya verás.

La Janet le evadió la mirada. En silencio, veía el póster de la pared. Era la fotografía en blanco y negro de un hombre de bombín, bigote, bastón y corbata de moño que le compraba flores a una mujer esbelta de chaqueta oscura y falda gris. Sentada contra una reja, ella iba extendiendo las manos como para entregar de cambio unas monedas.

—Deja paso al baño —dijo el Arsenio—, cuando vuelva quiero que me des el sí —y llevó el índice a la mejilla de la Janet en caricia que no se decidía a ser amenaza.

Ella apretó los puños, veía la espalda alejarse.

Tenía veinticuatro cuando lo conoció en el diario, allá por el año 2004. Al término de la carrera ella había sido reclutada para sus prácticas profesionales. Él le sacaba plática, al principio lucía un aire de cautela o casual desinterés si lo comparabas con la ansiosa lujuria que se veía en el acoso de editores y reporteros. Al tiempo, él la fue invitando a salir a comer, a cenar, a ir al cine; le regalaba discos, algún libro de Leñero, Gore Vidal, Kapuściński, le corregía sus notas dejando ver el tono de maestro displicente muy poco emocionado ante los errores ingenuos de la discípula por quien a pesar de todo sigues apostando.

El amor de él lo sintió ella en aquellos tiempos del principio algo similar a una combustión sincera, a menudo incómoda por egoísta pero sincera a fin de cuentas como lo es el temple de quienes no fueron felices en su infancia ni en su juventud y ahora le exigen al mundo la compensación urgente y definitiva: en su egoísmo cabía ella, cabía también, al parecer, la hija.

Y un día dejó el bato a su esposa.

Vivieron los dos amantes cuatro meses casi fundidos uno en el otro, viéndose todos los días, durmiendo juntos casi a diario, se hablaban ya con la viva pericia de quienes dan por sentado el

sonreírse, el sudar y el besarse, un guiño impensado, la fluidez y la ternura de palabras que en todo el mundo sólo ellos se decían con acepciones tan exclusivas y tan ciertas.

Pero un día la hijita del Arsenio corrió por las escaleras del colegio, puso el pie sobre una envoltura de plástico embarrada de chamoy y después vio la ahuesada blancura del mosaico que venía veloz hacia su sien derecha. Fue llevada al hospital. Además de los puntos en la ceja y el pómulo, hubo que ponerle una férula en el brazo fracturado. Y entre la blandura y el remordimiento, cortó el Arsenio con la Janet y volvió con su esposa. Qué humillación fue aquélla. Él sólo la había usado a la manera de un entretenimiento pasajero mientras se decidía a volver, mientras se le volvía a prender el deseo por aquel cuerpo flaco y de nalgas planas del que en sus conversaciones con la Janet se había tanto burlado.

Así pasaron dos años y medio, sin saber nada uno del otro.

Hacía pocos meses, en el verano de este 2007, el hombre la buscó de nuevo. La Janet salió de la cabina en la estación de radio donde ahora trabajaba apenas vio en el celular el número telefónico. Quiso colgarle luego luego. Fue aquella tarde en que enseñaba a los chamacos del servicio social ejercicios de vocalización. Salió al pasillo con el celular pegado a la oreja. Se había vuelto —dijo él— a separar. Ya no vuelvo con esa desgraciada. Ella se quedó en silencio cuando él hubo acabado. Después del silencio dijo el hombre una palabra. Ella sonrió, cerrando los ojos. Le dio una respuesta, volvió a la cabina. Poco a poco se fue sintiendo impaciente, como si hubiera cometido una vileza dulce contra sí misma.

Regañó a una de las jóvenes que se había equivocado otra vez con sus ejercicios. Sintió seca la garganta.

Sentado en cuclillas a la derecha de la joven, a su regreso del baño, el hombre cubrió con el brazo izquierdo el respaldo de la silla.

—Dime que sí. Mira: que tu hermana le hable al matón aquel. Yo te doy los cinco mil pesos que cobra. Y todos van a pensar que fue una muerte más, una muerte cualquiera… Asalto a mano armada cerca de escuela primaria a la hora de recoger a la niña. Y ya —le tomó la mano derecha, se la acarició. A la joven le fue llegando un olor seco a orina que la hizo mover la cabeza hacia atrás.

—Se te botó la canica, mijo… De veras, contigo no se puede.

Meses antes de sufrir el accidente que le habría de quitar la vida, el Epifanio, padre de la Janet, iba manejando el taxi a dos cuadras del malecón, allá en el puerto. Era un día soleado de febrero del año

2000. La Janet tenía poco de haberse venido a vivir al valle de Colhuacan. En la esquina su padre vio corriendo a un hombre con manchas de sangre en la camisa.

"¡Súbete, Mochomo!", gritó el Epifanio apenas lo hubo reconocido por el rostro bien afeitado y los hombros de estibador. Era un vecino de la cuadra. Salió el conductor del rumbo acelerando y escondió al pasajero en su casa, le llevó a un estudiante de medicina que le puso inyecciones de antibióticos. A los dos días condujo el Epifanio varias horas por carretera hasta llegar a aquella casa en Sanalona; ahí el Mochomo era esperado por gente de su familia. A las pocas semanas se corrió el rumor de que el Mochomo ya estaba de vuelta en el puerto; un día fueron encontrados, colgando de un puente, los cadáveres de dos judiciales, antiguos aliados suyos que se habían pasado al bando del Viceroy en el ataque de febrero.

Meses después, luego del choque en el taxi por el que muriera el propio Epifanio, visitó el Mochomo a la hermana mayor de la Janet en el velorio y le dijo tu jefe está hecho de otra pasta… Si algún fulano te falta al respeto, con cinco mil yo te consigo quien lo mande al otro barrio…

—Escúchame bien —la trae de vuelta al presente la voz de astilla del Arsenio—: el matón que designe el tal Mochomo se viene para acá, cumple el encargo de mandar a esa pendeja al otro barrio y luego luego agarra la autopista de vuelta al puerto. Ni quien se ponga a investigar nada… Ni el Mochomo mismo sabrá que tú le pediste a tu hermana el favor… Ahí en el periódico yo estaré al tanto de lo que se sepa o no se sepa. Tengo amigos en el Ministerio Público. Todo está muy pensado, ándale…

Se le aceleró el pulso. Tuvo un recuerdo. Ella trabajaba en el hotel frente a la playa, el Arsenio también pero con esa ladrona sonrisa de siempre le decía están a punto de correrme. Para salvarse le pedía firmar el documento donde ella aceptaba haber recibido treinta y cinco mil pesos del proveedor de mariscos, te los repongo el viernes, no tendrás ningún problema. Ella firmaba el papel sintiéndose en peligro.

Él desaparece. Ella se volvía una apestada, la corrían, y años después volvía al mismo hotel. Para entonces cargaba con dos hijos pequeños, sentía el dolor punzante en el bajo vientre, tenía miedo de cagarse en la ropa, entraba corriendo a los sanitarios mientras el altavoz anunciaba su nombre completo y la señalaba deudora de treinta y cinco mil pesos más intereses, afligida se bajaba el pantalón de mezclilla y las bragas, ya en el excusado veía las piernas de dos guardias entrar voceando su nombre; el concentrado olor de la

cañería le golpeaba en la nariz y un hilo aguado de mierda bajaba por sus piernas.

Eso había soñado el otro día.

El olor del café recién molido volvía a entrarle con el ímpetu de una ráfaga de lucidez. A como el Arsenio se ponía de pie dejando salir un resoplido, ella agitó la mano y al obtener la atención del hombre robusto en la caja hizo como si escribiera en el aire. Cuando se percató el Arsenio de su propósito, ella le sostuvo la mirada.

El corazón le latía con la zozobra tierna de un perro asustado.

—No me busques más nunca, mijo… Por favor.

Él fue tomando asiento frente a ella. Empezó a balbucear, tropezándose con cada palabra en medio de una expresión de herido orgullo y desconcierto.

—Si me vuelves a buscar —la voz era firme—, tu hija sabrá quién eres. Sabrá lo que me acabas de pedir…

El hombre la siguió hasta la banqueta, era una broma, cómo crees. Le hablaba con susurros y fingiendo liviandad trató de acariciarle el hombro, yo sería incapaz de esas cosas, quería ver cómo reaccionabas… A cada palabra suya más sentía la Janet una bola de calor movérsele y crecerle desde el pecho hacia la garganta. Avanzó sin voltear a verlo; al llegar a su auto él simplemente se detuvo. Soltó un suspiro.

Ella encendió el motor y sin más emprendió la marcha.

4

En la puerta del café la mesera del chongo, de ceja derecha levantada, agitó el papel de la cuenta; él respondió moviendo la cabeza de arriba abajo. Ya voy, qué la chingada.

Tomó asiento ante la mesa. Lo esperaba la tacita blanca del expreso, una capa blanca de espuma. Llamó a la mesera:

—No lo pedí cortado —empujó la taza—. Llévese esta chingadera.

Puso un billete de doscientos pesos en la charola.

Le resonaban los oídos. Tendría que ponerse de pie, salir a la calle y volver al diario. Pero querría gritarle a todo mundo que se fueran, que lo dejaran solo. La sangre le corría espoleada por la rabia, y ahí estaba él detenido: mudo y domado, vencido por el miedo.

¡Cómo se atrevía a amenazarlo! Que ni se le ocurriera acercarse a su hija.

¿Quería matar a la Rubí? Tal vez dijo eso para espantar a la Janet; para alejarla. ¡Absurdo! De hecho la deseaba, y con furor. Esa fragancia a peonias blancas de la piel tan joven le saltaba a los sentidos incluso ahora, en este instante, como si ella siguiera ahí a su lado. Le dolían los huevos sólo de pensarla cogiendo con otros güeyes durante esos dos años y medio que se separaron; ahora que habían vuelto desde hacía meses bien se pudo percatar, por la distancia que ella desplegaba en sus gestos, por el dejo hasta irónico con que lo oía hablar de su trabajo en el periódico o sobre el avance del proceso de divorcio, que ya ella no…, pues no, seamos francos. Sólo había vuelto con él por pasar el rato, sin ilusiones ni falsos compromisos.

Pero ese amor sí existió antes. Fue un animal gozoso y apasionado, también ingenuo y torpe. Él no se había clavado nunca con ninguna morra de este modo enfermizo, ni siquiera la primera vez, al iniciar la carrera, cuando tenía dieciocho. Había sido ahora un pensamiento de carne obsesiva, un estar fijo y tenso con el ser de ella por dentro de su ser todo el día todos los días, el violento flujo cuyas

aguas de color de ojo de tigre nunca decrecían, ni con el paso de los meses ni con la natural llegada a la tibieza de la costumbre. Él le llevaba ocho años…, una barbaridad, el exceso con que ningún amor a esas edades podía sobrevivir.

Cuando la Janet y él se volvieron amantes —en 2004, tres años atrás—, el Arsenio dejó a su esposa. Le dijo ese día: Quiero que nos separemos.

La Rubí le pegó en el hombro, entiesó la cara, se llevó la mano a la boca y se le quedó viendo con los gestos de incomprensión y de amor propio aturdido que hay en quien desea convencerse de que acaba de escuchar una mala broma, una broma insensible ante la que no sabes si reírte, enojarte, o qué. Y él hablaba en serio. ¿Había otra persona en su vida?

Él decía que no; cómo creerle…

"Entonces, ¿por qué te quieres ir, Pollito Frito? Debe haber una razón." Ella no sabía si sostener el puente de ternura con el uso de los apodos que se habían inventado; era todo esto quizá sólo un instante de confusión, él tenía luego esos rasgos de adolescente un poco en el extravío… El Arsenio le farfullaba que esto del matrimonio no era para él, que el amor no es para siempre si se amarra a las convenciones… ¡Hablaba como puberto confundido, de veras!, pensó la Rubí. Y él no se daba cuenta del dolor que le hacía brotar en los huesos del desánimo con esas evasivas, con la tardanza para llevarse sus cosas los días siguientes…

Él tendría en el periódico —había ella siempre sospechado— oportunidades de andar de cabrón con reporteras, secretarias, practicantes. Alto, blanco y de rasgos serios, con esos ojos de lince avieso que también sabían lucir un aire soñador, de chamaquillo inocente, bien habría de parecerle chulo a más de una despistada. Y sí, lo celó al principio…, pero con el tiempo decidió ahogar dentro de sí las recriminaciones para no amargarse, qué ganaría dejándose llevar por tanta duda, si él negaba todo con cara de palo, y a raíz de sus horarios de editor en el periódico vaya que podría hacer lo que quisiera cuando se le antojara.

Pero tanto como creer que una aventura frívola pudiese poner fin a su matrimonio… Había creído ella siempre que, una vez casado, el Arsenio asumiría el papel que aceptaron los hombres de la familia, los hombres con cuyo ejemplo ella había ido creciendo. Vivían ellos al lado de mujeres fuertes y echadas padelante, habían tomado el papel de esposo de por vida, eran gente que valoraba el envejecer en pareja

por encima de las decepciones y enojos que hay en los desencuentros de la rutina, y que si se encama con alguna resbalosa al día siguiente ni se acuerda: fin de la historia. Cuántas veces no vio esa preferencia del destino conyugal en el rostro de su padre. Pero ahora veía cómo algo se iba rompiendo entre el Arsenio y ella, y esa falla en la conducta del hombre era tan inesperada cuanto se le volvía humillante el creerse preterida a cambio de aquella fulana más joven…

Apenas entendió que el capricho de su esposo iba en serio lo que le vino fue el pánico. Se desvaneció la ternura, quedó atrás la espera de una reconciliación: él era otro; bien podría hasta cambiarse de nombre. Le veía otra cara, la que siempre escondió: este bato era capaz de gastarse los ahorros, de olvidar toda obligación ante su hija, de hacer cualquier desfiguro con tal de restregarle al mundo a su noviecita lagartona tan joven… Y este descubrimiento no era desmentido por la actitud de buitre sin más corazón que la sevicia con que a cada paso actuaba el Arsenio. Vinieron los gritos y vino cada desplante. A cada grosería de él respondía ella con una piedra más hiriente.

Cuando era llevada a la clínica, luego de la caída por los escalones de la escuela, estuvo la Irlanda llore y llore. Decía no me quiero morir, mamita… Fue sólo un accidente, pequeña, cómo crees. Te vas a curar bien pronto…

Inquieta y con los ojos húmedos, iba y venía la Rubí por el pasillo de la clínica. En cuanto la vio, sintió el Arsenio un llameo dócil de las vísceras, espoleado por el regreso a sus sentidos de esa esencia a bergamota y grosellas negras, el olor a cítricos sobrios y taimados que solía ser propio del cuerpo de la mujer. Entrevió el hombre —con la intuición de quien se libra de una carga anómala— que ese deslizamiento en su interior era un viento contrario a la pasión que vivía con la Janet. El cálido temblor de las rodillas lo hacía volver a la dulzura de los días de ayer en que aún no mandaba la rispidez con la Rubí.

Ella se le acercó. La niña, dijo, había sido sedada, por ahora sólo se hallaban a la espera de las radiografías… Tendrán que ponerle puntos en la cara, se abrió la ceja… Hablaron en susurros, mirándose a los ojos.

—Y entonces me dijo: “De qué va a servir que me cure, mejor dile a mi papá que ya no se pelee tanto…” —contó la mujer—. La sangre en la cara la asustó mucho.

Fue una sensación incómoda pero liberadora.

—¡Vengan a ver! ¡Pa que vean que no es mentira lo que digo! —el hombre alto y muy flaco, de camisa azul cielo de rayón desfajada y rostro picado por cicatrices de acné, entró al local agitando el brazo—. ¡Así es como nos fumigan! —se acercó a la mesa del Arsenio, quien recibió el espeso hedor alcohólico—. ¡Mire el pájaro ese, compa!

El Arsenio inclinó la cabeza y a través de los cristales buscó el cielo: la avioneta cruzaba las alturas dejando a su paso aquella estela de leche desvaída. El hombre seguía con los gritos:

—¡Se gastan un dineral fumigándonos! ¡Con eso nos quieren controlar la mente, compa! Ya es octubre, ¿qué sembradíos se ocupa fumigar a estas alturas del año? ¡Se los he dicho tantas veces!

El dueño del café se acercó trayendo en la mano una botella de Coca-Cola. Sin levantar la voz, le dio el refresco al hombre de los gritos y, mientras le cubría la espalda con los brazos, le fue hablando y lo conducía poco a poco hacia la puerta.

El silencio volvió al café, sólo cortado por el ruido de un chorro de agua caliente, el tintineo infantil de las cucharas, los pasos de algodón de las meseras sobre los mosaicos ambarinos.

Llevó el Arsenio la vista a la charola. Ahí seguía el papel de la cuenta, no estaba el billete. Llamó a la mesera del chongo. Le pidió la feria.

La mujer aseguró no haber cobrado aún.

El Arsenio levantó la voz exigiendo el cambio de su billete y el dueño se acercó a la mesa. Al entender qué ocurría, se llevó la palma derecha a la mejilla. “Se lo robó el muy ladino”, señaló la entrada con la mano izquierda. “Nos vio la cara el desgraciado. No era ningún lunático.” Mostró al Arsenio las palmas de las manos como quien pretende no esconder nada. “Déjelo así, compa. Su consumo va por cuenta de la casa. Una disculpa por las molestias.”

Tardó el Arsenio en comprender las palabras del hombre de patillas. Había supuesto que el lunático era inofensivo con sus gritos sobre las fumigaciones. Ya iba a exigir el cambio que le correspondía: eran sesenta pesos. Se apaciguó por dentro. Sintió cuánto corta una espada en un rendido. Y dejó ver la sonrisa hueca, de resignación.

5

Le marcó varias veces. Ella le colgaba, sólo una vez contestó hola pero cortó luego. Él le escribió mails, le mandó cartas al trabajo, la estación de radio de la Universidad Autónoma: no es cierto, yo no quiero hacerle daño a nadie, estaba esa vez muy… Perdóname. Luego de dos semanas, la esperó a una cuadra de la estación, a la hora de salida.

Ella se detuvo.

—Deja de buscarme, entiende —cerró los ojos. Él pedía verse de nuevo, aclaremos todo, no se pueden acabar así las cosas. Ella apretó los labios y como si reprimiera un gimoteo soltó el murmullo—: La verdad es que ya no te quiero, mijo. Aquello se acabó. Y tú lo sabes —luego de ponerle en el pecho la mano se siguió de frente.

No supo el bato lidiar con el ácido goteo de la culpa que le caía en las entrañas del ánimo a deshoras, imprevisto. Aprendió el arte triste de evocar las noches felices; se acordaba de ese rostro que le sonreía al contarle los chistes de la secretaria con quien se iba a hacer la compra los sábados al mercado Garmendia, o volvía a ver en su mente las mejillas sonrosadas de la joven luego de salir de la regadera, una toalla cubriéndole el cabello, o la vez aquella que sonó el celular y del otro lado de la línea la pobre estuvo llore y llore porque ya era anochecido y en todo el día no se acordó de que se cumplían cuatro años de la muerte de su padre, no le mandé decir una misa, yo lo quise mucho… No era pues sólo su cuerpo, no era la libertad de fiebre con que ella disfrutaba del sexo, procaz y festiva; aquella humanidad franca y sensible que habitaba en esa joven era cuanto, al hacerle su propuesta de carroñero, él había alejado.

Cuando anduvieron, su amor se vio nutrido por el sexo, por la ofuscada pasión con que cogían, a diferencia de la cama diríamos convencional y sosa y aburrida en que se aletargó con la Rubí… Y no sólo eso. Se enculó con la Janet así, tan bestialmente, porque el cuerpo de ella era lo opuesto a la personalidad de su esposa. Se

enamoró de la Janet en contra de la Rubí, en contra de las esperanzas que tenía la Rubí para ellos, para su futuro como matrimonio y familia. Lo asfixiaba con eso: ir a las fiestas de los compañeritos de la niña, invitar a las mamás y los papás a cenar a la casa, dar el enganche de otro carro y luego de una casa en Los Huizaches, el nuevo barrio de moda para parejas jóvenes, viajar a Orlando o Tucsón en vacaciones…

Él estaba hecho —creía— de otro metal.

¡Dedicarse al periodismo para acabar abotagado en un matrimonio clasemediero! ¿Qué le vio la Rubí para confundirlo con alguien más? Quizá por eso le nació el resentimiento: no vio ella en él nunca al hombre libre y bohemio, audaz y desinhibido, que de no haberse casado él ya sería.

¿Lo fue alguna vez? No faltaron ocasiones en que se motejó de farsante, de quererse ver como el antisistema a la espera de incendiarlo todo cuando sólo era un gatillero que desde el periodismo servía, como todos sus colegas, a los riquillos, mafiosos, políticos de turno. Esas veces buscaba justificarse: no era para siempre, lo hacía para mantener a su hija, él no tenía peso en las decisiones editoriales del periódico pero un día me iré por fin de corresponsal de guerra, fundaré mi revista de izquierdas, insobornable, libre y exigente, entonces sí verán de qué estoy hecho…

Iba los viernes por su hija a la salida de la escuela. Corría la niña gritando —había cumplido diez años en marzo de ese 2007—, agitaba los brazos como si fuera rehilete. Él se agachaba, hacía salir de broma algún resoplido de dolor cuando ella lo ceñía en el brusco abrazo, él la besaba en el cabello. Cómo te fue hoy, qué tal las clases. Bien, apá, bien aburridas, como siempre. Pues aguas, mijita: si no te gusta la escuela prepárate porque el trabajo es cosa peor… Ya en el auto, ella sacaba de la guantera la hoja de papel donde se veían enlistados nombres de sitios de comida en el valle de Colhuacan. A veces iban a una carreta de tacos de carne asada o a una de mariscos, otras a un restorante por gorditas, asado de res a la plaza, enchiladas suizas o carnes en su jugo, a un sushi o por comida chinaloense. Sonriendo desde la malicia, con la cicatriz en la sien derecha que en esa instancia se le marcaba más fina, ella hacía gestos de entusiasmo cuando su padre aceptaba ir al lugar por ella elegido. Si él fruncía la cara o decía guácala, propón otro mejor, ella farfullaba qué batalloso eres, ruquillo, no me lleves la contraria.

Llegaban al restorán, ella pedía el agua de cebada o jamaica, él una cerveza Pacífico y mientras el mesero se iba con la orden, le

tomaba la hija el celular y se ponía juegue y juegue en una aplicación donde se alimentaba con brócolis y hamburguesas al ser marrón llamado Pu.

A partir de esos instantes el bato se revolvía: llevaba los ojos al televisor colgado en la pared, estudiaba con acritud los rostros de los demás comensales, apuntaba en su libreta este o aquel pendiente de la chamba que se traía en la cabeza —ya no sabía para entonces de qué más hablar con su hija.

En esos meses de octubre y noviembre le volvía seguido el deseo de la Janet. Se le abría un foso de hambre en el pecho al recordarla y esto lo llevaba a ver derrumbados sus ánimos, como si se quedara sin fuerzas. Volvía a fijar la vista en la Irlanda, compungido por no saber estar con ella en un horizonte donde no surgiera el ansia de recobrar el amor de otro ser. Había una tensa nata de humo cayéndole pesada sobre los ojos que le hacía preguntarse si el vínculo con su hija era una cosa real, si en otra espiral del tiempo él no sería papá de nadie y podría ser libre, heredero de sí mismo, poseído por sus propios fantasmas… Algo no era del todo cierto en la sola existencia de su niña ahí frente a sus ojos; antes de verla nunca vio la tiranía de una mirada, “heme aquí”, le decía su hija sin hablar, “siempre estaré naciendo de cada respiro tuyo”. Podía ser todo la consecuencia de un equívoco, la suspicaz tejedura de una ficción: ¿qué lo unía a ese cuerpito pálido y frágil de tan pocos años? Al verla no sentía el beso de la resurrección o la gracia. ¿Dónde estaba grabado el dictamen de que él y ella compartían algo más que el apellido Rivas y la semejanza de caras alargadas y fotogénicas pestañas chinas?

La niña se quedaba en casa de su padre la noche de viernes y sábado. Con el fin de adelantarse a la insidia de su impaciencia, él se ponía desde inicios de la semana a buscar actividades para el viernes en la tarde, para esa larga planicie del sábado. Le proponía a la Irlanda ir al cine, pero los estrenos infantiles en las salas de la ciudad no eran tantos como para estar yendo seguido. La llevaba a los juegos del Whakajunior o el Crazy Rabbit, donde por cien pesos la niña se subía horas y horas al caballo mecánico, lanzaba bolos contra el tablero de pinos, se echaba en la alberca de pelotas, aunque siempre resultaba ser la mayor de todos los morritos ahí metidos. Como último recurso iban a la sucursal de Tower Mix a comprar discos de películas de caricaturas que se habían estrenado uno o dos años atrás y podían verlas varias veces comiendo palomitas, nachos, chetos o papas adobadas en el sillón. Hacia la mañana del domingo, en algún momento la niña respondía con palabras entrecortadas, volvía los ojos

de agua lejos de los ojos de aire de su padre cuando él le hablaba, llegó una vez a responder con filón de incendio en su voz de hastío.

—¿Ya extrañas a tu mami, chiquita? —le acariciaba el padre la cabeza, ella desviaba el rostro. Luego sonreía como forzándose, contrita, se estiraba sobre los pies y le daba un beso al hombre en la mejilla; pero a como se acercaba la hora de volver a casa de su madre, la ardua carita de la nena se iba volviendo de una sequedad compacta y agresiva.

Aquel domingo de noviembre despertó el hombre bien tarde. Le dolían el cuello y el omóplato izquierdo como si trajera una barra de fierro que hundida de un punto a otro le dificultaba el girar la cabeza; las sienes iban a romperse en aquel zumbido estridente y le volvió entonces la inquietud que lo puso a temblar: cosas extremas había soñado. No recordaba qué. Le venían esos estados de alteración sísmica que habría sentido, como si se supiera en peligro aún. Soñó que lo mataban; alguien lo iba estrangulando. El cuerpo aquel lo tenía tumbado sobre el piso de cemento, el cuello y el omóplato los tenía contra un mojón, un túmulo, algo hecho de roca; el extraño soltaba alaridos mientras le apretaba el cuello con duras manos rugosas.

Eso fue. No recuerda el rostro: había en el sueño el olor de axilas sudadas, de ajo condensado llegándole directo hacia el estrato salvaje en su cabeza. Se sabía en un campo abierto, al costado izquierdo allá a lo lejos se veían las ruinas de un caserón de altas paredes despintadas, una luz marfileña y gruesa venía desde el crepúsculo, como si el sol antes de morir temiese disolverse en la región traidora de la noche que no hace nacer otro mañana.

Oyó la voz de su hija canturrear una tonada que salía de la tele. Pasó al baño. Cuando vio la hora se puso la mano en el rostro: Con una chingada, se dijo. Eran las once. Su hija habría de tener hambre. Debía llevarla con su madre a las once treinta, y de ahí lanzarse hacia el periódico. No habría tiempo para nada. Se creía harto de los pleitos y los gritos. Cualquier retraso, por mínimo que fuera, daba pie a una escena. De veras —decía entre sí, aunque después no lo cumpliese— ya no quería hacer sentir mal a su hija cada que él exasperaba malamente a la madre con sus tardanzas. Pero algo se le cruzaba, siempre. La sorda pulsión parecía emerger de su orgullo herido y de un modo u otro lo llevaba a encontrar placer avieso en el escenario de su confrontación con la Rubí.

Preparó un sándwich de jamón y un licuado de plátano, llamó a su hija al comedor.

—Estabas llorando, apá. ¿Por qué estabas llorando?

—No sé de qué hablas —y movió la cabeza hacia la derecha en tanto sentía la barra de fierro oponiéndosele con un crujido—. Cómete en chinga eso mejor. Quiero decir: desayuna, hijita. Ya vamos tarde.

La niña esperó a pasar el primer bocado antes de volver a hablar: se habían escuchado hasta la sala aquellos gimoteos, con todo y que ella tenía la tele prendida. Fue al cuarto y lo vio dormido. Estuviste un rato chille y chille. Quise despertarte pero me dio miedo oírte así… A los que caminan dormidos no se les puede despertar porque se vuelven locos y… mejor nada más te puse la mano en el pecho, así dejaste de llorar poquito a poco.

Ella tenía los ojos muy abiertos; parecían querer jalarlo hacia sí, constreñirlo a decir la verdad aunque al mismo tiempo ella recelaba descubrirle una grieta de pus primordial que la habría de hacer sentir mucha vergüenza. Él caminó a la cocina. Abrió y cerró el refri, hizo como si buscara algo en el escurretrastes. Respiró hondo. Pues habrá sido un mal sueño, chiquita —volvió hacia ella en tanto buscaba darle a la voz el grosor de un jaspe bruto—. No me acuerdo de nada. Y los sueños no importan. He tenido mucha presión en el periódico; uno así saca el estrés, con las pesadillas.

Ella abrió la boca queriendo decir algo, se contuvo. Bajó la cabeza. Cuando la fue levantando, él metía la mitad del sándwich en una bolsa naila y los restos del licuado en el termo. La Irlanda quiso protestar. Ámonos, dijo él, la palma abierta en gesto de contenerla o callarla. No quiero peleas con tu madre. Tenemos diez minutos pa llegar.

Ella se puso de pie, una lágrima le corrió hasta el cuello. Respiró sacudiéndose mientras tomaba la mochila del sofá y caminaba a la salida. Sin decir nada caminó por el jardincito hacia la banqueta, se plantó de cara al ficus, le pasó la mano por las hojas de una ramita, inclinando la cabeza parecía bisbisearle algún rezo. Ya frente al Tsuru azul, abrió la puerta del copiloto.

—Otra vez estás toda seria, corazona —él acababa de encender el auto, mientras ponía entre los asientos el termo y el sándwich—. Siempre te me pones así los domingos… Me hace sentir sapos en el pecho verte con esa cara.

—Se te olvidó —y ella fue girando el rostro, de cachetes heridamente enrojecidos, hacia la ventanilla.

Él se llevó la palma a la frente. Un costal de grava le cayó sobre el cuello. La semana quentra vamos, ¿te parece? —dijo ya sin aire.

Ella no contestó nada.

Un sauce de plomo le echaba raíces en el pecho. ¡Por qué era así este hombre! Habían quedado de pasar a Gatitocat por una playera.

Ese puesto se ponía los domingos en las afueras de catedral, lo atendía aquella muchacha pelirroja y de tatuajes, ella misma hacía los diseños y vendía tazas, rompecabezas, imanes para el refri; cositas así. La Ludmila había llevado a la escuela una playera roja que lucía un gatito pardo vestido de superhéroe. Ella quería una igual, aunque violeta o azul. Ni cómo pedírsela a su madre: siempre le contestaba no hay dinero pa esas cosas, la miseria de pensión que me da tu padre no alcanza y eso que gana un dineral en ese periodicucho vendido. Su deseo había sido llevar mañana lunes debajo de la blusa del uniforme la camiseta nueva de Gatitocat, presumirla sonriendo en el recreo.

El hombre la vio de reojo. Al llegar a la Obregón, en vez de seguir de frente, dobló a la izquierda. Tomó el celular. En el siguiente cruce, marcó el número de su ex. No hubo respuesta; dictó el mensaje cuando ya pitaban el claxon los autos de atrás. Al escucharlo, su hija volcó el cuerpo hacia delante, se llevó las manos a la cara.

Ya no quería ninguna cosa.

—Mija no se va quedar con ganas de su camiseta, qué la chingada.

Ella se soltó a llorar.

6

Apenas lo vieron entrar comenzó todo mundo a temer otra tarde de perros. Editor a cargo de nacional e internacional desde hacía dos años, el Arsenio Rivas tenía durante estas semanas más tareas en domingo, pues suplía al subdirector Crisantes y asumía la gestión entera del periódico.

A las dos y media debía llamar a Silva, el director, para ponerlo al tanto de lo que llevarían el día siguiente; a las nueve de la noche, Silva llegaba en persona a jalar orejas y darle el visto bueno a la primera plana. En la reunión editorial de la una de la tarde, o en la de las siete, regañaba el Rivas al equipo con palabras mordaces, aventaba papeles en la cara o al suelo, pegaba histriónico el puño contra la mesa. Apenas lo subieron a un ladrillo y se nos mareó bien gacho, murmuraban entre sí los colegas, acostumbrados, cierto, al trato tosco de los mandamases desde siempre. Qué va a pasar cuando Crisantes se jubile y suban de puesto a este energúmeno —esto lo decían porque el Rivas no había sido así de más chamaco: desde antes de su ruptura con la Janet, en la chamba de todos los días él se había dejado ver serio, cumplidor, dueño de aquella vena de amable frialdad y eficiencia en la voz y los gestos.

Pero el domingo otro ser parecía dominarlo. Veía a los muchachos ante las computadoras, o cuando se ponían de pie para ir al baño, o a chismear con los otros: se le desataba, bélico, el resorte de la bilis. No quería estar ahí. Su queja —ya viva desde tiempo atrás— ante la línea editorial del periódico emergía por entero al frente de sus inquietudes. Todos estos afanes derivaban —se decía— en una edición llena de falsas verdades, mentiras tibias, tergiversaciones, compromisos con gente atroz e impresentable. Nada de esto era verdadero; nada era libre. El ansia lo enardecía, como si él fuese el único periodista del mundo en sufrir tamaña deslealtad del cínico destino y como si ése fuera el único diario en que se negociaba con los hechos. Le disgustaba hallarse al frente de ese engranaje que lo volvía un ser

falso, traicionado. No era esto —se reprendía en dejo narcisista— lo que había soñado cuando, de joven, se rebeló a su padre para estudiar periodismo. Cada decisión, cada orden que daba los domingos iba en un sentido alejado del que la voz del joven iracundo dentro de sí le pedía.

Hizo esta vez llorar a un practicante a quien ordenó irse a su casa por tener mala ortografía. Todo se agravó cuando le pitaron el hecho imprevisto. Hoy mismo, agarrando por sorpresa a sus adversarios y a su propio partido en el estado, durante la visita a una colonia popular en que repartía armazones de lentes a chamacos de secundaria y prepa, el alcalde Calles Ferreira anunciaba su destape para las elecciones de gobernador, que serían un año después.

Llamó el Rivas al Julio Gaspar Arteaga.

Se trataba del reportero de la fuente del Ayuntamiento, un sabueso —se decía— de toda la experiencia del mundo y dueño del colmillo más retorcido. Bajito y de piel morena, de grises ojos pícaros y vivaces, el mentón saliente y la nariz de gancho, el bato lucía esa expresión burlona de saber todas las cosas por adelantado. De siempre había el Rivas creído que el Julio lo miraba por encima del hombro, como el veterano de pecho lleno de medallas vería al novato de pantalón corto y raspones en la rodilla. Quizá por eso mismo el Rivas nunca lo bajaba de arrogante y sobrado, mequetrefe que vivía del servilismo con el impresionable Silva.

Ahora que buscaba al Arteaga en el celular, la grabación de una voz femenina le decía que el usuario se hallaba fuera del área de servicio. Marcó dos, tres veces más: lo mismo.

Llamó al director. Le hizo saber la noticia del Ferreira.

—Y del Arteaga ni sus luces…

—Ah, caramba —resopló Silva—. Ferreira es bien trucha. Lo dábamos por muerto luego de tanto madrazo que ha recibido, pero no contaban con su astucia. Tiene prisa este desgraciado. Sabe que si no madruga ni cómo va a ser candidato —se quedó en silencio, carraspeó—. Deja te devuelvo la llamada en un ratito; aguanta, loco.

El Arsenio entendió sin gran batalla: Silva veía necesario consultar el enfoque con el dueño mismo del periódico.

Era cierto —dijo al rato el jefe Silva, que parecía hallarse enfermo de la garganta, pues desde el otro lado de la línea se le oía tosiendo —: en el pasado tuvo el diario sus roces con José María Calles Ferreira, y los rumores de que mucho tiempo habría lavado dinero del narco en sus negocios eran verdad, como hubo demostrado el Arteaga en sus reportajes. Por esa razón al Ferreira se le había creído

un cartucho quemado, pero dime el nombre de un empresario, uno, que no esté metido igual que él en esas cosas…, y pues sí le conviene al periódico… Ante todo Ferreira es empresario, y sí nos conviene a todos, la verdad, que un hombre de empresa llegue a Palacio de Gobierno… Podremos trabajar con él requetebién… Seamos amables, Rivas.

Eran las seis y media cuando el director llamó por última vez. Al despedirse le dijo carraspeando hazte cargo de todo, capaz que ya hasta tengo fiebre. Finalmente colgó. Se puso el Rivas en pie de un salto, pegó con los puños sobre el escritorio, agarró la silla y se vio a sí mismo aventándola contra la pared. No lo hizo.

Se oyó el tronido entonces.

Fue un largo instante en que el tiempo pareció estar hecho de una sola flama de resplandeciente y firme cornalina. Se cimbraron las paredes. A eso siguieron balazos y gritos. Los reporteros se metían bajo sus escritorios, dos cuerpos al fondo corrían brincando hacia los baños. Frunciendo la nariz ante el olor a quemado, el bato pegó la espalda contra la puerta de su cubículo.

Llegó en alas de frío el silencio.

Qué será de mija, farfulló sintiendo en la mandíbula una tiesura de muerto.

Después supieron cuál había sido el saldo del ataque: dos fallecidos, el policía de la recepción y un vendedor de pepitorias, de cincuenta años, que pasaba por la banqueta. Tres trocas se habían aparcado frente al periódico. Lanzaron explosivos contra la fachada, luego dispararon. Uno de ellos caminó hacia la recepción y lanzó el costal. Dentro, la cabeza del Julio Gaspar Arteaga.

Pasada la medianoche, al llegar a su casa, apenas se quitó los zapatos hubo el hombre de dejarse caer sobre el colchón. Otra vez en su mente el rostro de lágrima y gemido de su hija, los ojos negros, las mejillas como frutos incendiados, el gimoteo a la hora que compraban la playera azul del gatito superhéroe. “Mi mami se va a enojar mucho”, decía hipando.

Recordó el rojo ennegrecido en la reseca sangre de los cabellos y la cara del Arteaga. Qué será de mi hija si me matan. Como cualquier otro padre, él había cometido errores —se decía, justificándose ante invisibles auditorios—, pero una hija, un hijo, ocupa tener un padre aunque sea para aborrecerlo, para tener con quién irse peleando en el infierno del propio corazón por el resto de su vida.

Movió la cabeza: quería borrar la estampa de su hija llorando frente a catedral. No hay de qué preocuparse. A mí ni quien me mande

matar.

—Pa eso se ocupa ser un periodista de a de veras —dijo en voz alta.

Daba vueltas en la cama. Le volvió el dolor en el tobillo izquierdo, la pulsión caliente nacía y moría en los nervios recordándole que el pie podía, sin más, desobedecerlo a cualquier hora, negarse a seguir cargando tanta materia ciega que dudaba tanto.

Los oídos parecían tener por dentro una ventisca sin fin.

Tomó el celular, llamó el número de la Janet. Me da mucho miedo morir —quería decirle.

El timbre sonó y sonó sin que ella contestara.

No se estará quieto el camino

7

Desde antes de abrir los ojos la piel se le tensaba, arisca, por el frío. Le llegaba entre el silencio roto y la humedad del aire el áspero canto de los gallos. Algún sonido venía de más lejos, de las casas que se ubican al otro lado del pueblo, por la salida a Tamazula. También de los techos vecinos venía esa música roja y aguda y cortante que saltaba por entre la bruma del amanecer y las ramas de duraznos y ciruelos.

Así era cada día el despertar: extendía el plebito las manos y al no hallar con qué cubrirse las ponía sobre el piso de tierra. Más navajas de frío se le metían hasta los huesos. Luego de ponerse de pie, veía en el catre a su madre y sus dos hermanas cubiertas por la cuilta rosa. Se arropaba con sus propios brazos como si de ese modo hiciera entrar a su piel la ajena sensación de la tibieza.

La mujer se volteaba, lo veía entreabriendo los ojos.

—Ay, mijito: qué poca noche nos dieron —balbucía con voz adormilada.

Él salía al corral, tiraba piedras, brincaba luego agitando los brazos en tanto el sol al elevarse hacía más gruesas sus columnas de luz por sobre la tela dulcemente azul de los cerros. Ya entrado en calor, bajaba el plebe al río con el balde, lo traía lleno de vuelta en el hombro; gotas de agua le lamían el cabello o la cara. Se metía al corralito con otro balde y el banco de madera, abría la tranca del corral contiguo y hacía pasar al becerro hambriento que corría en busca de las ubres de su madre. Él al poco rato los separaba. Jalaba y oprimía las ubres y el olor cálido y blando de la leche, venciendo el hedor macizo de la mierda regada aquí y allá, le llenaba los pulmones en tanto el fluido caía chorro tras chorro sobre la plateada lámina del balde de aluminio.

Volvía a entrar a la choza y hallaba a su madre en la cocina. La mujer freía huevos, cocía quelites o calentaba los frijoles. Eso, en los buenos tiempos. Ya después las cosas vinieron para peor: cuando el

plebe había cumplido diez años, les amaneció muerta la vaca un día, y por ese tiempo la hermana más chica se la pasó seguido bien mala de salud, fue llevada con el huesero en el pueblo de El Guayabo y con el dotor de Tamazula, así ni cómo les habría de alcanzar nunca el dinero tan escaso que hacía la madre cosiendo ropa. Por eso las más de las veces para entonces ya desayunar no era sino sólo echarse a la panza una gorda con sal y apenas los dientes del plebe masticaban la dureza pobre de la tortilla un rasgado brusco desde las entrañas del hambre lo llevaba a tensar la mirada con el relampagueo de la rabia.

—¿No le gusta entonces al señor? —recibía la cachetada de su madre—. ¡Ya estás grandecito! ¿Algún día vas a poner comida tú en la mesa, escuincle buenopanada?

De más plebe se quedaba ahí quieto, le ardía el aire al respirarlo.

—¡Y no chille, sea hombrecito!

Ahora más grande le tiraba un golpe a la mujer con el puño. ¡Se te va a secar la mano, mocoso del demonio! Él corría hacia el gallinero de los vecinos y brincaba la cerca. Las tripas le mordían con dentelladas de avidez y de vacío en tanto llegaban desde la choza los gritos y el llanto de sus hermanas.

A la escuela sólo traía el viejo cuaderno con pocas hojas en limpio.

—Es que no tenemos pa comprar nada —contestó la vez que el profe, al empezar el curso, le echó en cara el mesabanco sin útiles.

—Pues así ni sueñes con pasar de año, qué se cree esta gente.

A la hora del recreo se le acercó esa vez aquel muchacho alto y güero de ojos verdes que cursaba sexto. El Aurelio pertenecía a la familia de los Lourenzo, eran gente que no se juntaba casi con nadie, tenían la casa en la salida a los rumbos de Agua Caliente y Chacala. La madre y las hijas hacían quesos, el padre y los hijos iban en la troca vendiéndolos por las rancherías o bajaban a Tamazula o más pabajo incluso. Todas las noches rezaban.

—Dile a tu amá que chambee en algo que no ofenda a nuestro señor Jesucristo —y le pegó en el pecho con la palma abierta. El plebe le dio la espalda: el gusano del ácido se le rebullía en el pecho y desde el estómago le iba creciendo aquella sensación de fatiga y debilidad—. No sea sacatón, mijo —lo jaló del hombro el Aurelio—. Ya sabemos a qué se dedica tu amá: le da las nalgas a quien se las pague. ¿Sabes quién se la culea bien y bonito? Todo mundo, cabrón.

Supo después el plebe que la bestia de lava dentro suyo le había tomado el puño derecho y, con todo y ser más bajo de estatura, su airado cuerpo le hizo soltar sangre a la nariz del muchacho Lourenzo.

Lo castigaron dos semanas sin clases. Al volver, seguido el profe lo

hincaba frente a la pared del aula sobre granos de frijol mientras lo hacía cargar dos ladrillos en cada brazo. O si no por cualquier cosa le pedía extender la mano, se lo sonaba con la vara cinco veces, diez veces.

—Ya deberías irte sabiendo las tablas —decía el hombre—, aquí no quiero burros sin oficio ni beneficio —la cara del profe se ponía colorada, lucían los ojos ríos de nimia sangre—. Deje de llorar, no sea marica —mascullaba al verlo soltar fieros lagrimones.

Cerraba el plebe los ojos, sofocado por la vergüenza; no podía sino escuchar —como si los otros en el aula igualmente lo escucharan— el jadeo de su madre, tendida sobre el catre y bajo el cuerpo del tío Lupe o del Ventura o de sabrá Dios qué otros más, esas veces que ella los sacaba al patio, a él y a sus hermanas, vayan a volarse unos mangos de la huerta del patrón, si no ni esperen cenar nada. Una vez él se asomó y vio en un relámpago el laberinto de brazos y piernas, vio fragmentos de piel blanca sobre piel morena. Se dio media vuelta con puños de aire frío hundidos en la boca del estómago.

Burlones y jacaleros, él y su compa el Héctor, a veces acompañados del Seco, iban a cazar cashoras y sapos, espiaban a las morrillas que bajaban a lavar al río, se repartían los cigarros que el Héctor mismo se había robado de la tienda propiedad de sus padres. El ánimo le bailaba gozoso al plebe cuando, luego de narrar mitotes o historias grotescas sobre fulano, mengana o perengano del pueblo, veía la cara toda roja del Héctor que ruidoso se soltaba a reír. En otras ocasiones el plebe le enseñaba a su amigo qué querían decir palabrotas y harejías, a cuál más puerca y grosera, escuchadas la noche anterior de boca de esos adultos fiesteros que se quedaban pistee y pistee afuera del abarrote. También le echaba carrilla por los asuntos del sexo: el plebe lo llamaba “volteadito” cada que el Héctor, un año menor y aún no despierto enteramente al rejuego de las hormonas, se ponía nervioso si su compa describía nalgas y chichis y panochas y alaridos de gusto de las morras del pueblo.

—Ta bien si eres puto y no naciste pa este jale… Qué culpa tienes de que te guste la monda…

—Mugre Juanillo mentiroso —lo interrumpía el Héctor—, no es cierto que te culiaste a la Verónica —de refilón veía sus gestos y luego llevaba la mirada a apuntar la piedra en la tadera con dirección del río.

El plebe se reía.

—Envidia te da, mariconcete —le echaba carrilla al Héctor por seguir siendo quintito, aunque él mismo, y al pensar en esto apretaba la nariz y luego escupía luciendo mueca de desaire, no se había

culiado ni a la perra de los vecinos.

Apenas hubo dejado la escuela agarró trabajo con el papá del Seco, don Lizandro Beltrán, ayudándole en la milpa; arriaba reses, rociaba el plaguicida, cargaba cajas y costales… Trabajaba de sol a sol en La Vega y en el Huerto de Zamudio. Nunca como ahora había sentido el plebe que la mano sudorosa del sol pesara tanto sobre la nuca. Llegaba muerto de cansancio a la choza, con el temblor de agua enfriada en las corvas y en los brazos. Veía a sus hermanitas brincar la cuerda o gritar mientras se correteaban en el patio y qué coraje le nacía: Morras güevonas, farfullaba. Ya les tocará un día chingarle duro…

Le entregó a su madre el sueldo de la primera semana.

Era sábado ya casi anochecido. Sentada en el borde del catre, tenía la madre baja la cabeza, pasaba la mano por la sudada frente de la Lidiecita: la niña enferma movía el cuello a un lado y otro, abría los labios como si sufriera al sorber la cortedad del aire en tanto le salían balbuceos de tibia queja.

—Tenga, ma —se le acercó el hijo—, nada más me dieron esto —la mujer lo jaló hacia sí con la mano izquierda, lo besaba en el cabello. Mientras apretaba el billete y las monedas con los dedos, él sintió su propia frente tocar el hombro moreno de su madre, le llegó el olor rosáceo del champú Vanart.

—Se nos va a ir ora sí esta condenada, mijo —y él recibió el beso ahora en el cachete—. Así lleva todo el día, con el diablo adentro… Vete al abarrote y ve si está el patrón: las gotas no sirvieron, dile.

—¿Qué gotas?

—Las que me vendió en la mañana. No le baja la calentura a esta pobre ingrata.

Desde bien plebito le había tocado a él siempre bajar al abarrote de don Eutimio Carrasco, el padre de su amigo Héctor. El plebe obedecía con mala cara y arrastrando los pies, pues la Maruca, madre de su amigo y quien usualmente atendía el mostrador, lo traía entre ojos: no lo quería cerca, apenas el pobre se asomaba ella le decía chifletas llamándolo güevón y rata y jacalero. Ahora que su hermana Estela se había puesto más crecidita y sabía sacar cuentas y decir buenos días, por favor, gracias, la madre solía mandarla a comprar una bolsa de sopa de pasta, un kilo de maseca, las cocacolas.

—Que con las gotas se va a componer —vino después de vuelta el plebe, sudado por la corretiza—. Me gritó eso el don. Que no estemos chingando. Que pa qué tanta alharaca.

—Viejo pedorro. Ni porque tu tata se quebró la espalda desde

plebe trabajando pa él…

—Tenía mucha clientela, batallé pa que volteara a verme.

La mujer siguió llore y llore; agachaba la cabeza y la dejó caer al fin sobre el vientre inflado de su hija, que la miraba con expresión de susto. La niña movió la cabeza hacia los lados y lloró también. Apenas el lunes había sido llevada otra vez por su madre a Tamazula pero el hombre aquel de bata blanca con manchas de suciedad le recetó unas pastillas que en la única farmacia no tuvieron. Por su parte, la Estelita iba y venía de un lado a otro de la choza trayendo fomentos de agua fría que la madre quitaba y ponía en la frente de la enferma. El plebe se sentó en el piso y con la mano derecha le estuvo sobando un pie a su madre; traía en el esternón una suerte de bulbo vivo que parecía latir, también sentía el estómago gruñirle y le daba todo tanta pena que ahí mismo querría desfondarse y gritar y llorar. A lo lejos se oían voces alegres, gritos apagados, la tonada de una canción.

Quién sabe cuánto tiempo había pasado y que de pronto la Lidiecita empieza a convulsionar. Queriendo contenerle los hombros con las manos su madre y la Estelita la abrazaron entre gritos. El plebe salió de la choza a la carrera. Bajó al arroyo y luego de cruzarlo volvió a subir la cuesta hacia la tienda.

A diferencia de hacía rato, la mayor parte de los clientes se habían ido. Estaba el patrón Carrasco en el portal, rodeado de otros dos hombres con quienes compartía una botella marrón de a dos litros, cada quien tenía en la mano un vaso de plástico lleno de cerveza.

—Otra vez tú, mocoso, pues no entiendo qué frasca se trae tu madre, qué se cree esa mujer…

Con los coletazos de una presa despavorida en el pecho, el plebe no podía hablar.

—La Lidiecita… —dijo al fin el nombre.

—Simón, ya sé. Pues si se petatea se petatea. ¿Qué quieres? Así es la vida. No soy dotor —y el patrón escupió el gargajo que cayó a medio metro de los pies del plebe—. Esas gotas de Neo-Melubrina son buenas, si no le sirven ha de ser porque Dios quiere castigar a tu madre…

En medio del silencio hostil que tensó la oscurana se fue haciendo escuchar el himno chirriante de los grillos.

—¿O qué? ¿Quieres mucho a esa escuincla? ¿Sabes de quién es hija? Nadie lo sabe. Pobre de tu tata. Era buen muchacho. Tú no te acuerdas, habrás sido un chilpayate recién nacido, pero tu apá trabajó duro conmigo, nada de quejarse nunca, era cuerudo, listillo, echado pa delante. Yo le dije: “¿pa qué te vas de mojado?”. No me hizo caso

el muy cora. Y cuando vuelva del Gabacho, ¿le va a gustar que su mujercita sea una puta pizpireta de a tres pesos?

El plebe cerró los puños.

—Si es que vuelve —intervino otro de los hombres, uno gordo y de mejillas sonrosadas a quien el plebe por entre las sombras no logró identificar—. Ya cuántos años hace que se fue…

—Capaz que lo venadearon al querer cruzar pal otro lado, la migra es cabrona y tira a matar —oyó el plebe la voz del patrón pero ya no lo veía.

Del interior de la casa había salido el Héctor: los dos chavalillos se vieron en el suspiro de un destello. De cara sonrosada, alejándole la vista de inmediato (como si se fuera a quemar en la misma vergüenza que vivía su amigo de andanzas), el hijo del patrón volvió a entrar corriendo.

—O igual y sí logró cruzar la línea —era la voz de Eutimio Carrasco —, y ahora está forrado de billete verde. Ha de tener allá otra familia, otro hijo que no ande de vago y chamagoso y lépero y que saque puros dieces en la escuela.

De ojos bajos, el plebe no veía al hombre; pero sí se veía a sí mismo, más alto y robusto, sin esta temblorina que le quería zafar la quijada, con la pistola en la mano derecha llenándole al patrón el buche de balazos.

La Lidiecita murió al día siguiente. Su madre se dio a la bebida. La Estelita dejó la escuela, se metió a trabajar con los Aispuro ayudando en el quehacer.

Pasaron dos, tres años.

El plebe siguió chambee y chambee con don Lizandro, que lo pendejeaba a cada rato pero ahí lo tenía yendo y viniendo en muchos menesteres. El pobre acababa el día con las garras duras del cansancio atenazándole todo el cuerpo.

Y le salieron pelos en las verijas. Una tarde se culió a la Verónica, allá por detrás de la casa de la Prócora, la muchacha nada más se reía y se reía hasta que llevándose las manos a la boca se le puso la cara bien colorada.

Otra noche llegó aquel bato extraño que venía de Matavacas. Se le notaba a leguas lo borrachito en el brillo aguado de los ojos vidriosos. Al ver sentado al plebe en cuclillas afuera de la choza, el bato se quitó el cinto y empezó a lanzarle sus buenos reatazos. Le decía vengo a culiarme a la Lidiona chíngateme de aquí escuincle de mierda no andes de metiche espiando a la gente. En tanto los azotes le pasaban rozando la cabeza y por sobre la espalda, tomó su bestia de lava a

tientas aquella roca. Con todo y que el fuerte olor a mariguana en las ropas del intruso lo hacía sentir mareado, el plebe se estiró ágilmente. Hizo pegar el peñasco, atronador, contra el cráneo del hombre, quien soltó el cinto y mientras despedía lamentaciones y quejidos se fue desmoronando como si fuera un montón de piedras. El plebe, palpitante, lo jaló de los brazos y haciendo chocar la cabeza a cada paso contra la tierra lo fue a tumbar en la corriente del río. El nerviosismo le hacía sentir en el vientre un dolor agudo.

Un día de junio, ya casi anochecido, fue muerto a balazos el padre del Héctor, don Eutimio, en el portal de su abarrote por dos hombres de un pueblo vecino que habían estado toda la tarde juegue y juegue a la baraja mientras entonaban canciones y bebían cerveza Pacífico. Al tiempo, la Maruca, ya viuda, antes de mudarse a la suidad traspasó la tienda de abarrotes a don Lizandro.

—Aquí yo vua ser siempre un muerto de hambre, ma —le dijo el plebe a su madre. Se hallaban a dos metros de la tranvía, era una mañana de sol caluroso y brillante de a mediados de octubre.

—¡Me da mala espina, mijo! —la mujer lloraba y se aferraba con los brazos al cuerpito flaco del plebe, sin importarle que desde el portal las vieran, a ella y a la Estelita, con ojos de sorna, los tres clientes del abarrote—. ¿Y si no te vuelvo a ver? Si te me vas, sé que ya no se estará quieto el camino para ti, criatura.

—Ya no chille, yo le mandaré billetes verdes…

—¿O qué? ¿Le echas mucho de menos a ese mocoso Carrasco? ¿Te importa más un amigo que tu propia familia?

—Vua volver por ustedes manejando una troca nuevecita.

—¡Cómo crees que te me vas! Eres un mocoso todavía…

—Cuál mocoso, no me chingue…

Se soltó de la mujer. Dedicó una mirada seca a su hermana. Lanzó un escupitajo y sin voltear a verlas montó finalmente en el estribo. El chofer, Ramón Soberanes, ya había encendido el motor y pronto la tranvía salió del pueblo en su camino pabajo, hacia la suidad.

Cruzaban el afluente oeste del arroyo cuando el plebe se llevó a los ojos la mano derecha y, con la sensación de traer no una bestia de lava sino el corazón de un niño muerto de ansias, apretó los músculos del rostro hasta estar seguro de que no habría de dejar salir ninguna lágrima.

8

Acá abajo en el valle no tenía familia el plebe. Antes de salir del pueblo su tío Lupe le había dado el nombre de una calle seguido por el número exterior de una casa.

—Llegando a la suidad buscas en ese lugar al Vitorio. Tiene sus cosas raras el amigo pero en una de ésas te echa la mano.

—Pensaba buscar a los Carrasco… El Héctor es mi compa.

—¿Sabes dónde viven?

—Pues allá pabajo, yo los busco, alguien me dará razón de ellos…

—¿Cómo se te ocurre? Acá nos conocemos todos, pero allá es una suidad… Ay, mijo, se ve que llevas el nopal pintado en la frente… Y además la señora Maruca nunca te pudo ver ni en pintura, ahora que es viuda ni va a querer ni va a poder echarte la mano.

Ya estando en la suidad, buscó pues el plebe la dirección que le dio el tío Lupe.

Bajito, de menudos ojos grises, el Vitorio le abrió la puerta de una casa de fachada jalde y se le quedó viendo suspicaz, como si con la mano de los ojos pudiera mantenerlo un poco lejos.

—Sí, me acuerdo de ti y de tu madre. ¿Pa qué eres bueno? Sólo por tu cara bonita no te van a dar chamba en estos rumbos. Acá la gente es si vieras qué sangrona.

Lo llevó el Vitorio con su jefe, hombre alto y grueso de verruga en la nariz que manejaba la troca roja de la que siempre salía música de Lorenzo de Monteclaro o de Carlos y José. Tenía don Emigdio varios puestos en el mercado Garmendia, puso al plebe de mandadero y cargador y correveidile.

Luego de dos meses fue el plebe a la cooperativa de donde iniciaban las tranvías sus viajes a la sierra. Buscó a Ramón Soberanes. Le pidió llévele este billete a mi amá, la Lidiona, de Chapotán, ¿se acuerda de ella? Ramón Soberanes tardó en reconocer al muchachito. Abrió mucho sus ojillos verdes, hundidos en aquella cara regordeta y sudada.

—¡Dichosos los ojos! —lo jaló hacia sí palmeándole la espalda—. ¿No te ha comido la suidad, mocoso? Te ves todo güilo, ¿estás bien? —le agarró el mentón con los dedos de la mano derecha—. ¿No te me has puesto malo de chorrillo o de algo así? Acá el calorón está grueso, te me cuidas… ¿Y qué vas a querer que le diga a esa pobre mujer?

Vivió esos dos años el plebe en cuartitos un tiempo aquí otro tiempo allá, varias semanas al principio lo dejó el patrón dormir en la bodega que tenía por la Juan Carrasco, al lado de la joyería Castell, ahí en el mero centro. Se ponía a evocar, antes de dormirse, las huertas del pueblo, cómo solía trepar a escondidas por las ramas de un mango o dejaba caerse en el zacate y le inundaba los pulmones el frescor soporoso de la noche. Echaba de menos ver, como lo hizo tantas tardes luminosas, la línea lejana de los cerros, tendido atrás de la casa de la Prócora; cuando más lo vencía la pesadez del ánimo a raíz de los gritos ebrios de su madre o las burlas e insultos de los batos que pisteaban por las noches afuera de la tienda —y que lo motejaban hijo de la piruja, le decían ven a pelármela marica, has de tener el fundillo bien apretadito—, allá se iba y se tendía en la cuesta y llamaba con fuerza el aire, qué calma había sentido siempre nada más quedársele mirando a esa cortina de tonos entre esmeralda y aguamarina de los picos y las pendientes en la distancia. Cuando se les fue la Lidiecita al cielo, allá se había escondido el plebe para estar llore y llore, luego que hubieron puesto su cuerpito sin caja y sin sudario en el hoyo que él mismo había cavado en el camposanto.

Pero no habría de volver parriba nunca —se dijo tantas veces—, no hasta que viniera del Gabacho forrado de dólares y llegara con dientes de oro a dar las órdenes, a hacerse respetar ante esa bola de cabrones que tienen zurrapa en el alma. Acostado en el cuartito con goteras —sin resentir gran cosa las calientes noches del valle—, a como iba quedándose dormido se hundía en la paz bienhechora que le dejaban esas imágenes de reivindicación, como si fueran una caricia en el brote infantil de sus sentidos.

Anduvo tonteando con la morrita que mesereaba en el puesto de mariscos. La Otilia era bien flaquita, de ojos caídos y arrobadora piel canela. Sonreía sin mostrar los dientes y como temerosa de que los demás pensaran que no estaba sonriendo sino acaso pujando o algo peor. Se solían ver ya tarde en el cuartito que él rentaba esa época en una casona cerca de la central de autobuses. Apenas se quitaban la ropa ella lo estrujaba con los brazos, nerviosa y apresurada, él olía en su piel un aire de cebolla y mojarra y detergente mezclado con el

aroma a hierbabuena que le dejaba el champú.

Una noche ella se apretaba las manos, traía un agua brusca amenazando con reventarle los ojos. Le dijo:

—Debes saber una cosa, Juan.

Él la vio entrecerrando los ojos, calibrándola, a la espera de una petición desagradable.

—Pues ya empezamos de la jodida… Te he dicho que no me digas Juan. Todo mundo se llama Juan. Yo soy el Juanillo.

—Vamos a tener un plebe, Juan.

Él se estaba acabando de abotonar la camisa.

—Estás bien loca —levantó la vista—. No me vengas con tarugadas —la empujó. Luego de verla chocar contra la pared y mientras ella sentía quebrársele en el pecho un jarrón de agua helada, el Juan extendió el dedo índice—. Yo no soy tu pendejo, ¿me oyes? Ni ha de ser mío ese escuincle.

La evadió los días siguientes hasta que, a la semana, nadie más sabía de él en el mercado. La mamá de la Otilia fue a hablar con el patrón.

—¿Y de cuándo acá tanta alharaca por un tontito muerto de hambre? Pues se fue al otro lado. Eso quería. Para eso estuvo ahorrando. ¿Quién lo va a echar de menos? Es como echar de menos una bestia de carga, un perrito faldero…

No fue hasta tres años después que la Otilia volvió a escuchar del Juan.

—Está en la frontera el amigo.

El hijo de la cocinera se llamaba Tomasín. Apenas venía llegando de los Yunaites, traía la cara amuinada pues la migra lo había retachado. Los sueños de riqueza ganando dólares se le habían vuelto puro humo.

—Allá me lo encontré, en Nogales Onora —contó el Tomasín a la Otilia—. Me bajé del camión en la central. Yo acababa de cruzar la calle para meterme a una fonda cuando lo vi: estaba estirando los brazos, brincaba como chapulín afuera de una tienda de semillas. Me le acerqué.

—¡Juanillo, loco! ¡Qué milagrazo!

Se abrazaron con alborozo.

—¿Y qué te has hecho, mugre Tomasín?

—Pues me acaban de echar patrás esos güeros cagaleche. ¿Tú qué haces? Te vi brincando como si tuvieras hormigas en el fundillo.

—No seas cora, Tomasín. Estaba haciendo ejercicio. Estirando los músculos. Mira, toca —y le acercó el brazo derecho, doblándolo para

marcar el bíceps braquial.

—¿Y qué: aquí chambeas? ¿Cargas costales?

Así es, respondió el Juanillo: ahí llevaba cuatro meses como cargador.

—Cuéntame, loco —retomó el Tomasín—. ¿Por qué te quedas de este lado? ¿No has hecho la lucha de cruzar pal Gabacho? Allá está la dolariza…

—Ay, Tomasín. ¿De veras quieres que te cuente?

Cruzó al otro lado la primera vez en la cajuela del carro de un matrimonio gringo. Estuvo unos mesecitos lavando platos en aquel restorante de Tucsón. A cuanto paisano se topaba le hacía la pregunta: ¿no conocerá usted a Guillermo López?

—¿Guillermo López qué, morro?

—López López. Vino de parriba, de por Tamazula…

—Así está difícil, compa. López hay muchos, ese apelativo lo llevan hasta los perros… Y además cuál Tamazula, ¿la de Jalisco?

—¿Jalisco?

—¿Qué no sabes que en Jalisco hay un lugar que se llama Tamazula? Uy, de veras contigo…

Nunca nadie le dio noticia alguna, él ni sabía por qué sitio ni cuándo habría su padre cruzado; no traía consigo una foto de ese hombre de brumas. Sonreía al pensar que acaso se habría su padre vuelto milloneta y era dueño de muchos restoranes, o zapaterías, o de algún otro negociazo, y al ver cómo le entraba por la puerta el hijo olvidado en Chapotán se le habrían de saltar las lágrimas: le pediría perdón por no haberse nunca arriendado a traerse la familia, qué bueno que viniste, mijo, ya no sabrás qué es esa cosa de pasar hambres o fríos sin la mano de tu padre que te levante del suelo.

Y no. Nada de eso pasó nunca, pues claro que no.

Un día en una redada lo madrearon bien y bonito: salió con el brazo doblado, las costillas molidas, un diente menos y moretones en la espalda y las piernas. Lo retacharon pal lado mexicano.

Le entró miedo. Pasó hambres y pasó tristezas. Trabajó en un restorán lavando platos, pero de este lado de la línea la paga era menos que una miseria, qué comparación con los sueldos que hay en el Gabacho. Y que se enferma de los riñones, una infección. La seño Dalila, mesera sexagenaria que resultó ser paisana, de un pueblo más parriba en la sierra que se llama Sahuaténipa, le tuvo lástima: lo dejó vivir dos meses en un cuchitril de su casa y le llevaba medicinas mientras él se la vivía tirado, con rachas de fiebre y dolor y pesimismo.

—No la libraba, Tomasín, de no ser por esa santa señora. Voy a

visitarla cada que puedo, le llevo algún dulce, una pepitoria, no sé, cualquier cosa. Cuando ya me curé bien bien hice otra vez la lucha de cruzar, no tuve suerte. Me cacharon luego luego. Y patrás otra vez, mi rey.

Lo había vuelto a intentar luego una vez más, y luego otra. Nada.

—Se veía muy mal el Juanillo —informó el Tomasín a la Otilia—, no te miento. Más güilo que siempre; es puros huesos. A ratos detenía su historia porque le chiflaba el jefe, iba y venía cargando costales. Ya más tardesón dejaron de llegar los clientes y nos pudimos sentar un buen rato en la banqueta. Y sí, le dio gusto verme. Hasta que le dije: "¿por qué no le mandas dinero a la Otilia, cabrón? El chamaquío está igualito a ti. Tiene los mismos ojillos de cabrón bien hecho".

—No seas metiche, Tomasín. Pa qué le decías una cosa así a ese ñengo. Hasta crees que ocupo sus centavos.

—Pues me nació decírselo, chamaca. Se le puso la cara toda seria. Se me quedó mirando con unos ojos tan espesos, tan como estudiándome la cara para ver qué más podría decirle pues a él nada le quería salir de la boca. Al final me cambió el tema el muy listillo. "Es que allá nunca va dejar uno de ser un muerto de hambre, loco", respondió. "¿Qué me espera? ¿Quieres que mi madre llegue a vieja sin tener una alegría? Yo quiero que vea cómo su hijo es capaz de comprarle una tele y ponerle antena parabólica, quiero llevarle serenata a Jesús Malverde en una troca del año que sea mía. Por eso voy a cruzar, vas a ver cómo sí voy a poder cruzar…" No le dije nada. Cargando costales en Nogales o cargando costales aquí en el Garmendia es la misma cosa. Eso pensé. Le dije: "Hay quienes nomás nacemos con pura mala estrella. Hay que aceptarlo. Quién quite y la dolariza no se hizo pa nosotros. Hay quien no logra cruzar nunca, o si cruzamos luego luego nos mandan de vuelta con una patada en el culo. Éste es el cuento de nunca acabar". Y no supe más de él, Otilia. Cuando pasé a la tienda de granos pa despedirme al día siguiente ya no estaba. Lo habían mandado al mercado de abastos manejando la troca de redilas.

—Pues por mí como si se hubiera muerto el fulano —irguiendo el mentón balbuceó la Otilia—. Pa qué lo ocupo cerca si no es más que un coyón sin pantalones.

Lo cierto es que al Juanillo se le quedó en la cabeza bien claro el recuerdo de la platicada con el Tomasín. La imagen de su padre victorioso y rico en el Gabacho se veía tan tenue y falsa en su pensar: luego de estos años el dolor pesado en el vientre se le volvía porfiado en las noches al recordar el nombre inexpresivo del padre y ya no se

hacía películas risueñas de reencontrarlo, igual y el compa había sido un buenopanada y se habría muerto de sed en el desierto o le dio la migra una golpiza con toletazos en el cráneo, habrá quedado mal de la cabeza y tal vez se haya muerto aullando incoherencias con camisa de fuerza en un manicomio sin acordarse jamás de su familia. Por más que apretara los músculos del rostro no podía evitar que el flujo manso de agua amarga se le extendiera por las paredes del abdomen, haciéndole conocer la sensación de un hueco que se le agrandaba entre las vísceras, un hueco en que todo era frío y lánguido y desesperanzado y entonces sí quería llorar mucho. Agarraba a golpes el bulto de salvado o de sorgo hasta que el cansancio lo domaba y por fin se iba durmiendo.

Llegaron a la tienda dos batos en troca del año. Cinto pitiado, botas de piel de víbora, camisas azules de rayón manga larga y el corrido de Lamberto Quintero a todo volumen en el estéreo de la camioneta:

Quisiera que fuera cuento
pero señores es cierto…

Él había reparado en ellos varias veces. Ya tardesón —tipo seis, siete de la noche—, cuando acá estaban por cerrar la tienda de granos, esos batos se estacionaban a media cuadra y entraban a la cantina del Remigio Lira. Venían casi siempre en varias camionetas y de una de ellas, rodeado de tres o cuatro empistolados, se dejaba ver el jefe: era alto y enjuto, la piel pálida de un muerto, a veces de lentes oscuros, el sombrero blanquísimo ladeado, con mueca agria o sangrona de estar a punto de soltarse un pedo. Era el famoso Chaca.

Esta ocasión, los dos clientes de la troca habían pasado a hablar con el dueño de la tienda de granos al cuarto del fondo y ya había acabado el Juanillo de echar los costales en la troca, cuando se le acercó al hombre que manejaba. El puro nervio le hacía sentir perros y gatos peleándose en la panza. Aquel bato era gordo y tenía ojos salientes de sapo cansado. El Juanillo sacó el pecho, afiló los ojos en expresión de seriedad.

Le habló: oiga, amigo, yo me llamo tal y tal, soy de tal lado, aquí me tiene, deme chanza de.

El bato se rio primero. Le apretó los músculos del brazo en tanto escupía al lado.

—No se te ve que tengas madera pa este jale.

—Verá que sí, don…

—No muelas… —y se subió a la troca.

Dos semanas más tarde, otra vez vinieron:

—De veras, don. Yo soy bien bueno pa pegar chingadazos…

—No sabes de qué estás hablando —y sin hacerle más caso se marchó.

Hubo una tercera vez. Apenas lo vio acercársele con cara muy sonrisuda, el hombre gordo lo detuvo:

—Esto acá es cosa de hombres, velo sabiendo…

—Soy bien hombre —se moría de miedo al hablar— y eso no me libra de pasar hambres canijas.

El chofer le sonrió. Se le quedó viendo mientras su compañero, en el asiento del copiloto, lo instaba a apresurarse.

—Ta bien. Deja le digo al Chaca. A ver si lo agarramos de buenas. Pero te voy diciendo que el jefazo no se anda con cosas. Si nos sales marica te quebramos.

¿No es una herencia la sed de infinito?

9

Le sorprendió hallar cerrada la puerta. ¿Habrá salido a dónde la Alma Delia? Era martes pasado el mediodía; siempre la hallaba a estas horas en los viveros. Luego de quitarse el mechón de la frente, levantó Narsia la vista al cielo escrutando el grosor lechoso de la luz. El sol de invierno reposaba en las copas de los árboles, se dejaba caer blando en los senderos y sobre los techos de las dos oficinitas con matices de sombra y frescura tan alejadas de las agrias estridencias de calor que se dejan sentir en el resto de la ciudad.

Antes de tocar a la puerta de la Alma Delia, el ruido de pasos la hizo volver el rostro. El hombre era alto y muy flaco, salía detrás de los troncos y entonaba, trastabillando, la frase de una canción en inglés. Lucía la camisa desfajada, barba de tres días y una botella en la mano derecha. Al ver a Narsia, el hombre sonrió. Luego de abrir los brazos, le guiñó el ojo izquierdo. “¡Oh, lalá! Una roquera tan respetable, ¿de qué parte de California nos visita la compañera?”

Ella se le acercó. Apenas hubo recibido el tufo del alcohol, cerró los ojos y subió la cara. El hombre se llevó la palma a la boca, como si quisiera reprimirse la risa. Elevó la botella y, viéndola a contraluz, señaló el dibujo de la mariposa en el vidrio. Soltó la risotada. “¡Se nos acabó! No te puedo invitar, Janis Joplin, por favor dispénsame…”

—Brincos diera por tener la voz de Janis Joplin…

—¡Y qué bueno! Esa pobrecita se petateó a los veintisiete. Qué flojera morirse tan joven y no haber conocido Nicaragua… —la mujer frunció la cara en gesto de perplejidad—. ¡Ni-ca-ra-gua! —silabeó el hombre en voz muy alta. De súbito, alarmado, abrió mucho los ojos mientras buscaba ver detrás de Narsia, como temiendo la aparición del enojado vigilante—. Nicaragua, allá viví, allá estuve a punto de casarme… pero no me casé —se talló la mano contra la camisa y extendió la palma—. Farid Castillo, mucho gusto, feliz año 2009, ¿todavía se puede felicitar por año nuevo? Ya casi es 28 de enero, cómo me hiere esa fecha, a don Lamberto Quintero lo seguía una

burra prieta —sin esperar que ella respondiese, dio dos saltitos, dobló en el siguiente sendero y sólo le llegó a Narsia el carraspeo de su voz.

Ella lanzó un suspiro.

No habían existido los viveros en su infancia ni en su juventud, antes de que a mediados de los sesenta se fuera a la Ciudad de México por tantos años con su esposo y su primer hijo. Los ideó el alcalde Escalante allá por los ochenta. Dedicar seis manzanas de la zona sur de la ciudad, en medio de colonias pobres y olvidadas del erario, fue visto por los pudientes como dispendio, la megalomanía de ese político que aspiraba a gobernador del estado y sólo iba a heredarle al valle de Colhuacan un elefante blanco, la deuda de millones y el espacio boscoso insustentable en que —acusaban— los hijos de albañiles y secretarias habrían de venir a esconderse para culiar y emborracharse. ¿Gastar tanto dinero para tener puro matorral?

Se enteró ella de todo esto cuando volvió a vivir acá en el valle. Tenía no mucho que se habían creado los viveros y sus padres, matrimonio acaudalado y prejuicioso en iguales dosis, compartían a la sobremesa las palabras de reprobación que era común ver en las columnas políticas de los periódicos. El alcalde había concluido su periodo de gobierno, lo dejaron con un palmo de narices cuando vino la selección interna del candidato que el partidazo presentaría en el 92 —en su lugar fue nominado aquel ingeniero agrónomo, subsecretario federal entonces, que llevaba toda su vida en la capital del país lamiendo suelas y tejiendo alianzas— y se retiró de la vida pública. Eso sí: seguido se veía en las tardes a un hombre encorvado, calvo, flacuchento caminar por los senderos de aquella silenciosa creación. El guarura lo seguía a pocos pasos. Cuando alguien le quería sacar plática o un reportero pretendía entrevistarlo, el hombre se tapaba la cara con las manos y pronto el guardián lo acuerpaba: “El Altísimo respeta a los varones de paz”, decía éste, al modo de una contraseña entre mafias. Se hizo así el rumor de que ese anciano era el propio fundador, pero a nadie le consta porque ya ha pasado tanto tiempo y en la hemeroteca no hay registros de que esos paseos ocurriesen.

Dónde estará esa muchacha, a menos que haya ido al baño… ¡Nicaragua!, ¡Janis Joplin!, repetía riéndose Narsia. No vio a ningún grupo de escolares a los que la Alma Delia tuviese que acompañar en sus visitas guiadas. La cortina gris no permitía ver el interior de la oficina a través de la ventana. Tendría que dejar esta costumbre suya de caerle de sorpresa a la gente, debí haberle hablado anoche para avisarle ai te caigo mañana.

No lo haría: perro viejo no aprende trucos nuevos, y ya estaba ella muy vieja. Acababa de volver luego de dos meses y a pesar de las noticias tristes le fluía la sangre, cálida y risueña, sólo de figurar en su sentir que pronto escucharía la voz de adolescente ronca de su amiga y exalumna y nuera, recibiría su perfume de flor de almendro como la caricia del rayo del sol al despertar si los rayos del sol fueran una fragancia. Ver sus ojos color canela y los hoyitos que se le hacían en los cachetes la entusiasmaba. Pegó con los nudillos, de adentro vino la voz recia. ¡Pase!

Era viril la voz. Luego de abrir la puerta entre las sombras distinguió la mujer el rostro anguloso, el cabello muy corto, casi a rape, y los ojos entrecerrados del hombre de piel muy pálida que con desconfianza buscaba adivinar quién será esta intrusa.

—Ah, caramba. ¿Y la Alma Delia, mijo?

—Buenas tardes, se dice. No trabaja aquí ninguna Alma Delia.

—Qué barbaridad, muchacho —riéndose entró y tomó Narsia asiento en la silla frente al escritorio, vacío de papeles y sólo habitado por la computadora y la taza de café—. Cómo no va a trabajar aquí Alma Delia Aguirre. Lleva años en esta oficina. ¿Tú quién eres? —luego dio una palmada sobre el escritorio—. ¡No me digas que la corrieron!

Él se puso de pie y caminó hacia la puerta. Al pasar al lado de la intrusa recibió el olor a jazmín blanco que le hizo apretar la nariz. Luego de asomarse por el sendero entre las filas de acacias, volvió la cara hacia la mujer, quien fijaba la vista en la piel guinda de la taza, ahí se leía en blanco la palabra *Papálotl*. Era la mujer de poco más de sesenta años, muy delgada y blanca, de rostro arrugado pero jovial, el pelo castaño claro y la vestimenta propia, pensó él, de jipi que al resistirse a la vejez más la delata: falda larga de tonos ambarinos y gualdos, pulseras y dos collares —uno traía en el dije una aventurina verde y el otro una sodalita color añil de puntitos blancos.

—No tengo tiempo para atenderla, disculpe —pareció extender la mano como despidiéndola, al final se contuvo—. Quiero decir… No deseo ser grosero.

Pobre chamaco, pensó mientras discernía en él las ojeras de vampiro niño que tuvo su hijo Adrián, el tic nervioso en la ceja derecha de quien a duras penas sobrevive al mustio trasegar de sus demonios. Ella tuvo ese relampagueo en las sienes propio de un descubrimiento que nos emociona y llena de inquietud a partes iguales. Éste es de los míos; qué lástima. “Mijo, la Alma Delia ocupó este escritorio muchos años. Es una amiga muy querida. Me da pensión saber qué le pasó.”

—Entiendo. La verdad, yo no traté a ninguna Alma Delia. Me contrataron hace una semana y ahora éste es mi lugar de trabajo.

—Oh. Bueno… Ya veré dónde anda esa mujer. Déjame decirte en todo caso que traes el aura muy gris —el índice derecho señalaba la frente del hombre—, ¿en qué andas metido? —soltó el murmullo.

Detenidos en el silencio incómodo volvió a elevar la voz: “Hace bien sacar las cosas…”. El hombre no supo qué decir. Balbuceó, trató de llevarse la mano derecha al cuello y luego carraspeaba. Frunció la cara.

—Está bien, no me cuentes —había abierto ella su bolsa y en la mano tenía la piedra blancuzca de forma irregular—. Se ve que ocupas esto. No, no me lo rechaces… Es un cuarzo, velo bien. Es más, estúdialo. Esos rayos opalinos se van a ir moviendo entre la transparencia. Poquito a poco. Haz de cuenta que desde orita tu calma queda amarrada al ánimo de esta piedra. La dejas aquí en tu escritorio dando de cara a la puerta. Estos viveros son un paraíso pero hay quienes por dentro somos el caos en estado puro.

Se puso de pie canturreando una tonada mientras sin más dejaba la oficina y con paso liviano cruzaba el sendero hacia la salida.

Los días que siguieron hacía el Arsenio descansar la barbilla sobre las manos entrelazadas y veía las formas del cuarzo a mitad del escritorio. Seguía los caminos de la luz por las paredes de la piedra; pero ¿qué más? ¿Algo mutaba en el interior de esa materia? Era sólo un objeto. Salvo cuando había visitas de escolares o algún cursillo de botánica requería boletín de un día para otro, su labor era muy relajada. Traía a su hija por las tardes luego de recogerla del colegio y de llevarla a comer. La Irlanda se ponía el cuarzo en la mano, le soplaba, acercaba sus ojos; hasta le puso nombre. Hola, Robusto. ¿En qué piensas? ¿No te aburres de estar viendo todo el día la cara de pollo de mi anciano padre? Sal a caminar, mira qué lindos los arrayanes. Lo llevaba consigo entre los árboles, hasta que al volver lo dejaba en el escritorio y se ponía a hacer sus tareas. Ya no me saques plática, Robusto. Tu vida ha de ser bien fácil, qué envidia. Los cuarzos no llevan clases de Mate ni tienen que preocuparse de las balaceras.

Salían a las cinco, ella acababa sus tareas ya en casa y luego se ponía a ver la tele, tomaba prestado el celular de su padre para jugar o le hablaba a su abuela Francisca mientras él hacía la cena. El jueves conducía el hombre hacia el rumbo del Palacio de Gobierno y la capilla de Jesús Malverde para llevarla a un consultorio con peluches, juguetes y pósters de colores ubicado en el tercer piso de

uno de los pocos edificios altos de esa zona. Una hora después salía la niña, de ojos llorosos y gesto enmudecido. Era la psicóloga joven, de cara abotagada, siempre de sudadera y pants grises, el pelo lacio de un castaño oscuro lo traía suelto o a lo sumo recogido con una liga.

Al principio la mujer citaba cada mes al padre, solo. Mientras le hablaba de la niña, él movía el cuello a un lado y otro, se rascaba las sienes, extendía y recogía las piernas. Fijaba la vista en los labios de la mujer, gruesos y resecos, reparaba en la cara pálida que nunca lucía maquillaje, los ojos muy separados le daban una impresión de frialdad y temía oír de la mujer la revelación de un veneno caído en el alma de su hija, el descubrimiento de alguna grieta dañada que él no hubiese para entonces advertido y que lastraría el futuro de la Irlanda, volviéndola una menor de edad perpetua. El oficio de la paternidad devendría inquietud pesarosa, la ocupación fatal de toda su vida.

Nunca hubo nada así. Con el tiempo esas charlas en que discutían estado de ánimo y evolución de la Irlanda fueron raleando hasta que sólo si había algo disonante ella le hablaba por teléfono.

La niña había pasado al principio semanas de insomnio, ansiedad y miedo. Al despertar, le pesaba la luz sobre los ojos como un error de la naturaleza; daba un paso y en la espalda se le ceñía una malla de acero, por dentro un reptil de sombras le robaba la energía inocente de las vísceras. Respiraba y el aire se le volvía en las fosas nasales, en la garganta, un desierto de ausencia. A catorce meses del tiroteo, aún hablaba de su madre en presente.

Esbelta y de redondos ojos negros, la niña lucía para este tiempo un tono de voz liviano, sin quejumbres ni espesores llorosos; no era extraño que recurriera a chistes en que, como antes, se burlaba de su papá o también de sí misma; en esa voz el hombre oía la angosta serenidad de una novicia que ha tenido que madurar antes de tiempo pues hubo de conocer la cara rota del abismo en sus años tempranos. Iba la niña dos fines de semana al mes con sus abuelos maternos, se quedaba desde el viernes en la tarde y volvía a la casa de su padre el domingo. Aunque batallaba con algunas materias, comenzando por las matemáticas, no era su conducta motivo de reprimenda por parte de las profesoras.

—Se siente mal porque no ha tenido la regla, ¿te ha dicho algo? —era la llamada semanal de la abuela Francisca—. Le ha de dar pena hablar de ese asunto contigo. Ya casi todas sus amiguitas están pasando por eso y…, bueno… Esperemos que cumpliendo doce… Ya sabes cómo es ella, mijo: me habla de esto haciendo chascarrillos, pero sé que le abruma.

Él bajó la cabeza, se llevó el pulgar y el índice a los ojos mientras fruncía la boca y con la izquierda sostenía el celular; jalaba el aire. No faltaba mucho —quiso responderle—: en seis semanas sería el cumpleaños de la niña. Soltó un "ajá" solamente. Al abrir los ojos, vio por el pasillo a dos chicas adolescentes de uniforme escolar que se hablaban al oído y se reían escrutándose con ojos intensos que parecían decirse algo más, una de ellas tenía un dejo de hambre y de extravío en la mirada, como quien ha llegado a ese punto feliz de la embriaguez en que la vida no ofrece muros ni espinas.

—Le pregunté si quería fiesta de cumpleaños y nada más se quedó muy seria. Mi marido también le sacó el tema y esta pequeña mejor hizo pucheros. Mi señor es medio imprudente, le dijo: "Tu mamá no se va a enojar en el cielo si te ve celebrando tu cumple con tus amiguitas de la escuela". Y fue peor. Se metió la pobrecita a llorar al baño. Eso sí, pronto salió y en poco rato ya estaba de payasa otra vez brincoteando y diciendo chistoretes.

Quedaron de hacerle sólo un pastelito sin piñata ni nadie de la escuela, cocinarle algo que le guste, frijoles puercos, enchiladas suizas, carnes en su jugo… Ya el año que entra habrá de tener mejor ánimo y le organizan para entonces una cosa más en serio en un salón de fiestas con pizzas y la muchachada de la escuela…, de la secundaria, para entonces ya estará en la secundaria, acuérdate, Arsenio.

Luego de la llamada, salió el hombre a estirar las piernas por entre los árboles. Traía el ánimo inquieto. Veía en el celular su guía de contactos: uno tras otro recorría nombres, apodos, apellidos, algún "cerrajero", algún "dr urólogo" que al surgir en la pantalla le hacían evocar un rostro pero no lograba traerse a la memoria el nombre ni el apellido que se ocultaban tras uno u otro oficio. Llegó por fin al nombre que buscaba. Sólo decía: "lauro rivas".

Respiró profundamente. Es un hijo de la chingada. Que él te hable, no seas pendejo.

Guardó de nuevo el celular.

Solía llamar a su padre allá muy de vez en cuando, para felicitarlo en Navidad o en su cumpleaños, el 4 de junio. Ahora faltaba tanto para esa fecha. La idea de marcarle traía consigo aquella sensación de jalar el aire con un resto de fatiga. Mira, apá. Quiero que veas crecer a tu nieta. No me gusta que nunca se traten. Escuchaba en la mente la voz de su padre con acordes risueños de burla: el hombre le pediría a su hijo dejar el valle y mudarse al puerto, olvidarse del periodismo y trabajar en algo que deje más dinero. Sólo de suponer

esas cosas, olas de rencor le ensuciaban el pecho: era la ira del hijo contra la distancia del padre, la voz alejada del padre cavando en el agravio del hijo. Mira, apá: iremos este fin de semana a visitarte. Quiero que veas más seguido a tu nieta. Y que le hables bien, sin tus sarcasmos de siempre.

No tenía sentido hablarle. No lo haría. Es mi padre y nunca viene, no se le pierde nada por acá. ¿Cuándo vino a verlo en aquellos tiempos en que estuvo en la universidad? ¡Nada de eso! No supo de él cuando nació la Irlanda, cuando el propio Arsenio estuvo en el hospital a raíz de aquel accidente, ¡fue por estas fechas!, se van a cumplir ya nueve años de eso… Cuando tuviste que hacerte cargo tú solo de la niña, ¿te ofreció ayuda? Ni madres.

Guardó el celular en el bolsillo del pantalón.

10

Fue el último de tres hijos.

Le tocó ir creciendo a como veía el andar enfermo de la madre. Ella entraba y salía del hospital, hablaba con dolor avergonzado, tenía que guardar cama largos días y tristes meses —si bien hubo lapsos en que se ponía en pie, andaba en la cocina trajinando, vivía al pendiente de que los plebes hicieran la tarea, llevaran limpio el uniforme al colegio.

Y un día el tiempo hizo ver su cara de tundra. Él tenía trece años —en la entrepierna un triángulo negro quería definir su madurez, sufría vagos anhelos, sueños, no vivía— y, de pronto, en el mediodía de su corazón, ya su madre no volvió de la clínica en silla de ruedas.

Llegó para quedarse en la vida de los hermanos Rivas Gastélum la tía paterna, la tía Milagros. Desde antes, en los últimos meses de la enfermedad de su cuñada, iba y venía esa mujer al supermercado, llamaba al chalán de don Lauro en la frutería más cercana para que le surtieran la despensa, daba instrucciones a la cocinera y a la muchacha del quehacer; con la muerte de la cuñada se mudó finalmente al caserón de su hermano. Llevaba la tía Milagros ya años separada de su esposo, nunca le daría el divorcio, eso es pecado, decía, no me iré al infierno sólo porque ese cabrón quiera casarse con una güera oxigenada, una resbalosa que levantó ve tú a saber en qué esquina. Vendía productos de maquillaje y suplementos nutrimentales de casa en casa con parientes, amigos, conocidos. En el día a día era una mujer práctica, hacendosa, serena, de pómulos duros, nada expresiva; con los sobrinos era servicial pero sin dejar ver jamás el jade del alma: no había calor de sobra en sus palabras, no blandura de más en sus gestos.

Y el Arsenio todo ese tiempo de la infancia y los primeros años de la adolescencia solía ver poco a su padre. El hombre era dueño de varias fruterías en la ciudad, además un día quiso probar suerte en el turismo y con dos socios compró un hotel por Olas Altas. Los dos hijos

mayores rápido que se integraron a la chamba con el padre: no tenían ni catorce cuando por la tarde ya andaban el Vicente y el Alfredo aprendiendo a manejar y así traían y llevaban la troca, iban a recoger un cheque, cargaban pacas de limones, costales de mandarinas… Muy de cuello alzado ya presumían poner comida en la mesa familiar.

Cuando iba en segundo de secundaria, salió el Arsenio con que deseaba ser arquitecto, luego que “artista multidisciplinario”, después cineasta. No desvaríes con esas cosas, Vampirito —lo bajaba a la tierra su tía Milagros—. ¿Quieres que tu padre te mantenga hasta los cuarenta? ¿Crees que él va a estar contento con ideas guajiras? Eso qué va a dar de comer.

Él más se enojaba.

Aquel domingo era el bautizo del sobrinillo Ulises en el salón de fiestas Butterflies y que viene la pregunta del Remigio, uno de los parientes ahí sentados: “Y tú, campeón, ¿es cierto que andas acabando la secundaria? ¿Decidiste ya qué vas a querer ser de grande?”. Él dijo: “Cualquier cosa menos”, hizo una pausa, en un gesto de cautela, “comerciante de fruta”.

El padre se hallaba en el otro extremo de la mesa. Levantó la ceja, dejó el tenedor sobre el plato de barbacoa. Escupió al lado. Vio a su hijo: carita flacucha con marcas de acné y ojeras de desvelado, brazos largos y esqueléticos, el cuello tendido hacia adelante, la camisa de cuadros punzós y azules se le veía floja. Aquel cuerpillo se atrevía a decir esa barbaridad. Ya sabía desde antes que ese chamaco era un contreras, si yo decía blanco él decía negro, siempre —se quejaba años después el padre con Milagros cuando salía a la charla el nombre del hijo pródigo asentado lejos, en el valle.

Lo quería, cómo no se va a querer a un hijo…, pero si me aprietas mucho te diré que en aquella época, cuando el cabrón andaba en la secundaria, en la prepa, yo me sentía a disgusto cada que debía andármele acercando, tenía desde entonces mala vibra, como dicen los jipis. ¿A poco no?, niégalo. Desde bien mocoso era chillón, quebradizo, de cualquier cosa se enfermaba, en primaria una vez se le infectaron los oídos, otra vez le salió una cosa rara en la planta del pie, bien chamaco, y tuvo que traer bastoncito por un rato, daba lástima de puro verlo. No creo que algún día lleguemos a estar él y yo en el mismo canal.

Cada que el hombre lo buscaba, el hijo bajaba los ojos, parecía resoplar; lo rehuía. Si estaban a la mesa y el hombre le preguntaba qué tal la escuela, Arsenio, el cabrón sólo me decía “Bien, apá”, puras

palabras cortas, igual que si le fuera a salir sarro en la lengua por hablar conmigo. Cómo no le iba a andar yo llamando la atención, conteste bien, mocoso, no está usted hablando con el pordiosero de la calle.

Vino entonces lo de la fractura. El padre se quebró la pierna derecha, su chofer andaba con él y lo arrió en la troca hasta la clínica, ahí llegaron el Chente y el Alfredo muy acomedidos, ellos sí saben tratarme, bien apegados a lo que uno ocupara, cómo se siente, apá, no le duele mucho, apá.

Horas después salió el hombre del hospital con yeso y muletas. Andaba muy lampareado, confundido, se me removió mucho todo por dentro con esa fractura, ¿ya estoy viejo o qué?, me preguntaba. Uno se siente bien quién sabe cómo, todo raro…, te va cayendo el veinte de que ya no eres el mismo de siempre, todo robusto y echado padelante; los hijos crecen y uno se hace viejo y se te quiebra la pierna, es la ley de la vida. Ocupa uno saber entonces que tienes a tus plebes ahí pendientes de ayudarte al tomar una silla, de acordarte apá, ya le toca su pastillita blanca de las ocho, jefe, aquí le acerco la muleta, no se me vaya a caer. Pero el Arsenio qué chingados hizo: ni una vez en ese tiempo me llegó a preguntar cómo se siente, apá, ocupa que le sirva de algo, apá. Sólo se sentaba a comer: buenas tardes, buenas noches. Volvía a su cuarto quesque a estudiar, siempre estudiar. Se te va a secar el cerebro, qué maestros buenos panada hay en esa prepa que dejan tantísima tarea porque no saben enseñar bien, válgame Dios.

Ya en el último año de bachillerato, estaba el chamaco duro y dale con que se iba a la capital del estado, no pudo elegir ciudad más calurosa y fea, a estudiar periodismo, no salía de eso. Claro que su padre terminó aceptando, un primo de los Rivas Loaiza de allá le dio el dato de una casa de estudiantes cerca de la facultad, nunca le faltó nada esos cuatro años a mijo, sus tres comidas, ropa, calzado, pa invitar al cine a alguna morra, hasta pa condones y el hotel te aseguro que le alcanzó con lo que yo le enviaba.

Al principio iba el Arsenio al puerto los fines de semana en el autobús, pero a como pasaban los meses fue el chamaco incumpliendo el compromiso, son tres horas de una ciudad a otra y él empezó a salirme con que tenía tareas en equipo, exámenes y proyectos de investigación, guiones, prácticas de campo y esas cosas. Nada: no quería estar volviendo.

Cuando se recibió vino al puerto y le dio a su padre una copia enmarcada del título que lo tildaba de licenciado en Ciencias de la

Comunicación, dichosos los ojos, mijo, no sé si este papelito valga anque sea la tercera parte de uno de médico o de ingeniero, si quieres vente a trabajar conmigo en algo serio, te pongo a atender la caja en una de las fruterías.

Y vaya chasco: le anunció el hijo como toda respuesta ya tengo trabajo allá en el *Últimas Noticias*, entro el día primero del mes quentra.

Así pasaron los años. Se encarriló en el periodismo. Hizo su camino. Muy bien, me da gusto; pero no me he muerto, Lauro Rivas sigue siendo su padre, aunque no venga nunca a verme, aunque yo le valga una pura y dos con sal…, aunque me hable muy desganado allá cada cuando. Se enoja si le contesto la llamada echándole carrilla de esto o de lo otro, no se toma a bien el menor chiste, tiene la piel muy delgadita, pero se ve que eso quería, Milagros: salir corriendo de la casa de su padre.

—Ya, hombre. Pareces disco rayado. Te la pasas hable y hable de él, si tanto te encabrona pues ve y jálale las greñas. Dale esos buenos cuartazos que no le diste de plebe.

—Tampoco es pa tanto, cómo crees. Se trata de mi hijo. A un hijo se le aguanta todo, empezando por la ingratitud y acabando con el olvido. No le guardo rencor, tú lo sabes; pero tampoco creas que me tiene contento.

11

Luego del pitazo, se elevó el ruido por todas partes: gritos y aullidos salían de las gargantas en el graderío, hombres, mujeres, niños aplaudían, se daban abrazos y brincaban. El sonido local emitía un alegre desfile de trompetas bastardas y la voz de un hombre en quién sabe qué palco se comía el micrófono felicitando a los jugadores, claro que iban —vociferaba— a ganar el campeonato. ¡Estaban en la liguilla! ¡Tercer sitio de la tabla general! Le acababan de ganar al segundo, ¡y por goliza!

Primera vez, y última, que lo acompaño a estos trajines, pensó la mujer. El culpable de este dolor de cabeza era un hombre alto y robusto, lampiño de piel blanca y ojos asiáticos. De camiseta azul marino con franjas doradas, el hombre se le acercó agachando la cabeza mientras le ponía una mano en la cintura y con la otra quiso acariciarle la mejilla. Ella echó el cuello hacia atrás. “Mijo, vámonos yendo”, murmuró.

Eran pasadas las ocho, ya había anochecido. Filas de gente descendían sin prisa entre las gradas, comentaban, reían, se palmeaban en los hombros y dejaban caer en el piso vasos de unicel con sobras de cerveza, bolsas de frituras o platos de plástico que exponían restos de hotdog, cátsup y mostaza.

El Marcio en silencio le sonreía mientras, a paso de tortuga y entre empujones, avanzaban hacia el pasillo. “¿Te gustó, linda?” Señalaba nervioso hacia la cancha donde aún se veían jugadores, camarógrafos, niños corriendo tras un balón rezagado. “Sí, pero me engenté”, respondió ella sin levantar la vista. “No entiendo por qué tanto griterío.” Al ver su gesto de acritud, él apretó los labios. Parecía concentrado en recordar algún chiste, no lo hizo: en la zona de túneles ella se encaminó rumbo al baño, haciendo con la palma abierta la seña de que la esperase.

Halló una fila de ocho, diez mujeres y ahí mismo se apostó: no podía esperar a que llegasen a su casa. Lanzó un suspiro y se quedó

viéndolo a la distancia: él tenía el brazo recargado contra la columna, luego saludaba a un morro de barba vestido también con la playera auriazul del equipo, acompañado de una joven morena de pelo muy corto.

No era feo el Marcio. Pero no debían seguir. ¿Cómo decírselo? ¿Él lo aceptaría sin lastimarla? Hacía tres meses y medio que eran pareja formal. Se habían conocido un viernes en el banco haciendo fila; ninguna cajera parecía desocuparse, llevaban fácil diez minutos esperando y dos que tres clientes habían empezado a chiflar y a quejarse. Ella no traía prisa pues hoy su ex recogía a la bendición en la escuela. Quizá por eso venía ligera y descansada; no había problema en seguir esperando, además traía consigo la novela de Ruiz Zafón de la que llevaba cien páginas leídas.

Detrás, alguien dejó salir carcajadas cuando otro de los clientes hizo un chiste sobre la lentitud de las cajeras, que hallaba semejante a la lentitud con que balbucía sus arengas el político Pérez Gracia, candidato presidencial conocido por sus iniciales como el Pege, derrotado el año anterior y de cuya torpeza oratoria era común echar carrilla. Aunque el chiste la pareció estúpido, aquella carcajada sonó tan jovial y genuina que la mujer se dio media vuelta. Encontró frente a sí a un grandullón: por los hombros amplios y la cabeza de estatua olmeca, creyó verse frente a alguien tosco y carente de luces. Pero hubo un suave llameo en el tono liviano, sin caer en lo coqueto, que usó el hombre —al identificar la mirada de esa mujer de ojos tan chispeantes— para algo parecido a una invitación. Guiñándole con fingida torpeza, le dijo: “Podemos ir al Panamá de ahí enfrente, pedir unas carnes en su jugo, tomarnos una fresada y cuando volvamos… la fila seguirá igual”.

Ella se detuvo en la armonía de sus ojos rasgados, que le daban un aire sereno y parecían equilibrar su altura y corpulencia: era un monje budista sabio resignado a cargar el abdomen de un vikingo. Esa conjunción de fuerza física y sosiego tenía otro encanto: su voz de barítono. Le sonrió ella a como lo escuchaba hablar de los platillos del restorante ruso que acababan de abrir a media cuadra, único en la ciudad: era la voz viril sin caer en la rudeza, suave y etérea pero no débil elogiando el sabor de ajo, cebada y cordero de palabras nuevas como *golubtsi*, *kotleta* y *varéniki*.

Pasaron a las cajas. Cuando ya hubo hecho su diligencia, el bato la esperó: en tono serio volvió a formular la invitación de verse para comer: ella dijo que sí, claro, la semana próxima, asintiendo con la cabeza.

Él había estudiado medicina del deporte —contó al otro día en el restorán—, era coordinador docente de educación física en las prepas de la Autónoma. Al ver que ella echaba los hombros hacia atrás y fruncía los ojos, él sonrió relajando el tono: tenemos mala fama, lo sé, muchos maestritos se la viven en la desidia y los plebes en el destrampe, pero yo a mis profes sí los traigo vigilados, a mis morros los hago correr y sudar si quieren sacar diez. Aunque, de ser sincero, lo que más lo emocionaba era su nueva apuesta: junto a su hermano había abierto la franquicia de tiendas de ropa Farfalla, tenían locales en Colinas de San Miguel y Plaza Fiesta. Era divorciado, sin hijos. No, fue su exesposa quien no había querido… Igual y no quiso arriesgarse a que los plebes nos salieran chinitos, dijo sonriendo mientras usaba el índice de cada mano para hacer como que jalaba las comisuras de los ojos.

—¿Entonces pa qué se casó contigo? —ella pegó con la mano en la mesa dando salida al tonillo de falsa indignación. Él se volvió a carcajear, mostraba las palmas abiertas en el gesto de quien no entiende las cosas y que a ella le causó cosquillas de risueño cariz en el vientre y el pecho.

—¿Y tú qué tal? ¿Eres soltera?

—Sí, pero ni cuenta: tengo una bendición.

Apenas empezó la mujer a hablar de su hija, él suavizó el gesto: irguió el cuello, movía la cabeza de arribabajo o recargaba la mitad de la cara en la mano derecha con el índice extendido hacia la sien mientras parecía meditar, los ojos entrecerrados, en lo que ella anotaba las dificultades de criar a una chamaca como su hija: le salió voluble, terca, llorona, a ratos chantajista, convenenciera y bien pilili. Al tiempo de hablar, ella escrutaba el rostro del Marcio: bajaba un poco la voz en tanto iba esquinando la mirada para desentrañar si esos gestos sensibles eran auténticos o pura simulación.

Se siguieron viendo entre semana o cada finde que ella no tenía a la nena. En algún momento se besaron, él la invitó a su casa, ella se quedaba a dormir y al día siguiente iban al Panamá a desayunar o incluso se escapaban a tomar el sol en Altata o a comer pescado zarandeado en Playa Ceuta.

Dos semanas atrás fueron a comer al Templete, en Sanalona: ordenaron el aguachile para empezar, luego la mojarra y callos de lobina. A la hora del postre, ella pidió el helado de galleta María y él estaba por encargar el flan napolitano cuando de la cocina vieron salir al morrillo: flaco y muy pálido, de catorce años, traía mandil azul, soltaba clamoreos, sacudía en el aire lo que parecía un tenedor. Se

pusieron de pie los comensales, dos o tres corrieron a la salida. Un hombre gordo de sombrero ladeado desenfundó la pistola gritando amenazas. Desde la caja se acercó al joven aquella mujer que bajo el mandil color hueso traía un vestido rojo bermellón. Con su ágil moverse le tumbó el tenedor de un manotazo, se le abalanzó echando el cuerpo, logró así tumbarlo. Le ataron con trapos entre ella y el mesero manos y pies hasta que el chico se quedó en silencio, los tensos ojos fríos por el agua gris del pánico. La mujer lo tomó en brazos a la manera de un bebé excesivo. Sin delatar esfuerzo se dirigió a las escaleras de la planta alta. El mesero movía las manos delante de su cuerpo con las palmas abiertas invitando a los comensales a volver a sus sillas; pero el Marcio canceló los postres y pidió la cuenta en tanto lucía los ojos rojizos y en la voz una grieta de vidrioso apremio.

Ya venían de regreso al valle cuando él, sin quitar la vista de la carretera, dejó salir el acento alterado, tieso e inseguro de quien busca defenderse de una velada insidia al tiempo que teme las secuelas de abrir el secreto que lo avergüenza:

Su ex y él —contó— vivieron juntos tres años y medio; se habían casado luego de una relación de novios que había durado un lustro. Así, pues, vivieron de todo; casi todo. Aunque cada vez reñían más seguido, planeaban encargar dos o tres hijos una vez que ella terminara la maestría que cursaba con el apoyo de la empresa de producción y venta de carne de res en que era subdirectora de área.

Pero llegó el día en que el Marcio hizo aquel viaje a Guadalajara. “Es el sepelio de un familiar de mi amá que tenía mucho tiempo enfermo”, dijo a su esposa mientras llenaba el maletín con la muda de ropa negra. De vuelta en el valle al día siguiente, ella quiso saber más de ese tío León tan misterioso: ¿por qué nunca le habían contado nada de él?, ¿de qué había muerto?, ¿era primo, hermano o qué era de su suegra? Él fue esquivo y tartamudeaba; era un familiar que él tampoco había tratado mucho, llevaba tantos años en Jalisco y… pues nada, ya estaba viejo… “Pero ¿qué tenía? Quiero saber… Llevamos tanto juntos tú y yo y de repente te sale un tío de la nada…” Su esposa se enteró a los pocos días de la verdad. Y se volvió arisca y seca, no contaba ya nada de sus cosas, evadía desayunar, comer, cenar con él; siempre tenía prisa.

Hasta que se fue.

—Habíamos cruzado un tiempito de no entendernos bien, pero ese cambio en su actitud fue tan… qué te digo…

A la semana, el Rafa, un amigo común, lo invitó a cenar.

—¿Cómo que no entiendes las cosas? No te hagas, loco. La pobre tiene miedo: sí quiere criar chamacos pero no que lleguen a heredar… lo de tu tío.

—¿Qué de mi tío?

—Dice que tú debiste haberle contado de esa enfermedad desde antes del casorio.

—¡Cuál enfermedad! ¡La usa de pretexto! Empezamos de novios en la carrera. Igual y tiene interés en alguien más… Tan fácil como decirlo.

—Tiene miedo de que tú algún día, de repente…, sí entiendes, ¿no?

—¡Yo no soy mi tío! ¿Quién me conoce mejor que ella?

—Tú acabas de decirlo, viejón: ella es la persona que mejor te conoce… ¿Eso qué te da a entender?

—No pude ya contestar nada —pegó en el manubrio con la palma abierta—. Me levanté de la mesa y dejé a mi compa sin despedirme. Cuánto la odié en ese instante.

¡Él quería tener hijos! Pero se sentía ahora sospechoso de ser alguien distinto, de traer dentro de sí un legado enfermo que en un santiamén se haría presente, más allá de su voluntad.

—Ya ni la busqué. Yo estaba dolido en mi orgullo. Y la conozco: si ella dice no es que no. Firmamos el divorcio. Estuve yendo a terapia desde entonces. Simón, es cosa rara que un bato acepte ir a terapia en estos rumbos, ni que fuéramos neoyorquinos. Pero fui; duré año y pico. ¿Sabes cuál fue mi decisión? Me hice la vasectomía.

—¿Tanto así?

En la clínica lo quisieron convencer de que lo pensara dos veces, luego se nos va a arrepentir: si tuviera usted ya dos o tres plebes se entendería… Él fue terco: no les quiso decir que ahora cubría sus huesos un aceite amargo que lo acongojaba, ¿y si transmitía a sus mocosos aquel yerro fantasma?

—Yo no he tenido ningún problema, ningún incidente; me creo…, me sé una persona sana. He ido con psiquiatras, me hice estudios. Mi amá, por muy hermana de mi tío que sea…, ella tiene setenta y no ha dado ninguna seña de…

Cuando llegaron de vuelta al valle la mujer se quedó viendo por la ventanilla. Al despedirse le dio un beso veloz en el cachete, alegó que su hijita estaba por llegar. A lo largo de la siguiente semana, cuando él la invitaba a verse para desayunar o para un café, ella oponía este o aquel imprevisto, cosas del trabajo, pendientes del colegio de su escuincla. El miércoles de la segunda semana él le llamó para

insistirle en verla: ella le dijo el viernes no puedo, tengo cena con mis jefes.

—¿Qué tal el sábado? Vamos al futbol, ¿te late?

La mujer salió del baño a los quince minutos. Enfilaron rumbo a una de las salidas del estadio. El Marcio fue detenido por cinco chicos que lo llamaban "¡profe Yan!", lo abrazaban y le daban palmadas en los hombros. Fuera de ese grupo, mucha menos gente se veía por los corredores.

—Pues yo no entiendo eso de la liguilla —dijo ella lo primero que le vino a los labios, queriendo disipar el humo que sentía movérsele por dentro de las sienes—. ¿Hoy terminó el torneo pero no hay campeón todavía? ¿Quién los entiende? Cuando era morra recuerdo que mi papá le iba a un equipo que se llamaba los Ángeles de Puebla. Tenían el uniforme blanco marcado por una franja roja. Eran bien maletas, pero él había vivido de joven dos años allá y por eso les echaba porras. Y como nunca ganaban no me acuerdo de qué modo se elegía al campeón entonces.

—Es fácil, pon atención —irguiendo los hombros, él jaló aire como retorciéndose para una aclaración de gurú y sabio en tanto extendía el dedo índice—: aquí se premia no sólo la constancia sino la sangre fría: poder ganarlo todo en un solo partido, en el último minuto si es necesario. Por eso, cuando acaba el torneo nadie ha ganado nada: a la liguilla sólo pasan los ocho mejores —y en la última palabra puso el Marcio comillas al aire con el movimiento vertical del índice y el cordial de cada mano—. Ahora nosotros vamos contra el Académicos, en cuartos de final; los que pierden en el marcador global quedan eliminados —la tomaba del brazo dando el efecto de, caballeroso, evitarle algún resbalón con los restos de líquido que hacían brillante el piso mientras le buscaba los ojos. A la manera de un latido anómalo recelaba el rechazo cuando la invitase a su casa, ¿y si era ésta la última vez que se veían? Sólo de pensarlo se descorazonaba, dejando salir un suspiro agrio, exiguo, en tanto fruncía los músculos del rostro.

Ella eludía verlo, entrecerró los ojos como buscando recordar un dato. El dolor de cabeza iba cediendo a como respiraba el aire de espesores frescos que venía por los túneles del lado del río. "¿Y si los Dorados son campeones en esta liguilla ya vuelven a primera división?", preguntó al fin.

Viéndose en la salida de Rotarismo, él se percató de que habían descendido por el túnel erróneo: habían dejado el carro en otra sección, en la zona sur del estacionamiento; era cosa de caminar medio kilómetro.

Fue entonces que, pocos pasos a su derecha, vio el Marcio de relance al grupo de personas. Supo bien por qué esas presencias le alebrestaban la paz: eran cinco hombres a cada lado del muchachillo flaco y ojeroso, ebrio o drogado al parecer pues trastabillaba soltando ruidos guturales. Iban escoltándolo, con gesto de hacer al lado de mal modo a quien estorbase.

El bato que se ve más cerca es moreno y de estatura baja, lleva chaleco marrón y sombrero texano. Ese hombre mismo voltea entonces a ver al Marcio: yergue la cara, el ceño híspido, de la ceja a la mejilla se le hunde una cicatriz; deja la mirada en el Marcio con insolencia, examinándolo.

El desconocido escupe. A dos metros de la pareja cae la saliva.

Con mala inquietud aflojándole la quijada, está el Marcio por mover el brazo derecho para indicar a su compañera el sentido de sus pasos. Quiere alejarse de esos tipos, ve del otro lado a tres jóvenes con aire de estudiantes y al vendedor de paletas heladas que lo hacen sentir impensadamente acompañado.

Se oyen de súbito frenar tres camionetas, se oyen pasos, saltos, gritos.

El tiempo se fuga en un declive de vértigo y vacío.

De los primeros tiros que salen de las trocas dos le dan en la sien y en el pecho a la Rubí. El Marcio deja caer su cuerpo sobre el de ella, abriendo los brazos.

12

Pocos días después del ataque a las instalaciones del diario, el subdirector Crisantes hubo de volver a sus labores, recuperado de la cirugía. Al sábado de la semana siguiente, la Rubí fue asesinada fuera del estadio de futbol. Todo esto a finales de noviembre de 2007.

Pidió el Arsenio licencia de seis días: ocupaba resolver tantos problemas nuevos ahora que la niña vivía en su casa. Había que dedicarle tiempo. Dejarla que estuviera llore y llore en su hombro. Y si él salía de trabajar a medianoche del diario no quería saber de su hija cenando sola o con una niñera adormilada que sólo la escucharía gimotear. Los abuelos maternos se acomidieron a cuidarla, él por culpa o desconfianza no los tomaba en cuenta.

Cuando regresó de la licencia tuvo que aceptar el hecho de que los horarios del periódico eran incompatibles con la crianza de esa niña que no dilataba en entrar a la adolescencia y quien podría estar dando señales de algún tipo de depresión o cosa parecida. Además, no había olvidado la imagen de la cabeza sangrienta del Julio Gaspar Arteaga.

—¿Sabes, bos? —le dijo aquella vez a Crisantes—. No puedo seguir. Me bajo de este tren.

Tobías Crisantes respondió:

—Ay, loco. Ojalá no te arrepientas —se cubría con las manos el cabello canucio, la redonda cabeza.

—¿Qué otra me queda?

—Te entiendo. Contrario a tus usanzas, esta vez decides lo correcto —la voz salía pausada, como si fuera avanzando en terreno disparejo antes de salir de sus labios—. Si algo lamento yo es que no vi crecer a mis hijos. La adrenalina aquí en la redacción es apasionante —señalaba con el índice y los ojos más allá de los vidrios el ir y venir de reporteros y practicantes—, uno puede vivir aquí todo el día, todos los días…, pero allá afuera qué rápido se mueve el tiempo. Ya son adultos mis plebes, ya se casaron, ya me dieron nietos; pero

no me conocen, y yo no los conozco de a de veras.

Se puso de pie. Estaba viendo de reojo hacia el privado del dueño, en el extremo del pasillo, donde la secretaria de Silva tocaba a la puerta y luego giraba el picaporte.

—Y es oficio muy ingrato, la verdad. Qué te puedo decir que no sepas. Nada más somos esclavos de lujo de gente rapaz que siempre va a tener otros intereses.

—Ese quirófano te volvió fatalista…

—No, déjame acabar… Uno se marea con el podercillo que te da el andar traficando con la rotativa, pero nada de esos espejismos te salva cuando estás muriéndote de miedo frente al horror de la enfermedad y te preguntas ¿qué chingados hice con mi vida? Simón, mijo. Dirás que esto me lo estoy robando de una película cursi de Hollywood, pero ese tiempo en el hospital estuve sacando cuentas. Ningún sueldo compensa lo que pierdes aquí —se había sentado en el borde del escritorio y ahora llevaba la venosa mano al hombro derecho del Arsenio, que sin querer advirtió una mancha rojiza, como de mole o salsa de tomate, en la camisa color hueso—. Se la señaló y Crisantes hizo mohín de enojo, trató de limpiarla con saliva.

Ya que hubo renunciado, siguió el Arsenio Rivas buscando a su exjefe. Le hablaba para saber chismes de la política y del gremio, se veían a media mañana en el café. Mucho tenía el hombre aún de viejo maestro, pero con los años había también asumido el papel de hermano mayor: su hablar no caía nunca en el rencor, el insulto ni la maledicencia. El tono mesurado de su voz y ese rostro redondo que llamaba a la placidez hacían sentir bienvenido cualquier arranque de duda, cualquier inquietación que el más joven llevaba a la plática: a diferencia de lo que fue su trato con hermanos o compañeros de la universidad, no sentía el Rivas que ante su exjefe tuviera que mostrarse procaz, tajante, macho o carrilludo, en esa competencia de burlas y veras por mostrar quién la tiene más grande a través de agresiones verbales que gustan decir en cualquier charla baladí la mayoría de los varones de esa tierra. Y él siempre había sido, y hasta hoy lo seguía siendo, el fuereño, un rostro de distancia y recelo, un patasalada que sin embargo no siente nostalgia del puerto natal.

Fue Crisantes quien, luego de la renuncia al periódico, lo recomendó para una plaza muy sedentaria en comunicación social de una dependencia medio afantasmada del gobierno del estado. Nada que fuera exigido ni de emergencias todo el día, nada de andar mañana, tarde y noche oliéndole los pedos al secretario Obeso o al diputado Delgadillo. Aunque ganara tres veces menos, qué importaba.

Lo que el Arsenio quería era sacar el trabajo en la primera parte del día para ir por la Irlanda a la escuela y pasar tiempo con ella en la tarde, viendo que hiciera sus tareas, en una de ésas, ya que tuviera mejor ánimo, meterla a clases de natación o taekuondó. Así pasó casi todo el 2008: su chamba fue en esa oficina editar por las mañanas una gacetita sobre información fiscal y financiera para microempresas hasta que vino el cambio en Palacio de Gobierno: el partido del Chema Ferreira perdió por paliza la elección a gobernador y a fin de año llegó una camada de funcionarios del norte del estado a quienes ni Crisantes ni el Rivas conocían bien bien. Hubo el bato de firmar su renuncia pero en el municipio, comenzando el año, surgió un jale en los viveros haciendo cosas de edición, difusión, relaciones públicas…

La terquedad de un mocoso atolondrado que no escuchó razones: así tildó años atrás su padre la decisión de estudiar periodismo, y así habría, hoy también, de ratificarla, de echársela en cara: te lo dije, cabrón, ai vas de pendejo a no hacerme caso. La única forma de vencerlo —se había dicho, recién egresado, aquel día que le llevó el título al puerto— era con una carrera brillante y poderosa, codearse con los políticos, llegar a tener caserón de tres plantas y antena parabólica en una colonia rica como la Chapule o la Guadalupe. Se fijó desde el día uno la ambición de dirigir el *Últimas Noticias*. Escaló con disciplina, desvelándose, corriendo, reventándose el seso. Y hoy no tenía nada. Ahora, cerca de los cuarenta, se hallaba de retache en la casilla de inicio, extraviado, desperdiciando su experiencia. Lo que un día de fines de 2007 le pareció urgente —cuidar su propia vida luego del atentado en que lanzaron la cabeza del Gaspar Arteaga, cuidar de su hija huérfana después de la muerte violenta de la madre— hoy se adelgazaba: le faltó malicia para acomodar las cosas a su favor, para no perder lo ganado al tiempo que calmaba su mala conciencia de padre viudo. Era peor, ahora, oírse dentro —insistente— la voz agria de aquel comerciante de fruta del puerto.

Buscaba el Arsenio no pensar en ese hombre de cabeza alargada, nariz aguileña y ojos alegres y burlones a quien una verruga sobre el labio superior le daba el aire de galán otoñal de película en blanco y negro. Batallaba el Arsenio para barrer de su mente esa voz y esas facciones. Podía pasar —es cierto— días, quizá semanas sin acordarse de él. En esos lapsos se creía más liviano con la decisión que había tomado de renunciar al diario, no le importaban el currículum ni la antigüedad que había botado a la basura, me volveré a levantar, todo esto es un paréntesis mientras mijita crece, haré un día mi revista y todos me voltearán a ver con envidia. Pero no duraba

mucho esa persuasión y, otra vez, volvían la saña contra sí y el rencor contra su padre. Poca paz conocía.

Se recargó en un sauce. Ya tendría que volver a su oficina. De nuevo sacó el teléfono. Estaba por marcar ora sí el número de su papá cuando entró una llamada.

—Te llamé con el pensamiento, loco —dijo el Rivas.

—No puedes vivir sin tener cosas bonitas en la cabeza, hermanito, lo sé. Oye, viejón, agárrate porque si no te irás de espalda: ora sí me jubilo —y Crisantes se carcajeó mientras el Rivas lo felicitaba—. Ya el viernes es mi último día. Y doy un fiestononón este fin. Quiero que vengas tú y te traigas a tu heredera. Mi mujer la quiere apapachar. No se va a aburrir: estarán tres de mis nietas, son de su edad, les tendré un cuarto con juegos de mesa y donde podrán estar tragando toda la pizza que quieran. Además le tendré regalito.

Se le movió al Arsenio en el pecho la ráfaga de un calorcillo mientras volvía a su oficina. Le daba gusto por su amigo, al fin se libra de la esclavitud; pero conociéndolo no va a tardar en aburrirse de su nueva vida. A la hora de sentarse al escritorio, el Arsenio cerró los ojos: un regusto a fierro le nació en la garganta y le ensució la saliva apenas se acordó de su padre. Como se les cruzaba la invitación de Crisantes, ya tenía el pretexto para no ir a verlo este sábado, aunque más adelante sí podrían viajar. No urge… Lanzando un suspiro, tomó el cel y ya buscaba el número de su papá cuando la pantalla viró a negro, un foquito rojo parpadeó hasta apagarse en la esquina del cubo oscuro. Confundido, intentó encender el aparato. Y nada. Habría querido reírse. Lo conectó a un cable y se aseguró de que la batería se empezara a recargar. Luego de ponerse de pie, tomó cualquier revista del librero y, apenas hubo cerrado con llave la oficina, se enfiló por el sendero de las acacias.

Dejó volar el pensamiento: ya se veía en una cafetería de aquí enfrente hojeando la revista, estirando las piernas. Dejaría pasar la mañana sin la menor prisa, olvidado de ese deseo no del todo fuerte de buscar a su padre, nada urge en la chamba y si algo urge que se aguanten y me esperen.

De pronto el brazo dulce de un olor a jazmín blanco le hizo levantar la cabeza, afinar la nariz. Escuchó aquella voz femenina entonar atenuada los versos de una canción:

—Árboles de la barranca,
¿por qué no han enverdecido?

—Es que no los han regado
con aguas del río florido…

Caminó tres pasos y, viniendo por el sendero de los encinos, vio la figura esbelta, el rostro sonrosado y la falda de vetas cetrinas y atigradas. Sin saberse por qué tan contento, una solar sonrisa le moduló amable el tono de la voz: “Mire nada más qué coincidencia”, dijo. “Discúlpeme porfa que la otra vez fui tan sangrón. Traía cuatro perros peleándoseme en el cerebro. Hoy sí quiero saber cómo tengo el aura, dígame cuánto me cobra…”

13

La Alma Delia tuvo que entregar la renuncia pues sus modos desenvueltos, su espíritu tan fuera de lo común —fueron las frases que usó el nuevo funcionario— no se condecían con el perfil colaborativo que el señor presidente municipal estima propicio en los compañeros y compañeras que coadyuven, usted entiende, todos estamos de paso, nadie es dueño de su escritorio, así es la política, por lo menos en Mexiquito así es y no tiene sentido pelearse con esa realidad, ¿verdad que usted lo tiene claro?

—Pero ¿qué necesidad de todo ese rollo? Tan fácil como decirte que querían tu plaza para dársela a un recomendado.

La Alma Delia sintió que iba perdiendo energías a como el gerente de recursos humanos le extendía una hoja de papel con dos párrafos, ciudad y fecha, su nombre al calce.

—Éste de los viveros ha sido el empleo más chingón que he tenido. Que tu oficina esté en medio de los árboles, lejos del ruido de los carros, que el viento te roce la cara apenas te asomas por la puerta… Y atender a los morritos, me llenaba de vida estar entre puro chamaco y hablarles de botánica y escucharlos hacer chistes tontos. ¡Me terminé echando nueve años ahí!

—¿Y firmaste? Una liquidación es lo de ley, ¿qué no?

—Yo no sé pelear. Esa gente juega sucio. Te levantan un acta porque te echaste un pedo y se descompuso la engrapadora, te acusan de daño patrimonial…

Narsia iba a decir otra cosa. Se detuvo.

La miró estudiándola: los ojos acanelados, largos, con ese dejo de soledad y lejanía, de soñar con otros sitios, parecían oponerse a la normalidad casi olvidable de la nariz recta y la frente amplia. Esa normalidad se esfumaba cuando, al sonreírte, se le marcaba un hoyito en cada cachete, y con eso la mujer perdía veinte años y ante tus ojos se volvía otra vez la novia jovencita del Adrián saliendo de un aula. Y es que la había conocido, a esta misma Alma Delia, bien morrita, allá

en la Ciudad de México. Narsia la tuvo como alumna en el curso de Teatro y Mito que daba a los alumnos de primer ingreso en la UNAM. Al tiempo la chamaca y el Adrián empezaron a andar de novios, fueron pareja en aquellos años hasta que ella terminó la carrera.

Cuando ya estaban las dos mujeres de vuelta acá viviendo en el valle, por el 93, se veían cada cuando, si bien la amistad se hizo más fuerte luego de la muerte del Adrián, en febrero del 2000. Antes, no era difícil perderle la pista a Narsia: apenas terminaba sus cursos y cuando menos lo esperaban ponía llave a su casa y se trepaba a un avión, pasaba meses en Portugal o en la India, se iba a Italia, España, Corea, adónde no. El dinero no fue nunca un problema. El dinero de su padre le había resuelto la vida. No hablaba nunca Narsia del dinero. Del suyo. Porque del ajeno sí se preocupaba: algún amigo, amiga, algún antiguo alumno en aprietos y entonces… "Qué vas a hacer ahora, mujer. Tienes lana para aguantar cuánto tiempo. Dime con confianza, que de algo sirvan las joyerías Castell…" La Alma Delia enderezó los hombros, sorprendida. "Que no te dé pena, chamaca…"

—Nunca hablamos de dinero tú y yo, ¿verdad? —le acarició el cachete izquierdo a Narsia—. Se siente raro. Se te olvida que no tengo hijos, y la casa en que vivo es mía. Además tengo ahorros. Desde hace tiempo he estado ahorrando, ¿te acuerdas que te dije? Quiero ir al Tíbet… por tu culpa.

Narsia estiró el cuello. Abría mucho los ojos. "¡Nunca me habías dicho! ¡Qué maravilla! ¡Y eso no sería una culpa, mijita! Y yo no creo en la culpa, no me hables de esas cosas tan cristianas por favor."

Allá por el 84 había Narsia viajado al Tíbet con Adrián, que iba saliendo entonces de la adolescencia. Pasados los años, ella le dio a leer una vez a su amiga el diario en que había registrado las escalas, audacias y epifanías del viaje, y que publicó en la revista *Fractal*: el aterrizaje en Nueva Delhi con las mochilas y los *sleeping bags* extraviados, aquella escultura de madera de la diosa Parvati cabalgando un dragón azul con la espada flamígera en la mano derecha que vio en Katmandú, el té con mantequilla de yak que toman los campesinos a lo largo de la mañana, el pasaje de tres días en autobús para cruzar la frontera y llegar a Lhasa con sus atardeceres grana y malva sobre los picos nevados, las manadas de perros famélicos y calamitosos por las calles a los que ni las sobras de comida se ofrece pues son almas de pecadores, las representaciones de Budas encolerizados que requieren mostrarse espeluznantes para así vencer a las deidades malévolas…

Muda se quedó Narsia. Alejó el rostro de la mirada de su amiga, se

puso de pie y volvió con galletas para acompañar el café turco. En otras circunstancias ya se habría querido andar anotando con esta chavala para viajar al Tíbet. Le dio pena incluso creer que la Alma Delia esperara el ofrecimiento…, vayamos juntas, mija… Pero no; se evitaban los ojos.

No aguantó más. Toda seria, la jaló de la barbilla, se la apretó de hecho sin percatarse de la molestia en el gesto de su amiga: “Me habría gustado mucho que nos hiciéramos así de amigas desde más antes, corazón. Podríamos haber hecho ese viaje juntas. La habríamos pasado bien de verdad”.

La cara se le puso a la Alma Delia toda colorada. Empezó a respirar agitadamente. Sintió como si encima del corazón le caminaran gruesas botas de gente marchando. “Nada de eso se puede ahora.” Narsia le soltó la barbilla finalmente. Qué pasa con esta loca, pensó la Alma Delia. Nunca le había escuchado ese tono tan así de funeral.

—Ya estoy vieja, eso es —rompió la tensión Narsia con la misma grave expresión aunque luego una sonrisa forzada habría buscado dar a su voz algún viso medio juvenil—. Ya voy para sesenta y ocho en noviembre. No aguanto los trotes de otro viaje. Eso me quedó claro ahora que anduve en el De Efe…

—Oye, me preocupé. Te pusiste tan…, no sé, tan seria, sentí feo en el pecho, me dio mala espina. Como si algo malo te hiciera doler el corazón…

El rostro de Narsia se volvió rígido; subió la ceja izquierda, los ojos se veían marciales.

—¡Tú qué sabes del corazón, de sus dolores! No te me pongas a decir tarugadas. ¡Yo estoy bien!

Se levantó lanzando el cojín al suelo, caminó hacia el fondo del pasillo, entró a su cuarto. Permaneció en su sitio la Alma Delia, veía por la ventana los cables de la electricidad, el azul palidísimo del cielo simulaba la sobria belleza del aciano al diluirse en la luz frágil de la tarde. Seguía alarmada. Pero una cosa bien sabía: cuando Narsia pone ojos de pistola lo mejor es dejarla en paz, no llevarle la contra ni darle cuerda.

Había pasado cosa de minutos cuando escuchó a su amiga entrar al baño, el agua salía del grifo, luego emergió secándose el rostro con la toalla verde olivo. “Mi amor, te traje un regalito de mi viaje a Tenochtitlan…” Cuando volvía hacia la sala llevaba ambas manos tras la espalda, sonreía con gesto pícaro de niña.

Ya no volvió ninguna de las dos a hablar del Tíbet.

Narsia iba los martes a los viveros poco después del mediodía para invitarla a comer al restorán vegetariano Parákata, bien cerca. Luego de acompañarla de vuelta, Narsia se quedaba aún largo rato en que iban hasta la puerta de la oficina de la Alma Delia, luego ésta a su vez la encaminaba entre los sauces de vuelta a la salida, se quedaban ahí varios minutos.

En otras ocasiones era la Alma Delia quien le hablaba por teléfono, ya casi al salir del trabajo: paso a tu casa en media hora, en una hora, ¿se puede? Narsia le decía vente, corazón de mil amores, te espero. Ponía el café, hacía ensalada, alguna pasta, sacaba un vinito, totopos y dip de garbanza o berenjena. Sin reparar en el sonriente paso de las horas, podían pasar de un asunto a otro, desde las grillas del grupo de teatro de la Autónoma en que las dos estuvieron antes y donde aún tenían dos que tres amigos y otros que no lo eran, o los destinos de cuanto alumno llamaba el ojo de oráculo de Narsia —hay una mocosa adorable en la Casa de la Cultura, se llama Dalila: le leí su carta astral y su gran bronca es con el padre, no sé si sepa vencer su adicción a sabotearse—, hasta historias de sus amores —al cumplir cincuenta años decidí que ya no quería saber más de los señores, y lo he cumplido, muchacha, así que no te me quedes chillando por ese móndrigo del Mauro Yaín—, hablaban de las flores de Bach, aspectos, tránsitos y progresiones de los astros, libros, música, películas, chismes de la política…

Esta vez que se vieron le contó Narsia de su encuentro con el nuevo, ese hombre flaco y alto, de nariz ganchuda, ojeras de Drácula y piel muy pálida, aunque me quiso dar la impresión de grosero no se la compré. Le regalé un cuarzo; ya sé que no he aprendido nada y siempre quiero andar redimiendo a la gente de alma atropellada, pero… Se me quedó dando vueltas en la cabeza porque tiene un aire a quién crees: a mijo.

—Oh —y la Alma Delia irguió la espalda. Narsia sonrió. Luego bajó la cabeza, se subió la mano derecha a la cara y posó los dedos en el ojo y la mejilla, quiso decir algo y la voz se le quebró antes de nada.

Su amiga dejó salir un suspiro. Le tomó la mano y le fue descubriendo el rostro. “Se van a cumplir nueve años, mujer”, pronunció.

—Lo sé, Almita. En una semana —la voz de Narsia salió traslúcida como saldría, si hablara, la voz de la calcedonia—. Este año cae en domingo. En eso llevo pensando cada día. Me viene al cuerpo esa sensación de ahogo, de mariposa pisoteada. Me doblo. Cada vez se siente peor esta víbora, esta mandíbula de asco que me muerde al

acordarme de mijo. No lo aguantaré.

—Cómo no. Eres una sobreviviente, Narsia. Víboras o no víboras, tú puedes con todo.

—Y para qué sirve eso. No, hijita. Ya no quiero seguir haciéndome la invencible. Eso me está haciendo pomada…

La Alma Delia se estremeció. Cómo no iba a saber lo que vibraba en el aliento de su amiga: el Adrián recargado contra el barandal del balcón, ella y su exmarido en la puerta que daba a la sala, el Adrián viendo a la distancia, con su sonrisa de astucia huye del último jardín de su infancia y se entrega como simiente con sed de muerte al otro sueño que mora en la cicatriz del asfalto. Diez pisos. Narsia y su exmarido nada más viéndolo, gritaban. Vieron desde la altura el cuerpo del hijo sobre la banqueta. Y el golpe de una punta de fierro se le hundió a Narsia en el pecho, ahí se sigue enhebrando hasta hoy en día. Se lo ha contado Narsia varias veces. Luego de aquello vendió la casa que tuvieron acá sus padres en la Rosales. Renunció a sus clases de teatro en la Autónoma. Le dejó la revista a su socio Martín Ernesto y se fue a morir a Lisboa.

Pero no cayó en la muerte allá en Lisboa.

La Alma Delia dejó correr esos instantes y le empezó a decir a Narsia lo que sabía del nuevo por su cuenta. Ya la habían puesto al tanto de la historia del bato este dos compañeros suyos que ahí siguen: ese compa llegó a tener alto puesto en el *Últimas Noticias*, llevaba ahí varios años subiendo escalones hasta que un día mataron feo a su ex. No salió en ningún lado el nombre de la mujer porque sus jefes hicieron las llamadas necesarias a los colegas de los demás medios. Fue la vez que pistoleros de los Zetas balearon al nieto del Mayo afuera del estadio de futbol de los Dorados. Un daño colateral, Narsia, eso le tocó ser a la mujer aquella.

—¿Tanto así? No deberías usar esa frase, chamaca.

—Y lo que ocurrió fue que después el Rivas este se salió del periódico, renunció diciendo que ocupaba cuidar a la plebe que tuvo con la pobre mujer.

—Tiene una hija —murmuró Narsia, como si aquilatara el descubrimiento de esta cosa muy prístina que se le había escapado—. Eso era lo que vi entonces.

La Alma Delia fijó la mirada en los ojos café rubio de Narsia: con la palabra *ver* su amiga se refería a cosas en que raramente llegaba a equivocarse. Conocía la puntería de su intuición. Guardó silencio a la espera de que la mujer algo más soltase. No dijo nada. Arrugó Narsia el entrecejo, cerró los ojos una y otra vez como si quisiera espantar un

estornudo aunque —pensó la Alma Delia— lo más probable es que buscase ahogar las ganas de soltar el llanto.

Al final se puso de pie, moviendo los brazos, y aplaudió.

—Bueno, pues ya. No podemos cambiar de desgracia pero sí de fondo musical —y se encaminó al estéreo. Tomó el disco compacto de *Orfeo y Eurídice* de Gluck. En la carátula se leían, en mayúsculas, los nombres de Fedora Barbieri y Wilhelm Furtwängler. Se lo enseñó a la Alma Delia con gesto de niña traviesa—. Mira lo que me traje del Defectuoso —y empezó a entonar, alargando las palabras y con la voz muy aguda—: *Che farò senza Euridice?*

14

Su padre era un hombre de puro callamiento. Parecía traer oculta una decepción de gigante en el abandono, como si se le hubiera roto la copa de un licor sagrado que no habría nunca de recobrar. Llegó a la Ciudad de México muy joven, a los dieciocho, eso fue antes de la guerra civil; era huérfano y lo recibieron primos suyos que tenían negocios en el Centro Histórico, con ellos trabajó al principio. Fue ahorrando. No volvió a ver a su familia en Catalunya, algunos de sus hermanos murieron bajo las balas de los franquistas, o de los otros, nunca supo ni quiso saber qué bando, y con o sin la muerte del dictador en 1975 no se planteó la idea nunca de volver. Si un día, joven aún, dejó a sus primos y dejó la Ciudad de México para venirse al valle de Colhuacan, a más de mil trescientos kilómetros de distancia, fue porque se enamoró de aquella joven de nombre Esperanza. Acá puso con sus ahorros su primera joyería por la Juan Carrasco, en el mero corazón del comercio de la calurosa ciudad.

Él no le contaba a su hija —por ser mujer y no varón— más allá de dos o tres hechos simples: los huesos puros de su pasado. No le gustaba decir mucho de sí pues temía inspirar lástima, miradas dulzonas que, hombre agrio y de roca y trabajador, no iban con su naturaleza. ¿Tuvo que ver en todo esto el dejar su lengua materna? ¿Nunca fue el castellano esa voz en que se sintiera vehemente y expansivo? Ni siquiera metía notas sarcásticas en la conversación: bastaba verle los ojos para saber que habías otra vez dicho o hecho algo estúpido con lo que él ratificaba su creencia de que nadie era capaz de elevarse por encima de la pobre torpeza. No era la suya una visión trágica del ser humano; antes bien, le parecía esta vida sólo un momento pasajero por el que nuestra carne sin mérito avanza de una noche a la siguiente combatiendo a la serpiente que repta en el silbido de las cosas mientras respira entre la nadería, el olvido y la muerte —así desentrañaba la joven Narsia el pétreo carácter de su padre—. Era la mirada del hombre mudamente recia: parecían tensársele los

músculos de la frente y en torno de los ojos. Esa mirada de espesuras a la manera de un mazo de aire caía sobre tus ingenuidades o tus mentiras o deseos fatuos. Lo recuerda ella: cuántas veces no le vio esos ojos de ónice nocturno lanzados contra su cuerpo esbelto, contra su cara de jovencita ñoña que nada sabe. Sobre todo, esa mirada buscaba hacer tropezar a Esperanza, hacerle ver la tontería de sus vanidades. Nunca lo consiguió.

—Tu padre esperaba de mí a una persona distinta —contó Esperanza—. ¿Qué lo decepcionó? Me esperaba virgen. No sangré la noche de bodas. Me lo hizo saber, se enojó. Pero no le podía decir, no en esos tiempos, que desde plebita mi padre me llamaba a su lado en la tienda, me sentaba sobre sus piernas y con los dedos me lastimaba. ¿Qué habría podido hacer él contra esos ayeres de tu abuelo? Y no fue sólo aquel descubrimiento. Se había enamorado de mi cara lozana y fresca, de mi piel sonrosada, de mi cabello rubio de hija de gachupines, pero no nos conocíamos antes de casarnos. Cómo habríamos podido conocernos. Todo fue tan rápido: yo viajé a la Ciudad de México ese verano del 37 a visitar en vacaciones a los parientes de tu abuelo, nos presentaron en una comida, lo fleché sin querer y para septiembre él ya había venido a pedir mi mano. Cuando fueron pasando las semanas y los meses luego de la boda y encontró esto que soy, esto que siempre fui antes de que me hallara en su camino de grisura por la vida, fue como si se creyera estafado. Él con su mirada de buril podía deshacer el valor falso de cualquier joya, y no me supo ver; esperaba tener por esposita a una princesa que no cagara, a una damisela tiernita y pudibunda que no hiciera corajes ni se entretuviera con las radionovelas. No quiso saber lo que soy realmente. Y no me odia, lo sé. A ratos sospecho que me desprecia, pero sin énfasis, como si despreciarme en forma fuera darme una importancia que por lo demás no le concede a nadie. Más bien le recuerdo sus sueños inocentones de casarse con Blanca Nieves, le recuerdo su enojo contra sí mismo.

Esperanza nunca tuvo celos. De haber sido mujeriego quién quite y su esposo se habría lanzado a buscar la esquiva chispa de la juventud que hay en el adulterio agarrando una morrita y luego otra, por estos rumbos sobran las chavalas guapas. Pero el hombre era de plomo. Vestía de negro, incluso con el sol grueso y quemante de ese verano atroz que no termina nunca y que en el valle parece no cesar de abril a octubre. Casi nunca sonreía, si se le dibujaba la sonrisa parecía sufrir a la manera de un bicho reticente, igual que si le picaran las costillas para obligarlo al gesto y se molestara por no saber cómo ir en

contra de esa exigencia. Además, salía de su cuerpo una ciega estela de vibraciones ríspidas que a mayor vecindad más se llegaban a sentir como el brazo agresivo de música contraria y disonante. Por eso tampoco tuvo el hombre grandes amigos. Hizo vínculos, sí, con otros comerciantes del centro, con proveedores y clientes. Pero nada en él afinaba con el ánimo francote y echado padelante de los batos de aquí.

Cuando Narsia tenía cinco años, y aunque él entonces andaría apenas por los treinta, ya ella lo veía —hoy lo recuerda— como un hombre avejentado, impaciente, sin lisura: él le hablaba con acento duro, daba órdenes fijando siempre límites, le imponía distancia que a ella le hacía nacer la ansiedad como hambre seca en las células; él no le hacía caricias, no le daba regalos ni por error. Espartano, ajeno, quería verse mayor con el objeto de no dar pie a confusiones, como si ser joven significara ser menos respetado o menos serio o menos confiable, y él querría adelantar esa vejez que aún no emergía de las capas inferiores de su cuerpo aunque ya había domado con acritud el oasis nunca vivo de su propio corazón.

Antes de morir —el último año— se llevó mejor con la hija. Ya había enviudado y la ausencia de su mujer parecía hacerlo creer vencedor de aquella guerra en que perdió todas las batallas y sólo ganó la definitiva. Tenía esa actitud de desagravio. Andaba en silla de ruedas, y le contaba a su hija alguna anécdota de los vecinos en la cuadra, hay un ingeniero que es muy persignado y va a misa todos los días, me sorprende que dedique tanto tiempo a Dios, ¿no se aburre?; o se acordaba de algún colega comerciante del centro que acababa de morirse de un cáncer, salió la esquela en *El Debate*, siempre le vi la pinta de mafioso, no sé si llegó a lavar dinero de los narcos, era de cara cuadrada, de bigote espeso, un cuerpo muy robusto y tenía esa voz grave que a la menor provocación se enardecía, gritaba, le sudaban las sienes si le llevabas la contra. El desgraciado se me adelantó.

—¿Por qué dejó España, apá? Si su familia no era pobre, ¿por qué se vino a México? —ella había ido empujando la silla de ruedas por la banqueta de la Rosales hasta llegar a la plazuela frente a Rectoría y la Casa de la Cultura. El calor de la tarde fue una cosa aplastante pero ahora que se ponía el sol un vientecillo se dejaba sentir como la mano frágil que te toca el rostro en una caricia avergonzada y fugaz. Esperanza le dijo una vez a su hija que Sebastián no había conocido la miseria en su pueblo del Moianès, y ninguno de sus hermanos emigró a su lado. Lo mandaron, pues, solo, con los primos de acá, en

el otoño de 1934.

A varios metros un grupo de adolescentes hacían trucos en sus patinetas, lanzaban gritos, chocaban las manos. El hombre tensó la frente. No quiso ver a su hija a la cara. ¿Qué habría sido de mí de haberme quedado?, pensó. Tenía dieciocho, ya iba entrado para diecinueve cuando crucé el mar. Pero… *jo mai vaig deixar Espanya, jo mai vaig estar a Espanya*…

¿Para qué contar nada? ¿Ya con ser ella su hija no le ha dejado él en el alma esta aridez, estas ansias que en lado alguno encuentran suficiencia? ¿De qué le serviría que le cuente cualquier cosa si no para agriarle la saliva del pensar? ¿Acaso no es una herencia la sed de infinito?

Los padres habían muerto cuando él era un *nen* de dos años. Fue criado por dos hermanas mayores. Eran muchachas recias, de facciones duras y secas, los ojos mínimos y penetrantes, de un negror que los hacía fieros y ajenos. Ellas se hicieron cargo de los tantos hermanos *més petits*, de varias edades. Eran pues familia grande: en la casona siempre había trajín, enojos, visitas, gritos. El Sebastià nació con hermana melliza. Era rubia, de trenzas, mejillas encendidas, ojos color canela y labios carnosos. Desde el primer día de su razón recuerda que andaban para todos lados juntos. Se reía ella; se reía él. Y el Sebastià la defendía siempre. Si la iban a azotar por travesuras, él sacaba el pecho, péguenme a mí mejor. Una mirada cómplice o agradecida que le dirigiera la Lluïsa, y no se requería más para que el flaco cuerpo de su *germà* se riera por dentro con el galopar de sangre veloz y caliente.

Però la Lluïsa se'n va tornar un altra. Luego que cumplió catorce fue alejándose, no le gustaba que él se le quedara mirando su carita rosada, sus ojos vivarachos y pícaros. Le empezó a contestar feo, le daba la espalda si él buscaba acercársele, él se le había vuelto un sapo oscuro, el recuerdo de un ser bochornoso que hay que hacer al lado. Así pasaron esos años; se fue tendiendo entre ambos una malla de sordinas y frialdades. Él, cada vez más dolido y agrio, se mataba trabajando en los sembradíos. Y un día la empezó a rondar un…, un *noi*. Era joven, alto y fornido, de sonrisa fácil y ojos que parecían estar cantando una canción embaucadora. Ella buscaba cualquier chance para escapar de la casona, quería verlo. Hasta que el Sebastià los encontró: volvía de la siembra con la espalda y las piernas fatigadas, la frente polvosa y llena de sudor. Ella contra el sauce, el muchacho con los brazos le rodeaba la cintura. Ellos no me veían. Me los encontré… Ahí me quedé parado, me subían brasas de la planta de

los pies. No puedo olvidar el rostro de ella: su cara de síes y lucecitas en los ojos cuando lo veía, no olvidaré jamás qué le decía. Iba yo escuchando su voz exaltada, balbuciente, y esas palabras no eran para mí.

No saps quin dolor.

Fue como si en el pecho le cayera el tronco de un pino rojo.

Cuando el *noi* montó su caballo y se fue, él salió de entre los arbustos. Las pisadas hicieron ruido. Volvió el rostro la Lluïsa y se le vio —como el vuelo de mariposas negras— el susto en los ojos que ahora se le habían puesto llenos de alquitrán. Quiso correr, se tropezó. Grité, la jalé del cabello, le tiré patadas. Le pegué en la cara, le pegué en el pecho. La pude haber matado. *Quant l'odiava…* Hubo un momento en que se me volvió de *pedra el braç*. No podía moverlo más. Me detuve. Ya ella tenía la cara ensangrentada, sólo gemía mi nombre, tirada sobre la tierra dura.

Su hermana mayor, la Mercè, estaba afuera del corral cuando los vio llegando: el Sebastià con la Lluïsa en brazos, la cabeza de ella colgaba al modo de la mano fría de un niño muerto. *Jo vaig ser*, confesó el muchacho, *jo la vaig colpejar*. Discutieron sus hermanas: ya se habían dado cuenta, desde cuándo, que él tenía en su interior un ascua herida y taciturna cada que ponía la mirada en el rostro de su hermana. Y eso llegaron pues a decidir: mandarme acá. Deshacerse de mi ser.

Le escribí cartas a la Lluïsa. Le pedí perdón. Le decía *vine amb mi*. Nunca me contestó. Alguien me dijo que tiempo después habría muerto de parto. Luego vino la guerra.

El padre seguía callado. Narsia se agachó y le pasó el brazo sobre la espalda. *La teva mare mai va saber d'això*. Tu madre tenía alma tan frívola que nada más se habría puesto a bailar sobre mi cara y la cara de mi morriña. Pero todos estos años he sentido que sin la Lluïsa perdí la mejor mitad de lo que yo era. He andado caminando a tientas desde que llegué a este yermo sin ojos color canela que es tu país. ¡Estuvimos juntos en el vientre de mi madre!

El hombre no dijo nada. Ella estaba temblando. Podía ver en el ceño fruncido, en el espesor agrio de los ojos, que su padre escuchaba una oscura música hecha de gemidos encarcelados desde cuándo y que le salían por los ojos haciendo ver las puertas de un mundo de clausura y pérdida. Se descubrió Narsia a disgusto consigo misma, no debí haberle preguntado. Fue como si hubiera echado tinta en una pila de agua. El hombre carraspeó.

—Catalunya o México… La vida es la misma cosa, mujer —suspiró

al fin mientras movía la mano derecha igual que si lanzara una pelota de hule. Al escuchar el zumbido de un mosquito, soltó—: ¿Trajiste repelente? Estos mosquitos son peores que tu madre.

A las dos semanas murió, de noche, dormido en su cama.

—Te entiendo muy bien —dijo Narsia al Arsenio Rivas— si me dices que tu papá te resulta un laberinto. En eso también yo tengo experiencia. Mi padre era otro caso clínico…

Esa vez que cantaba "Árboles de la barranca" y se hallaron bajo las acacias y los encinos, ella le aclaró yo no cobro por estas cosas esotéricas, lo hago por gusto. Él la invitó a tomarse algo en el café de enfrente, muchas gracias por el cuarzo, a mi hijita le gustó mucho, hasta nombre le puso. De eso se agarró ella para seguir la plática mientras avanzaban a la salida de los viveros: ¿así que tienes una hija?, enséñame a ver una foto de la pequeña, ¿cuándo es su cumpleaños? ¡Es Piscis!, ay, Dios, no me digas, pobre de ti…

Apenas hubieron tomado una mesa, y mientras la veía enfilar hacia el baño, tensó el hombre los músculos de la cara con una sensación de acritud: ¿qué hago aquí realmente? Como le era habitual, pasaba sin aduanas del entusiasmo al decaimiento, del vigor a la flaqueza, de la confianza al rechazo. Esto de sacarle plática a una mujer así de rara lo veía de pronto como un impulso torpe, qué mamadas eran ésas del aura y de los cuarzos. Se vio poniéndose de pie y caminando de vuelta a su oficina, libre y ligero. Echó la vista hacia la calle; desde la mesa se veía nítido el sol —sobrio y bruñido— de comienzos de febrero que esparcía en el asfalto la luz de agua del cercano mediodía: por la banqueta la joven en pants llevaba de la correa a su perro, de pelaje amarillento, el hombre de camiseta color ceniza apoyaba el pecho contra el poste de la electricidad, se le veía en la derecha una botella verdosa.

La mujer salió del excusado e inclinó el cuerpo ante el espejo, tomó jabón líquido del dispensador y abrió la llave del lavabo. Era esbelta, en efecto, ha de hacer yoga o una cosa de ésas, ¿por qué se viste así?, la blusa y la falda de colores tan chillantes son de alguien a quien le encanta llamar la atención, por su edad ya no está para andar haciendo desfiguros… Lo bueno es —pensaba— que no se maquilla, se vería como una bruja o una puta vieja de las que se ofrecen en el Mercadito, ¿cogerá todavía?, ¿quién querrá meter la monda en una carne ya toda guanga? La mujer se estaba secando la cara con una servilleta de papel. Él hizo el gesto de erguirse de su asiento, volvió a sentarse apenas la vio viéndolo; forzó la sonrisa en tanto ella se

sentaba.

—Fui muy molesta la vez pasada, te pido me aceptes una disculpa. Me sorprendió no hallar a mi amiga en su escritorio.

Él sonrió, agradado por el olor a jazmín blanco que parecía viajar en las palabras de la mujer, se disculpó de nuevo por su tono seco y en cuanto ella escuchó que él le hablaba de usted mostró la palma abierta y le ordenó tutearla. Lo puso al tanto de la situación de la Alma Delia, quiere hacer un viaje al Tíbet y qué envidia me da: no eres la misma persona cuando vuelves…

Ya que la mesera se acercó y cada quien pidió un expreso, siguieron hable y hable de un asunto y otro y otro más: del viaje que ella hizo al Tíbet veintitantos años atrás —no, la verdad yo he sido siempre bastante sedentario si te soy sincero—, pasaban a los escándalos que en la política habían estallado con la llegada del nuevo gobernador, Mario Archivaldo Valdés Loera —matanzas y raterismo por todos lados, dijo Narsia, pero ese pobre tonto lo que quiere es pasársela bailando de fiesta en fiesta, ya descubrió que no quería ser político sino artista de la farándula—, y eso les hizo recordar aquella película con Bette Davis y Joan Crawford que a los dos encantaba, hablaron de la rivalidad entre las dos hermanas actrices que en la vejez viven odiándose y temiéndose bajo el mismo techo y se detuvieron en la escena en que el músico gordito y presuntuoso de saco y corbata toca el piano luciendo gesto burlón mientras la anciana y enloquecida Baby Jane, con demasiado maquillaje y vestido blanco de niña avejentada, baila y moviendo los brazos canta aquella canción inclemente que había sido éxito en su infancia: *I've written a letter to daddy, / his address is Heaven above…*

Al Arsenio le sorprendió percatarse de una cosa: la mujer no era una charlatana de los esoterismos, no una gitana medio chiflada que iba a querer cobrarle por leerle la palma. Sin cuestionarse esa facilidad suya para el raudo prejuicio, vio en ella a una persona seria, viajada, leída y pensante sin afectaciones, una cosa casi inaudita en esta ciudad —rumiaba— nada abundante en gente con sutileza, este rancho de muy pocos intereses más allá de ver telenovelas y beisbol, comer mariscos y carne asada y tomar cerveza. Ella le aclaró viví varios añitos en el De Efe. Se había regresado en el 91, cuando sus padres estaban viejos y enfermos, a cuidarlos; él reparó en la falta de acento en su voz, no tenía el tonito musical y bravío —generoso en la entonación reforzada de la última sílaba— tan propio de sus paisanos.

La disonancia lo ponía en guardia sin embargo: ¿qué hacemos ella y yo aquí?, ¿por qué tendría ella interés en platicar conmigo? Se

quería hacer a un lado ante la noción de que ella pensara en el sexo con él: le escrutaba el rostro chupado y lleno de arrugas, de sequedad paliducha, entre el cabello castaño claro se veían mechones de canas, se imaginaba un cuerpo marchito, sin sudores. Ella le sonreía con sus ojos entre grises y azules. Él no sabía si acaso era un tic muy de ella eso de inyectarle entusiasmo a la voz en sus decires, hablaba ahora de aquella mendiga que conoció en Lisboa. No entendía el hombre por qué habría ella querido leerle el aura, ¿qué busca en mí, no tiene nada mejor que hacer? Martes a media mañana tomando un café con un desconocido…

—Es que los martes voy a una clase de taichí aquí cerca, muchacho, y saliendo me quedan de paso los viveros.

—¿Qué dice mi aura? —la interrumpió y casi al mismo tiempo pareció arrepentirse de llevar la plática a un asunto del que en realidad desconfiaba—. Hay una bronca que no hallo cómo resolver…

—A ver, desembucha…

Tenía rato sin ver a su papá porque desde la adolescencia chocaron una y otra vez y nunca se habían puesto a hablar en un tono libre de regaño o veneno. Desde que murió su exesposa, los abuelos maternos han procurado a la nieta, y él juzga que debe hacer un esfuerzo por que la Irlanda, su hijita, tenga trato y llegue a querer al otro abuelo que le queda. Sólo que hoy todo parece complotarse para que él no marque el número de teléfono del viejo.

—Lo tienes claro entonces —ella lo tocó en el brazo—. No ocupas que te lea ningún aura. Tú no quieres ver a ese hombre.

—Me saca de quicio escucharlo…

—Uy.

—Imagínate que quieras escuchar música en el radio y sólo salen ruidos maltratados. Quiero verlo y no quiero verlo.

—Te entiendo muy bien si me dices que tu padre te resulta un laberinto. En eso yo también tengo experiencia. Mi padre era otro caso clínico… Cuando tenía que hablarle sentía como si no pudiéramos entendernos gran cosa, él era un extranjero en el sentido real pero también de otra forma mucho más exasperante porque nunca peleábamos tampoco.

—¿A qué edad murió?

—A los setenta y siete. Pero ése es otro asunto… Un día de éstos si quieres te leo tu carta astral. Aunque tienes que ir sabiendo una cosa: no es fácil librarse de esta ansia de querer naturalizar al padre, de quitarle su extranjería. No hay de otra: el camino del hijo es buscar al padre, hasta encontrarse a sí mismo.

—Qué chinga. Debo ir a verlo entonces.

—No. Porque no piensas buscarlo para ti, o por ti, sino por tu hija. Si lo necesitaras por algo propio, ya habrías agarrado carretera. Lo más difícil que tienes enfrente es ser padre de tu hija. Y no sabes cómo lograrlo si no supiste nunca lo que es ser hijo de alguien.

—Qué monserga es eso de ser hijo de alguien —el hombre miraba la tacita del expreso entrecerrando los ojos. Un viento de escarcha le daba vueltas a la altura del pecho, volviendo su corazón un bulto turbio y helado que no reconocía.

—Pero mientras cuidas de tu hija, tú eres también tu propio padre.

—Ay…

—Siempre hago lo mismo —sonrió Narsia—. Me pongo densa y la gente no halla cómo levantarse de la silla para ahorrarse mis choros mareadores.

—Espera. Es que he vivido extraviado —el Arsenio estiraba el cuello y jalaba la vista hacia la calle. Se hundió en la silla como si el cuerpo se le rindiera ante la mano sólida de la gravedad—. Es como si viviera en una zona de sombra, una zona de frío —las palabras lo hacían sentir mucha vergüenza; aun así continuó—: Es como si me hubiera faltado un aprendizaje elemental. Por eso he dado tantos bandazos. Pero si algo sé es que a mi hija no quiero que le pase nada…, nada malo, ¿entiendes?

—Ay, muchacho —la voz le tembló a Narsia—. La vida suele ser más cruel con los hijos de quienes tienen sueños candorosos —y una lágrima le fue dibujando en la mejilla un río mínimo tan inesperado cuanto veloz.

—Soy un bruto —balbuceó el Arsenio. Ella se quitó la lágrima esquivando su mirada—. Capaz y dije alguna torpeza…

La segunda vez llegó Narsia con una hoja tamaño oficio: ahí venía el dibujo de una circunferencia repartida en doce ángulos y líneas azules, rojas, verdes cruzaban de un punto a otro. En la parte inferior había signos, abreviaturas, números. La primera línea de la columna lucía un círculo amarillo seguido de una flecha roja inclinada hacia la parte superior derecha.

—No entiendo ni madres.

—Deja eso —y se lo arrebató pegándole en la mano—, esto es un guion para mí —ella evitaba abrumar a sus escuchas con la mención de cuadraturas, trígonos, sextiles, cursos retrógrados o conjunciones; recurría poco a las referencias mitológicas, más bien iba directo a señalar inercias, dones, apegos, sabotajes… Pero esta vez, pensó, se hallaba frente a otro tipo de persona—. El regente de tu signo solar es

Júpiter, el mismísimo Zeus, que rige la casa del viaje, en la parte superior, pero tu sol tan fogoso, este centauro megalómano que aspira a flechar las estrellas, está hospedado casi en el otro extremo, acá abajo, ¿lo ves?, en la cúspide de la casa más profunda, la de las raíces, una casa de agua, regida por la luna lunera cascabelera. ¿Sabes lo que eso significa…?

Se veían desde entonces sin falta cada martes. Ella salía de su clase de taichí, él la esperaba en el mismo café. Sin tiesura ni silencios fríos la conversación se movía hacia acá, hacia allá, el Arsenio pedía un panquecito de elote, otro expreso. Esa paz tan de sangre liviana que nacía de Narsia fue diluyéndole aquel su viejo espesor de la suspicacia y la malicia. Ya habían quedado atrás los días en que, luego de la muerte de su exesposa, temía verse acusado por la Janet, quien podría denunciarlo y meterlo en un problema grave: él habría intentado —diría ella— contratar a un matón a sueldo para matar a la mujer. Pasaron los meses y aquel miedo fue desvaneciéndose; gracias a Crisantes ningún diario sacó la noticia, había habido desde entonces tantas balaceras y muertos aquí y allá que nadie se acordaría de aquel episodio. Ahora caminaba más ligero y por eso no recelaba de abrirse mostrando sus vísceras a esta Narsia, que daba la impresión de hallarse más allá del bien y del mal. Si bien treinta años mayor, Narsia le hablaba con la levedad de alguien que se deja guiar por una sutil infancia permanente, el aire musical de su voz y la fácil carcajada desmentían cualquier rigidez que pudieran evocar al prejuicioso del Arsenio Rivas las arrugas en la frente y en torno de los ojos.

15

Al final de la calle, con su vestido de tonos dorados, la mujer le sonreía, de brazos abiertos. El cuerpo de la niña corrió a su encuentro: veía la piel blanquísima y los cachetes sonrosados de su madre; en los ojos llenos de una paz contenta parecía latir el corazón de la lumbre. Luego se detuvo a dos pasos. Estaban cerca del trabajo que antes tuvo su papá: había pasado muchas veces por este cruce de dos calles estrechas, allá se veían las fachadas de casas viejas convertidas en estacionamientos o en colegios para niños problema.

Mami, ¿estás bien? No supo si lo dijo o su pensamiento era tan fuerte que podía ser escuchado. No sabes cruzar la calle todavía, oyó a su madre hablar sin mover los labios. Y la mujer se daba media vuelta. Ella extendía las manos: No te vayas —quiso decirle—. Al tratar de seguirla no podía moverse. Se veía los pies y en vez de pies tenía frente a sí dos tocones resecos que la fijaban en el asfalto. Iba agachándose, para limpiárselos con las manos, cuando de nuevo la jalaban del hombro.

Era su padre: despierta ya, chiquita, ¿qué estabas soñando así de feo?

Se cubrió la cara. La imagen de su madre se disipó en tanto la luz mineral del nuevo día iba de a poco lamiendo su consciencia. Hundió el rostro en la almohada. No pudo impedir el llanto. Trajo toda la mañana esa congoja. Era un trapo basto raspando las paredes de un sitio sin aire al fondo de su cuerpo. No sabes cruzar la calle todavía.

A la hora del recreo se fue con la Ivette a comerse el lonch sentadas en una banca frente a la cancha de básquet. “¿Tú has visto un fantasma alguna vez?”, le preguntó.

—Si serás tonta —contestó su amiga—, los fantasmas no existen.

—¿Quién lo dice, Ivetilla Pilla Pilla? ¿Y si luego resulta que son como los ovnis, y sí existen?

—¿Dónde, a ver, Ira-landa Panda Changa? Porque las gentes que ven fantasmas se van derechito al manicomio.

—Pues… yo nunca he visto uno…

En la terapia Yadira y ella se ponían a jugar con peluches y rompecabezas, dibujaban, hacían trucos de magia o practicaban trabalenguas. Esa tarde no sabía si contarle el sueño. De hacerlo, temía entrar en preguntas y respuestas que la llevaran a bordear el pozo de magma en que se escondía la voz ida de la madre. Cuando se cumplieron los cincuenta minutos, ella de un salto se puso de pie, aplaudió soltando un grito. Ante la cara perpleja de Yadira, la niña se le acercó y de sorpresa empezó a picarle las costillas.

Al salir del consultorio le preguntó a su padre "¿sí me puedo quedar a dormir mañana con Nanapach?, porfa, di que sí". "Llámale y pregúntale." La Irlanda tomó el cel de su padre.

—Sólo una cosa, mi nena —dijo el Arsenio una vez que la niña hubo colgado toda feliz—. Paso por ti el sábado, tenemos una invitación con el tío Crisantes.

—¡No es mi tío! Además, no quiero ir a ninguna fiesta…

Ella y la abuela estaban la noche siguiente en el sofá viendo la tele luego de la cena.

—Oh, mi niña… —apenas le hubo la Irlanda contado lo del sueño Nanapach gimoteando la jaló hacia sí. A como le daba un abrazo se soltó a llorar y las lágrimas mojaron las mejillas de la nieta; la mujer irguió la cara, inhaló fuerte y se limpió la humedad con el dorso de la mano derecha—. Ya hacía rato que no la soñabas —le acarició el cachete izquierdo, la besó en el cabello. La niña se apretó más contra el cuerpo de su abuela. Era una piel cálida que olía a manteca, como las gorditas dulces de harina de trigo. Y la nieta le recordó que antes, al principio, los días siguientes a que su mamá se fuera, seguido la veía en sueños. Una vez ella iba nadando y allá en la orilla de aquel súbito río su madre le extendía los brazos; por más que ella quería avanzar para reunirse con esa mujer tan suya y tan presente, el agua nunca se acababa: era gelatinosa, su cuerpo batallaba pa moverse, luego no veía más el cuerpo de su madre, sólo la voz llamándola. Ya en la orilla no halló nada salvo una cubeta con cabezas de cerdo llenas de moscas… Despertó sudando.

—¿Será que me quiere decir algo, Nanapach? En una de ésas y no se ha ido bien bien todavía…

La abuela sonrió. Cubrió a la nieta con los brazos y la jaló hasta sentarla en sus rodillas. Le pasó la pequeña un dedo por el mentón en que brillaba la humedad terca de una lágrima. La abuela le dio un beso en la mejilla.

—Te quiero mucha, mocosucha.

—Yo a ti te quiero más mucha, abuelucha.

—Imposible, chamaca. Yo te gano en querencia-más…

—No seas ilusa, Nanapach Pach Pach; ya estás viejita y por eso te cansas pronto en querencia-más, es un deporte sólo para gente superjoven como yo —y la niña le puso la palma sobre la boca, la abuela sacó la lengua haciendo al mismo tiempo un falso gruñido y la Irlanda recogió rápido la mano, fingiéndose dominada por el susto.

Al rato se fue quedando ahí dormida.

Cuando pasó su padre al día siguiente, la niña no se quería ir. “Pues déjamela, muchacho. No pasa nada. Aquí que coma con nosotros.”

—Es que me daría pena con Crisantes, dijo que le tenía listo un regalo.

—¿Un regalo? ¿Qué regalo, apá?

—Sepa, corazona. Tienes que ir pa que te lo dé… Además dijo que iba a encargar pizza.

—¡Pizza, pizza! ¡Quiero pizza! —y la niña se puso a correr en torno de su abuela y su padre mientras bajaba la cabeza y extendía los brazos para al final dar un salto en dirección a la puerta—. ¡Muévete, ancianito, caramba! —y empujó por la espalda a su padre, quien se preguntaba en qué serie de televisión había aprendido su hija a dar órdenes así a los adultos.

Crisantes vivía en la colonia Guadalupe, cerca del templo guadalupano de La Lomita.

Mientras veía desde el auto los vitrales del templo en las alturas al final de la escalinata, cayó el Arsenio en la cuenta de que hacía ya años no subía a ese lugar: desentendido en asuntos religiosos, nunca se le perdía nada por aquel rumbo, pero de casados varias veces él y la Rubí con la niña asistieron a una boda, un bautismo, unos quinceaños… La Irlanda era pequeña; en cuanto veía en el atrio a los vendedores de algodón de azúcar soltaba grititos y brincaba sonriente. Él se oponía a que comiera tanto dulce, no quiero una marranita por hija, decía extendiendo el índice, pero la Rubí le pegaba en el hombro, levantaba la ceja y lo reprendía con el movimiento de los ojos.

—Conviene que un día subamos.

—¿Subamos a dónde?, ¿para qué? —la niña frunció el ceño.

—¿Te sigue gustando el algodón de azúcar?

Entrecerrando el ojo izquierdo, ella tensó los músculos de la cara, como haciendo el esfuerzo de entender las palabras de su padre. Luego movió la cabeza a un lado y otro, soltó un suspiro sin decir nada.

Ella no sabe en qué sitio vive, pensó el hombre. Hasta que no subes a La Lomita no te haces una idea de cómo es esta ciudad. Ya se cumplirían pronto veinte años de que él había llegado del puerto, sin conocer nada de aquí, a estudiar la carrera. En este lapso había crecido todo. El fraccionamiento donde rentaba ahora no existía en aquella época; era puro descampado en la margen oriente del río Humaya. En aquel tiempo traía él un hambre de caminar las calles, de escuchar las voces, los acentos y los gritos, de hacerse, en fin, dueño de esta ciudad que por sí sola, tan calurosa, arisca y plana, poco mérito tendría para darle arraigo a cualquier fuereño. Hacia las cinco de la tarde salía de la casa de estudiantes y detenía el camión, bajaba en catedral y ahí mismo se subía a otra ruta. Aún era esa época en que los camiones no llevaban los vidrios oscurecidos ni tampoco traían el aire acondicionado. Él tomaba asiento al lado de la ventanilla y, mientras recibía el airecillo fresco de las tardes finales del año, ante sus ojos se iban sucediendo las fachadas de ferreterías, restoranes, talleres de carrocería y pintura, vulcanizadoras, escuelas y tiendas de granos e implementos agrícolas, separados por lotes baldíos cada tanto, veía la reseca grisura del asfalto y los colores despintados de casas con rejas en las ventanas y a veces, cuando ya el sol se había puesto, hombres y mujeres sacaban sillas a la banqueta y luciendo sonrisas o gestos de desidia parecían platicar como si no aspiraran a besar por dentro el hueso de la locura, pues nada había que esperar ni exigir de la vida. La fiebre por recorrer la ciudad se le fue muriendo una tarde en que, cuando levantó la mirada desde catedral, avistó la altura de La Lomita. Había pasado cerca, la había visto a saber cuántas veces, pero fue entonces como si la viese por vez primera. Jamás había pensado en visitarla; ya se definía como agnóstico, veía en el rito católico puro circo vacío. Aquella vez decidió caminar cuadra tras cuadra por toda la Obregón. Subió la escalinata y al llegar —falto de aliento— al atrio volvió la vista hacia las amplias distancias del norte y el poniente. En todas direcciones se advertía la tersa obediencia con que el valle de Colhuacan aplana la tierra y que la traza urbana ha respetado: muy pocos edificios que se yerguen cortando sin tesón la vista, hacia el fondo las torres flacas de la catedral, techos de casas de una o dos plantas, alguna de tres por allá de cuando en cuando… Sin saber cómo ni por qué, un flujo cálido se le expandió en la cámara del pecho.

De vuelta en el presente, apretó la cara. Descontento por el gesto de apatía en la Irlanda, en vez de seguir derecho y torcer por la Manuel Bonilla, dio vuelta a la izquierda y manejó por la falda del

cerro. Aparcó el carro a cien metros del atrio. “Véngase, mijita.”

—¿Ya llegamos? ¿Aquí vive el tío Crisantes?

—Algo mejor, ¿ya no te acuerdas?

Subieron por la acera. Al llegar a la explanada, el hombre extendió la mano señalando al bato moreno de camisa blanca en el puesto de algodón de azúcar. Ella torció la boca. “No se me antojan.” Contrariado, él dejó salir un suspiro. Ella pidió mejor esquites con mayonesa y limón. Caminaron hacia el borde. El padre recostó los brazos sobre el pretil. “¿Tú no quieres, pa?” Su hija le ofrecía granos de elote en la cuchara de plástico.

Frente a sí tenía el Rivas la inmensa, suelta sábana de calles y casas y autos. Esperaba entusiasmarse viendo la difusa holgura de la ciudad que había adoptado; quería sentir de nuevo la efusión tan grata y caldeada de cuando de joven estuvo aquí mismo de pie. Aquella vez le había dado orgullo el poner tierra de por medio, elegir una ciudad que su padre despreciaba. Hoy un paso disonante le fue subiendo desde el estómago.

En tantos años no había sentido grave urgencia por definir qué futuro quería para sí en esta ciudad. Al principio vivió en aquella casa de estudihambres cerca de Ciudad Universitaria. Ya que se metió al *Últimas Noticias*, rentó un cuarto en una de las viejas casas porfirianas del centro. Durante su matrimonio vivieron la Rubí y él en Las Vegas, barrio tranquilo de calles arboladas en la parte oriente de la ciudad. En el letargo de ese vínculo fue descubriendo menos qué deseaba y más qué rechazaba: esa vida de medianía burguesa, con objetos y aparatos y más cosas, estatus, carro del año y viaje anual a Orlando, Tucsón, Los Ángeles: nada de eso era lo suyo.

Luego de la separación volvió a la vida semibohemia de sus primeros años en el periódico, rentó un departamento espacioso en la planta alta de una casona por la Ángel Flores. Ya lo unía a esta tierra una raíz de carne y sangre: ni cómo pensar jamás en irse a otros lares lejos de su hija. ¿Qué veía del futuro? Nada, todo era estar con la Janet, luego perderla; luego extrañarla.

Y con la llegada de la hija a su existencia diaria a raíz de la muerte de su exesposa el departamento no era práctico ni suficiente, sólo tenía una recámara. Fue así como hizo lo que nunca se habría visto hacer: rentó esa casa en Orquídeas, uno de los muchos fraccionamientos que se han construido desde finales del siglo pasado en el rumbo norponiente, de aquel lado de los ríos. Son casitas de un modo que llaman estilo californiano, hechas en serie, de una sola planta y dos recámaras, fachadas de anodinos colores pastel, un solo

lugar para estacionamiento y el breve jardincito. Era estrecha pero el centro de la ciudad se había vuelto impráctico, peligroso, lleno de ruido… ¿Qué veía ahora hacia adelante? ¿Vivir a medias siempre así mientras mi hija crece, estudia, hace su vida? ¿Y yo mismo qué…?

—Dichosos los ojos, sobrinita. ¡Qué linda te estás poniendo!

—¡Pero si no eres mi tío, ya te lo he dicho!

Crisantes se metió en el cuartito del lado del baño y salió con una caja envuelta de papel en que lucía la carita morena de Dora la Exploradora y un changuito de cola larga y ojos rotundos. Dejando salir una nerviosa carcajada la niña tomó el regalo y con él en manos corrió hacia el cuarto de juegos donde ya estaban la Yasmín y la Isis, dos de las nietas del anfitrión.

En el amplio jardín del fondo, bajo las amapas en flor, se veían blancas mesas y sillas de plástico, el asador a cargo del hijo menor de Crisantes y dos meseros yendo y viniendo. En la primera mesa el Rivas reconoció a un par de excompañeros del *Últimas Noticias* que venían con sus parejas. Uno, el Pepe Ceballos, estaba a cargo de la sección policiaca. Se conocían desde bien jóvenes: habían entrado a trabajar en el periódico en las mismas fechas, y durante muchos años coincidieron al salir en la noche por tacos, hamburguesas o hotdogs. En el camino hablaban de futbol americano: los unía la afición pero más aún la discrepancia, pues el equipo favorito de uno era el archienemigo del equipo del otro. Así, podían pasarse alegando, mientras caminaban rumbo a la carreta, cuando habían tomado mesa y esperaban la orden o ya que volvían a cerrar la edición en el diario, sobre la valía de corebacs y receptores de una y otra escuadra, los errores, tics y necedades de los *coaches*, el desarrollo de jugadas que en los últimos segundos habían sesgado para bien o para mal un marcador.

De pelo castaño claro partido a la mitad, lampiño y de cara redonda, el reportero se puso de pie y palmeó en la espalda al recién llegado: “¿Y qué te has hecho, viejón? ¿No extrañas los cierres matadores, las malpasadas, el café aguado del periódico?”. El Arsenio sonreía, dejaba caer cualquier respuesta, con la mirada seguía el rostro de las mujeres que iba distinguiendo en otras mesas. Como si se acordara de algo muy alegre, el Ceballos abrió mucho los ojos, llenos ahora de traviesa chispa. Le puso la mano en el hombro a su amigo: “¡Cómo viste el Supertazón! ¡Ganaron mis invencibles Acereros! ¿Sabes sacar cuentas, Arnecio?”, abrió la palma derecha extendiendo enfáticamente los dedos y añadió el índice de la izquierda. “¡Seis!”, se carcajeaba. “Mientras tus Vaqueritas sigan

pagándole tantos millones al buenopanada de Tony Romo para que se la pase lanzando intercepciones ni nos verán el polvo…”

Pero el Arsenio parecía andar en las nubes: no había visto el domingo ese partido de Pittsburgh contra los Cardenales de Arizona que definió al campeón del último torneo, ni había tampoco seguido los *playoffs*. Sobre todo, en los ojos se le veía la distracción: parecía querer ver detrás de la espalda del Ceballos hacia las otras mesas. Dándose cuenta de la actitud del Rivas, arrugó el Ceballos la boca y luego de bajar los ojos volvió a sentarse.

—¡Mira nada más! Ya llegó el hijo pródigo del periodismo sinaloense…

Era la Irene una mujer de poco más de 55 años, de ojos caídos con aire oriental, pómulos altos y labios delgados que pintaba de rojo carmesí y parecían estar siempre por liberar de las comisuras su sonrisa burlona.

—¿Entonces qué, mijo? ¿Nos trajiste a la princesa?

—Simón. Orita te la traigo, Irene, pa que te salude como Dios manda.

—No te pensiones… Al rato iré a echarle un ojo a las niñas, allá ha de andar tu chamaca con ellas. Mi marido es el que no se puede quedar quieto. ¿Ya lo viste con qué fachas anda vestido?

De camiseta azul desgastada y pantalón de mezclilla, Crisantes en la puerta recibía a la gente con abrazos y palmadas, pedía al mesero servir al recién llegado un caballito de tequila o una cerveza, lanzaba gritos y risotadas haciendo muecas de plebe socarrón. El Rivas estaba acostumbrado a verlo, en el diario o en los restoranes del rumbo, siempre de pantalón de vestir y camisa lisa manga larga, tonos ligeros y pálidos.

—Dice que ya jubilado —siguió la Irene— me seguirá obedeciendo en todo, menos en las garras que se ponga. Tú te me ves muy desmejorado por cierto. Traes una carita de cadáver, hijito, ¿comes bien siquiera?

—Orita vuelvo, Irene —le sonrió el hombre—, seguiré saludando a los compas.

—Estás en tu casa, muchachón.

Luego de saludar de lejos a algún conocido, paseó la mirada por el resto de las mesas y no halló a ninguna mujer a quien acercársele. ¿Qué buscaba? Lo sabía; no lo sabía. Se detuvo aquí, allá, dejándose presentar extendía la mano, decía en acentos firmes su nombre y apellido; si era mujer él afinaba la atención buscando adivinar en el movimiento de los labios, en la mirada oblicua o la ceja levantada,

incluso en el color encendido de la blusa esa señal, una invitación sigilosa que acaso nada más nacía de su imaginación y sus ilusas ansias. Iba guiado en esa correría por aquella turbia pujanza nacida en la ingle y que a la manera de una sed domada y sin frenesí pero de todos modos insistente le llegaba hasta el diafragma en un río taimado de aire tibio. Pausadamente, sin embargo, se volvía ráfaga terca y ardiente que lo descolocaba: le iba primero pidiendo un rostro fresco y joven, la contemplación de un cuerpo que bajo la ropa supusiera carne hecha de deseo, un imán de sudores a la espera, y así hasta el entrever la pronta desnudez y conocer la entrega de alguna amiga, la mamá de una compañerita de su hija en la escuela, acaso la vecina o una colega del trabajo, la esposa de un conocido, y tanta insistencia del río bajo la piel acababa por llevarlo a sacar plática sobre naderías o a llamar por teléfono con cualquier pretexto e invitar un café, una cerveza. Sonreír, contar chistes, deslizar la mano por el brazo o la pierna, en ocasiones iba directo a la expresión de su avidez. ¿Qué buscaba, escribir en la cópula el relámpago de seguir siendo? Si tenía suerte y llegaba al sexo no era raro que luego de dos o tres encuentros se aburriera: buscaba cualquier tic o palabra o desidia para señalar un defecto, descubrir algo mezquino, una inconstancia que iba de a poco desinflando el deseo, secando el río, asfixiando el aire.

Hasta volver a empezar.

Y ahora, nada. Con un vacío en el tórax, fue sabiendo que no había en ese lugar nadie que lo entusiasmara: las mujeres o venían de la mano de sus maridos o aquellas a quienes intuía infieles o sabía divorciadas o solteras las hallaba feas o gordas o con demás de maquillaje. Aburrido, caminó hacia el cuarto de juegos. Su hija maniobraba los controles de una cajita negra a la que un cable enlazaba con la consola de los videojuegos. Cuando él preguntó cómo va todo, corazona, ella sin volver el rostro le mostró el puño derecho con el pulgar levantado. El hombre le iba a decir nos vamos en media hora, hijita; ella se le adelantó con un estoy ocupada, pa, no me distraigas.

—¿No tienes hambre?

—¡No! ¡Que no me distraigas te digo!

Va a ser una tarde muy larga, dijo él suspirando.

—¡Cómo que se me van! —en la sala Crisantes movía los brazos ante dos personas en gesto de sorpresa—. Ni tomaron mesa. Ya empezó a salir la carne, échense una quesadillita, no pueden salir de mi casa sin embucharse un taco.

El bato que se iba era de veintiocho, quizá treinta años, alto, atlético, de facciones cortadas a cuchillo, piel morena y pestañas espesamente negras y pobladas. “Profe, mil gracias”, su voz salió grave, “lo que pasa es que Oralia se siente mal.”

La mujer habría de tener, ¿qué?, a lo mucho treinta y dos. Era la suya una cara ovalada de piel morena clara que recibía el equilibrio armonioso de la nariz recta, los pómulos marcados, las cejas pobladas y expresivas, unos ojos inmensos y oscuros que… Algo había en esos ojos. Se detuvo en ellos el mirar del Rivas. La veía de frente ahora; el joven atlético movía las manos igual que si estuviera en el aire armando un mecanismo peligroso. Crisantes asentía mirándolo, el ceño adusto. Erguida la cabeza, sin poner atención a la charla de los varones, ella se sostenía con la derecha en el hombro de su acompañante.

Traían sus ojos un aire de huida, como liberados de una soga terrenal; no eran ojos de hartazgo ni de cansancio, no de ganas de estar en otro lado sino que ya estaban ellos y la mente y el deseo de la joven en otro lado, en otro mundo. ¿Qué se habrá metido esta chavala? No tenía en la mano ningún vaso. Ardua labor parecía para ella sostener fijos los ojos, erraban lentos y foscos y ajenos, se detuvieron en el cuadro en la pared de la sala que mostraba una piña gigantesca puesta de cabeza flotando en el mar azul zafiro. De pronto se posaron en la mirada tensa del Arsenio. Ella movió airada la cabeza hacia la izquierda, con gesto que decía: “quién eres tú para mirarme, para estárteme metiendo en el tuétano del alma así a la mala”.

—¿Qué piedra es ésa? —el Rivas se le aproximó señalando el dije del collar que traía la mujer: ahí lucía la naranja brillantez del mineral en la forma de un corazón asimétrico: la cardioide izquierda era mayor que la derecha.

—Es… una calcita —respondió ella con voz severa antes de jalar con la mano a su camarada. Ya vámonos, parecía decirle; le fijó los ojos ahora sí con el aire azabache de una amenaza.

—Ya no les quito más su tiempo, jóvenes, descansen —los cortó Crisantes al verle el rostro agrio a la muchacha. Se dio media vuelta y vino a quedar a centímetros del Arsenio Rivas. Los dos jóvenes iban ya en la puerta. El Arsenio vio a la mujer sin discreción por la espalda: el vestido verdemar con gruesas siluetas de flores negras se le marcaba en las caderas y las nalgas, las piernas se movían erráticas igual que si avanzaran en lodo incierto.

—¿Quiénes eran, viejón? Se me hizo conocido el compa ese…

—Pobre morro —dijo Crisantes—, lo traen bien a lo cortito. Orita te cuento. Vamos a tragar primero, loco.

El olor de la carne asada los recibió al ir saliendo al jardín. Se acercaron al asador. Crisantes salivó apenas un tufillo caliente le fue corriendo desde el cerebro hasta asentarse mudo pero firme en la boca del estómago. Se sintió débil. Jaló del brazo a su amigo Rivas y ambos tomaron platitos de plástico. El anfitrión se sirvió una quesadilla de harina, la abrió y el queso blanco derretido se repartió perezoso a lo largo de la tortilla. “Es queso del Carrizalejo, mira qué gordo está”, dijo a su invitado. Con la cuchara tomó carne cortada en pedacitos; cerró los ojos, igual que si así concentrara en el solo sentido del olfato las potencias de todos los demás: era el aroma caliente y aceitoso que prometía jugo y vida a su cuerpo y parecía anular el ruido de cubiertos y vasos, la cháchara y risas de las mesas. Luego de abrir los ojos, le echó a la carne el verde plasma del guacamole y una cucharada de salsa casera. El tufo de calor en el estómago era ya doloroso. Perplejo, volvió la mirada a un lado y otro. Su hijo, que volteaba el corte en el asador, lo miró sonriéndole. “Los limones están en las mesas, pa.”

—Eso buscaba. Gracias, fortachón.

Luego de tomar asiento y mientras se comían las quesadillas, le fue contando Crisantes a su amigo: el muchacho aquel era el Ramiro Rojo Fonseca. “Fue mi alumno también, estuvo en la oficina de prensa del goberladrón Ladilla la parte final del sexenio pasado, quizá por eso se te hacía conocido. Un güey derecho, honrado, un tipo serio, trabajador aunque algo testarudo y tiene el pequeñísimo defecto de que luego se le pasan las copas y no sabe comportarse; se exalta, grita, pega con el puño en la mesa, le sale lo discutidor en espantoso mal plan. Por eso no lo detuve tanto orita que se me andaban yendo.”

—¿Y la morra esa? ¿Están casados?

Poco le hablaba el Ramiro de sus cosas. No habrían —pensaba— de llevar mucho tiempo. “Es la primera vez que se la veo, aunque si te soy sincero esa chamaca no me termina de llenar el ojo.”

—Cabrón, qué dices: pero si está guapísima.

—Sí, mijito. Pero yo te hablo desde mi doctorado en broncas matrimoniales, que la Irene me hizo cursar con mención honorífica. Mira: o el Ramiro se ha vuelto bien mandilón o ella es una verdadera sargenta. Esos moditos tan déspotas, tan despreciativos a mí no me van. Puertas adentro sí puedes quejarte, recriminar, poner un hasta aquí a lo que no te parece o no te conviene. Pero no ante los colegas de tu bato, no ante su raza. Ni quince minutos se quedaron… ¿y viste

qué cara de asquito ponía mientras nos andábamos despidiendo?

—Ay, jefazo. Quizá sólo se le subió la cerveza… Yo con gusto dejo que una chamacona así me las haga pagar todas. Es un mujerón.

—Ya ando viendo que te dejó lampareado. Pero véteme olvidando de ella; de donjuán te me mueres de hambre. Sábete que si anda con el Ramiro es como si ya estuviera pedida y dada.

—Pero dices que ni bien te cayó.

—No importa: él es de mi gente, y como es de mi gente me lo respetas.

Tomó el último pedazo con la derecha, embarró el guacamole que se había salido de la tortilla y se lo llevó a la boca. La sensación de urgencia que había traído por el hambre a la hora de preparar la quesadilla dio paso al deleite puro y macizo del sabor salado y la consistencia jugosa de la carne con el gusto arenoso de la tortilla de harina, el espesor dulce del guacamole y el picante reclamo de la salsa casera, mescolanza que se esparcía desde el paladar a lo largo de su cuerpo en una satisfacción que sin más disipaba el dolorcillo de cabeza y el vacío de fatiga en la boca del estómago.

En tanto masticaba, se quedó viendo a su amigo: el rostro flaco y anguloso lucía la piel reseca y pálida, con breves manchitas inflamadas entre las pestañas y en la sien derecha. Cayó Crisantes en la cuenta de que —a diferencia de hacía meses— su protegido ya no mentaba a la Janet: la ruptura final lo había traído recorriendo los lotes baldíos de días neciamente opacos bajo la luz poderosa del sol del valle. Él no podía juzgarlo, aunque sí era —creía— su deber hablarle con dureza: déjate ya de mamadas y búscate a otra que sí te quiera, el varón no se hizo para estar solo. Sentía una forma casi arrogante de la compasión por este muchacho consumido en la zozobra.

También era cierto que al cabrón este no le hacía bien andar así, de cazador famélico que le tira a cualquier liebre y llevado por el apresuramiento o el sabotaje falla siempre o casi siempre. El Arsenio —especulaba Crisantes— no seguía solo debido a la obsesión que le habría dejado la Janet; en su actual abandono tenía acaso que ver mucho la atroz muerte de la Rubí.

Se le quedó viendo entre los ojos buscando extirpar de alguna frontera de su mente qué había pasado entre él y la exesposa. Había estado el muchacho igual que un zombi aquella época luego de la balacera en el estadio: pidió la licencia en el periódico, pero ya que volvió parecía navegar con piloto automático, a la manera de quien luego de esquivar todas las balas termina fundido, exhausto, sin voluntad: cuidaba de su hija, iba al súper por la compra y cumplía su

jornada de editor, sólo que no parecía traer en sí el menor impulso para nada que no fuese estricta e inmediatamente necesario.

De por sí el bombazo y la muerte del Arteaga fueron traumáticos, pero habría sido —se decía— el asesinato de la Rubí lo que tanto lo cimbró, ¿podría ser de otro modo?, el matrimonio es cosa muy seria. Anduvo viviendo en el día a día, ausente de fibra y de confianza. ¿Siguió queriendo tanto a la Rubí, sin darse cuenta, sin aceptarlo? A raíz del odio y la escoria que se arrojaban, había sin duda en el muchacho un alma a tal grado herida por el rencor mutuo, que toda la energía de la pasión que hubo en el ayer volcaba su signo en sentido contrario, hacia el aborrecimiento y la pelea.

—Te quedaste ciscado por un mal divorcio —le dijo en voz baja, esperando no ser oído, gracias al ruido de las conversaciones y a la música que venía de la sala, por los invitados de la mesa vecina—. ¿Te remuerde la conciencia de que fuiste tan jijo de la chingada con esa mujer? ¿No tiene que ver su muerte con el hecho de que no halles a nadie que te llene el ojo? —se detuvo al advertir cómo el rostro de su amigo se tensaba—. El matrimonio es una maravilla, a menos que te cases a ciegas, sin saber ni aceptar lo que tu pareja es en lo profundo. Venos a la Irene y a mí: no es que nos hayan mandado hacer el uno para el otro, sino que ella y yo intentamos ser maduros, sin exigirnos ser lo que no somos. Hemos pasado por todo tipo de broncas; con todo y eso estamos juntos. Y vete sabiendo que no es bueno estar solo, ya no estás en edad tampoco para andar saltando de nalga en nalga. Eso suena chingón un tiempo; después de los cuarenta no te sabe. Además sólo terminas dando lástima: las morras se pitorrean de ti, para empezar. No te bajan de urgido, raboverde y cholapronta. En esta ciudad, ya debes saberlo, esa costumbre hasta peligrosa te puede salir. Luego no sabes con la mujer de qué buchón te estás metiendo. Y piensa que tienes a tu hijita ya casi adolescente. Ocupas a alguien que te ayude a lidiar con lo que viene. Los tiempos están bien locos y la chiquillada de hoy no entiende. Todo lo creen fácil, todo lo quieren pronto y peladito y en la boca. Mi sobrinita se ve sensata, es una changa adorable la Ira-landa, pero las hormonas todo lo ponen patas arriba. Así que enfócate en buscar bien. Y así ya aparecerá alguna divorciada guapetona que tenga un hijo, se ayudarán uno al otro con la prole de cada quien.

El Arsenio movió la cabeza a un lado, apretando los ojos, como si hiciera esfuerzos de memoria. No dijo nada.

Ya que volvían del asador con más comida los gritos de la Irlanda vinieron acercándose: la niña corría por la sala y cruzaba el jardín

hacia la mesa. “¿Qué pasó con las pizzas? ¡Ora sí me muero de hambre!”

—¡Qué desastre! —soltó Crisantes, la cara roja de pena—. Con tanto reborujo se me olvidó confirmar el pedido.

—No te creo, tío…

A los dos segundos se oyó a las nietas de Crisantes.

—¡Nos tienen olvidadas! —llegaron gritando—. ¡Nadie nos llevó carne!

—¡Ajajá! —y el abuelo palmeó con júbilo—. Ya se dieron cuenta de que los videojuegos no llenan la panza. Qué falta de iniciativa: pueden acercarse al asador y servirse lo que quieran, no sean vaquetonas, vayan —agitaba los brazos cuando vio a la Irene: caminando desde su mesa ella lo miraba en tanto movía la cabeza de un lado a otro.

—Yo me encargo, mijo —soltó un suspiro—, ustedes sigan hablando de sus cosas aburridas, salen de la redacción pero la redacción no sale de ustedes —y se llevó a las niñas hacia el asador.

Luz de amanecer en el crepúsculo

16

Cuando volvió a poner por fin un pie en el valle ya había cumplido veintidós: seguía siendo esbelto y de baja estatura —medía poco más de uno sesenta—, pero se veía robusto, correoso, de músculos firmes, los hombros con enjundia echados siempre hacia adelante y un gesto de malicia en los ojillos vivaces. Pasó al mercado Garmendia. Ni se acordaba don Emigdio de su rostro, pero no faltó quien lo enterase que ya ninguna Otilia trabajaba en ningún puesto de mariscos: aquella que conocieron fue una morrita flaca, de cara curiosita, ojos caídos bien coquetos y con encanto, ¿será ésa la que usted busca, amigo?

—Esa mera ha de ser.

—Ah, mira. Esta que le digo es morenita ella, medio oaxaquita si le soy sincero…, y madre soltera pacabarla de fregar. Agarró sus tiliches con su madre y se fueron pal puerto. Allá viven sus hermanos, manejan un restorante. Y claro que se llevó al pegoste, es un chamaquío serio y berrinchudo. ¿Sabe cómo se llama? Kevin Giovanni. Hágame el cabrón favor. ¿No hay nombres bonitos en cristiano? ¿A santo de qué esas gringadas? —al oír esas palabras sintió el Juanillo la pata de una alimaña rasgándole la pared del pecho.

A veces menos, a veces más, había enviado dinero a su madre cada cuando todos esos tiempos. Un día pudo hablar con ella por teléfono: de Nogales marcó a la casa del Chandón y Maribel —donde para entonces hacía el quehacer su hermana Estela luego de trabajar con los Aispuro por una paga de miseria—, y así después de años escuchó la voz de asombro y lloro de su madre. Escondía el muchacho la cara ante los ojos que habrían de poner en él los peatones al caminar a pocos pasos de la caseta telefónica, respondía con sorda voz, sí, amá, no se pensione por mí, gripa nunca me da realmente. Con la palma izquierda se tallaba los ojos y buscaba limpiarse las lágrimas.

Le llegó al medio año de esa llamada por carta la noticia un día: su

hermana se había ido a vivir con un bato de Sanalona a quien todo mundo llamaba por su apodo del Caimán. La propia Estela le contaba en el papel su versión de los sucesos: era Virgilio un buen hombre, viudo y tranquilo y respetuoso, padre de tres hijos ya en la secundaria y la prepa; le llevaba veinte años y aunque de más joven se había ido al otro lado a trabajar siempre en febrero pa volver en noviembre, con sus ahorros había puesto ahora un abarrote a la orilla de la carretera que partía en dos la sindicatura y por donde pasaba todo mundo en su ruta parriba o pabajo. Se había enojado su madre en un principio, ya con las semanas entendió el razonar de la hija. Aun sabiendo —reveló la Estela en otra carta a los dos meses— de la mala fama de la suegra en Chapotán, el Virgilio llegó a decirle a su mujer: si eso, vieja, te va a hacer feliz, pues que la santa señora se venga a vivir con nosotros, no hay bronca.

Al salir del Garmendia el muchacho pasó a la tienda Coppel, compró la tele más grande que tenían y un paquete de sartenes de teflón. Tomó camino y en poco más de media hora ya llegaba a Sanalona. Sólo había visto una vez este rumbo, en la tranvía cuando dejó el pueblo para seguir la ruta del billete verde. Era bien morrito entonces, qué iba a saber cuántas cosas le esperaban en su devenir. Y ahora llegaba acá en una troca. Suya. Manejándola él mismo. Esta Cheyenne 89 la había comprado allá en Nogales, ¿cuánto hace?: una semana, diez días apenas, sin saber que pronto habría de lanzarse a la carretera. El motor había aguantado bien la manejada desde la frontera, 980 kilómetros de norte a sur. Durante esa travesía, se había orillado el hombre hacia la madrugada en las afueras de Navojoa. Ahí durmió tres horas; luego, repuesto y con el sol en alto, retomó el camino. Una vez en el valle, antes de pasar al Garmendia se había metido a un Palomar de los Pobres, donde ahogó con buenos tacos de carne asada y un litro de agua de cebada la grieta ansiosa del hambre que había traído. Sonreía al evocar la dicha soberana de la saciedad al ir saliendo del restorante: fortalecido, el cuerpo parecía traer entonces por debajo de la piel la cálida voz de un espíritu sin odio que le decía: lo peor quedó atrás, morro, salvaste el pellejo. Arre, a lo que sigue.

Bajó la velocidad a como entraba en Sanalona. Luego de cruzar el arroyo vio la barda en que, con rasgos medio despintados, se veía la leyenda “Renato es mi candidato”, seguida del logotipo verde, blanco y rojo de un partido político. Escupió por la ventanilla.

Caían oblicuos los rayos de la tarde sobre el gris plateado del cofre. Vaya sorpresa que esperaba a su madre. Movía la cabeza de

arriba abajo sofocando la risa al imaginarse el estupor, las caras lurias de las dos mujeres sonriendo, gritonas, felices por verlo en camioneta, y luego al ver los regalos que llevaba. Pronto dio con el local cuyo exterior encalado lucía el letrero escueto en mayúsculas negras, PANADERÍA Y ABARROTES, al lado había una caseta gris metálico en que se veía pintada una blanca bocina de teléfono.

Su hermana desde el mostrador lo miró y lo miró en tanto él sonriendo mostraba las manos. Ya era toda una mujer: bajita, sí, pero de brazos rollizos, ojos grandes, labios gruesos. La mujer corrió a estrujarlo; soltaba un aullidito agudo, como si temiera que alboroto mayor disolviese en el soplo caluroso de la tarde el cuerpo inesperado. El menor de sus hijastros se quedó atendiendo el abarrote; cargó ella el paquete de sartenes y el Juanillo la caja con la tele. Lo hizo pasar a la casa, ahí al ladito.

En la cocina, la Lidia revolvía en cazo de peltre el arroz con leche. Del caset en la grabadora salía la delgada, melosa voz de Marisela; la madre hacía sumar su propia entonación mientras cerraba los ojos e inclinaba la cabeza al lado con falso gesto de congoja:

> Nada, no me dices nada,
> tan sólo: Querida, esto es un adiós.

Apenas hubo levantado la vista hacia la puerta de la cocina, puso la cuchara en el fregadero y se acercó entrecerrando los ojos. Él se quedó inmóvil: frente a sí no estaba la mujer débil, encorvada y de piel envejecida que se temía encontrar. Sin ponerse a dudar nunca de esa hosca expectativa, había venido suponiendo que la pobreza, el alcohol y las desgracias habrían vuelto a su madre, quien no cumplía los cuarenta años, un cuerpo acabado y prematuramente marchito. Nada de eso: estaba aquí una mujer, sí, de baja estatura y delgada, de apostura firme, hombros erguidos, su piel de un moreno brillante y terso, dotados los ojos de luz alegre.

A los pocos instantes ya lloraba ella, lo abrazaba cubriéndolo de besos en los cachetes, apenas balbucía palabras sueltas, entre las que se colaban los versos de la canción que seguía saliendo de la grabadora: “Sola con mi soledad, sola con mis sentimientos…”. Dejó la madre a su hijo y de un manotazo apagó el aparato y luego el piloto de la estufa. Estuvo prendida del cuerpo tan increíblemente adulto hasta que pasaron a la sala. Lo veía y lo veía, le pasaba las manos por el rostro y el cabello. Él hacía la finta de esquivarla pero no dejaba

de reírse.

—Pues mucho gusto, compa —ya tenían rato sentados en las sillas de la sala recibiendo las oleadas de aire del abanico de techo, cuando llegó el Virgilio, hombre alto de manchas blancuzcas en la cara y las manos y quien dejaba recargar el paraguas en la puerta—, no se pare, así está bien —se agachó el Virgilio para recibir el medio abrazo del Juanillo—. A cada rato suspiraban estas mujeres hablando de usted, ya iba siendo hora de conocerlo.

Para el Juanillo, su cuñado aparentaba cuarenta y cinco, cincuenta años; no sólo el vitiligo le daba un aire cansado y suspicaz a la cara y los ojos, como quien lleva mucho tiempo tolerando la mirada boquiabierta de medio mundo, sino que en las sienes y en torno de los labios mostraba esa sucesión de arrugas que parecían menos producto de la edad que de las dificultades. Los dos hombres intercambiaron naderías sobre el clima y la vida en la frontera ante la cara y el silencio de las mujeres. A los tres minutos el dueño de la casa se retiraba al cuarto. Fijando la vista en la Estela, se tocó el joven las mejillas y en torno de los labios mientras movía la cabeza primero hacia el paraguas y luego hacia el interior de la casa, donde se oían los pasos del Virgilio sobre los mosaicos.

La Estela sólo agitó las manos. “Luego te cuento”, murmuró. “Mejor venos diciendo lo de tu cicatriz.” Y le indicó la cara. El muchacho se llevó los dedos a la marca que en diagonal iba de la ceja a la oreja izquierda.

—Le tuve que poner una llegadita a un bato. Andaba mariguano el pobre. Se lanzó a querer golpear al patrón en la tienda —se detuvo. ¿Le estaban creyendo? Veía a la Estela, a su madre, bajaba los ojos pasando saliva—. Traía un cuchillo, una mierdecita sin filo. Me lo quiso clavar, se vio lento… Casi casi se me pasa la mano y por poco lo mando al otro barrio.

—Pero ¿no dices que no tenía filo el cuchillo? —la madre extendió la mano y le pasaba los dedos por la cicatriz.

—Parecía que no, hice mal en confiarme…

A ratos llevaba su madre los ojos hacia la ventana, como distraída o impaciente, parecía querer decirle: ya dinos la verdad verdad, mijito. ¿Crees que nos chupamos el dedo?

¿O era él quien se imaginaba cosas?

Qué no había vivido y visto su madre tantos años en el pueblo, rodeada de hombres sin sosiego que se dedican a sembrar mariguana o amapola, luego la venden a los guachos y de ese modo hacen su buen dinero. Qué no habría ella de suponer o de temer sobre lo que él

había vivido y lo que habría hecho para no morirse de hambre en la frontera y para llegar en carro propio hasta este sitio con tele de regalo. Mientras se le iban moviendo en el tapanco de la mente esas intuiciones, siguió con la falsa historia: el dueño de la tienda de granos, don Ataúlfo, lo fue subiendo —les decía— de puesto, decía haber empezado de cargador ganando una vergüenza y poco a poco se ganó su confianza, hasta que llegó a ser, pues sí…, su mano derecha.

No le creían. Eso sintió, hallando en los ojos de su madre, en la mueca medio fruncida de los labios de su hermana un aire burlonamente desconfiado de evasión. No le creía ninguna de las dos; pero no habrían de contrariarlo.

Así, no le contó a su madre, no le contó a su hermana qué había hecho allá en Nogales todo este tiempo desde que dejó la tienda de granos poco después de la platicada que se echó con el paisano Tomasín.

Iba siempre con dos compas —lo propio era escoltar al Rafa Contreras y a la Perrita, bato seco y de pocas pulgas llamado Hernán Domínguez, originario de El Sauz, Guerrero—, ellos hacían rondines por restoranes y fruterías y negocios de todo tipo a lo largo del rumbo poniente de la ciudad, por Chulavista, la Obrera, los rumbos de Fátima y Mediterráneo. Al principio, el Rafa daba al Juanillo la instrucción de manejar, luego quedarse de pie a la vera del carro y estar guachando pa un lado y pal otro viendo quién viene y quién no viene. Ya con el tiempo, el muchacho también entraba a la ferretería o estética o cenaduría y, con gesto de piedra, veía a la Perrita ingresar a la cocina o al privado siguiendo al dueño, al gerente.

Tuvo que soltar por vez primera golpes al dueño de una marisquería, quien, ebrio, pendejo o drogado, agarró el cuchillo y se le quiso poner muy gallito al mismo Rafa. Ya él sabía pa entonces disparar bien bien y llevaba esa vez la Beretta; ni ocupó usarla. Fue como si en las venas el tiempo le corriera más raudo, agitado por torbellinos: de un salto cayó por detrás del imprudente, le dobló el brazo y le hizo tirar el arma que cayó sonando a metal inofensivo. Dejaron al hombre tirado y gimiendo, ni Dios alcanzó a contar cuántas costillas le quedaron hechas pinole. El Juanillo se quedó respirando todo convulso cuando ya iban en la troca, abría y cerraba los ojos queriendo retener en la cabeza los gestos de quejumbre del tipo, las marcas de sangre en la cara, los gritos y aullidos de las meseras.

Y así después le tocó recorrer la frontera, de Tijuana a Ciudad

Juárez: siempre manejando la troca llevaba y traía encargos, a veces personas que nada o muy poco decían y a quienes ya no volvía a ver. Conoció los sitios del golfo en que el Chaca tenía asuntitos gracias a la cantidad de gringos jubilados que ahí vienen a gastarse el dólar: Puerto Peñasco, Bahía de Kino, hasta le tocó recalar en San Carlos. Hubo cuántas veces de acompañar —junto a otros compas igual de empistolados— al jefe lo mismo a restoranes o burdeles o cantinas donde los meseros y gerentes se les cuadraban, dejando ver la sonrisa fijada por los alfileres de la cautela, el miedo, el resquemor.

Llevaba casi medio año con el Chaca cuando hubo de ser puesto al manubrio para otra encomienda. “Se te va a hacer ver por dentro el humilde jacalito del Comandante”, le dijo el Rafa con su cara mofletuda y sonriente. Él pensó: Ha de ser el apodo de un mafioso. Manejaron tres trocas hasta aquella colonia de ricos. Ante una mansión hicieron alto; de la caseta en la entrada salieron cinco soldados a quienes rindieron las armas. Avanzaron sin prisa por el camino arbolado que los hizo llegar a un patio extenso al lado de la piscina y un jardín de zacate verdísimo rodeado por encinos. Ahí esperaron él y otros cinco batos de la clica, al lado de las trocas, mientras se veía al jefe entrar a la sala encristalada donde, luego de saludarse a grandes abrazos con un hombre moreno y fornido, de pelo cortado a rape, tomaba asiento, ponía las manos sobre las rodillas y asumía la postura de quien escucha instrucciones o regaños a los que no se ha de replicar ni por asomo. Las visitas al comandante Palma Quintero se sucedían cada cuando pero un día, ¿qué será?, hacía seis, cuatro semanas, el Rafa le pasó el rumor: “Esto se va a poner bien feo, morrillo. Abre bien los ojos; ponte buzo”.

—Fíjate bien por dónde andas, con quién te juntas —le advirtió al día siguiente la Perrita, luciendo su mueca de hastío como si estuviera a punto de escupirle—. Luego no sabes quién te quiere madrear por la espalda.

De la capital del país —se enteró el chavalo— habían pedido la cabeza de Palma Quintero y ve tú a saber a quién nos pongan en lugar suyo a cargo de la zona militar. Otro rata lángaro igual que éste va a estar difícil que encuentren.

—¿Y qué le van a hacer?

—Nada. Los guachos siempre se arreglan calladitos. ¿Tú crees que eso va a salir en los periódicos?

—¿Son malas nuevas pa nosotros?

—Es cuestión de que el jefe sepa cuadrársele al comandante que llegue.

—¿Y no que estábamos bien con el gobernador?

—Ese Félix Gallardo es un viejillo nalgas miadas que salió retebueno pa cobrar su moche pero en estos reacomodos se hace el que la virgen le habla en chino chino japonés…

Para entonces ya el Juanillo había conocido a la Julia. Eso fue en la farmacia El Ángel de por Avenida Tecnológico. Ella le vendió unas pastillas pa la acidez, se pusieron a platicar muy serios aunque algo parecía brillarle a cada quien en la ansiedad de los ojillos comedidos. Él volvió al día siguiente, se plantó con cara de no sé qué comprar, pidió un frasquito rosa de Pepto Bismol, y ya de plano le dijo: "¿Usted tiene pareja, señorita?".

—Pues aunque tuviera —soltó ella en un murmullo que él no escuchó, pues sólo la vio bajar los ojos como apenada. Se vieron esa noche pa cenar tacos, y a las tres, cuatro semanas la chavala dejó su empleo y se trajo su maletita. Vivía el bato en la casa que le rentaba al Eliseo, primo lejano del Rafilla; el sitio era un huevito casi, recámara y cocina en que mal que bien cabían dos personas. Ella tenía dieciocho, había dejado la prepa y se llevaba de las greñas con su amá; no podían verse sin empezar a pelear.

—Mucho cuidadito conmigo —le habló él a los dos, tres días—. Ay de ti si te empanzonas… Te lo saco a madrazos. No quiero chistecitos.

La Julia pensó: lo dirá de broma. Le guiñó el ojo izquierdo en tanto le ponía las manos sobre el pecho. "¿De veras no te gustaría un Juanillito gateando por la casa?" El muchacho la empujó. Como si el suelo se le abriera bajo los talones, apenas se hubo recompuesto e iba levantando la mirada, sintió la joven el rocoso puño que se le estrellaba en la mejilla. Lloró callada, encogió el cuerpo cubriéndose la cara con las manos. Él la miraba furibundo. Gimoteando, ella le pidió perdón, era una broma, mijo…, no pensé que… Además del dolor que le quemaba el rostro traía el mareo naciéndole con acritud de hiena en el esófago: cómo ese chavalo sonriente y coqueto se le volvía tan así de súbito la bestia capaz de dirigir el puño de cemento contra la misma cara entontecida que lo había estado viendo desde la sed y la dulzura.

Una sonrisa del bato este y con eso el día se le tornaba a la Julia una jugosa fruta recién cortada. Que él le hablara cortante, desde lejos, con agrura en la voz, y ella toda temblaba, se le alteraba el pulso. No le preguntó por eso nunca cuál es tu jale, mijo. Lo veía salir o llegar a deshoras, recibir llamadas y salir corriendo, o alguien venía por él en una troca, más noche o al día siguiente él llegaba en otro

carro que usaba una semana. Si él venía oliendo a perfume de mujer o a jabón chiquito de hotel de paso, ella le lloraba quejumbrosa, ya sé que eres bien macho, mijo, nomás no me vayas a dejar, ¿quién te va a querer como yo? Él la veía desde sus ojos de cuervo ingrato, aunque lo halagaba que la morra le hablase con acento de miel y sumisión.

Así estuvieron dos años.

Y fue la Julia quien sin saberlo le salvó el pellejo. Eran las dos de la tarde. Ella había salido a ver a su tía no sé cuántos y él que recibe una llamada de la Perrita. “Nos quiere el Hombre, pero ya, pícale, morro”, escuchó la orden seca en el teléfono. “Ora sí viene lo bueno.”

Salió. Manejaba su propia troca, la Cheyenne gris jaquetón de segunda que acababa de comprar hacía poquito. Andaba a disgusto. Traía una mala espina en la carne ansiosa del pensamiento. Estas semanas había visto al jefe sólo una vez y nunca le había advertido cara peor. Ojeroso, la piel pajiza, se le salían los huesos en los pómulos, los poros de la nariz blanquecinos. ¡El Hombre!, se decía, riéndose nervioso. De hombre le queda poco.

Iba a doblar a la izquierda en Cinco de Febrero cuando se le enfrió el pecho. Su casa había quedado cinco, seis cuadras atrás. Y qué no va viendo: era la misma Julia, de pantalón de mezclilla entallado y la blusa de flores rojas y moradas, ahí a cien metros. Se hallaba de pie ante la puerta de esa casa de dos plantas, de fachada azul zafiro, ¡¿la casa de quién, chingada madre?! Sintió punzadas de acidez en la boca del estómago. La puerta de la casa se abría y, sin alcanzar a ver quién se hallaba adentro, el Juanillo se puso todo loco al ver cómo la Julia sonriente y levantando los brazos bien exultante se metía.

En contraesquina se veía salir a niños de la secundaria; diez, doce mamás ahí bajo el solazo esperaban por ellos. Escupió. Dio vuelta en U sin reparar en el semáforo. Paró el motor fuera de la casa. Sintiendo que le faltaba el aire, bajó de la troca, avanzó por el zacate hacia la puerta. Del otro lado el ronroneo veloz de la guitarra eléctrica y el disparo incesante de la batería se trepidaban a la par de la voz varonil que acentuaba con furor:

> Yo puedo tocar el fuego,
> puedo hasta quemarme entero
> pero no me pidas
> que te deje de amar…

Esa música lo enfurecía. Roqueros, pura escandalera sin sentido: mar de estridencia y gritos y rugidos que habría de gustarle sólo a puro maricón. Le temblaba todo. Pero no tocó el timbre. ¡Tenía que atender al llamado del jefe! La voz de la Perrita —látigo duro y terminante— seguía en sus oídos, no podía el Chaca aceptar demoras. Luego le pondría a esta muchacha sus buenos chingadazos para que le contara quién vive aquí, qué hace ella visitando a quién sin avisarle ni pedirle permiso. Si se vino a vivir conmigo así luego luego casi al día siguiente a cuántos más no le dará las nalgas la jariosa. Y que ni me venga con que visitó a un familiar.

Volvió a subirse a la Cheyenne. Sacó de la guantera el caset de Chalino Sánchez. Se titulaba *Nieves de enero*. En la caja, mostraba la foto al joven pálido —el sombrero blanco ladeado a la izquierda— sentado en silla de mimbre; miraba a la cámara con expresión de entre susto y desafío, los ojos de color castaño claro. La mano derecha lucía el anillo en el dedo cordial y en la muñeca una cadena. El muchacho metió el caset en el estéreo. Estaba por prender el motor cuando vio venir una camioneta blanca en sentido contrario: la silueta del hombre ensombrerado conducía con la mano izquierda y el brazo derecho parecía subir y bajar a la cabeza de la mujer en el asiento del copiloto; ella metía las manos y buscaba arquear el cuello.

El Juanillo se detuvo. Bajó a la banqueta. Ya habrían pasado ¿qué?, diez, quince minutos. Al acercarse a la puerta escuchó ahora una canción en inglés. Rock pesado, una madre de esas que él menos entendía por hallarse en el odiado idioma de los vecinos que le han pateado el trasero tantas veces. Luego el tiempo se movió frenético, dando giros en torno de su cabeza: se abrió la puerta. Salía una mujer de cuarenta años, muy maquillada, con blusa escarlata toda llameante que la hacía ver —así pensó, enardecido— como una cusca resbalosa. No tuvo más duda. Sin pedir permiso ni preguntar nada empujó el cuerpo de la mujer, que lo vio aterrada; entró a la casa bramando el nombre de la Julia. Cruzó el pasillo. A la derecha, la salita a oscuras tenía el estéreo del que salía la música, un muchachito de quince años cerraba los ojos tendido en el sofá. Los gritos de alarma de la mujer en la puerta casi ni se escuchaban. El Juanillo avanzó; vio escaleras, subió a las prisas. De pronto se hallaba en el pasillo, a mano izquierda una puerta y tras la puerta una habitación espaciosa. No tenía camas. Frente al ventanal una mesa con flores, un olor espeso como el humo en las iglesias volvía viscoso el aire encerrado. Se iban poniendo de pie dos personas. La Julia lo miró y en los ojos se tendía una sábana de susto. Sobre la mesa

estaba la baraja, naipes repartidos en dos montecitos. La otra mujer, de cincuenta años, alta y delgada, luciendo acento cubano o algo parecido le gritó fuera de mi casa quién se cree usted vago revoltoso.

Él se acercó a la Julia. Apenas la hubo agarrado del cuello, ella se zafó; él la tomó de la mano. La jaló arrastrando por las escaleras. Cuando ya iban saliendo a la calle, el tiempo huía y se lanzaba trepidante hacia barrancos de vértigo y él no escuchaba el menor sonido.

La subió al carro. Partieron.

Cuando volvió horas más tarde solo a su casa, bajo la puerta halló el papel doblado:

> Morro nos chingaron!
> Ay que pelarse!
> Sebiche de sierra en 2 semanas
> RC

17

Después de cenar, le prestaron el catre. El Juanillo lo abrió al lado de la tele y la máquina de coser, a mitad de la sala. Durmió con un sueño apretado, sin fisuras, que parecía limpiarle del fondo de los huesos el residuo de cansancio y zozobra que sentía desde que huyó de la frontera.

Hubo un instante en que su consciencia llegó al estado del entero soñar. Suelto y olvidado de sí, sentía como si tuviera otros dedos en las manos. Eso descubría, extendiendo los brazos frente a la cara. Y sí: eran suyos, mas lucían tan extraños y distintos a los de siempre pues parecían hechos de oscuro y sólido llameo, una luz gruesa del mismo color de tierra de los brazos de su madre. Y esos dedos le entraban por la piel a la altura del esternón y hurgaban, lentos, hasta tocar la superficie pulposa y tierna, con la consistencia de una cobija; era carne inocente o reblandecida que en vez de sufrir el allanamiento parecía liberarse, gracias al tacto de los dedos, de un rancio dolor desconocido. En el sueño, respiró feliz. Al despertar, ¿qué recordó?: nada.

El Virgilio era de suyo madrugador, pero cuando salió de la alcoba y pasaba rumbo al excusado —se oía el ir y venir agudo del canto de los gallos— halló al hermano de su mujer, en ropa de día, mirando la nada desde el borde del catre. Tenía cara de liviandad y quietud. Sin decir palabra se sonrieron.

Una vez desayunados, el Juanillo le pidió a su madre que lo acompañara a darse la vuelta por el rumbo de la presa. Se fueron bordeando el camino, de vez en cuando pasaba una troca o un camión a su izquierda, él apretaba los músculos de la cara esperando que cesara el ruido y se asentase el polvo. Cuando llegaron al Templete ya iban con la frente sudada; habían venido callados por el esfuerzo que les imponía la cuesta del pueblo al mirador. Se quedaron sentados en la barda de cemento a pocos pasos del restorante, abierto, sí, pero a esas horas vacío. Veían el nivel bajísimo de las

aguas, plantas medio secas pespunteaban aquí y allá el mundo de tierra que bordeaba el escaso embalse. Eso era todo.

Qué fiasco, pensó el Juanillo.

—Deberías verla en tiempo de lluvias —habló su madre como respondiéndole—. Una vez soñé que se desbordaba. Era un agual por todos lados, las reses con sus becerros, los carros, los troncos podridos, todo se lo llevaba la corriente, era un madral de lodo y basura. Nosotras nos habíamos logrado subir al techo de tejas de la casa, pero cosa curiosa, mijo: estábamos encima de nuestra casita allá en Chapotán, aunque el agua sí era de esta presa, y todo lo demás era como aquí en Sanalona. No sabes qué cosa más fea sentí viendo todo inundado…

—Cómo cree, ma. Eso no pasa. La van soltando de a poquito en poquito. La gente allá pabajo en la suidad se lava los dientes con esta misma agua tan puerca y ni se la huelen.

Siguió el silencio. Él traía sudado el cabello; se quitó el sombrero y esperó a que el aire lo refrescara. Se lo volvió a poner y esta vez lo jaló más hacia adelante, cubriéndose los ojos de las espadas rubias que venían con la luz. Jaló un gargajo y movió los músculos de la cara como si lo fuera a escupir; se contuvo.

—Andas mal de la garganta, muchacho.

—Parece buena bestia el Caimán, jefa. Digo, pobre…, se ve todo jodido con ese mancherío, pero sí agarró buen marido la Estela.

Ella movió la cabeza de arriba a abajo. Parecía pensar en otra cosa. Él hizo una mueca de burla en tanto fingía cerrar el puño derecho en torno del mango de un paraguas invisible y contoneaba la cintura.

—Eso de que traiga paraguas pacá y pallá pues sí da qué pensar si no será marica, pero pues cada quien…

—No seas cora. Es por el mal ese que tiene en la cara. No le puede dar el sol. Si le pega la luz siente que la piel le arde.

—Si eso dicen… —escupió él, defendiendo la maledicencia de su ser descreído. Puso cara de extrañeza al ver cómo su madre elevaba la mano. Agitándola, hizo la mujer movimientos con la boca como si le hablara a la joven de vestido rojo bermellón que a diez, quince metros, entre las mesas sin comensales del Templete, respondía abriendo los brazos y los llevaba luego hacia su cuerpo para oprimirse los hombros al tiempo que sesgaba un poco la cabeza hacia la derecha. La mujer se volvía a la derecha al ver cómo un niño de tres años se le acercaba extendiéndole las manos.

Volteando a ver a su hijo, la Lidia le explicó que se trataba de una

clienta muy agradecida con el vestido que ella le había hecho por encargo.

—El rojo le sienta muy bien, mírala. Ahora cuéntame. ¿Qué traes entre manos que no pueda escuchar tu hermana?

Él batalló al principio pero de a poco fue ganando fluidez.

Con el Rafilla Contreras, gordito cara de sapo que de más joven había sido judicial y de quien se hizo bien compa allá en la frontera, iba a poner un negocio en el puerto: sería un restorante más o menos del tamaño de este mismo —y abriendo los brazos quería sugerir anchas dimensiones, en tanto, de barbilla erguida, señalaba El Templete—, aunque el suyo sí jalaría raza y lo tendrían siempre arretacado de tragones y parranderos curándose la cruda con un buen coctel de camarones, birria, menudo; ya verían luego qué servir. Había decidido no volver a Nogales. El norte no le dio lo que buscaba. Y ahora quería llevarse a su amá consigo. Pa que ya no esté de arrimada con el Yerno Manchitas. Le va a gustar la playa, el Rafa mi amigo dice que a la salud de uno le cae bien vivir frente al mar.

—Te fuiste muy chamaco, mijo… —le puso ella la mano en el hombro izquierdo, como queriendo alisarle la camisa.

Él bajó la mirada y titubeó, entre sorprendido del tono serio en la voz de su madre y aliviado de no tener que seguir diciendo más. Ya desde que él habló del pasado de su amigo como policía judicial la mirada de la mujer parecía indócil esquivarlo; tenía ella ahora de hecho los ojos fijos en el cielo, una débil laminilla color azul maya.

—Mira, hijito: quién quite y tú pienses que no me moría de la pensión. Pero no sabes cuánto he llorado. Fui una mala madre contigo. Cómo ibas a aguantar tanta jeta y tanto grito… Me he arrepentido todas las noches.

No, no me interrumpas… Por eso te fuiste, lo sé. Una no nace sabiendo nada de cómo criar a los hijos, yo tenía apenas quince, iba pa dieciséis cuando me alivié de ti.

Déjame hablar. Y pues me quedé sola luego luego. Tu tata se perdió. De seguro lo mataron al querer cruzar pal otro lado. Era terco y no escuchaba razones. Pero vaya que tenía buen corazón.

O no sé, capaz que por perderlo tan joven me quedó esto de endulzar las cosas y por eso lo recuerdo sonrisudo, buenalma. Lo que sí es que era bien sangre liviana. Se reía de cada cosa. Yo era diferente a él: me pensionaba por todo, me daba miedo que pasara esto, que pasara estotro. “No sé por qué te bautizaron Lidia, te hubieran puesto Angustias, eso te quedaría mejor”, me decía tu padre echándome carrilla. Y lo otro es que yo también era de mecha corta.

¿Y si el hombre se fastidió de oírme tan nerviosa y corajuda?

—No diga eso, ma…

—Yo no lo merecía, mijo —sonrió con amargura—. O igual y sí, cómo saberlo.

Tendría que haber vivido otra vida, sólo así podría mostrarle a toda esa gente que yo no soy lo que me han dicho. ¿Sabes lo que he soportado? Sí lo sabes. Me han dicho cada harejía, me han hablado como si yo no fuera una hija de Dios igual que ellos, como si en realidad fuera un tlacuachillo del monte al que puedes escupir o matar a pisotones. Esa gente cree que una tiene un estropajo en el lugar del alma. Y luego cuando se nos fue la Lidiecita…

Tropezó la voz en amagos de llanto; carraspeó y se soltó por fin a llorar. Él la cubrió con los brazos. Ella se limpió las lágrimas en el hombro de la camisa de su hijo.

—Por eso me di a la bebida, Juanito —lo empujó suavemente; él echó el cuerpo hacia atrás, frunciendo la cara—. No aguanté. Me quebraron así. Te lo puedo decir ahora —mostró las palmas de las manos— sin esconder nada. ¿Sabes quién me rescató?

Me rescató tu hermana. Ella está hecha de una madera que no consigues de ningún lado. Se quebró el lomo trabajando en la casa de esa gente, los Aispuros… Al llegar en la noche muerta de cansancio me veía tirada en el suelo y me limpiaba los vómitos, me cargaba hasta el catre, yo le lanzaba un manotazo enojada y ella me seguía hablando con suavidad, como se le habla a un chamaquillo de meses. ¿Tú crees que así me aguantó esos tiempos luego que te nos fuiste?

Y cada noche rezaba por mí. Yo la escuchaba. Más de una vez me burlé de sus creencias. ¿Quién se las enseñó? Yo ni me sabía el padrenuestro en ese entonces. Algo bueno sacó por lo menos de chambear tan pesado con los Aispuros. “Pa qué rezas”, le decía yo. “Está visto que Dios me tiene bien aborrecida”, le decía. “Ha de estar ocupado ese Dios tuyo rascándose las verijas como pa voltear a ver acá donde estamos las borrachas mugrientas.”

Hasta que una vez me dio mucha vergüenza. ¿Sabes lo que es sentir vergüenza? Pero de veras, todos los coágulos de vergüenza que te vayan a caber en el cuerpo en toda tu vida, sentirlos en un solo momento.

Eso sentí. Nunca te conté esto, cómo te lo iba a poder poner en una carta.

La mujer se detuvo.

¿Cómo contarle a su hijo esa parte de la historia?

No podía. Le caía un sapo muerto en el pecho. Traía la Estela

siempre una carita sosiega, su carita seria y reconcentrada, la de quien piensa mucho y se calla y le da las vueltas a las cosas antes de soltar cualquier murmullo o de asumir la menor decisión. Nunca la vio que perdiera la compostura, que se dejara llevar por la rueda rabiosa de los nervios ni de la ansiedad.

Hasta que llegó el tiempo en que el mundo parecía querer volverse precipicio.

Así lo sintió la madre.

Fue cuando su hija se soltó vomitando un día. Y otro también. Ella no era tonta; no había nacido ayer. Le dio mucho miedo que su hija se perdiera. La Estelita sí era buena gente, ella merecía otra vida.

Acababa esa vez de irse la pobre chamaca a casa de los Aispuro, era bastante de mañana y la madre aturdida entre las cobijas del sueño y de la cruda la había oído minutos antes en el lavadero basquear y basquear. Así había ocurrido la noche anterior, también dos días antes. ¿Cómo no se daba cuenta…? Lo primero que le vino al pensamiento fue esperarla en la noche y gritarle, golpearla; desatarse en harejías contra esa cusca que a qué gañán le habrá abierto las piernas…

—Esa mañana, hijito, me vi al espejo y vi esta cara toda marchita y ajada. Cuánto asco me di. Tu hermana se acababa de ir a trabajar como todos los días a la casa de esa gente; había pasado la pobre muchachita muy mala noche…, sin poder dormir bien bien. Se le veía flacucha y débil. Me vi los ojos; yo no era ésa. ¿De qué le servía esa mujer así, de qué le servía yo a mijita si me le moría por tanto tomar? Yo no soy una borracha, tampoco soy una puta.

Dispénsame que hable así. Pero así me dije.

No quería que mijita viviera lo que yo. Bajé al río a bañarme. Fue como si el agua fría de la corriente me arrancara las cáscaras de piel lodosa y de poquito a poco el aire se me volvió liviano sobre los hombros. Cuando salí del río caminé a la casa pisando fuerte la tierra.

Esto no podría contarle nunca al Juan:

Esperó en la noche a su hija con una infusión de hierbas. Le habló mijita, cuéntame. La pobre bajó la cabeza, gimoteando. Tómate el tecito; sabe a rayos pero con eso te me vas a librar de… la vergüenza… Yo me encargo. La vida me enseñó. El joven cuerpo de roble de la hija se doblegó en llanto convulsivo. La madre la jaló hacia sí, le dio un abrazo.

El mayor de los Aispuro —contó la Estela entonces— llevaba rato atosigándola. Sí, el Raulillo, muchacho enclenque de quince años, alto, de nariz pecosa y ojos pequeños y espesamente malévolos. Le

ponía una mano en la nalga, en los senos; se le acercaba murmurándole no seas apretada, si a tu amá le encanta la monda por qué tú tan santurrona. Y ni cómo acusarlo, con quién. El señor Aispuro era un patán sangrón desentendido que se la vivía parriba en la troca haciendo sus negocios, la señora salió corajuda y beata y nada la tenía contenta. La corrían de seguro si les acusa al primogénito.

Una vez tendía la joven en el patio la ropa recién lavada. El Raulillo la agarró desprevenida. La jaló y tumbó atrás del horno de leña. Le pegó con el puño en el abdomen. La cabeza de ella cayó haciendo un ruido seco y sordo contra la plancha de cemento.

Todo pasó tan súbito, y también todo fue quemazón, dolor, fue un coraje tan estéril, fue una pura humillación. No sabe cuánto, amá.

Ahí se quedó ella, llorando, quebrada.

Cuando se pudo ir poniendo de pie, caminó luego al servicio y le vinieron los gritos de la seño desde la cocina, dónde andas, haragana, me quieres dejar toda la loza bien puerca pa que yo la lave o qué.

Y desde esa tarde el desgraciado del Raulillo no se le acercaba por fortuna a la Estela. Parecía tenerle miedo o repulsión, una tepocata sucia y podrida le habría de estar mordiendo el alma basura, el alma pocacosa que hasta el desenlace de los tiempos tendrá.

—Esa noche, mijo, se me puso peor tu hermanita. Le di un té de hierbas, la cuidé toda la noche y los días que siguieron. Claro que no iba a poder ir a hacer el quehacer por un buen rato ni con los Aispuros ni con naiden. Fui a hablar con la señora aquella, su patrona. No quiso oír nada. Nos dijimos de cosas al final. Salí de su casa echando humo por la boca y las orejas de tanta rabia que traía. Ai murió todo: la Estelita no iba a poner nunca más un pie en esa casa.

Pero ya lo sabes: no hay mal que por bien venga. El Chandón y Maribel me mandaron a los dos días un plebillo pa preguntar si la Estelita no quería trabajar con ellos.

El Chandón y Maribel eran el matrimonio a quien don Lizandro Beltrán López, al mudarse a vivir a la suidad, había traspasado el mismo abarrote y la misma casa que antes había sido de don Eutimio Carrasco y de su mujer, la Maruca Heras. Esto pasó al año y medio de que el Juanillo dejó el pueblo. Salieron buenos patrones: la seño Maribel había sido maestra de escuela y al casarse dejó el aula y el pizarrón pero seguía teniendo gallardía tan bonachona y materna que la Estela se sentía rara de chambear pa una jefa que no fuera igual que beberse un vaso de vinagre.

—Dirás que las cosas no pasan así como por obra de Dios, sólo porque una se meta a bañar a un río y la hija se te ponga mala de

salud. Pero a partir de eso dejé el vicio. Me lo puedes ver en la cara —y con las manos se enmarcó el rostro—. Fue espantoso al comienzo, cómo te digo que no: había unas veces que la sed tan rabiosa me iba a volver loca, a media mañana era lo peor: la luz del sol me entraba por los ojos y parecía secarme por dentro y exigirme agarrar una botella, como si me fuera a morir si no lo hacía.

Aunque ahora no hay vuelta atrás. Escucha, mijo. Escucha bien: esto es obra de Dios. No me veas de ese modo… Es que no sabes, Juanito: los domingos vamos al templo, entre los hermanos de aquí hay gente de buena entraña. Cuando escucho al pastor y cuando rezo sé que no estoy sola, siento una paz… Ya no te digo nada, me vas a echar chifletas…

—Yo no me estoy burlando…

—Pero tus ojos hablan por ti, mocoso. Nunca es tarde para acercarse al Señor. Se te ve que traes el alma bien descarriada, esos amigotes de Nogales me dan muy mala espina. Deberías darte una vuelta con nosotras el domingo.

No le sigo, está bien. Yo qué más te digo sobre mí: me mantengo ocupada, le ayudo a la Estela en la cocina y la gente de aquí me encarga ropa. Todavía tengo buenos ojos y la máquina Singer ahí está que ni se raja…

—¿Y de qué se enfermó mi hermana aquella vez?

—Cosas de mujeres, mijo. Es fuerte tu hermanita. Ves su cuerpo, bien armado; es robustota y salió bien hecha. ¿Cuándo le da gripa?, nunca le da gripa. No me la tumban fácil. Se puso mejor a los tres, cuatro días. Y es bien chambeadora. Centrada, tiene la cabeza en su lugar.

¿Por qué crees que este bienaventurado del Virgilio subió a convencerla de que se viniera con él? Ya aprendió de la vida el pobre infeliz: la otra mujer que tuvo era muy vanidosilla y de armas tomar, se dedicaba a hacer pan pero tenía mano pesada, le quedaba desabrido, además dicen que le gritaba y lo quería agarrar a chanclazos con el menor pretexto. Ahora que enviudó de seguro se dijo me busco una que sí me salga buena.

¿Por qué crees que el pobre quiso que yo me viniera con ellos? Porque sabe con quién se casó. Sabe que no va a hallar otra como mija, y menos con esa cara llena de manchas que se carga el ingrato. La valora, yo lo he visto; eso en estos rumbos es cosa de no verse. ¿Quieres que yo la deje y me vaya sabrá Dios a qué playa del demonio? ¿Con qué alma la habré de abandonar, muchacho?

Ella no me abandonó en el vicio…

La mujer fue bajando la voz. Se detuvo, miraba los ojos tensos de su hijo, las cejas apretadas, esa cicatriz hundiéndosele en la sien izquierda. Él se llevó al esternón la yema de los dedos. Luego de alejar a la mujer con el brazo, se dio media vuelta. “Pus arriendémonos”, soltó el murmullo.

Y bajo el sordo sol de junio se lanzó a caminar hacia la casa de su hermana y su cuñado sin reparar en si su madre lo seguía de cerca.

La había escuchado al principio con una brizna de ansiedad; pero ahora se le removía en el pecho un gato arisco: qué hacer con esta mescolanza de fuerzas resentidas que parecían chocar unas con otras en el intento de dominar su ánimo y su temple. Latía en un extremo el dolor de creerse rechazado o preterido por su madre: que la mujer eligiese a la Estela era sentido en el pecho del hombre como un suceso no por conocido menos punzante, la herida de un cuchillo llegándole otra vez por el lado ciego, la constatación de que él no estuvo nunca, ni de chico ni ahora, en el corazón del corazón de la Lidia.

En el otro extremo se alojaba la culpa del ausente todos estos años en que las dos mujeres vivieron tan flaca penuria. Lo que les fue enviando de dinero había sido poco, intermitente, cosa de no confiar. Él se dejó atraer por la ambición guajira de muerto de hambre en pos de dólares y trocas del año sin aceptar que una y otra vez todo parecía destinado a concluir en el fracaso: manos vacías, sobresaltos e inconstancias que le habían agravado los malestares del estómago, golpes en las costillas o patadas en el culo, y ahora esta vuelta vergonzante, con una camioneta que ni del año era, la lana que trae consigo le durará un tiempillo pero no es para siempre…

Entre un extremo y otro había una loma reseca en que el viento y el polvo corrían enemigos, haciéndole sentir en el pecho un frío granuloso en que se movían partículas de miedo, de rencor, de soledad y de enojo. Sí, contra su madre. Contra sí mismo. Poca cosa el norte le dejó. ¿Qué traía en las manos? Le daba coraje pensar que otros sí volvían con un madral de dólares, podían llevarse a su familia a vivir la vida fresa en el Gabacho, o allá agarraban mujer americana y echaban raíces bien prontito.

No lo sabría decir así, en voz alta; no lo habría tampoco de aceptar si alguien se lo descifrara, poniéndole frente a los ojos la verdad violenta de su ánimo: lo ahogaba la mucha ira de saberse un sin nadie. Ese cuerpo —el cuerpo materno cuya voz acababa de escuchar— era su sola alianza, la única tierra, el vínculo que lo aliviaba con su promesa de consuelo, y ahora descubría que, en

realidad, no había consuelo ni había ligadura ni había nada. Eso le roía la carne del vigor y la templanza: por eso el no de su madre lo enardecía, hundiéndolo en el desamparo y la oscurana más llena de desasosiego. Había sido todo en su existencia huir de esa emoción tan seca de crecer sabiendo que la cosa de donde podía agarrarse para enraizar estaba muerta. Con él eso pasó: no tuvo de quién recibir nunca el calor sin precio, por eso el matarse en el trabajo, cargando costales o catando la adrenalina de soltar golpes, para no enfrentar ese espejo de agua amarga en que su cuerpo era un cuerpo sin lianas que lo enlazaran con nadie más, nunca.

Se acordó así de la Julia.

18

Incapaz de ver sus propias falencias pues las heridas eran más apasionantes y le daban el diploma de víctima que autorizaba toda frialdad, el Juanillo no le creyó una palabra a la muchacha: ya habían salido de la casa de dos plantas e iban en la Cheyenne esa última tarde que vivió en Nogales. Ella le decía llorando y gimiendo su verdad de los hechos.

La mujer esa era cubana, sí, pero buena persona, no, no era dueña de ningún congal, ¿cómo decía una cosa así?, ¡no era una madrota!, ¿cómo se quedaba tan campante diciendo una mentira de ese tipo? Era tarotista, daba clases de cómo leer las cartas de esa baraja… A eso quería ella dedicarse, no había nada de malo en ese oficio… No, no era una baraja de las otras, no tiene que ver con apuestas ni nada de eso… ¡Ella no quería ser siempre una mantenida! No era la cubana ninguna alcahueta que le habría de conseguir clientes de nada, ella misma no era una piruja, ¿qué se estaba creyendo? Y qué podía saber ella quién era ese muchacho de la planta baja, será su sobrino, será su nieto, traía uniforme de alguna prepa del rumbo, sí era alto y güero pero ella nunca reparó en él…

—O ha de ser algún gañán que en un ratito te iba a estar culiando bien sabroso, ¿cuánto le ibas a cobrar, perra calenturienta?

—Cómo crees, bebé, yo sólo a ti te quiero, pero es que me dejas sola tanto tiempo y si algo te pasa de qué viviría, tienes que entenderme.

—O sea que ya estás haciendo cuentas alegres de que algún culero me deje cosido a plomazos pa que puedas putearle bien y bonito —le pegó con el codo en la nariz y ella gritando se llevó las manos a la cara en tanto le salía la sangre. Sollozaba, le dolía mucho la nariz y toda la cara parecía retumbarle con ecos ciegos, jalaba aire de la pura angustia, lo peor era el ardor gélido en el pecho, mezcla de terror y decepción como puñados de tierra gruesa, engusanada. ¿De veras la quiso este bato alguna vez? Le había ella aguantado tantas

cosas, ¿por qué? Porque le gustaron mucho sus ojos cenizos y chispeantes desde que se conocieron, por su forma de sonreír mostrando los dientes con desparpajo, ¡por pendeja nada más!, por no haber acabado la secundaria y no querer volver con su madre a escuchar cómo le decía chingaderas e insultos mañana, tarde y noche.

Pero lo iba a dejar ora sí. Él no le pondría la mano encima otra vez. Ya estaba harta de sus eructos ruidosos y su estómago acedo, dejaba con sus pedos un aire concentrado de amoniaco que se adhería a las sábanas por días y noches. Si ella le decía: “mijo, con Pepto Bismol y sal de uvas no se te va a componer eso”, él se volvía entre ardido y mordaz, metía la mano en la parte trasera del pantalón y luego de sacarla se la acercaba al rostro, ten, mira, mija, huele qué bonito, ni me pongas cara de guácala, acaso tú cagas con olor de rosas. Aborrecía la gruesa fetidez que se quedaba volando sobre los muebles de la casa cuando él, antes de acostarse, se ponía a ver la tele fumando mota, ella sentía arcadas y pesadez en las sienes. Lo dejaría. No quería seguir siendo su puta y su sirvienta, bien que habría de encontrar ella quien sí la valorase…

Revolviéndose contra sí misma, dolida y temerosa de qué pasaría consigo de perderlo o de perdérsele, volteó a mirarlo. Sintió una picazón punzante en la nariz. Agarró de la guantera el trapo de franela y se limpió la sangre mientras se veía en el espejo retrovisor. Quiso ponerle la mano en la mejilla y sonreírle: ya lo conocía e igual se le pasaba pronto el coraje, ni modo, así eran los batos, de pensar en volver con su madre sentía un rechinido de engranes colidiendo dentro de sus nervios, y en todo esto había también una cosa muy cierta de miedo, pues si ella se le escapaba él sería capaz de ir con sus compas del Ministerio Público, de la judicial y a menos que se vaya a vivir a otro planeta esos fulanos darían con ella fácilmente.

Se dio cuenta entonces: él había manejado hasta un baldío en la salida sur de la ciudad, no se ubicaba ella bien en este rumbo. El Juanillo le vio en la cara una expresión entre apenada y tierna y pícara de ya no peleemos, bebé, mejor culiemos, vio también la mano de ella extendida hacia su oreja y él se la jaló con una mano y luego usó la otra para apretarle el cuello mientras le hacía pegar el cráneo contra el vidrio trasero de la cabina. Ella no supo reaccionar. Él la bajó arrastrándola hacia el baldío, una y otra vez la golpeó detrás de la pila de grava, agarró una piedra con las dos manos. Aquella silueta difuminada dejó caer la piedra y la piedra descendió y en el último adentro de su raíz ardiente ella y el germen de su matriz de lumbre se

fueron apagando. Fue ya noche cuando se le ahogó la luz de su amanecer en el crepúsculo y no hubo sino oscurana y frío en la nueva nada de su cuerpo.

Él gritó “¡perra!” y la Julia dejó de verlo, dejó de escucharlo. Ahora sentía el cuerpo enflaquecido, débil, pequeño, le supuraban y sangraban manchas oscuras en los costados y la espalda, las llagas y la hinchazón en el hocico le hacían penoso el respirar, ya sin el pelaje le ardía el cuero reseco, quería correr hacia los huizaches en busca de un hoyo en la tierra pero las patas de atrás no se movían, ella extendía las delanteras y sólo avanzaba un paso, mareada por el dolor y la sangre perdida intentó clavar las pezuñas en la tierra, pudo sólo rozar las piedrecitas, que se le escapaban; en la garganta le hizo la sed nacer un cactus, buscó al Juanillo pero ya no era sino una silueta borrosa que parecía agitar, respirando violentamente, las manos levantadas; quiso ladrarle aunque le salían sólo flacos aullidos que se acortaban, no le salió al fin más nada en forma de sonido. Jadeó, pasó la lengua por los labios sin sentir más que una plasta sanguinolenta, quiso jalar aire ansiando el olor fresco de conejos o cobayas que bajaban del cerro, no venía ningún olor, la nariz se le embotaba, querría perseguirlos, devorarlos, querría lanzarle al hombre aquel una dentellada, él seguía cargando un objeto redondo y oscuro entre las manos; ella se soltó a temblar cada vez más llena de miedo, quiso desviarse, moverse pero sólo pudo menear el rabo, cerró los párpados y de pronto supo que no podría morder al hombre, recordó que ella al escucharlo chiflar solía correr con el vigor inocente de sus patas jóvenes para rozarle las piernas, brincotearle, darle lengüetazos en la cara. Y entonces la silueta difuminada dejó caer la piedra y la piedra descendió y en el lejano adentro de su raíz llameante ella y el germen de su primera lumbre se apagaron.

Dejó de verlo, dejó de escucharlo.

Sentía el cuerpo enflaquecido, débil, pequeño…

Al conducir de vuelta a su casa el Juanillo prendió el estéreo y luego luego le llegaron a la piel, a la manera de una catarsis, los versos en la voz aguardentosa y ríspida de Chalino Sánchez. Empezó a lanzar berridos entonando la letra mientras lloraba:

Se ha llegado el momento,
chatita del alma,
de hablar sin mentiras…
Esperé mucho tiempo

pa ver si cambiabas
y tú ni me miras…

Y ahora estaba en Sanalona.

—A las doce pasa la que va parriba —su hermana movió el brazo a la derecha, indicando la dirección de la sierra.

—¿Quién maneja hoy? —preguntó el Juanillo—. ¿Han cambiado de choferes?

—Tanto no sabría decirte, yo no trabajo vendiendo los boletos…

Él estuvo un buen rato en el mostrador del abarrote, platique y platique con la Estela y uno de sus hijastros. Atento al trajín de los carros, apenas hubo visto cruzar el armatoste de redilas rojas caminó treinta metros hacia la parada, frente a la escuela primaria.

Más gordo y de pelo totalmente canucio, el conductor bajó de la cabina y vio en un gesto ausente al joven ahí parado, sin detenerse en su figura. Caminó, la cara plácida, hacia la cola de la tranvía, donde un pasajero que iba hasta Los Mayos quería subir una arpilla de papas y otra de cebollas moradas. Los dos batos discutieron unos minutos por el monto del flete.

Al final se acercó el Juanillo; tocó al chofer en el hombro, sonriéndole.

—Ya fuimos y ya volvimos de los Yunaites, y don Ramón Soberanes no se acuerda de los compas nada más porque el Juanillo López Millán es chaparro y prieto y de un pueblo tan rascuacho como Chapotán…

El chofer frunció la cara al principio.

—Mugre Juanillo, ¡ya eres todo un hombre! Mis respetos —lo estrechó en los brazos, carcajeándose, cuando por fin se hizo la luz en su memoria—. No pensé que te volvería a ver antes de petatearme, mocoso atrabancado.

Apretó las cejas cuando oyó la consulta que le hacía el muchacho.

—Pus no, mijo, no te puedo dar ninguna noticia. Y la razón es que los Carrasquillos ya no viven en la suidad. La señora Maruca se fue pal otro lado, allá tiene un hermano, en California. Y como debe ser, la bendita mujer se llevó a sus dos chamacos. El Héctor era muy tu compa, ¿verdad? ¿O el Flavio? Ya no me acuerdo… ¿Que cuándo fue que se fueron? No sé, hará tres años, quién quite y cuatro… Ya estoy viejo y los tiempos se me cuatrapean. A esos dos plebes sí sé que no los volveré a ver antes de que Dios pase en su tranvía y me recoja pa llevarme al cielo a retozar con Marilyn Monroe.

Ramón Soberanes trepó a la cabina. El motor arrancó.

No se le había ocurrido —cayó en cuenta el Juanillo ahora—, en aquellos tiempos distantes cuando llegó muy morro a vivir acá pabajo, preguntarle nunca a Ramón Soberanes dónde vivían los Carrasco en la suidad.

En cuanto a sí mismo, el Juanillo los primeros tiempos de su vida en el valle sí se había preguntado muchas veces si al doblar una esquina habría de toparse en algún momento al Héctor, o saliendo del puesto de don Emigdio con un costal en la espalda igual y se topaba el cuerpo flaco y los ojos dicharacheros de su viejo amigo. Nunca ocurrió tal cosa. Se perdieron los compas, nunca cruzaron sus pasos.

Escupió y vio el gargajo al caer envolverse en una capa de polvo del camino.

Andando de vuelta hacia la casa del Caimán, el muchacho se quitó el sombrero, dejó que el aire le secara el sudor de las sienes.

Sin hacer caso de su madre y su hermana que le decían quédate unos diyitas más, cuándo te volvemos a ver, a la tarde del día siguiente agarró carretera y, sin pararse en el valle de Colhuacan, llegó al mar anocheciendo.

La huella del fantasma que somos

19

Era muy joven. Lo que ella quería en ese tiempo era salirse de casa pero ya; ni había cumplido los veinte años.

Qué iba a aprender del padre con esa su cara de alma en el limbo de cada día. En cuanto acababa el desayuno se iba el hombre, cuerpo nervudo y de barba espesa, caminando por las calles del centro. Volvía hacia media tarde, la frente rosada llena de sudor; "la misma estrella en el mismo cielo", decía con falso desconsuelo mirando el plato de albóndigas, o de cocido, o de cazuela; una vez limpiaba el plato, salía otra vez a caminar por la cintura tórrida del día sin decir gran cosa. Sólo hablaba con su mujer de cuando en cuando, ya un pie en la puerta, sobre asuntos del gasto, o cómo va la nena en la escuela, quedaron muy salados los frijoles puercos, la Vitoria no sabe cocinar o qué.

Por su cuenta, Esperanza se había aburrido del jueguito de ser madre desde antes de serlo. El embarazo fue una sucesión de días con náuseas, respiración cortada, insomnio y qué malestar, ¡caramba!, al sentarse, al acostarse: había ese cuerpo dejado de ser suyo. Amamantó a la plebe al principio pero con qué dolor, la niña llore y llore hambrienta y enojada porque era poca la leche que salía. Desde los días primeros a la casa llegó por eso la nana Angustias, mujer joven y sonriente. Tenía aquella verruga que le cubría parte del cachete izquierdo, venía de dar a luz hacía muy poco y se quedó a vivir ahí año y medio: la pequeña convivió desde entonces con el silencioso bebé de su nana, se llamaba Lázaro, de él nada recuerda.

Qué iba a recordar de aquellos tiempos; aunque, bueno…, cómo no habría de recordarlo de otra forma, en la sigilosa, hundida remembranza del cuerpo: fueron tiempos suaves y blancos de leche tibia, de talco que olía siempre a limpio algodón; apenas se sentía llorando por el pañal mojado o todo cagado le llegaba la voz cantarina de la Angustias, sus veloces manos hacían que la humedad se volviera una pura nada y ella sonreía sin saberlo. Fueron días y

noches de aquella música de vibraciones leonadas, blanquecinas, rosáceas que se le extendían sobre la piel y se adentraban mansamente hasta un fondo adormilado con qué dicha y qué serenidad.

Un día todo se rompió. ¡Qué pasaba!, lloró mucho, se le abría el ser como un pan recién hecho que alguien parte en dos pedazos, lloró tardes y tardes esperando la voz de canción dulce de la Angustias. Quien no volvió jamás.

No hubo paciencia entonces en su madre. Qué desastre que la Angustias se le fuera, tuvo que arriendarse pal ejido, la madre se le enfermó muy feo de los riñones y alguien tenía que cuidarla.

Cosa buena —creía Esperanza— era el haber dado a luz a una plebita solamente: la otra al año siguiente nació muerta —y después de eso quién sabe qué habría pasado en la pareja de los padres: no volvió Esperanza a quedar encinta, y eso que ella y Sebastián nunca durmieron en habitaciones separadas—. Buscó ayuda entonces, y así llegó la Vitoria, que además de excelente en la cocina se hizo cargo de navegar a la chamaca. Era de estatura baja, morena, de expresión seria y laboriosa, no usaba tanto arrumaco ni canciones pero tampoco nunca groserías. Fue creciendo la niña habituada a jugar en soledad; hablaba mucho y la Vitoria se reía con sus ocurrencias y preguntas sorpresivas de cuya rareza la misma pequeña no era consciente: hilvanaba historias de sus juguetes, de las ollas y los sartenes e iba suponiendo pleitos y enojos entre unas y otros durante la cocción del caldo de papas, las albóndigas, el arroz con leche de la cena.

Fuera de casa, sin embargo, la plebe perdía solidez. Durante el recreo batallaba para sentirse a gusto con sus amigas de la clase; podía llevarse bien con la Mariana, que estaba siempre hable y hable de un chavalillo de nombre Fernando, según ella de ojos divinos aunque también berrinchudo, o con la Luisa, seria y pudorosa, nostálgica del pueblito en que había crecido con sus tíos en una casa que al fondo del patio tenía aquella buganvilia, y aun así entre la Narsia y el mundo se imponía una malla de espinas invisibles. Oía en el patio de la escuela a la Inés, la Helena, la Ester o la Rosario contar de sus hermanitas recién nacidas, de regalos sorprendentes que les hacían la abuela Virgilia o la tía Ernestina, de viajes a la playa con los papás, primos y tíos, ella se reía, ¡qué bien!, ¿se divirtieron?, aunque a su vez casi nunca contaba nada a sus amigas de sus padres ni de la vida de su casa. Le daba vergüenza, pues… nada pasaba en realidad. ¿Qué pasaba, qué podía contarles? Sólo una vez al año la llevaban sus papás a la residencia del abuelo Rutilo, convivía allá con la familia

de su tío materno.

Fuera de eso todo era un suceder hueco.

En tanto alumna era aplicada. Con los cuadernos al día en apuntes y tareas, se aprendía todo fácil de memoria y levantaba la mano siempre en clase, sacaba puro diez en los exámenes, el diploma de aprovechamiento y el de asiduidad al fin del ciclo nunca se echaban de menos. La ponían de ejemplo las maestras y así ella fue buscando en el estudio la ventura elusiva de bienestar que por la indiferencia y el silencio de los padres no había conocido.

Pero todo eso a costa de qué.

Ya al mediar la secundaria le venían naciendo unas zozobras que por no tener a quién contar debía mordérselas e irlas deglutiendo a pedacitos con la saliva taciturna de su íntima oscuridad. Qué iba a hallar la hija en tan pobre y flaca disposición de la madre para acompañarla en la travesía del nuevo cuerpo que emergía del suyo de niña de siempre. Se le iba descolocando el sentir entre la vergüenza y la soledad, qué era eso, por qué le venían tantas ansias turbulentas. Este no hallar para sí un sitio en la casa ni en el mundo le empezaba a surgir vehemente hacia ese punto de la tarde entre las seis y siete: ya había acabado las tareas, buscaba a veces irse por la puerta de servicio a la tienda o a la plazuela de catedral sólo a bobear y estirar las piernas, de súbito se henchía de hastío: ni adentro ni afuera se hallaba. A su cuarto huía. Y una tristeza la llenaba de insistentes olas de fatiga. Cuando la voz de la Vitoria la llamaba, véngase a cenar, chamaca, aquí no es restorante, contestaba gracias, ¿qué crees?, no tengo hambre, ya me voa dormir. Y nada que se dormía. Tendida en la cama, suspiraba con urgencia y en alguna esquina del tiempo en que se le atenuaba el respirar ocurría sin más por fin la extinción del fuego: cada parcelita de su cuerpo se veía zaherida por distancias de hielo frente a la inexacta luz de la realidad. ¿Sabes? Era como sentirme muerta, calmadamente muerta eso sí, no había desgarramientos ni pesares por dejar la vida a los trece. Así podía estar una hora o dos, no sé cuánto. Desvinculada del hoy y del aquí, distendida en un presente de blanquísima oscurana, sin el menor cuidado de saber hasta dónde se habría de extender la huella del fantasma que somos… En una de ésas era un estado místico y yo que ni lo sabía.

Sólo que una noche dos astros coincidieron en su errancia sideral y debajo de la piel parecía movérsele, a la chica, un magma inesperado. En silencio, aterrada, creía sentir que el frío de antes había sido una distracción para lanzarla al más cimbreante incendio, y esa llamarada

que nacía en el esternón y en la ingle se le regaba por la tiesura cincelada de los huesos. Me hinqué sobre la cama entonces, me cubrí el rostro con las manos sin poder gritar.

Ése fue el nacimiento de lo que soy.

No volvió la vista atrás ya desde entonces. Antes veía su cuerpo con la nada sin tacto de ojos educados por la voz de cerrojo de las monjas del colegio: carne sin materialidad, o más bien carne acaso traicionera que habría de mantener a raya, sin verla ni tocarla; habría que hacerla pervivir en la congelada espera hasta el lejano día de matrimonio sin fecha en el calendario.

A partir de esa noche ya no iba a esperar nada. Se masturbaba de forma compulsiva, en su cama o en la regadera, cuando iba al baño a mitad de la clase o al salir de misa: era un arder veloz y animal de la piel y la vulva y los senos y los sentidos hasta no poder parar, y aunque podía saberlo silenciado unas horas cuando se dedicaba a sus tareas de Mate o de Lengua Nacional o cuando ayudaba a la Vitoria en la cocina —picando papas, regimando elotes o revolviendo los huevos en la sartén—, el pulso no tardaba en retornar.

Luego fue el descubrir del cuerpo de su primo —era guapo el pinche Efraín—. Solía topárselo en la fiesta del abuelo cada año, o si no cuando el tío Trine, hermano menor de Esperanza, caía en la casa a visitarlos con esposa y chamacos. Antes, en ocasiones que ahora veía bajo otra luz, la había el plebe tratado de arrinconar en un ropero o detrás del tabachín en el huerto del abuelo: ella se le escabullía, le contestaba enojada y salía corriendo. Ahora descubría el imán en los ojos vivaces y pequeños, en el mentón firme y los labios delgados, en los mechones de pelo que se le desacomodaban, juguetones, al coqueto Efraín, y sobre todo en los hombros anchos y esos brazos rollizos y tensos de su primo a partir de aquella tarde en que, de visita en la casa del abuelo Rutilo, se soltó de las amarras del aire una lluvia repentina y ella lo vio quitarse la camiseta para salir corriendo y gritar bajo las briosas láminas del agua. Desde esa vez ella le sonreía, vamos a cortar unos mangos, susurraba con un guiño, corrían bajo los árboles. En algún momento se dio media vuelta, ¿ya sabes cómo besar? A ver si me enseñas, yo no sé de eso…

Esperanza tenía otras cosas en la cabeza. Pasaban madre e hija las tardes en la sala. Oía la mujer el radio mientras hojeaba revistas, recibía seguido a vecinas o amigas con las que charlaba sobre galanes de cine, telas, vestidos y perfumes, se reían por cualquier chiste y la hija ahí sentada a la mesa iba sacando una tras otra las tareas, poco a poco un humo tibio se le expandía por el abdomen, le

subía hasta los oídos. Nada más volteaba a ver a su madre y le causaba repulsión la cara lisa por tantas cremas, sus pestañas delineadas como para ir a una fiesta, la voz diciendo naderías igual que si se tratara de la verdad de Jesús Sacramentado. No podía respirar. Cerraba los ojos y al pensar en su padre, hosco y lejano, mudo y de encino, la ofuscación crecía. ¿Qué se creen éstos?, ¿por qué me tocaron de padres? ¿Sabrán algún día quién soy yo, cómo soy de a de veras?

Asqueada, se ponía de pie. Iba a encerrarse al baño, salía del baño y caminaba a la cocina, qué le pusiste a la cazuela hoy, Vitoria, el caldo me supo a orégano y a otra cosa, aunque lo que buscaba era poder contarle a quien fuese: ¿sabes?, hay un muchacho que pasa al colegio a la hora de la salida, me mira mucho pero no se me acerca.

—¿Y siquiera es guapo ese pelafustán?

—Ei, Vitoria; no le digas así. Está retechulo, ni te imaginas: bien alto, blanco blanco, la cara alargada, los ojos negros me hacen sudar, yo bajo los ojos cuando él me ve pero querría saber cómo se llama por lo menos.

—Ay, chamaquilla, no me salgas tan volada; no le hables tú primero, te va a perder el respeto; mantenlo a raya, no le hagas ver que te pones toda luria.

—Ya sé, Vitorina, qué regañona. ¿Y si le gusto? ¡Quiero que me hable! Ya van no sé cuántos días que viene y nada, tiene pinta de ser bien cimarrón.

Cuál cimarrón: no era tímido el Leonardo nada.

Al día siguiente o dos después se le acercó —Esperanza iba siempre tarde a recogerla y él ya había medido el tiempo, las había seguido y hasta descubrió dónde vivían—, quedaron de verse para tomar una nieve. Paso por ti a las cinco. Y, aprovechando que su madre estaba en el puro chisme y el ja, ja, ja y el jo, jo, jo con la Luci de Vizcarra, amiga de sus épocas en el colegio de monjas, la morrita se escabulló por la puerta de servicio. Fueron juntos ella y el chamaco a tres cuadras. Volvió a la hora y media. Su madre ni en cuenta.

Así anduvieron un buen rato hasta volverse noviecitos.

Resultó ser el Leonardo hijo de un cliente a quien de cuando en cuando recibía su padre: se quedaban los dos señores en el mostrador de la joyería hable y hable sobre relojes hasta que el licenciado Junco escogía uno. Había sido diputado local y funcionario. Presumía de una colección de relojes más que respetable y además para el cumpleaños de parientes, amigos, socios, colegas de la grilla regalaba siempre algún modelo que nadie se esperaba, pura

elegancia, pues.

Los dos hombres se sorprendieron al enterarse de que serían consuegros. Se casó Narsia a los diecinueve con el Leonardo. Ya venía en camino el Rodolfito y, la verdad, ni cómo hacerse a un lado. Pero nunca llegué a amar a ese hombre. Anduve encaprichada, nada más. Sí que lo veía guapísimo: esos ojos negros, de párpados caídos, tenían tal intensidad y tal encanto en bruto, su voz gruesa me hacía sentir un como flameo travieso en las articulaciones, la nariz recta le daba un aire de convicción, de voluntad fuerte sin aspavientos, y su cuerpo era hermoso: la piel blanquísima se desenvolvía, tersa, rotunda, por los músculos recios de los brazos, tenía el tórax firme de un muchacho habituado al esfuerzo físico… Qué te digo: me mojaba la pantaleta. Pero él fue más bien una liana colgando del aire que me llevaría hacia otro futuro; cualquier cosa era mejor —pensaba yo de tonta— que la vida con Esperanza. Ahora me río. Qué me costaba aguantarme, tampoco es que mi madre fuera una lunática ni una ebria ni mucho menos una arpía. Yo qué iba a saber que el matrimonio sería la trampa del mismo hastío en que vi a mi madre. Quizá me tocó hasta peor. De novio era jovial pero ya de maridito me salió inseguro a morir, y, lo peor de todo, de una vanidad de sapo que se cree rey de la luna y emperador de la galaxia. No íbamos a llevarnos bien por mucho tiempo.

—¿Qué tal cuando nació el bebé?

—Qué esperanzas. Ya te imaginarás que nunca me ayudó a cambiarle el pañal ni prepararle un biberón. Igual de macho que todos por aquí. Qué le costaba hacer a un lado su disfraz de tipo duro. Estaba bien orgulloso de que los dos retoños salieron hombres, pero ni bueno fue para aplaudirles o echarles porras cuando dieron su primer paso, o en su primer día de escuela. Cómo me frustró eso. Mi primogénito salió fuerte y esa actitud de su padre pareció nunca importarle. El Adriancito no: durante mucho tiempo, nada más ver a su padre se me ponía a temblar. Pero, ¿sabes?, no me siento del todo bien hablando de mi ex, mejor aquí le corto…

Qué iba a querer hablar ahora de su esposo. Al principio no se opuso el Leonardo a que ella retomara sus estudios en la universidad luego del parto. Dinero no faltó: el licenciado Junco y Sebastián acordaron apoyar a la pareja, ni modo, se comieron la torta antes del recreo pero nos dieron un nieto varoncito. La abuela, doña Nati, resultó casi casi la madre sustituta del mocoso: se derretía por cuidarlo; la nuera recalaba seguido en la casa de los suegros con niño

y pañales para dejarlo encargado cuando tenía clases.

A mitad del semestre se empezó a quejar el Leonardo por los amigos hombres que sin venir a cuento —así decía— le sacaban a Narsia plática en los pasillos. No ocupabas sonreírle al Hinojosa, ese puto se cree Juan Charrasqueado, si ve una escoba luego le echa los perros, además ya me hacen burla de que si no puedo mantenerte, para qué ocupas volverte tú abogada si con lo que yo voy a ganar tendremos un caserón y tres, cuatro carrazos.

No era eso lo que Narsia había esperado. El joven dicharachero de buen humor y mejor risa se le fue volviendo voz de bilis con decir de plomo: todo le parecía mal, todo le hacía levantar la ceja y mirar con ojo de témpano a su mujer en lumbre. Ella dejó la universidad. Se volcó en el cuidado del primogénito. No fue suficiente: la vida era de una grisura rutinaria, su cuerpo tenía las alas secas de una mariposa entre las páginas de un libro olvidado. Doña Nati le tomaba las manos, le acariciaba el cabello: algo no está bien, ¿verdad, mijita?, siempre has sido pálida pero ora sí te ves desmejorada, le diré a mijo que se vayan de fin de semana a la playa.

El licenciado Junco recibió un regalo de no sé qué diputado amigo suyo. Lo vio cosa aburrida, se lo envió a su nuera. Eran seis tomos empastados en marrón. Honorato de Balzac, *Obras completas*. Había leído ella para entonces mucho aunque en realidad de pocos temas: libros edificantes que le daban las monjas, tomos de historia universal y de mitos y leyendas del mundo que alguna tarde compró su madre para adornar las paredes de la sala, fotonovelas sentimentales que una época se disfrutan pero se les pierde el gusto luego porque son siempre las mismas historias apenas revolcadas. Doña Nati tenía mucho tiempo libre; el licenciado Junco por sus tantísimas ocupaciones nunca paraba en casa; ya se les habían casado los cuatro hijos y, salvo el Leonardo, los otros tres vivían en Guadalajara, allá estudiaron y agarraron mujer. Por eso la señora se la vivía en casa de la nuera navegando al nieto. Gracias a lo cual hallaba Narsia tiempo libre para quedarse a vivir en las novelas, que la salvaban, escapista, de aquel desierto en que su vida se había hundido.

Y en eso estábamos cuando llegó el año de 1965. El suegro no había obtenido nada bueno del gobernador Sánchez Celis, que andaba cumpliendo ya su segundo año en el cargo, pero recibió la oferta que tanto había esperado desde siempre: el Toledo Croft, su viejo compañero de estudios en los años de la universidad, fue nombrado subsecretario al iniciar el sexenio del nuevo presidente de la república. “Vente al De Efe”, le dijo aquel compa picudo a su amigo

Junco, “acá te quiero en una dirección general, ¿te cae bien el hueso, perro?”

El Leonardo ya se había recibido, era todo un licenciado en Derecho listo para hacer negocios chuecos, y nuestra heroína, como ya hemos referido en un párrafo anterior, transcurría sus jornadas en el hogar leyendo novelas del siglo XIX, cocinando junto a la suegra y cuidando al primogénito. El licenciado Junco decidió mudarse al De Efe y, colmilludo al fin, supo conseguirle al hijo un buen puesto para que fuera empezando a hacer carrera en la administración pública. Su sueño era que pasados los años el Leonardito volviera al terruño como candidato a gobernador, ninguno de los otros hijos mostró nunca querer seguir su ejemplo y volver reales sus viejas ambiciones de triunfo en la polaca.

Allá recaló entonces la familia. Estamos hablando de la Ciudad de México en los años sesenta, no es poca cosa. Narsia se metió a cursos de teatro, empezó a actuar en montajes universitarios, aprendió francés e inglés y vio mucho cine europeo. Si bien no se le quitaba lo celoso, el Leonardo le halló tanto gusto al vendaval de la gran ciudad y a las bondades del mundo de la política para un hombre joven, alto, verboso y guapo como él, que pronto se hizo de una amante tras otra, llegaba a la casa muy noche o ya en la madrugada, y Narsia se animó a hacer aquello que había fantaseado y que sólo en el imposible caso de divorciarse había creído poder explorar.

Era un editor y profesor de literatura de nombre Umberto Batres Malo. Recorrían juntos las librerías del Centro Histórico o pasaba él por ella a los ensayos. Era de plática vivaz, tenía en los ojos el brillo pueril de los locuaces, bigote y barba y pelo en todo el cuerpo, vozarrón de energúmeno; su defecto era el haber sido seminarista en su natal Jalisco y por lo tanto no se le quitaba lo eyaculador precoz. Para Narsia cambio grande no fue aquello. Su marido sólo farfullaba un idioma: el despliegue de la fuerza viril condensada en el pene que reducía el cuerpo de su esposa a la vagina. De no ser porque desde chamaca se masturbaba sin reparos, no habría Narsia conocido el orgasmo. Umberto era más pícaro y, como por debajo de su vociferante ateísmo seguía disfrutando el ser católico sin saberlo, se excitaba verse pecador al pedir a como diera lugar caer en la tentación. Tenía un mucho de malicia y otro tanto de morbo, le fascinaba el cuerpo joven y fresco y firme de Narsia. Poco le importaba que ella se burlara de sus venidas rápidas, pues antes él ya había hecho venir a su amiga, la acariciaba, la lamía, la mordía con hambre de sentenciado. Eres un amante lesbiano en realidad, le decía

ella. Además tenía Umberto su colección gigantesca de fotografía erótica. No conoció Narsia nunca después a nadie que como él tuviera ese enfermizo don para alimentarse de la belleza en el cuerpo femenino.

Quizás haya sido gracias a Umberto y el encantamiento de su colección de fotos que Narsia soltó el último freno; era algo de lo que se habría escandalizado allá en el rancho, pero que descubrió en la gran ciudad como el fulgor más intenso que es posible vivir en la materialidad de los cuerpos.

Aquella joven tenía veintiún años y por nombre Lina Roig Murià. Era hija de catalanes exiliados —padre tipógrafo y madre traductora— luego de la guerra civil, delgada, pelo lacio y pómulos pronunciados, ojos que no sabías si eran aguamarina o azul topacio o qué: un destello que desde el primer momento le pareció a Narsia arrobador. No se le podía sino quedar mirando, eran tantos siglos de hermosura en pocos años de edad. También hacía teatro. La invitó Narsia a tomar el café, le tomó la mano así como por descuido, le dijo me gustas un montón, morra. Lina vivía en un departamento de la colonia Roma, ahí pasaban la tarde. No supo aquellos tiempos cuán feliz llegó a ser con Lina: todo se le llenaba de una lumbre quieta pero intensa al acariciarla, al oírla y besarla y beberle aquella sonrisa de colegiala distraída, sólo entreabriendo los labios, con la mirada al parecer esquivándote; le rozaba la piel fresca y suave, los pezones pequeños, erguidos, la escuchaba soltar un gemido apenas ella le lamía la espalda, el cuello… Quería verla a todas horas. Era un lento remolino que se desenvolvía, que partía de su vientre hasta detenerse, imperial, en la garganta. Era de aquella hambre que se nutre de su propia hambre; era como cuando quiere el tiempo acabar en un instante y no tener ya tiempo para existir otra vez pues todo lo domina el oleaje de la alegría. Con Lina le traía el mundo la buena nueva del deseo que ella siempre estuvo esperando sin saber qué se sentía elevarse a una esfera de liberación en que el cuerpo mismo era el paraíso. Todo alrededor era luz y temblaba.

Al poco tiempo ya venía en camino el Adrián. Casi ni cogían el Leonardo y ella, pero cuando tenían rachas de jovialidad recordaba la mujer sus tiempos adolescentes. Así pasó en el viaje quesque de reconciliación que hicieron a Acapulco al poco tiempo de que ella hubo terminado con Umberto. Le agarró por sorpresa la noticia del nuevo niño. Intentó, uf, quién sabe cuántas veces abortarlo, todos los métodos de que se enteraba los probó en casa. Sin suerte. El Adrián se aferró. Estaba destinado a venir a este mundo, aunque el mundo

no lo quisiera y quizá por eso, ¿sabes?, quizá por eso con el mismo ímpetu llegado el día se fue como lo hizo, indomable, en sus términos.

Lina perdió el interés al verle crecido el vientre. Narsia la buscaba, le escribió cartas, la esperaba al final de los ensayos. Cuando ella se le acercaba, aquélla nada más le sonreía, agachaba la oreja como si no la escuchase bien, volvía los ojos a otro lado. Narsia no había sufrido jamás una pérdida así. Se le rompía en el pecho un témpano de convulsiones y ansias apenas volvía a ver el rostro de Lina en la memoria. Lo tuvo que aceptar: se había enamorado. La dejó perpleja este descubrimiento. ¿En realidad era lesbiana? ¿Su interés en los hombres había sido por ignorancia, por represión? Pasó largo tiempo antes de que ese amor dejara de ser así de punzante y dolorido. Y supo que al perder a quien se ama sólo del amor queda el veneno. Sólo su voz era ave de la mía. Así dice un poeta, y es cierto. Levanto la vista aun hoy día y ahí está en mi recuerdo, por dentro de mis ojos, aquel cuerpo joven, tan gozoso. Ahora sí que, como dice la canción: "Me puse a amar a una mujer con la ilusión de amar". Y así me fue, ¿qué quieres?

Acabó el sexenio y el suegro y el Leonardo decidieron quedarse en la gran capital. El primero montó una imprenta que recibía ladrones contratos del gobierno, el hijo supo agenciarse puesto picudo en la Secretaría de Educación, tenía ya sus conectes; él sí sabía hablar para entonces con soltura el sinuoso idioma de la tenebra trinquetera que en el valle el viejo Junco si acaso había aprendido torpemente a balbucear. Aunque por sus horarios no había muchas oportunidades de que peleasen, los esposos no se toleraban. Ella no podía verlo ni de lejos. Su voz inflada echándole en cara al llegar de noche dónde está mi cena, carajo, eres una mantenida que sólo se junta con vagos mariguanos; la mirada engreída, de suficiencia, con que la sobajaba viéndole las nalgas mientras le reñía ¿ahora quién te anda culiando, putita caliente? Si ella le pedía el divorcio, él nomás no se lo daba: ¡hasta crees!, eso sería nefasto para mi carrera; me vas a acompañar hasta que seas primera dama del estado.

Habló doña Nati con su nuera, disculpa que me meta, pero se ve que no se llevan bien. No dejes que esto se vuelva una cosa de siempre…

—¿Usted qué haría si fuera yo? Si pudiera volver en el tiempo.

Doña Nati dejó ver un brillo de liebre amarga en la mirada. Sonrió dejando ver algo de contención. Se dio media vuelta con el pretexto de levantar la sonaja que el Adriancito acababa de aventar al suelo. Al volver a ver de frente a su nuera, seguía sonriendo.

—Me iba. La verdad. Me iba a Guanajuato. De allá es mi familia, podía llegar a casa de una tía abuela que me quiso mucho… Bueno, te lo digo así porque yo navegué sola a mis chamacos. Pero sí: me iba.

Narsia habló con su padre: la estoy pasando mal, ocupo tanto, ¿me lo mandas? Sebastián no hizo preguntas, le giró el dinero. Ella dejó a los niños con doña Nati. Se fue de viaje a Barcelona.

—Iba por tres semanas y me quedé seis meses.

—Ardió Troya.

—Pues mi esposo ya desde antes era Menelao.

—¿Y cuánto estuvieron casados finalmente?

—Añales. El divorcio no lo firmamos hasta que el Rodolfito cumplió la mayoría de edad. Al principio yo era bien tonta y nos reconciliábamos, pero eso no duraba. Vivimos separados a partir de que me escapé a Barcelona sin avisarle. No sabes cómo lo herí esa vez… Ya, en serio, no me hagas hablar más de ese tipo. Llévese el mar lo llorado. Un día te voy a presentar a la Alma Delia. Ella sabe toda la historia… Si en algo nos parecemos ella y yo es que no recomendamos el matrimonio ni en defensa propia…

—Un amigo mío opina lo contrario. Era mi jefe en el periódico. Lleva treinta años con su esposa, tuvieron cuatro chamacos que ya están grandes.

—Pues sabrá Dios qué cosa buena habrán hecho en su vida anterior… Yo con esa vez tuve suficiente. Hay errores de los que sí se saca algo útil pero no porque seamos listos sino porque los demás se dan cuenta de que ya antes fuimos estúpidos y por eso ellos mismos se hacen a un lado. Tú, por ejemplo, no te deberías volver a casar; eso se te ve a kilómetros…

—Bueno…, depende…

—¿Ves lo que te digo? Por cuerdo te juzgaba, aunque poeta…

—Ni músico ni poeta…

—Aunque sí loco. Tú sí serías tan tarugo para fantasear con volver a vivir esa travesía igualita, de la calentura y el embeleso hasta el aborrecimiento y el odio, pero confío en que las mujeres se darán cuenta desde lejos de que como marido has de salir muy enrevesado.

—¿Eso decía mi carta astral?

—Dime que estoy en un error…

Él balbuceó mientras abría y cerraba los ojos.

—¿Ya ves? No te cases. Es más: ni te enamores. Y si te enamoras acepta que todo está destinado a acabarse, y con mucho dolor, mijito.

—Narsia, eres el colmo… —pero no se animó a decirle que ya

andaba cayendo en el desespero: quería enamorarse otra vez, clavarse en alguien hasta la embriaguez y el enculamiento. ¿Era cosa de la edad? Ya iba de bajada en la pendiente de los treinta. ¿Qué le podían decir los astros? La vez de la lectura de su carta astral Narsia le dijo lo que él ya sabía: se entusiasma y se aburre, muestra de sí lo mejor y lo peor y saca lo peor y lo mejor de quienes tenga cerca; él había pensado que así era todo mundo, que habrían de ser así todas las relaciones. ¿Qué buscaba ahora? ¿Estar con alguien y al mismo tiempo no sentirse atado a nadie? ¡Eso! Estar con alguien y al mismo tiempo no sentirse atado a nadie.

Los meses últimos había estado andando con tres mujeres.

20

Invitó a la Karina, reportera del *Noroeste* con quien había fantaseado tiempo atrás, a tomarse una chela. Tenía el cabello negro azabache, labios delgados y voz grave, lucía el tatuaje de un ancla en el brazo derecho. Se besuquearon, fueron al hotel, se vieron dos veces más; luego él la volvió a buscar, ella respondía cada vez tengo un compromiso, nos vemos la otra semana, luego dejó de contestarle. Mocosa bruta, ni que estuvieras tan buena. Bloqueó su número de la agenda del teléfono.

Conoció a la Eva en aquella junta de padres de familia. Alta y de gesto esquivo rayano en la soberbia, usaba un labial solferino que le daba la apariencia de madurez sin perder la belleza coqueta y jovial de los ojos zarcos y la nariz respingada. Saliendo de la junta se sacaron plática sobre las hijas rebeldes, las tareas absurdas, los defectos de las mises. Al despedirse el Rivas le dejó la mano en la espalda un poco más de tiempo, ella le pasó los dedos por el cuello. Se veían por las mañanas en el estacionamiento de la Ley del Río, ella bajaba de su auto y se subía al del Arsenio, conducían hasta el motel. Luego de varios encuentros le dijo el Arsenio una vez: qué tal que nos grabamos y le mandamos el video a tu marido, con expresión de picardía que esperaba —él y sus ideas— fuese para ella excitante. La siguiente vez no llegó la mujer a la plaza. Él no la buscó. En la escuela se saludaron como si nada, gusto en verte, que estés muy bien.

Desde hacía ¿qué?, tres, cuatro meses había estado viendo a la Romina. Era una abogada a quien conoció durante el proceso de divorcio. Cada cuando él la había buscado, vamos por unas chelas, vamos por un café. Alta y esbelta, de tono de piel claro, vestida de gris o negro y sobriamente maquillada, ella desoyó siempre las invitaciones. Sólo que ahora se había divorciado, tenía una hija de cinco años. Cada quince días se quedaba en casa del Arsenio del viernes al domingo, los fines de semana en que la Irlanda estaba con

los abuelos y la Míriam, su propia hijita, con el padre. Entre semana se veían para desayunar una o dos veces luego de haber dejado en el cole a las niñas, aunque ella tenía que salir corriendo al juzgado luego luego.

Mientras la esperaba ahora en su casa para cenar, él habría querido quitarse del pensamiento las palabras que le escuchó a Narsia esa última vez en el café de los viveros. No te cases. Ni te enamores. Pues la Romina sí habría de querer algo serio.

Inspeccionó la sala: del suelo levantó un cojín y lo colocó en el sillón individual. Salió al jardincito. Ya era noche pero aún sentía el calor como la lenta ebullición del aire, había un olor intenso y cálido de menta. Se oían claxonazos hacia el fondo de la calle, en la salida del fraccionamiento. Varias casas tenían las puertas abiertas, salía luz de las ventanas, vecinos bajaban de los autos, se oían voces y risas. Elevó la vista. La luna creciente lanzaba suaves laminillas de plata. Volvió a entrar en la casa y al sentir la atmósfera helada del aire acondicionado olisqueó aquí y allá. Del baño sacó el desodorante de lavanda, lo oprimió ante la salita y el comedor. Ella siempre traía el perfume afrutado que él asociaba con una mezcla de esencias de pera y manzana. Ya habían dado las nueve y media. Abogada de las serias, ella era anancástica y siempre puntual, si se demoraba dos minutos luego luego hablaba, estoy cerca, aguántame porfa, pero esta vez ya llevaba treinta minutos de retraso. No pasaba nada, claro. El sushi no se va a enfriar. ¿Le marco, no le marco? ¿Se le ponchó la llanta, habrá chocado en un crucero? Si no le marco quizá piense que no me intereso por lo que le pase. ¿Y si le marco no irá a pensar que todo esto sí va en serio? Para qué las falsas esperanzas. Lo que deberías preguntarte es otra cosa. Apretó los músculos de la cara. No quería hacerse esa pregunta. Enamorado así que tú digas bien enamorado no lo estás. Ya lo sabrías. La pasas a todo dar con ella, te diviertes, nos divertimos. ¿Esto puede crecer y volverse una cosa apasionada? Se tocaba el abdomen como a la busca de la forma física que habría de tener la intensidad de oro de un flechazo. Se sabía a disgusto. Porque al mismo tiempo fantaseaba con otras mujeres, la había engañado con la Eva, ¿esta Romina no le era suficiente?

—¡Nene, perdóname! Todo salió mal…

Su exesposo había llegado tarde por la niña. Discutieron. Cuando por fin, hecha la mocha, salió para acá, que en el camino se acuerda de comprar la botella de vino. Pasó a la Europea, no traía feria y la terminal de la tienda no agarraba la tarjeta, pasó a un cajero

automático de a dos cuadras, y cuando ya venía ora sí con el vino quiso llamarle y que me doy cuenta de que no traía saldo en el celular. Un desastre, pues.

—Quizá no querías venir…

—¡Qué grosero! Si no quisiera verte, bobito, ¿estaría aquí en tu casa, sin ningún papel firmado? —y le sonrió fingiendo el suspiro de éxtasis. Él llevó la mirada hacia la cocina. Fue por platos y cubiertos, tomaron asiento en la mesa, ella le fue contando del juzgado, se reía fácil ya desde antes de concluir la historia de los papás que parecían hallarse en una competencia de impresentables, dizque se peleaban por la custodia de dos chamaquitas pero cada uno se portaba peor que el otro como queriendo convencer al juez de que a ninguno debía ser favorable la decisión. Mientras, en el vidrio de la ventana él veía su propio rostro fijo en mueca de seriedad; recompuso la cara, acomodó una sonrisa. Cayó en la cuenta: no le estaba poniendo atención, de hecho no le ponía atención nunca del todo cuando ella le contaba de tanto matrimonio peleonero que veía en su trabajo: se le formaba en los oídos la neblina de rumores cuando ella iba entusiasmada evocando detalles, él abría mucho los ojos pero no se animaba a hacer preguntas para no dar a entender que no había estado siguiendo sus palabras.

Ya ella lo sabía. Fue bajando la voz. Sin terminar la historia del niño de doce años que prefería vivir con su papá ya que su madre, vuelta cristiana adventista, le había quemado el PlayStation con todos sus discos y controles, se quedó al fin callada. Miró al bato a los ojos: foscos, evasivos, él los llevó hacia su plato, había una cama de jugo de soya y un pedacito de aguacate.

—¿Te sirvo más, hermosa? Están medio sin chiste los mugres rollos, ¿no lo sentiste? El arroz medio reseco…

—Nene, tienes que ser sincero: pediste el sushi de ese restaurante sólo por la mesera de la que me contaste, ¿acaso no? —fingía sonreír, pero traía en el pecho el dolorcillo suave que iba y venía.

—Soy sincero, amor. Ya estoy viejo: no puedo andar diciendo mentiras porque se me olvidan y así me podrías cachar en la movida si anduviera de facilote. Esa mesera nalgona no existe, la inventé para ver qué cara ponías, igual y se te antojaba un trío con otra mujer —entonó la falsa carcajada.

Ella sentía los ojos acuosos. ¿Estaba a punto de llorar? Lo vio de nuevo: él le llevaba cuatro años, pero lo veía mayor ahora, las arrugas en torno de los ojos se le habían ahondado, esas ojeras le daban aire vampírico, casi malévolo. La camisa rosa pálido que traía lo hacía ver

débil y achacoso.

Pasó saliva. Le dio un temblorcillo en las piernas al pronunciar:

—No me interesa, gracias: yo no hago cochinadas, y menos con una mesera, hasta crees… Es sobre otra cosa que debes ser sincero: ¿has pensado en lo que te dije?

—Por su pollo, amor…

—Ya dime qué piensas, pues —y le tomó la mano izquierda.

—Aún no sabría decirte, la mera verdad…

—¿De veras? —apenas pudo balbucir.

Empezó a llorar por dentro. Un vaivén de aguas nerviosas se le empujaba por debajo del tórax exigiendo salir hacia el aire enfermo. Sentía frío a la altura del pecho. Levantó la cara, respiró con fuerza, se puso de pie.

—Bájale al aire acondicionado. Me estoy helando aquí. Voy al baño.

Cerró la puerta. Bajó la cabeza. Traía una placa de herrumbre sobre los ojos. Ni madres, no voy a llorar. Si no quiere no quiere, y ya. Antier habían desayunado juntos, luego de que cada quien dejara a su chamaca en la escuela respectiva. “Nene, ya es hora de que la Irlandita y la Miri se conozcan, que convivan…” “¿Te parece?”, dijo él, “no sé, mi pequeña ha pasado por un trauma bien cabrón, lo de su mamá…”

“La Miri también se las ha visto negras, le pegó feo el divorcio. Por eso les haría bien a las dos no estar solas, tener con quién jugar. Pueden ir empezando a verse como amiguitas…”

“Tendría que pensarlo, chula, debo ser cauto para evitarle que sufra…”

“¿Por qué habría de sufrir, nene? Estoy hablando de que se llevará bien con la Miri, yo la trataré con mucho cariño.”

“No sé, linda. Luego hablamos, ¿quieres?”

“Pero, nene, prométeme que lo vas a pensar.”

“Sí, claro, hermosa, lo pienso, por su pollo…”

Se sentó en la taza del baño. Con las manos cubriéndose la frente, vio de nuevo a su exmarido que le sonreía. Era muy vívida esa imagen ante los ojos de su mente: estaban los dos en la playa, él le extendía la mano derecha como diciéndole vente, chiquita, vamos a meternos al mar, qué dices, ella se sentía excitada, ¡era el mismo encanto otra vez! Le veía entonces en la izquierda la cerveza y el cigarro. Luego el hombre escupía y sobre la arena caía el gargajo verde zurrapa del que le llegó la peste a camarón echado a perder. Ella se dio media vuelta con enojo y al correr ansiosa en dirección de

la palapa donde había dejado su bolsa y las toallas se veía hundido en la arena el esqueleto de una niña, se veía en el cráneo el fleco castaño de la Miri.

Había despertado entonces, fría de terror: eran las cinco, no se hallaba en ninguna playa sino en su casa. Corrió a la recámara de su niña, la encontró bien dormida.

No tengo por qué soñar a ese patán. No quiero ya nada con él, se dijo moviendo la cabeza como si así lograra disiparse de la mente los residuos del mal sueño que tuvo la madrugada de ese mismo día.

—¿Estás bien, preciosa? —la voz del otro lado de la puerta parecía venir no de un rostro vivo sino de una máscara de preocupación que ella sabía falsa.

Y este otro hijo de la chingada no le dio ni una pensada a mi propuesta.

—Sí, nene, ya voy.

Le resultaba cosa tan cuestarriba confrontarlo: mira, Arsenio, dime si sí o si no. No me hagas perder el tiempo. Yo no soy como esas que nada más se divorcian y andan saltando de cama en cama. Tengo una hija. Tengo sentimientos. Yo me enamoro… ¿Decirle eso?, ¿cómo? ¿Y si me echa carrilla y me acusa de cursi? Se vio al espejo, movió la cara hacia la derecha, entrecerró los ojos, apretó los labios. Se pasó las manos sobre la blusa. Sonrió al verse la cintura. Aún estoy bien buena. Luego de tomar un klínex se sonó la nariz.

Él había limpiado la mesa, estaba en la cocina terminando de lavar los trastes. Se fue secando las manos mientras volvía hacia la sala. Sonreía.

Así lo veía adorable. Flaco, sí, con un algo de ya vivido y ya gastado por la vida, pero gracias a esa sonrisita de niño que no mata ni una mosca le parecía tan sólido y verdadero, como si ella pudiera tocarle las telas inocentes del alma al verlo y las sintiera igual que una cobija de algodón. A ratos él era este hombre también. A ratos sus palabras no eran evasivas de cobarde sino el gracioso patrimonio de la ternura. Y le gustaba que fuera alto, le gustaba saber que ella a él le encantaba, que a lo menos su cuerpo lo excitaba. ¿Era eso nada más? ¿Mentía él esa ternura?

El hombre le puso las manos en la cintura y cuando le acercó los labios ella prefirió recargar la cabeza sobre su hombro. Él le besó el cuello, le lamió la oreja, movió la cabeza buscándole los labios. Ella se hizo un poco hacia atrás.

—No te he sido sincera —dijo mirando el techo—. La verdad, no sólo quiero una pareja; también quiero otro padre para mi hija. El que

tiene no vale mucho, es un desobligado. Se la vive sin empleo, es bien mentiroso y marrullero. Además quiero que me dejes querer a la Irlandita, seré buena para ella. Y quiero que tengamos otro hijo, o dos más…

—Suena bien, amor —le pasó la lengua por el cuello, le metió la mano bajo la blusa.

—¿De veras? —ella echó la espalda hacia atrás.

—Veamos… Igual resulta, quién quite —le llevó las manos a las nalgas.

Al sentirse estrechada bajo sus brazos, ella sintió la erección.

—Te excita, ¿verdad, cabrón? No lo crees en serio…

Él la besó con hambre.

—Y le mentí. Cogimos todo el fin de semana, el sábado anduvo bien amorosa, con arrumacos y ternezas, le brillaban las mejillas, traía sus ojitos acuosos encendidos. Se veía chulísima. El domingo acabando de desayunar empezó a hablar de mudarnos a vivir juntos, hay casas de tres cuartos en un fraccionamiento cerca del Tec, por las agencias de autos, más allá del Cinépolis, cada niña tendría su propia habitación… No pude contradecirla, yo qué iba a saber cómo lidiar con tanto entusiasmo sin lastimarla. Mientras ella más hablaba yo más falso me sentía, con una opresión de resina caliente en el pecho, como si me estuviera comprometiendo a viajar junto a ella por ese país en que ya estuve y que fue para mí un infierno.

—¿Al final qué hiciste?

—Ya que estuve solo, el domingo en la noche, le escribí un meil.

—Ay, no. De veras contigo: te pasaste…

—Le decía que seamos cautos. Mudarnos puede ser contraproducente, quizá seguirnos viendo así como hasta ahora, para pasarla bien y ya…

—¿Sabes que eres un cerdo?

—Ella me llamó. No le contesté. Me marcó varias veces. Silencié el celular. Me dejó entonces un mensaje grabado.

—Ya me imagino qué te habrá dicho.

—Te quedarías corta. Sólo escuché el comienzo. Luego luego lo borré.

—Sacatón que eres. Ay, pobre chamaca.

—Me siento sucio de todos modos…

—Pero te sientes libre también.

—Y más solo que un perro.

—Ay, Arsenio. Si lo bueno de la soledad es que no tiene remedio, ponte a averiguar qué será lo malo…

Ya era un acuerdo tácito de Narsia y el Rivas verse los martes a las doce en el mismo café. Arreglaba el hombre sus deberes en la oficina para escaparse a esa hora. La vez pasada le había dicho ella de la revista que editó con su amigo Martín Ernesto, *Montaje* se llamaba, era sobre cine y teatro, yo me encargaba de la parte de teatro y mi socio de la de cine. Fue un proyecto que hicieron cuando ya ella estaba de vuelta acá en el valle para cuidar la vejez de sus papás. Distribuirla fue el gran problema, una revista de primer mundo para esta ciudad de beisboleros, a quién le interesan temas así más allá de cuatro despistados, pero, ah, cómo nos divertíamos. El Arsenio se quedó pensando en el proyecto que de más morro había traído en la cabeza: una revista sobre política y artes, hacía falta bastante lana pero… ¿qué tal y Narsia se apuntaba?

Se despidieron esta vez con abrazos, ella le dio palmadas en los hombros, le puso la mano en el pecho, lo vio tensando los ojos y le dijo cuídate, no te trates mal. Él creyó saber a qué se refería, algo así como “no seas tan duro contigo mismo”; pero ella no dejó lugar a confusiones:

—Si te nace buscarla —lucía una media sonrisa burlona—, no se vale ser un hijo de la chingada —y le apretó el cachete.

Él vio a Narsia darse la media vuelta y cruzar la calle. Lo enfurecía el desear estar libre; temía quedarse solo en la vida. Ya en su oficina tomó el celular varias veces, lo volvía a dejar sobre el escritorio. Buscaba el número de la Romina, se le quedaba viendo a la foto en la pantalla. Recibía el olor afrutado de su piel, oía esa voz de esquivo imán que lo llamaba nene. Dejó caerse en el respaldo de la silla. El piquetazo de un escalpelo se le hundía en el tobillo izquierdo, salía y entraba hasta el hueso una y otra vez.

Recordó el cuarto de su madre allá en la casa del puerto: el olor de medicinas y el olor a guardado y a ventanas sin abrirse y a sábanas que no se han llevado a lavar, el rostro macilento de esa mujer huidiza a quien no había que inquietar nunca, no decirle jamás nada que la pudiera afligir. Había que renunciar al propio cuerpo, a sus dolencias y abismales furias, frente a aquel cuerpo adolorido. “Todo te es nebuloso. Tienes a la Luna y Venus en cuadratura. Tienes a Neptuno mal aspectado con el Sol. Te hizo falta ser el hijo de alguien. De eso has tenido hambre siempre”, le había dicho Narsia aquella vez en la cafetería durante la lectura de su carta astral. Abrió el cajón de su escritorio, movió fólders y papeles en busca del cuarzo. Salió de su oficina y caminando despacio hurgó aquí y allá con la mirada entre los

árboles, en el zacate. Dominado el pecho por un centelleo de ira contra la Irlanda, que habría perdido el cuarzo en sus jueguitos, volvió a su escritorio, bajó la cabeza y la dejó caer sobre los brazos cruzados.

Luego de sonarse la nariz, se secó los ojos. Borró el número de la Romina en la agenda del celular.

21

Había venido conduciendo por el malecón viejo. A mano izquierda veía el carril opuesto y más allá de la amplia acera sin peatones las aguas terrosas del río. Iba manejando de vuelta a casa —enfrentado a su primer fin de semana sin mensajes ni llamadas de, ay, la Romina— cuando sonó el celular.

—¿Por dónde andas? Vente a tomar un café turco…

Narsia no parecía dar órdenes pero su tono era el de quien sospechaba que nadie pensaría siquiera en llevarle la contra.

—Viene mija conmigo…

—Tráetela. Quiero conocerla. Y sirve que te presento a una persona…

—Híjole, ¿quién es? No me gusta que me presenten a gente que no conozco…

—Pues de cuándo acá me saliste tan ranchero.

La tarde era una sábana de calor llameando sobre el asfalto; él sentía el sudor en la espalda, la camisa se le pegaba en la piel y el asiento hervía; traía el sudor en las axilas, la frente y el cuello. Era una sensación vigorosa, una sensación de poder que lo animaba: parecía librarse así su cuerpo de los resabios sucios del ir y venir a lo largo de la mañana, parecía el calor de principios de junio en la ciudad volverlo un cuerpo más ligero y más joven.

En el asiento del copiloto, la niña se inclinaba a su derecha, dejando que el viento de la calle le diera en la frente: ya sabía la pobre que su padre era reacio a encender el aire acondicionado. Traía en la mano a Robusto: jugueteaba con el cuarzo luciendo un dejo distraído.

—Mira nada más. Yo buscando ese cuarzo por todos lados y la señorita que se lo apropia sin dar aviso a su legítimo dueño.

—Lo he traído en la mochila, pa. Así nos protege cuando andemos en la calle, ¿no te parece una idea genial? En tu oficina no hay peligros realmente…

—¿Peligros? ¿De qué hablas?

La niña siguió jugueteando con la piedra sin responder. Luego de dos cuadras, pareció recordar algo: ¿Y quién te habló? No es alguien que yo conozca, ¿o sí? Antes de colgar, su padre había repetido una dirección que alguien le indicaba del otro lado de la línea.

—Es una amiga maestra de teatro, sabe de todo. Te va a caer superbién.

—¿No vamos a la casa?

—A la casa de ella, sí.

—Yo quiero ir a nuestra casa. Me puedo quedar viendo algo en la tele.

—No te puedes quedar sola.

—Claro que puedo. No me debes obligar a conocer a quien yo no quiera. Eso le acabas de decir por teléfono a esa fulana…

El Arsenio volteó a verla sin saber si reírse o enojarse. Se hallaban ante un semáforo en rojo. Le tocó el cabello, su hija lo miraba apretando los ojillos en tanto movía la cabeza para alejársele. Ya entendí qué está pasando. Mi amiga Narsia tiene sesenta y ocho años. No tienes que preocuparte de nada. La niña se recargó contra el respaldo haciendo una enconada expresión de asco.

—¡Para qué quieres andar con una anciana!

—No seas grosera.

—¡Guácala!

—Narsia es una linda persona. Ella me regaló ese cuarzo…

—¡No me interesa entonces! —y aventó al cuarzo hacia el asiento trasero—. ¡Ha de ser una momia!

Su madre había andado con un hombre de cincuenta y seis llamado Gabriel Emigdio, tenía canas y arrugas aunque era muy atlético. Nunca se sintió a gusto ante él, ante ellos, cuando se hablaban con arrumacos y voces infantiles. La avergonzaban. Un buen día la niña vio en el bote de basura del baño el cepillo de dientes de mango azul cielo que él había estado usando. La mujer no le dio razones a su hija de qué había pasado, por qué habían puesto fin a sus andares: sólo anduvo con su jeta de enojo día tras día.

—Da vuelta aquí, ¡da vuelta aquí porfa! ¡Llévame a la casa!

Ella señalaba tomar en el crucero a la izquierda, hacia Ciudad Universitaria, pero él ya había doblado a la derecha. Avanzaban por la Xicoténcatl entre muy poco tráfico, a mano izquierda se hallaba el camellón arbolado, y al paso de cuatro cuadras el hombre le fue diciendo a la niña que no imaginara cosas tontas, era sólo una amiga, él tenía planeado hacer con ella el proyecto de una gran revista. Tienes que ser amable. Narsia tiene dinero. Éste es el proyecto que

me lanzará a la fama como periodista, ya verás, no seguiré siendo un don nadie. Y cuando acabó de hablar se mordió un labio, temeroso de haber sido escuchado por alguien que supiera la verdad.

Al detenerse en el semáforo, la Irlanda le quitó el seguro a la puerta, abrió y de repente ya estaba corriendo. El Arsenio gritó ¡regresa acá, mocosa!, en tanto golpeaba el manubrio con el puño; cuando el semáforo cambió a verde él no pudo orillarse sino hasta que avanzaron los autos del carril a su derecha. La niña corría por la acera de la misma Xicoténcatl en sentido contrario a los carros. ¡Yo me arriendo sola a la casa!

—¡Estás loca, chamaca! Ni sabes dónde estamos…

—¡Vete tú con esa momia! ¡Cásate con ella!

El hombre corrió tras de su hija. La alcanzó, tomándola por el brazo. El cuerpecito temblaba, lloraba. Él hervía de coraje. Al verle la carita enrojecida por el sudor y las lágrimas, le cayó en el pecho un balde de agua fría. No seas tonta, mi nena, la abrazó, le habló al oído. Cómo tienes miedo de cosas falsas. El cuerpecito de su hija parecía escapársele en rauda sucesión de huidizos espasmos. Vamos a la casa.

—Déjame, pa… —y bajó la cabeza. Su padre le puso la mano en la espalda. Ella inclinó la frente en su pecho y volvió a llorar más fuerte.

—Te cuento bien todo en el camino, anda… Vamos al carro.

Ya había la abuela Francisca hablado con el Arsenio de los corajes de la niña. A veces por decirle que se siente a desayunar o que se bañe me grita y se encierra en el cuarto. Sale muy apenada después, pide disculpas, me abraza llorando. Ya sabes: en nuestros tiempos sacabas la cuarta o el cinto y resolvías el asunto muy pronto, dos cuartazos bien dados en las nalgas y el chamaco no volvía a ponerse corajudo. Yo sospecho que es cosa de la edad. Siempre ha sido mandoncita y de temperamento muy alzado, pero está pasando por una racha en que no sabe controlarse. Se le ve muy confundida, mijo.

La pequeña tenía dos, tres semanas diciendo no quiero ir más a la terapia, de veras, pa. Él le insistía te va a servir, tenle paciencia, o háblalo con la psicóloga, dile no me gusta esto, no me gusta estotro. Se puede resolver.

Ya no ocupo eso, pa; ya estoy grande. Entraba al consultorio, la cabeza gacha, refunfuñando o luciendo cara de orgullo maltratado. Salía al rato más sosiega pero sin dejar ver efusión. Se despedía claro que amable de Yadira, si bien no dejaba nunca de lucir el gesto de muñeca olvidada en una esquina.

Ora sí que ya no hallo la puerta con esta mocosa, pensó el hombre

a como, ya otra vez en el auto, daban media vuelta ahí mismo en la Xicoténcatl para ir directo a la casa. Mientras cruzaban el puente sobre el río Tamazula le fue contando a la Irlanda cómo había conocido a Narsia, ya hasta me leyó la carta astral, ¿te imaginas cosa más rara?, su hijo menor murió hace casi diez años pero tiene otro que vive en Praga, es un ingeniero picudo, allá se casó y tiene dos hijas altotas.

La niña tenía gesto de no ponerle gran atención.

—Eso que te dije de que tiene mucho dinero y lo de la revista, pues realmente no lo he hablado con ella, no es algo en marcha…

Avanzaba el auto en la calzada y a mano izquierda se apreciaba el Jardín Botánico cuando la niña le cortó la perorata:

—¿Por qué tú no tienes familia, apá?

Ella lo vio abrir y cerrar los ojos, apretar las cejas, batallando para salir del bache de la ofuscación. La niña traía un garfio hincándosele en la textura blanda de los pulmones por el temor de que su padre reaccionara mal ante la pregunta. Por el brazo derecho le corrió un calofrío.

Pero es que sí ocupaba mucho decírselo.

Su apá le había contado alguna vez mi amá murió cuando yo estaba en la secundaria, mi padre es comerciante vive en el puerto tiene muy mal carácter. “¿Y hermanos no tienes?” “Sí, dos, aunque los veo bien poco, no somos nada apegados…” “¿Tienes sobrinos, tengo primos…?” “Entiendo que sí, corazona, he perdido la cuenta, no me acuerdo bien cuántos serán, tres o cuatro yo creo…”

Eso fue hace tiempo. Ella ahora quería entrar en ese rincón severo del origen de su padre que él resguardaba con huecas menciones, como si lo hiciera no deliberadamente sino a raíz de una forma tibia del olvido, el propio del que sentimos hacia las cosas de un ardor liviano que en algún instante quedaron atrás nuestro. Una piraña alegre parecía viajarle a la niña en los nervios al elucubrar cómo sería su familia negada allá en el puerto. Esto la avivaba, haciéndola sentir mayor de edad, más recia del temple al asumir esa audaz travesía por el enigma que su padre buscaba esconder.

Y no era sólo eso. Sus abuelos maternos ya eran grandes, podían morirse en un año, en dos, de un infarto, un derrame cerebral, una qué va a saber de esas cosas… Verse en el futuro huérfana de ese dominio de calor que era suyo le espoleaba la ansiedad. Y peor: sin primos por lado materno —su tía Silvia, la hermana rebelde de su madre, vivía en Chicago, allá había hecho su vida y según Nanapach nunca quiso tener hijos—, estos últimos tiempos había estado

fantaseando con qué pasaría al descubrir a su familia del puerto.

Su padre le hablaba poco durante el trajín de cada día, vente a desayunar, qué pasó con la tarea, es hora de dormir, chamaca. Ella se permitía con él chistoretes y bromas que se quedaban en una superficie de risa y ligereza y je, je, je y jo, jo, jo nada más. La noción de acercársele en asuntos serios parecía lo mismo que tocar con la mano un cable de electricidad todo pelado. Esta suerte de mudez básica de su papá la suponía reiterada en su mismo cuerpo —si su padre no hablaba, ella debía callar—, aunque no podía seguir por mucho: un coagulado grito de ámbar le subía por la garganta pidiendo su escape hacia el territorio blanco de los días.

El padre seguía callado.

—No tienes familia, apá, ¿ya te has dado cuenta?

—¿Y tú no cuentas, pequeña grandota? Tú eres mi familia…

Ella cerró los ojos, sonriendo. Sabes de qué hablo. No te me hagas pato. Ya le había preguntado a Nanapach si mi apá se muere en una balacera, ¿me vendría a vivir contigo? La casita de dos recámaras en Orquídeas, donde vivía desde la muerte de su madre, era un sitio seco y sin alma, con un aire provisional y desheredado, en que no había el Arsenio sabido erigir un hogar de a de veras. Todos estos meses viviendo ahí y de hecho se sabía más bienvenida con los abuelos cada fin de semana. Cómo decirle a su papá ya no quiero vivir contigo, dame chance de vivir con Nanapach. ¿Eso quería? Temía el enojo de su padre, temía herirlo. ¿Aceptaría el hombre así como así ese rechazo? Esto lo había hablado ya con Yadira. Callado y distante sí lo era su padre, serio y sin tibieza también, es cierto. Pero se sentía mal queriéndole inventar motivos para quejarse. ¿Le pegaba? “No, Yadi, nunca me ha pegado.” “¿Te sientes indefensa o en peligro con él? ¿Bebe, se droga?” “Pues no, nunca. Pero vivir con él es como estar mirando una pared gris todo el día…”

Lo habló en la escuela con la Ivette. Y fue a esta chamaca endemoniada a quien se le prendió el foco: proponle a tu apá que al empezar las vacaciones de verano te quieres ir una semana con los abuelos, haces tu maletita y ya de ahí te quedas más tiempo…

—¿Quieres conocer a tu abuelo entonces?

—¡Ni sé cómo se llama! Nunca me has enseñado una foto… Si pasa por la calle no lo reconozco… ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él?

—Hace ya rato, en Navidad. Le hablaremos esta semana, ya viene su cumpleaños. Te lo paso al teléfono y lo felicitas.

—¿Y si le caemos por sorpresa?

—¿Quieres ir al puerto…? —ella sintió pena ante el gesto de aflicción de su padre—. Si quieres, mi nena…, pues sí… Pero debo advertirte que tiene un humor muy pesado. Es de esa gente carrilluda que no tiene gracia con sus chifletas. Quizá no te cause una buena primera impresión…

—Mira, apá: ya tengo experiencia tratando a alguien de pésimo sentido del humor, como tú… comprenderás…

—Óyeme, te crees muy graciosa —él se volvía feliz al escucharla con respuestas semejantes: esa vena de hacer chascarrillos a costa suya lo hacía creerse perdonado por una falta que ninguno de los dos aclaraba—. Pues ya qué: mañana temprano agarramos carretera… Y recupera al pobre de Robusto, seguro quedó tirado bajo el asiento, él qué culpa tiene de tus malos humores…

—¡¿Malos humores yo?! —se llevó la mano derecha al pecho en tanto abría mucho la boca, sobreactuando la indignada sorpresa.

Cuando llegaron a casa, se puso la niña a ver la tele. Él llamó a Narsia, nos salió un imprevisto a medio camino pero ya me desocupé, ¿se puede llegar todavía? Nada más paso a la gasolinera a llenar el tanque y de ahí hago diez, quince minutos.

22

No batalló para dar con la casa. Estaba en la colonia Las Quintas, a dos cuadras y media del restorán llamado Los Arcos. La calle era arbolada y no pasaban carros. Atardecía. Se estacionó frente a la casa de dos plantas, fachada color hueso, que tenía el guamúchil al lado de la cochera.

La Alma Delia era delgada, de ojos almendrados, nariz menuda y labios carnosos. Le extendió la mano con fácil sonrisa apenas él fue presentado por Narsia como el compa que te quitó la chamba. Yo no se la quité, Narsia, cómo dices eso… Ya sé, muchacho, pero me gusta decirlo, suena dramático e injusto.

Usaba la Alma Delia pantalón de mezclilla que la hacía ver piernuda, bajo la blusa roja se le habrían de suponer senos pequeños, aparentaba —calculó el hombre— treinta y seis o treinta y ocho, por ahí. No sabía qué, pero algo había que le hacía creerla sosa, sin nada sensual que lo incitara. Luego luego estaban hablando de los viveros, ¿sigue ahí la Renata? —preguntó ella—, es la secretaria del director, no sé si ya la tuviste que sufrir, es una señora bien altota y de cara agria, ya estaba por jubilarse…

—Sí, la he tratado.

—Es sangre pesada y te puede hacer la vida de cuadritos.

Sentada en posición de flor de loto en el sillón individual, Narsia volteó a ver a su amiga y le sacó la lengua. Ya suéltalo, mujer. Eso quedó atrás, olvídate de ese mundo. ¿Acabas de volver del Tíbet y mejor te quieres pelear con esa pobre ancianita? El rostro de la Alma Delia resplandeció. Sonreía emocionada, pegó los pies en el suelo mientras aplaudía. El Rivas volteando a verla frunció los músculos de la frente. Narsia la hizo hablar un rato del viaje. Luego de algunos minutos, al ver el gesto cada vez más distraído del Rivas, Narsia se llevó las manos a las piernas: Okey, ya estuvo bueno de tanto paseo. Volvamos a las fronteras nacionales. Díganme qué saben del guardaespaldas…

—¡Está tremendo todo! —la Alma Delia levantó la mano, como si estuviese en el aula y pidiera permiso para hablar. Les fue contando: los Zetas mandaron un video al sitio web de *Río Doce*. Se ve la imagen del hombre alto, moreno y fornido, de pelo al rape; tiene las manos a la espalda y una herida en la ceja izquierda. Se presenta, dice su nombre y ¡zas!, bien clarito explica: soy guardaespaldas del gobernador Valdés Loera. Y suelta la sopa: acusa al góber de trabajar para el Mayo, recibe millones de billetes verdes a cambio de protegerlo, desde que era candidato lo tienen comprado, el día de la elección la clica del Mayo se movió en las serranías obligando a la gente a votar no por el Ferreira sino por este otro corruptazo.

—Ahí sí ya me perdí —Narsia extendió la mano—. ¿Qué no se supone que el que tenía ligas con el narco era el rata ese del Chema Ferreira?

—Ése es otro chisme, mujer. Se supone que el Mayo se le volteó al Ferreira, por eso lo hicieron perder el día de la elección. Todo fue porque este amigo Chema negó ser compadre del Mayo, ¿supiste ésa? Una vez, cuando el Ferreira era candidato, un periodista lo entrevistó y le hizo exactamente esa pregunta a bocajarro: "¿es cierto que es usted compadre del Mayo?". Y el sacatón del Ferreira lo negó igual que san Pedro.

—Pero ¿sí son compadres o no?

—Que sí. De hace mucho.

—No, pues bien merecido que perdiera —concluyó Narsia—. Un vínculo así no se anda negando. Ya entiendo el coraje del Mayo.

—Pero volviendo al asunto del guardaespaldas… Al final el pobre en el video dice que él iba saliendo de su casa en la mañana, vive por Infonavit Barrancos el amigo, cuando lo levantó el comando armado. Lo están tratando bien, y manda besos a su esposa e hijas. Cuando acaba de hablar, se oye la voz en *off*: "Goberladrón Loera, vete firmando la renuncia, o este compa no vuelve a ver a sus plebitas. Y te vamos a estar tumbando gente a ver si aprendes, vendido". ¿Tú lo has visto, Arsenio, el video?

—No, la verdad no. He traído la cabeza en otro lado…

La actitud del Arsenio hizo que las mujeres cruzaran miradas; se quedó en el aire una tela de silencio. Luego de suspirar, Narsia movió la cabeza hacia los lados. Sonriendo, la Alma Delia sostuvo la cabeza ladeada mientras el Arsenio se ponía de pie y observaba en los libreros. Había visto el tomo gris encuadernado en cuyo lomo se leía *Montaje*, lo sacó del estante y se puso a hojearlo. "Ya hallaste la revista", dijo Narsia. "Ésa fue mi obra maestra. O no, fue obra de

Sebastián. Con su lana pagamos el Ernesto y yo la imprenta y a los colaboradores…”

Narsia caminó a la cocina, trajo la cafetera, galletas de nuez, puso el cedé con el *Concierto para piano número 2* de Rajmáninov, el Arsenio había dejado el tomo de *Montaje* abierto frente a sí en la mesita de centro y ahora estaba escuchando a la Alma Delia, que le contaba de cuando allá en el De Efe fue alumna, bien chavalita, de esta misma Narsia incorregible, había sesiones en que nos repartía naipes del tarot y nos ponía a hacer ejercicios bien deschavetados imaginando, improvisando… Nosotros éramos de primer año, y aquello era un terremoto para nuestras cabecitas, nos movía todos los esquemas. Siempre diste clases a los de primero, ¿verdad, mujer?

—Sí, mi amor. Si se ocupa desasnar gente, hay que empezar prontito; recién salidos de la prepa llegan muy ignorantes pero frescos, avispados. Ya más grandes no hay nada que se pueda hacer si siguen pendejos… —hubo una pausa y Narsia luego de frotarse las palmas soltó con voz traviesa—. Los llamé porque ya es hora de que sepan algo…

Vio cómo el Arsenio se echaba para atrás, fruncía la cara. Era el gesto del Adrián cuando desconfiaba o se hallaba a punto de enfurruñarse y no sabía sacar esos demonios que luego le estallaban y lo hacían volverse la versión más pantanosa de sí mismo. ¿Me habré equivocado? Le tembló la quijada.

Antes de hablar, recordó esto:

El Adrián se disfrazó una vez de vampiro. Fue para su fiesta, cumplía dieciséis. Encarnó el papel de un Drácula taciturno, siniestro, agresivo en sus respuestas parcas y jamás dejó esa encarnación a lo largo de la fiesta. Los invitados se sacaron de onda porque no parecía que el muchacho estuviera festejando nada, y sin duda sí celebraba un ritual que nadie podía compartir.

Narsia bajó la mirada y estuvo a punto de soltarse a llorar.

—Aguántenme un segundo —abrió la puerta, caminó por la cochera hacia la banqueta. Escuchó tras de sí los pasos del Arsenio y sin voltearse le dijo con débil voz de vidrio ya voy, muchacho, espérame allá porfa. Se plantó ante la ventanilla del Tsuru en que había llegado su amigo.

¿Quiénes son ellos? ¿Podrán entender lo que yo quiero decir? Sin importar cuántos años tuviera, la realidad se le volvía como tantas otras veces una cosa movediza, igual que si la identidad, la confianza de ser alguien y de llamarse de algún modo, fuera absorbida por esta ola de agua sucia en que los otros venían también arrastrados en una

confusión de lodo y ruido.

Se acercó a la ventanilla. Ahí en el vidrio podía verse el rostro arrugado, esa piel paliducha, se acercó y ahí creía ver las pecas en la nariz, los ojos de una claridad de malaquita delgada le daban —sabía— la apariencia de blandura que, en los momentos de pleito, claro que desaparecía. Eran dos cielos lívidos en que alguna vez germinó el huracán.

Escuchó gritos del niño que salía corriendo de la casa azul cielo, a cincuenta metros. Detrás la mujer lo perseguía blandiendo lo que parecía un cinturón o una cuarta. No hay vuelta atrás.

—Ya se me pasó.

De regreso en la sala extendió los brazos con una sonrisa, como si agradeciera ovaciones en el escenario. Les pidió quedarse quietos en el mismo instante en que las ondas del concierto de Rajmáninov parecían buscar contradecirla: el final del primer movimiento ofrecía la tumultuosa cascada del *fortissimo* en C menor:

—No se levanten, no me digan nada. No vayan al baño ni me lleven la contra. Sólo escúchenme.

Su geriatra, el doctor Robirosa, a fines del año anterior le pidió estudios, la mandó con un especialista. En diciembre y enero ella estuvo consultando a su cardiólogo de la Ciudad de México, amigo de tantos años. Para decirlo rápido: le daban un año de vida. Si no se operaba, la arritmia podría ocasionarle un infarto, y adiós, mamá Carlota. Por supuesto, la arritmia no era problema mortal, con un marcapasos seguía la vida. La solución es fácil, pues.

—Pero se ocupa quererla. Querer vivir diez años más, por lo menos —vio que Alma Delia soltaba un suspiro—. Y yo no quiero.

El Arsenio pestañeaba, la vista lanzada hacia las ramas del guamúchil.

—Tengo sesenta y ocho. Ya no puedo con esto. ¿Qué más hay? Ya viví de todo: lo mejor y lo peor. Viajé mucho, tuve alumnos adorables, otros bien burros, me enamoré varias veces, me enamoré de hombres y mujeres… No me quedé con ganas de nada. Y la vida tampoco se quedó con ganas de darme lo más feo y lo más amargo…

La Alma Delia se llevó las manos a la cara.

—¿Y el Rodolfo, mujer? —soltó—. Aún tienes un hijo. ¿Y tus nietas?

—Él está bien, lleva su vida lejos, no le hago falta. Adoro a mis nietas, pero ¿me necesitan? ¡Ni hablan español! Y en febrero del año que entra se van a cumplir diez años de lo del Adrián. No quiero esperar. Por eso los elegí, para avisarles. No me pondré el

marcapasos.

La Alma Delia se puso de pie: mariposas de humo volaban por dentro de sus ojos. Abrió los brazos; Narsia con el índice derecho extendido le paró la intención de hablar. Menos que nadie, tú no me digas que no entiendes… Los ojos de la Alma Delia se llenaron de agua. Se llevó las manos al rostro.

—¿Cómo quieres que…? Ya me lo temía, no te veías igual… Me rompe el alma que… Es sólo un marcapasos, una cosita de nada…

El Arsenio alejó la mirada del árbol y miró de frente a Narsia. Ella se sobresaltó, como si el hombre le mirara las vísceras.

—Tú me conoces bien poco, Arsenio —era otra voz la suya: tiesa, ronca y expedita, la de quien no puede perder tiempo—. Pensé en ti porque has estado cerca de la muerte y sabes de qué se trata esta monserga. No debí llamarte, haz de cuenta que no hemos cruzado una palabra… Me equivoqué.

El hombre movió la cabeza a los lados. No sabía si la quijada le temblaba o era todo el cuerpo o la casa misma se mecía. Cerró los puños buscando detener la marea de nervios levantiscos. Se puso de pie.

—Madre mía, Narsia, cuenta conmigo. No hay vuelta atrás, ¿cómo crees? —y mientras se volvía a sentar supo que en ese momento dejaba tras de sí a un Arsenio de piel vieja y empezaba a nacer otro, quién sabe si más sabio, más resignado o más perdido.

23

Hizo el viaje al puerto con su hija al día siguiente, el sábado. Salieron a las ocho. Ya el sol, recio, se dejaba caer sobre la frente con los brazos de flama de una luz espesa que parecía con su arribo haber aniquilado todo resto de oscuridad. Uno veía aquello y fácil podía decir: No volverá a haber noche en esta tierra. El día reinaba como un héroe luciferino en su esqueleto de diamante. Adormilada, pidió la niña a su padre encender ahora sí el aire acondicionado; en la carretera el viento entraría ruidoso, trepidante, anulando la serenidad muda del sueño. Él aceptó. Llevaba burritos de frijol con queso fresco del Carrizalejo para el camino, le dijo apenas salieron de Orquídeas.

Tomó el celular, marcó un número.

—Le caeremos a mi apá por sorpresa —dijo a su tía Milagros—. Es por su cumpleaños. No lo ponga sobre aviso porfa. Pero dígame: ¿no se sentirá mucho mi apá si nos quedamos mijita y yo en un hotel? Estaremos nada más una noche, volveremos mañana.

—¿No es broma, chamaco? —la tía Milagros soltó un gritito—. Nada que se hospedan en ningún hotel. Qué ocurrencias. Ésta es tu casa. Acá hay mucho espacio donde se duerman mi sobrinita y tú. Me dará mucho gusto conocerla, y a tu padre mucho más.

La niña se durmió apenas tomaron carretera, despertó cuando ya se veía la cerúlea raya del mar a la derecha. Le salieron dos lágrimas al bostezar, se sintió apenada. Abría y volvía a cerrar los ojos en tanto el fasto de la luz la recibía emergiendo del sueño. Miró hacia la ventanilla: no se oía el mar pero ante sí lucía una franja de tonos que pasaban del añil al zafiro al gris pizarra mezclando las vecindades del agua y el cielo; el auto avanzaba y por un corto tramo el mar se perdía y la mirada caía entonces, perdida, sobre matorrales y huizaches y la tierra seca y granulosa hasta que de nuevo el carro parecía liberarse y ahí volvía de nuevo a surgir el mar a la derecha. La niña sonreía con gratitud.

—¡Qué chula está mi nieta! Rivas tenía que ser, cómo chingados

no…

Don Lauro abrió los brazos, cargó a la Irlanda, le plantó un beso en la mejilla. Ya que bajó el cuerpo de la niña, le extendió la mano a su hijo y cuando éste iba a chocar las palmas, don Lauro lo jaló hacia sí, le dio un abrazo poniéndole la mano en la sección parietal del cráneo. La niña hablaba muy seria con la tía Milagros mientras veía de reojo las filas de macetas con rosales y dalias pegadas a la pared al lado de la Suburban y, al fondo, a dos metros de la puerta de la casa, el tallo bajo y grueso y la corona de hojas rígidas de un oscuro verde satinado, ¿qué planta es, tía? Nunca la he visto…

—Es una cica, mi amor. El tallo está chaparro todavía, pero es que ocupa muchos años pa que crezca.

La niña volteó hacia su padre, lo jaló del brazo.

—Debemos sembrar una cica, apá. Ándale, en el jardincito.

—Con poco riego tiene —la tía Milagros se acercó a los dos hombres, sonriendo mientras levantaba el dedo índice.

—¿Cómo? ¿De qué hablan? —el Arsenio acababa de soltarse de los brazos del padre—. Vinimos por tu cumpleaños, pa…

—No digas mentiras —la Irlanda dio un brinco para estrechar a su abuelo—. Vinimos porque yo le dije.

Entraron a la casa. El viejo a menudo volteaba a ver al Arsenio. Cuando éste devolvía la mirada, don Lauro sonreía plenamente, lo palmeaba en la espalda. No fui al trabajo porque amanecí con este dolor de costado y tu tía me dijo: “Quédate”. Ahora, debo decirte que sospechaba que me ibas a llamar. O, bueno, me dije: hace rato que no sé nada del Flaco, y ya va a ser mi cumpleaños. ¿Traen traje de baño, chiquita? Qué bueno, más les vale.

Ya en el mar pidió ceviche y cocteles de camarón y pulpo y una cubeta de cuartitos en el restorán que su compadre Juan José Zavala tiene frente a la playa, abrió la primera cerveza y se la entregó a su hijo. Don Lauro le habló de las fruterías, le contó de los demás hijos, ya tengo cuatro nietos acá, pero puros varoncitos. Por eso qué felicidad me has dado trayéndome a esta princesa, muchacho. Al rato fueron llegando los dos hermanos; uno de ellos, el Vicente, trajo a la mujer, a los plebillos. La niña brincaba de gusto al conocerlos, me llamo Irlanda Rivas Lizárraga, ya sabes que somos primos, ¿no? Lo que pasa es que no vivo aquí.

Vino corriendo desde la orilla, abrazó por la espalda a su padre, sentado a la derecha del abuelo. Los adultos habían estado hablando del caso del guardaespaldas secuestrado por los Zetas, ya encontraron el cadáver, y sí, señales de tortura, el archigóber no ha

dicho ni pío, no ha mandado ni el pésame a la familia, tendrían que darle una buena lana a la pobre viuda. Se callaron al ver a la Irlanda recostada en el hombro de su padre y ella, que había querido decirle algo a la oreja sin que nadie más escuchase, se puso toda roja. ¿Le ibas a decir algo a tu papi, preciosa?

La niña se mordió el labio. Bajó los ojos y apenas murmuró: No, nada, tía. Los adultos se carcajearon. La niña le habló al Arsenio: Ven, quiero decirte algo. El hombre se puso de pie, caminó unos pasos en la arena con la hija tomada de la mano. Dime, corazona.

—No son ogros, dijiste mal —y salió corriendo de nuevo hacia el agua en tanto gritaba—: ¡Me cayeron requetebién!

El hombre volvió a la mesa.

Pasaron allá ese día y el domingo luego de comer ya estaban listos para tomar de nuevo la carretera.

Don Lauro estuvo sonriente y dicharachero sin cruzar la línea de la burla ni la impertinencia. El papel de abuelo —pensó el Arsenio— bien que lo ablandaba. Cuando se iban a subir al carro y luego de darle su bendición a la Irlanda, jaló el viejo del brazo a su hijo y, como oteando de lejos el territorio de la seriedad sin querer dar la impresión de entrar en él nunca, le dijo:

—La próxima vez que vengas me cuentas bien en qué andas, muchacho, cómo va eso del periodismo…

—No hay nada que contar. Ando aquí y allá, nada importante…

—Ya me enteré de que saliste del *Últimas Noticias*. No te avergüences si te quedó grande el paquete… o no sé qué haya pasado…

—¿Y qué le hace pensar que me quedó grande qué?

—Hijo, no es eso —movió el viejo las manos forzándose a la sonrisa—, me expresé mal, yo no sé nada de ese mundo. Pero oí ayer en la playa cómo le decías al Vicente que seguías en el periódico. Y no es cierto. No te sientas menos. A tus hermanos les va bien, estrenan camioneta cada año, el Chente se lleva a la familia de vacaciones el mes quentra, van a la Muralla China. Pero yo estuve equivocado cuando te taché feo la elección de tu carrera. En serio.

Lucía un aire de niebla enferma en los ojos. Abrumado, incómodo, el hijo sólo le puso la mano derecha en el hombro. Secamente, sin verlo a los ojos, dijo: Feliz cumpleaños, pa. Ya nos tenemos que ir. Se metió al auto, arrancó y mientras la niña gritaba y mandaba besos sacando las manos por la ventanilla del copiloto, el Arsenio levantó un poco del manubrio la mano izquierda.

24

Cuando llegó el martes a su oficina en los viveros luego de haber dejado a su hija en la escuela, tuvo la duda de si debía acudir al café de todas las semanas. No podía no acordarse del viernes: Narsia morirá pronto. Una capa de aceite le resbalaba en la piel a la altura del tórax. Apretaba los músculos de la cara. No ir hoy sería mandarle a Narsia una señal: ahí muere; no cuentes conmigo. Podría llamarle y decirle me cayó un bomberazo en la chamba, luego nos vemos. Ella no estará ya en su casa y podría dejarle el mensaje grabado. Eso le pasa por no querer comprarse un celular, sigue viviendo en el siglo XIX.

Pero no: ella no habría de escuchar la contestadora hasta en la tarde, después de haber esperado inútilmente en el café.

No eres su pilmama. Que se joda.

A como se acercaba la hora resonaba en la mente aquella voz diciéndole “Narsia quiere morir”. Había en su interior un movimiento que lo enternecía, que le hacía apreciar la esencia cálida de la mujer a la hora de venir a buscar a su amiga Alma Delia allá por enero, o cuando le leyó seria y con voz firme pero tersa la carta astral, las mañanas de martes que le fue contando sobre sus padres y su infancia allá en los cuarenta y cincuenta del siglo pasado.

En ésas estaba cuando sonó el cel.

—¿Ya te enteraste, loco? —era Crisantes—. Te traigo un notición.

—No he sabido nada. Desembucha, Lucha.

—¿Te acuerdas del Ramiro Rojo?

—¿El mamoncete aquel mala copa que fue tu alumno?

—Ese mero, aunque no es mamoncete.

—¿Sabes qué impresión me dio? Ni ha de saberse coger bien a la muchachona esa que en tu casa no me quisiste presentar.

—No hay que ser envidioso, compa. Mujeres sobran; no te me encapriches con una que no es pa ti. Escucha: luego de todo esto del guardaespaldas que torturaron y ese escándalo de los Zetas en el

estado viene un cambiadero en el gabinete del góber. Ya está todo atado y bien atado. A la una es la rueda de prensa en que se anuncia cómo quedó el juego de las sillas.

—No me digas que el góber renuncia, ¿quién va a quedar en su puesto?

—El Hombre Araña, mi rey. Ya, déjate de chistoretes. Para la oreja, esto nos conviene: el Ramirito Rojo cayó parriba.

—Vaya. Afortunado en el juego, impotente en la cama, ¿o cómo iba el refrán? —ante el silencio de Crisantes, añadió nervioso—: Ríete, hombre…

—No es tiempo de chiquilladas. La cosa es ésta: se nos va directito a Comunicación Social en Palacio de Gobierno, bien cerca de las estrellas.

Sintió el Arsenio la súbita punzada en el orgullo igual que si una cuchilla de témpano se le clavara en el culo. Apretó la nariz, movió el cuello al tiempo que jalaba el aire, enojado.

—¿Y a mí qué me importa, Tobías? ¿Me dices que será el nuevo huelepedos del goberladrón narco que tenemos? Por mí que lo contraten de puta barata…, ya ha de saber chupársela a esos políticos podridos.

Su amigo se quedó en silencio del otro lado de la línea. El Arsenio traía en el pecho un ardor que se alimentaba con cada segundo que sostenía el celular sin oír la reprimenda de su maestro.

La voz que oyó fue serena: “Hijo, no sé cómo ayudarte”.

Lo invadieron el bochorno y la vergüenza; se llevó la mano a los ojos.

—Loco, bróder, no ando bien, discúlpame —se le humedecieron los ojos, le fue cayendo en el pecho llovizna lánguida—. Sé que tú quieres bien al Ramiro, me da gusto que te sientas orgulloso por él. Eso lo respeto. Retiro lo dicho, estuvo fuera de lugar…

—No hay bronca. Démosle vuelta a la página —el hombre carraspeó—. Mira —usó un tono serio—: yo te quería recomendar con él, tú has de querer ganar más lana, dejar esa chamba en los viveros que te queda pequeña. Sé que está lo de tu hijita, pero unas tres, cuatro tardes que se quede con su abuela, y asunto resuelto. En algún momento tienes que volver a volar, Arsenio.

Él no supo qué decir. Estiró el cuello. Levantó la cabeza viendo el techo en tanto, como quieta amenaza, la marea íntima de enojo parecía ir tomando la forma de violentos flujos que lo desbordarían.

—Veo que no es el momento ahora —la voz de Crisantes lo hizo exhalar con alivio—. Échame un fonazo un día de éstos, nos veremos

pa tomar un café. No te olvides de los compas…

Quedó tan aturdido por la resaca de emociones chocando unas con otras que apagó la computadora, se puso de pie, salió de su oficina. Vio que faltaban pocos minutos para las doce, caminó al café.

25

Él era un joven flaco y encorvado, de mucha greña, ojos hundidos y penetrantes. Tenía veintiún años y medio. Llegó al Centro Universitario de Teatro, donde había sido estudiante tiempo atrás. Iba con el propósito de ver a su madre, la maestra Narsia Castell, quien había quedado de llevarle un libro de Marguerite Yourcenar.

La vida le hizo hallar esa ocasión a aquella alumna tan alta, de piel blanquísima, ojos almendrados y pestañas chinas, voz ronca de acento levemente golpeado y a veces musical.

Le sacó plática. ¿Eres paisana de mi madre entonces? Vaya coincidencia. La invitó a verse el día siguiente.

Así era el amor en él: un estallido, escoltado por mil agonías.

Se clavó de forma obsesiva con la Alma Delia, anduvieron poco menos de cinco años. Ella tenía dieciocho cuando dejó el valle, su tierra natal, para hacer la carrera de teatro en la Ciudad de México.

Lo veía en un principio tierno y sonriente y carismático. Eso no era todo, sin embargo: él se derrumbaba fácil, hacía chantajes por cualquier cosa, reprochaba y celaba y lloraba.

El muchacho había tenido episodios en la adolescencia. Hubo de ser cambiado de escuela cuatro veces: pleitos con alumnos, groserías y desplantes lanzados a los maestros, rabietas si una muchacha le hacía el feo. Fue a terapia. Dejó la terapia. Regresó a la terapia. Lo medicaron.

Había andado así algunos años.

Un día su madre oyó en el teléfono a la abuela Esperanza quejarse del montón de males que le mermaban la salud. Harta del tráfico, el aire contaminado, el infortunio en los amores y el ruido de tanto carro de la gran ciudad, Narsia, próxima a cumplir cincuenta años, se mudó de vuelta a su tierra. Sería —pensó— por unos mesecitos nada más, ya luego iré viendo qué otra loquera se me ocurre. Viajó acá al terruño, pues, con el propósito de cuidar de su madre achacosa, hubo de arriar pronto también con su padre aún más viejo y agrio, tan mula

y malhumorado. Ya estando por estos lares, que van y la convencen de dar clases de teatro en la Universidad Autónoma; Esperanza había andado encandilando gente, aprovechen que mi hija es una lumbrera, acá en el rancho se echa más en falta a gente preparada como ella. Hizo la madre llamadas con amigos de amigos de amigos, movió piezas. Y listo. También se acercó la recién llegada al grupo universitario de teatro experimental, metió las narices en montajes y pronto se sintió como pez en el agua.

Desde el valle hablaba la mujer con el Adrián cada semana por teléfono. Hacía el esfuerzo por discernir entre las palabras que salían de la voz de su hijo cómo andaría su estado de ánimo, los ires y venires del frenesí al desaliento, aquellos movimientos invisibles que dentro de su ser habrían de conducir al nuevo estallido de la lumbre autónoma que bajo el silencio sostenía la vida de ese camaleón enemigo en su interior. Él era a veces breve y seco, soltaba sólo monosílabos y sin más cortaba la llamada diciendo adiós, ma, luego me hablas. Se quedaba ella a disgusto, un escalofrío de astillas punzándole infames a lo largo del pecho. En otras ocasiones podía ponerse el hijo a hablar y hablar, desgranaba su entusiasmo por ese montaje de Koltès en que estaba ensayando, la película de Fassbinder o de Ken Loach que había visto el fin de semana con la Alma Delia; lo que fuera.

Como al año, pasó que el chamaco no contestaba y no contestaba. Un día tras otro marcándole. Y qué desespero. Buscó Narsia a la Alma Delia por teléfono. “Ay, maestra. Pasó una cosa.”

“No me digas.”

“Pues sí. Es cosa de amores. Escucha.”

Acababa la Alma Delia de acabar ora sí la carrera. Había estado pensando en quedarse a vivir en el De Efe, para seguir con el Adrián, hacer la tesis y ganarse la vida dando clases o en lo que se pudiera, sólo que… Pues hizo en las vacaciones el viaje al terruño para visitar a la familia.

Y esta vez conoció al joven abogado de bigote y barba espesa que trabajaba en la oficina municipal de cultura y supo ahí mismo que lo suyo con el Adrián era una piedra llena de moho en el pecho con que nada más se sabía asfixiada. Cortó al Adrián apenas volvió a la Ciudad de México con el fin de juntar sus cosas, desocupar el depa, volver al rancho. “Eso fue hace apenas dos semanas, de veras, Narsia. Me da pena contártelo yo. Sigo por orita acá en el De Efe pero ya me vuelvo al valle en unos días. Y, pues, ¿qué crees?: eso significa que tú y yo viviremos otra vez en la misma ciudad.”

Narsia llamó a su exmarido, ¿has hablado con mijo últimamente?, acaba de tronar con la novia, la ha de estar pasando mal… No había sabido nada el hombre y fue a buscarlo a los dos días. Nadie abría la puerta.

"Pues no", dijo la portera, "hace rato que no veo a su muchacho, ¿no salió de gira entonces?, a menos que esté encerrado pasando hambres…"

Llevaron a un cerrajero.

Ahí estaba, postrado. Y no quedó de otra sino internarlo nuevamente.

Episodios de ese tenor hubo más de uno los meses siguientes, hasta que apareció aquella estudiante de maestría que había venido de intercambio: luego de acabar sus estudios en El Colegio de México, se quedó la joven dando clases de francés, vivieron juntos el Adrián y ella casi casi desde el principio. Narsia la trató poco, cuando salía de viaje al extranjero se quedaba un día haciendo escala en la Ciudad de México: era Nadine flaquita flaquita, rubia y seria, de pelo muy corto, vestía pantalón de mezclilla y camisetas grises, blancas, ocres. Narsia quiso hablar con ella pero aparte, sin que él escuchara, para contarle bien bien de la enfermedad del hijo; la muchacha le extendió la mano derecha con gesto agrio, no me tienes que contar nada, ya lo sé. Yo sí lo voy a cuidar como se debe.

Se le quedó clavada a Narsia aquella frase de Nadine. Ya sabía la causa: en sus ratos de hiel el hijo la culpaba de abandono. Te fuiste a Barcelona, te fuiste a Francia, a Jerusalem, cuando yo era niño. No estuviste entonces. Su abuela Nati lo navegaba en esas épocas, lo cuidaba bien, pero… la herida primigenia del muchacho estaba en ese temor animal al abandono que algún día vendría definitivo. Cuando ella volvía de viaje el niño se le colgaba del cuello, la besaba y lloraba y le decía hice esto, hice estotro, dónde estuviste tanto tiempo, se ve que no me quieres.

Ya no habló más Narsia con Nadine sobre el asunto. Siguió al pendiente del hijo por teléfono. Cuando la pareja se mudó al departamento de San Ángel, en esos rumbos lluviosos del sur de la ciudad que él prefería, el muchacho les dio el nuevo número telefónico pero se negó a compartir el domicilio con ninguno de sus padres.

Y luego llegó aquel día de cielos ciegamente grises de febrero del año 2000, llegó la visión del cuerpo de su hijo lanzándose a la tela hecha de nada en que se sostenía el todo del aire. Se desgajó su alma del Árbol de la Vida y desde entonces cruza un estrecho puente oscuro que no termina nunca, avanza entre el silencio pavoroso y de

su boca, contra su misma voluntad, salen palabras de miedo y de ruina y lloran sus ojos sin alivio.

No pude más. Renuncié a mis clases de teatro, vendí la casa que fue de mis padres, hice testamento. Dejé todo y me fui a morir a Portugal. Antes de irme repartí todas mis cosas, le di a mis alumnos primeras ediciones firmadas de Óscar Liera, de Inés Arredondo y de Esther Seligson. Siempre me acuerdo de un verso de Rosario Castellanos, ¿la has leído? El verso dice: "El que se mata mata al que lo amaba". No sabes qué falso es: el que se mata condena al que lo amaba a vivir en la agonía, una agonía sin fin ni compasión. Veme a mí: yo no logré morirme a lo largo de un año. ¡Un año, Arsenio! La vida tiene a pesar de sus malas mañas también sus traicioneras delicias: una caminata a la orilla del río y un atardecer en que el sol se deshoja, la sonrisa frágil de una desconocida de pelo castaño, el sabor inocente de un helado, cuántas cosas no te hacen levantar la barbilla y seguir respirando con algo parecido a las ganas…, bueno, tú me entiendes. Luego me fui a Praga, me quedé varios meses, estuve con mi primogénito, estuve con mis nietas.

Volví a este país resignada. Me vine acá al valle de nuevo, aunque ya no tenía a mis padres, retomé mis clases en la Autónoma, conseguí que se abriera un taller dirigido a adolescentes en la Casa de la Cultura. Eso me mantiene con la mente ágil, animosa. Voy a comer una vez a la semana con la Alma Delia, ya viste el otro día en mi casa que nos queremos un chingo. Veo a otras gentes, a mi primo Efraín, por ejemplo. Desayuno con él a menudo mientras echamos pestes de medio mundo, de la familia, de la política. Veo películas, me sigue encantando el cine. No, acá llegan pocos estrenos de los que me gustan, pero tampoco soy roñosa, puedo ir a ver una de los X-Men y no se va a acabar el mundo.

Con lo que sí no puedo es con lo del vuelo de Adrián: siempre me pasa, cada febrero, cuando llega ese día, que la raíz de mi cuerpo se acuerda y todo él se siente hecho de cristales que de la nada vuelven a su vocación de cosa destinada a romperse. Ese dolor y esa fatiga, ese camino rojo y solo y misterioso en las venas, me hacen llorar bajo el silencio. Cada vez tengo más fuerte esa sensación de vivir una fábula perversa, de que al vivir un dolor como éste trituramos tiempo entre los dientes y el ruido que hacemos nos asusta porque somos materia mortal. Y ahora se juntan las dos cosas: el año de vida que me dan los cardiólogos se cumplirá en enero. Antes de los diez años del Adrián. Ya me conoces y sabes que no creo en las casualidades. Todo significa algo. Eso para mí es una señal, y significa que no

estaré en este mundo cuando otra vez el Sol vuelva a pasar por ese punto en que transitaba cuando mi hijo saltó.

—Déjame entender: ¿no quieres ponerte el marcapasos porque eso iría en contra de esa, digamos, señal?

—Mira: estamos en junio. Falta medio año, más de medio año para que se cumpla el tiempo que me dan los matasanos. ¿Por qué les avisé con tanta antelación a ti y a la Alma Delia? Yo ya suponía que ella iba a reaccionar así; es cáncer, válgame Dios, en el nombre del signo lleva la voluntad de joder. En parte por eso quería que tú estuvieras presente el viernes pasado. Ante ti se contuvo. Si no, habría pataleado y se habría abrazado a mis piernas y habría lanzado un griterío de los demonios. Me ha estado hable y hable todos los días, quiere convencerme. "Ponte el marcapasos, mujer, estás loca. No hay nada como vivir." Así me dice. Sólo que existe otra cosa. Algo que les he ocultado. El envés de esta historia no lo puedo contar…, no a ella.

—Ah, caray.

—Mijo: tengo miedo. ¿Sabes lo que es tener miedo?

—Vaya que sí. Hasta podría dar cursos de capacitación…

—Me vas a entender entonces. Los doctores me lo advirtieron: si me da un infarto y no me voy, puedo quedar paralítica, puedo quedarme amarrada a una silla de ruedas ¡por años! ¿Te imaginas peor tormento? ¡No poder ni limpiarme la cola yo misma! Y yo necesito moverme.

—Pero ya no puedes viajar como antes, ¿qué no?

—Pues no me importa. Mi primogénito vendrá a la Ciudad de México a principios de octubre. Iré a verlo. Hablaré con él. Nunca nos hemos llevado de las mil maravillas. Se fue a Estados Unidos becado a los dieciocho, desde entonces vive fuera, se manda solo, es desproporcionadamente inteligente. Tiene un cerebrazo marca Einstein. Está en Praga porque se enamoró de una checa y mis nietas son checas y allá de todos modos gana un dineral, pero podría estar en Massachusetts, en Fráncfort o en Tel Aviv, donde él quisiera, y ganaría el triple. Qué digo el triple: ¡más! Pero con tanta inteligencia no sé si tenga alma. Si el Adrián era pura sensibilidad y puras emociones, mi primogénito es frío. No se distrae con esos vaivenes ruidosos del corazón. Bueno, sí tiene alma y sí tiene corazón, pero los separa de su día a día. Nada lo afecta nunca. Estoy desazonada por ese viaje. De hecho me da pavor verlo. Ya sé qué me dirá. Buscará convencerme de que me opere.

—¿Y él no podría convencerte?

—¿Tengo cara de que así de fácil cambio de opinión? ¿Qué gente sin escrúpulos soy según tú?

El hombre se rio mientras estiraba las piernas por debajo de la mesa. Vio su taza con el café ya frío; levantó la mano y pronto la muchacha de overol pardo se acercó. A como la joven le sonreía fue llegándole el olor intenso del café recién molido. Jaló el aire con intensidad, casi lleno de gratitud. Pidió otro expreso en tanto Narsia movía la palma derecha en señal de no requerir nada para sí.

—¿Y qué harás luego que lo veas en la Ciudad de México?

—Volaré a Lisboa. De ahí ya no vuelvo.

Él se quedó callado. De repente soltó:

—¿Un vuelo de diez horas cruzando el Atlántico? ¿No corres el riesgo de que te falle el corazón a mitad del charco?

—Nada de eso va a pasar.

—¿Cómo sabes?

—Lo sé.

—¿Así nomás?

—Así nomás. Ya vi mis tránsitos astrales de esos días; no hay bronca. Y llegando allá me quedaré con mi amiga Palmira. Ella estará conmigo cuando muera. Ella tendrá el cuidado de…, de todo… Fin de la historia. Me ha dado mucho gusto conocerte y tratarte.

—A mí me ha dado mucho gusto, de veras que sí.

—Pero no pongas cara de velorio…

—Hay algo que se me escapa —el hombre bajó la cabeza hasta posarla sobre sus manos entrelazadas.

—Porque te lo he contado, ¿no? Lo de mi miedo a quedar tullida. ¿Eso?

El hombre pestañeó. Un nudo de áspero hielo se le enroscó en la garganta. Asintió con la cabeza.

—¿Te acuerdas cuando te hice la carta astral? Me dijiste la fecha y la hora en que casi te arrastra aquel camión y te hospitalizaron. “Sabrá Dios cómo la libré”, me dijiste. En esta misma mesa estábamos sentados.

El hombre jaló mucho aire mientras levantaba el pecho. Le empezaron a zumbar los oídos. “No era un camión”, corrigió.

—Lo que haya sido, hombre.

Bien lo recordaba: cuando Narsia se puso a leerle la carta en este mismo café —allá por febrero—, le habló del emplazamiento y los aspectos de Plutón y de la cercanía de la muerte como una pulsión que viene de lo profundo del vientre de su madre. Él le contó del parto difícil y su nacimiento casi asfixiándose y luego su infancia viendo la

enfermedad de su madre misma, la muerte violenta de su exesposa —alguien con quien, pesárale cuanto le pesara, tanto compartió en la vida— y, así como si nada, el bato le refirió aquel accidente que nueve años atrás casi lo manda a la sala de cremación. Iba esa vez por la Ruperto Paliza a una rueda de prensa en la Sala Lumière. Apenas daba un paso para cruzar la Buelna, que escucha el pitido del claxon. La fiera dentro suyo saltó sin avisarle, cayó su abdomen sobre el cofre de la troca negra que no había hecho alto a tiempo, se le impactaron las piernas contra la parrilla y los pies contra la defensa delantera, todo iba dando vueltas… Gritó y al caer en el asfalto sintió o creyó sentir o ya después imaginó haber sentido un crujido en el pie. Perdió la consciencia.

Cuando volvió en sí estaba siendo llevado en la ambulancia. Te salió barato, murmuró la Rubí en el hospital. Una costilla rota, esguince en la rodilla y lo más doloroso y de recuperación más tardía fue la fractura del tobillo izquierdo. ¿Por qué brincó? ¿Quién brincó por él? De no haber saltado al cofre, ya no la contaba. “¿Hace nueve años?”, reviró Narsia mientras daba vuelta a la hoja de la carta astral y alistaba el lápiz para tomar nota. “Dame la fecha y hora exactas; quiero ver cómo estaban tus tránsitos.”

Él pronunció: fue el lunes 8 de febrero del 2000 hacia las once y pico de la mañana. Ella no levantó la mirada. Respiró agitadamente. Fingiendo que le daba un ataque de tos se levantó y le hizo señas de que iba al baño.

Ahora, luego de meses, él tenía frente a sí a la misma mujer. El ruido en las otras mesas era igual: pláticas sueltas, cucharas que tañían la piel de porcelana de las tazas al revolver el azúcar o la crema, la frenada súbita de una troca de redilas antes del semáforo. Sin embargo, parecía haber pasado mucho tiempo desde que se conocieron ella y él por accidente en los viveros.

Pasó saliva.

—¿En esos momentos pasó lo de Adrián? —preguntó él sin énfasis, como sabiendo que era inútil abrir los labios.

—Hay una hora de diferencia con el De Efe. Él voló poco después del mediodía. Los dos volaron al mismo tiempo.

—No puede ser.

—Sí pudo ser, mijito —ella pegó con la palma en la mesa.

El Arsenio se sintió ridículo —menor, insulso— en sus envidias del Ramiro Rojo. O en el encono que traía contra su padre, en esa despedida torpe dos días atrás cuando estaban su hija y él por salir a carretera hacia el valle.

—¿Sabes, Narsia? Te entiendo. Traigo… —movía el cuello, erguía la cabeza, ponía la mirada acá y allá—, traigo una frialdad bien adentro… Viene de no sé dónde, de un aprendizaje que no recuerdo cuándo habré recibido, o de quién. Con esa frialdad es que entiendo la decisión que estás tomando —sonrió—. Todo esto para decirte que yo no te estaré chingue y chingue con el asuntito aquel del marcapasos.

—Lo sé.

El Arsenio se le quedó mirando.

He ahí el rostro de Narsia: la cara alargada de tono claro apenas mentido por pecas y breves manchas bajo la línea de las ojeras, el cruce de arrugas en la frente —las más tenues eran unas pocas horizontales y se veían cortadas por dos verticales fuertemente hundidas que nacían al lado de las cejas y parecían querer ascender hasta el nacimiento del cabello—, los labios delgados con una verruga en el inferior, un mechón que se le enredaba y caía sobre la oreja derecha… y los ojos entre el gris y el azulverde, a veces tan oscuros que no había en ellos más luz ni más incendio y en cambio sí una silenciosa impaciencia de petróleo, la de aquella jovencita que en mala hora, hace muchos años, fue destinada a ser madre y que ahora buscaba no seguir sufriendo por su hijo suicida.

Más de una vez le había venido al Arsenio a la cabeza la pregunta de por qué Narsia me trata bien, ¿por qué me habla?, qué busca en mí: periodista fuera de órbita, padre sin rumbo ni ánimo, burócrata gris que redacta boletines…

—¿Por qué me cuentas a mí el envés de tu historia? Lo de sufrir un infarto y quedar paralítica…

—Ya lo sabes.

Sintió mucho frío.

—¿Qué esperas que yo haga? No lo tengo claro.

—Ya lo sabes.

—Madre mía, Narsia… —habló en un susurro, los ojos bajos, el respirar se le agitaba como el aire en el cielo o como el mar en el mar.

—Te da miedo decirlo en voz alta.

¿Lo veía? ¿No lo veía?

Veía la tele sentado en el sofá de la sala. El abanico de techo movía sus aspas echando el aire caliente y esbelto, casi fogoso sobre su cabeza. ¿Quién más estaba en la casa? La tía Milagros salió, que volvía en un rato, dijo, le echas un ojo a tu mamacita porfa, muchacho… La cocinera solía salir a las cuatro y media siempre. Nadie más estaba esa tarde en esa casa.

Él la escuchó que se quejaba, venía su voz del cuarto enfermo. ¿Era ella? ¿Sí era de veras su voz? Un hilo entrecortado de murmullos y palabras sueltas, con el acento de quien se ha venido vaciando de su aura y sólo tiene el atavío del sollozo antes de ceder al desnudo silencio.

El muchacho avanzó, las rodillas temblándole, a lo largo del pasillo. Por las articulaciones le corrían flujos de agua hirviendo, en el pecho la crudeza fría de un sol de hielo. Abrió la puerta de la habitación.

Vio la amarillez en el rostro de su madre, esa piel macilenta con arrugas en torno de los ojos y en la frente, el cabello castaño claro despeinado. Acostada en la cama, aquella mujer se vuelve y lo está observando, mechones caen y le cubren una ceja. Con gesto de fatiga ella entrecierra los ojos.

Desde la puerta de la habitación, al lado del pasillo, él suda y jadea. De la calle viene entonces la tonada musical, a vuelta de rueda una troca anuncia las funciones del circo Fuentes Gasca desde hoy y hasta el domingo.

La mujer ve al Arsenio. Abre los labios. ¿Dice algo?, ¿qué le pide? Vienen de la calle los barritos del elefante, luego el rugir de un león y la voz gritona del maestro de ceremonias que anuncia: “¡Vuelve el circo más famoso de Latinoamérica!”.

El chavalo no se mueve; pero cuando sus oídos escuchan por fin la voz baja e insistente de su madre, cuando la mente ha entendido y su corazón se niega una vez y otra, él no puede sino extender las manos con las palmas abiertas; mueve la cabeza a los lados.

Farfulla noes que son luciérnagas de hollín huyendo de su boca. La mujer busca apoyarse en los codos, trata de erguir la cabeza. El muchacho corre a la sala, marca el número de su padre en la frutería del mercado Pino Suárez. Vuelve a la recámara. Escucha de nuevo: “No puedo más. Ya quiero irme. Haz algo, mijo…”. Ese eco siguió oyéndose, sobrio y severo, en la entraña aérea de sus sienes cada uno de los días que la madre estuvo en el hospital antes de. Antes de.

—No entré al cuarto de mi madre, ¿sabes? Ahora que fui a casa de mi apá me iba de largo cada vez que cruzaba el pasillo. Traía guangas las piernas, me corría en el cuerpo la sensación de animal débil. No entré nunca por eso. Nadie duerme ahí; lo han usado, según supe, para guardar tiliches, cajas, costales, aparatos viejos… Y no habló nunca mi padre, no habló ninguno de mis hermanos sobre ella. Como si la vida de mi madre hubiera ocurrido en otro siglo muy lejano y nadie la recordara.

—Eso ha de ser mejor.

—Dime pues qué quieres que haga. Cómo te ayudo.

Ella irguió los hombros. Habló con la voz tropezándose, como si fuera una niña huérfana a quien traiciona la desconfianza pues ya ha sido muchas veces mentida con imágenes de espurios mañanas:

—Si antes de irme a Lisboa…, si antes de octubre me da un infarto y no me muero, y quedo mal…, si me convierto en un bulto… Antes de que mi hijo llegue de Praga…

—Quieres que…

—Sí —irguió la cara, en desafío—. Tú ya moriste. Tú hablas este idioma. Y yo ya quiero volar. No me vayas a dejar en esta mierda de vida, Arsenio.

La lucha con el Ángel no ocurre una sola vez

26

—¡Súbete, Mochomo!

Aquel grito salió del taxi detenido en la acera de enfrente.

El hombre detuvo la carrera al escuchar su apodo. Venía jadeando. Caía el sol de febrero a plomo sobre el asfalto; la hostil alegría de la luz le daba en los ojos, aun así pudo el Mochomo divisar al volante del carro al tipo canucio de cara ojerosa y recia que le decía ven con el bailoteo apremiante de los dedos.

Posando sobre el vientre la mano izquierda mojada ya en sangre, se esforzó en recordar quién era ese tipo que pretendía auxiliarlo. Lo conocía de vista y poco más: era el Epifanio, un vecino de la cuadra. Se le tenía por callado y serio, era viudo o divorciado y papá de dos hijas todavía chavalas.

Aun temiendo que el taxista lo llamase para darle un tiro en la frente a mitad de la calle, avanzó el Mochomo hacia el automóvil. Debía tomar el riesgo. Rodeó el cofre, abrió la puerta del copiloto y gritando ¡gracias, compa! se dejó caer en el asiento. En tanto el mareo se le espesaba, fue cerrando los ojos. La mano seguía puesta sobre el vientre. Además del dolor abrasivo arriba de la ingle y en el hombro, le nació la punzada en el intestino, a la manera de una garra que se abre rasgando en torno suyo. El chofer aceleró. Por el movimiento supo el herido que doblaban a la derecha. Se alejaban del malecón; bien hecho.

¿Qué le habría pasado al Contreras? Habían quedado de verse a las once. Por andar alegando con la Karen es que él se retrasó. Estaba por llegar cuando del lado del restorante se escucharon las ráfagas. Doblaba la esquina y fue entonces que oyó los tronidos. Abrían fuego dos hombres apostados ante la fachada de la birriería, pero fue el muchacho bajito de sombrero negro al lado de la Suburban, en su papel de vigía, quien vio al Mochomo pararse, las palmas en alto. Sin atender a nada, el chamaco disparó en dos ocasiones. Él sintió el roce de mucho calor en el hombro derecho y

casi de inmediato el golpe quemante a la altura del cinturón antes de darse la vuelta y salir corriendo. A tropezones y rengueando cruzó la calle, apenas daba vuelta en la esquina siguiente escuchó el grito del taxista. El muchacho de sombrero negro no lo había perseguido —lo creyó un peatón cualquiera.

Sin preguntar nada, el Epifanio conducía en tanto de reojo escrutaba al pasajero herido: el Mochomo traía sangre en el hombro y en la parte baja de la camisa. Balbucía palabras de encono que entre el fragor de la calle y los autos no se apreciaban bien. La cabeza ladeada iba dejando ver los ojos tensos en una mueca de pena, la línea de una cicatriz avanzaba de la ceja a la oreja izquierda.

El Mochomo tenía posada la mano a la altura del cinturón.

Despertó en un cuarto de paredes encaladas. Lo primero fue sentir el rayo de plomo cruzándole el abdomen; ese vaivén le encendía las vísceras. El tirón en el vientre era agudo. Tenía urgencia de orinar. La cabeza quería estallarle. Tiesa la espalda, sentía cuerdas de seco engrudo en lugar de vértebras. Quiso tocarse el hombro derecho, sintió una venda o gasa, no pudo ver qué era. Había dormido bien profundo. Apenas recobraba la claridad de la mente, le nació aquella roca de azufre en el pecho: quiso decir el nombre de su hijo, quería que alguien le dijese cómo y dónde estaba el mocoso ese.

No sabía por qué esta urgencia. ¿Qué había soñado?

Vio la estampa de la virgen del Carmen, el televisor sin lustre, el ropero de caoba y a su derecha el burocito con frascos de medicinas y la jeringa en su envoltura verde. El abanico de techo movía el aire tibio de la tarde rechinando tan leve que parecía la encarnación dudosa del silencio. Sólo de ver las aspas, se percató el Mochomo del sudor que con caminar de hormigas se le deslizaba en el cuello, la ingle y los sobacos.

Se abrió la puerta. Al entrar, el muchacho de veintipocos lo urgía a la calma con el dedo en los labios. Sin impedir la mueca de horror, trató el enfermo de erguir un brazo. Detrás del joven surgió el robusto cuerpo del Epifanio. “Es el Petardo”, presentó al joven. “Él te está curando. Se va a recibir de doctor el año quentra. Es hijo de doña Trine, ¿lo ubicas?, es el más chico de los tres.” El herido cerró los ojos y al instante creyó percibir el grueso tufo del amoniaco.

—La libraste, Mochomo —escuchó de nuevo la voz del Epifanio.

—No me digas Mochomo. Me llamo Juanillo.

—Primera vez que escucho su nombre, compa. Oye —añadió en voz baja cerca de la oreja—, el que sí no tuvo suerte fue tu socio…, el

gordito. Se lo llevaron del restorán y hace poco apareció en la cajuela de un carro.

El hombre tensó los músculos de la cara en una expresión de dureza al modo de quien se obliga a no llorar.

—Quedamos de vernos en la birriería, él llegó primero —dijo el herido al fin; se le veía jalar el aire con prisa—. Siempre estuvo al pie del cañón. Era muy mi compa el mugre Rafa. Los que vi disparando eran gente del Navarro. Ese desgraciado no sabe con quién se metió. Si regreso, no la va a contar.

—Le inyecté el antibiótico y un analgésico —el joven puso la mano en el hombro izquierdo apenas rozándolo—. Eso le va ayudar a dormir mejor.

—Dame algo también pa la colitis —respondió el Juanillo—. No sabes cómo me mortifica.

Al día siguiente ya estaba más restablecido del cuerpo y ágil de la mente. Le pidió al Epifanio sácame de aquí, yo te digo adónde. Luego cerraba los ojos, iba pasando cauto la saliva como si temiera quedarse sin voz antes de precisar su deseo. Si se enteran que me tienes escondido nos quiebran a todos.

Al chofer le temblaba el labio inferior.

—Te pago bien.

—Dinero no busco…

El Juanillo se quedó callado contemplando al hombre.

—Tú eres de cuarenta quilates —levantó la mano señalando el vaso de agua en el burocito. Inclinó la cara al tomar el trago. No era mucha la sed pero el paso del agua por la garganta lo hizo sentir animado—. No te quiero meter en broncas. De no ser por ti yo orita estaría en el otro barrio. Pero me pensiona que al Petardo ese le saquen la sopa. Está muy plebe. Ese Navarro, si se entera, de qué no es capaz…

Le dio instrucciones. Tenía que marcar un número en Sanalona. Había de pedir con un bato llamado Virgilio Mendoza, lo apodan el Caimán. Te aseguras de hablar con él, con nadie más. Es el esposo de mi carnala. Aquí mejor no busco a nadie, ve tú a saber de qué lado están ahora los que dizque eran mis cuates…

Ya de noche lo cargaron hasta el Jetta entre el Epifanio y la hija mayor. Echaron hacia atrás el asiento del copiloto, ahí se tendió el herido. La Caro salió a la banqueta, miró a un lado y otro, esperó un minuto y sólo entonces abrió la cortina de la cochera. Cuando el auto iba saliendo a la calle, ella se acercó a la ventanilla y le dio un beso a

su padre en la frente. “Te vas con la Marián a pasar la noche”, dijo el hombre en un susurro, “no te me quedes aquí, mijita.” Encendió las luces del auto sólo cuando su hija hubo cerrado por dentro la cortina. Tomó carretera hacia el norte.

El Juanillo durmió un rato, luego siguió despierto el resto del camino, parecía respirar sin sacudidas en tanto hablaba. Tres horas después llegaron al pueblo en las faldas de la presa. No hubo que pitar el claxon; de las sombras emergió el hombre alto y fornido que los aluzó con una lámpara. Detrás se veía al joven de camisa arremangada. Abrieron la reja; metió el Epifanio su carro por un pasadizo que desembocaba en el patio, las luces hicieron ver una bicicleta contra la pared. Cargaron al Juanillo hasta el cuartito del fondo, lo dejaron reposando en una cama estrecha y baja. “Gracias, compa”, le dijo al taxista. “Yo creo que sí nos volveremos a ver.”

Aunque le ofrecieron un catre y una cuilta en la sala, el chofer no quiso quedarse a dormir ni media hora; sólo aceptó pasar a la cocina por un tamal de puerco y una taza de Nescafé. El Caimán tenía manchas blancuzcas en la cara, hablaba poco y en murmullos con el joven de camisa, le decía mijo, esto, y mijo, lo otro. Al lado de la puerta colgaba el almanaque: en la parte superior había la foto de una vaca y un cerdo, entre los dos se erguía el arcángel Gabriel, de melena larga, el ramo de rosas blancas en las manos y la paloma de alas abiertas encima de la cabeza. A la mitad destacaba el letrero “Carnicería El Edén” y en la parte inferior se veía “FEBRERO 2000” más cinco filas con los números del 1 al 29. Cuando el Caimán se levantó para poner en el fregadero el plato y la taza, escuchó el Epifanio pasos en la sala oscurecida. Se le regó por la columna una salva de hielos. El Caimán movió las palmas frente a él en un gesto de querer calmarlo. “Es mi vieja”, anunció.

—Mientras yo menos sepa, mejor, ¿sabe? —dijo el Epifanio y sin esperar a conocer a la esposa del Caimán salió al patio.

Al poco rato ya iba de vuelta al puerto.

Pensó en entrar al valle de Colhuacan, caerle de sorpresa a la Janet, su hija menor. Mejor no, se dijo, no son horas. Ella llevaba poco viviendo en la ciudad, estudiaba la carrera en la Autónoma y, aunque siempre alegaba que no se casaría ni tendría hijos, era una buena muchacha. Nada más la voy a pensionar si le caigo de sorpresa a la casa de estudiantes. Además, le dominó el miedo de que, en su ausencia, los hombres del Navarro hubiesen entrado a su casa, allá en el puerto. ¿Y si la Caro no se fue a dormir a casa de su prima? No se arrepentía de haberse metido a salvar a este loco. De haberlo

dejado ahí, él llevaría un cadáver en la consciencia. ¿Para qué anhelaría descubrir lo que pesa un muerto? “Allá él si anda de malandrín metido en el Negocio”, murmuró, igual que si defendiera su actuar ante la censura de sus hijas. “La gente no deja de ser gente aunque mate a Cristo…”

Ya era de día cuando llegó al puerto. Apenas abrazó a la Cárolin se hubo de encerrar en la habitación. Por fin durmió horas y horas, sin zarpas de inquietud que le jalaran el flujo del aire bajo la piel.

Vio en el barrio los días siguientes a gente que según esto era del Navarro. Luego de bajar la mirada o fingir que algo quería sacar de la guantera, se esforzaba por verlos de reojo, deteniendo el examen en la camisa de rayón y el pantalón de mezclilla, la cara seria y cerrada y el tipo de arma que llevaban al cinto o al hombro. Él no hacía preguntas nunca, menos ahora. Pero entre los chismes que corrían aquí y allá, la Cárolin y él fueron atando cabos de qué había ocurrido en febrero: el Navarro decidió unirse a la gente del Viceroy, recién llegados de Juárez con el propósito de pelear la plaza y de aquí seguirse al resto del estado. Una vez hecho el acuerdo con el comandante Rocha Mora y el alcalde Benítez, lo primero había sido dar un golpe sobre la mesa, mandar el mensaje a todos aquellos que —se sabía— eran de la clica del Mayo: con quién quieren estar, decídanse. Ese mismo día que hirieron al Juanillo se echaron al Rafa Contreras y a dos de sus hombres, también a seis fulanos que se movían por otros rumbos, como la Sánchez Celis, Torremolinos y Cerritos. Horas después aparecieron sus cuerpos en la salida a Villa Unión.

El Juanillo había tenido la suerte de los que llegan tarde a todos lados.

27

Yo acababa de llegar al puerto. Fue un compa del Rafilla el que inventó el apodo. Era gordo y de lentes, medio calvo, de mentón hundido, usaba camisa gris y pantalón negro. Lo llamaban el Licenciado, así a secas. Era el conecte con el notario que hizo los papeles de la birriería y con el gerente del banco y luego supe que hasta con el comandante. Un tipo listo; cuando se quitaba los lentes le veías los ojillos de rata ladina que parecían saberlo todo de uno con sólo mirarte.

El Rafa lo conocía de tiempo atrás, y fue gracias a ese bato que nos establecimos en el puerto. Apenas verme, dijo: "A ti deberían decirte el Mochomo, por chaparro y por prieto". Me enojó al comienzo. Siempre hay gente así en todos lados: se quieren hacer los graciosos echándole carrilla a los que nos vemos oaxaquitas o más ñengos. "Ándese paseando", decía yo por dentro, sin hablar. Le quería tirar su buen madrazo en la cabeza.

Me tuve que poner sosiego. Nada más me sonreí. El Rafilla se dio cuenta del coraje que yo traía atravesado, y ya que salimos de la oficina me dijo al oído: "tú déjalo, qué te quita o qué te pone. Que te digan como se les hinche el huevo, si es que les queda alguno. Vámonos tú y yo ahora a chingarnos unas tostadas de ceviche de sierra". Y como el Rafilla era mi mero compa, era mi bróder, yo siempre le hacía caso.

Así que el apodo del Mochomo se me quedó.

Quería decirte otra cosa. Al cabo que tiempo nos sobra de aquí a que lleguemos, ¿cuánto falta? Orita que nos despedíamos de tu casa, vi cuando tu hija te dio un beso en la frente. Luego el modo en que tú le contestaste. Igual y me dirás que qué fácil me impresiono, pero yo nunca he sabido de eso.

Pues me refiero a…, ¿cómo decirte?, al modo tan… blando de hablarse, de tratarse. Yo ni me acuerdo de mi apá. Se fue pal otro lado, nunca supimos de él. Mi madre me jalaba las orejas, me pegaba

en la cabeza o donde podía y sólo me hablaba soltando sapos y culebras. Eran tiempos bien feos, Epifanio. La pasamos mal. Mucha pobreza allá en el pueblo.

Ni cómo llevarte la contraria. Ai se nota que el alma te la tejió Diosito con sus meras manos. A mí la jodidez y el hambre sí me quitaron el poquito resuello de bien que traía… Yo ya no me puedo arriendar. No te cuento lo que he tenido que hacer…

Ya sé que no quieres saber nada. Haces bien. La vida te la debo y tú puedes contar conmigo en lo que ocupes; te voy a dejar anotado cómo ubicarme si Dios me da licencia de volver al puerto. Igual y tú mejor me dices "no, ya no quiero tratos con alguien de tu calaña"; lo entenderé. Pero lo que te estoy queriendo decir, y no sé cómo —siempre he sido muy bruto—, es que este madrazo que me acaban de poner…, ¿cómo decirte?, esto que me acaba de pasar, que mataran a mi compa y me tumbaran a la lona, ha sido un terremoto… No sólo el rozón de la bala acá en el hombro y la madre esta en la cintura… Yo siempre he sido muy suertudo desde que ando en estos pasos. Fuera de la cicatriz en la ceja, no me hallarás gran cosa: magullones, raspones. ¿Puedo contarte algo bien extraño que me pasó al despertar? Tiene que ver con una cosa de antes que nunca le conté al Rafilla.

No, no es nada del Negocio. Es algo que me pasó por dentro, acá, en esta bodega. Apenas desperté en tu casa tuve el apuro de saber si…, si mi hijo estaba bien. Era un desespero, no sabes cuánto.

Simón, compa, tengo un hijo. Pero nunca lo he visto. Nació cuando yo ya estaba allá en la frontera. Si pasa por la calle no lo reconozco. Pues bien: al despertar me di cuenta que lo había soñado. No recuerdo su cara ni sus gestos en el sueño, pero sí la sensación de abrazarlo, de…, de hablarle bien, ya sabes, de darle un beso en la frente. ¡Me sentía tan lurio, chingada madre! Todo el pecho se me llenaba de un calorcito como el que sale…, no sé, de la leche recién hervida.

No estoy llorando. Yo no ando con esas cosas, Epifanio. Para mí, un hombre que es hombre no anda de chilletas. Pero te estoy contando esto porque fue en el cuarto de tu casa donde lo soñé. Y te digo: desperté con unas ganas de verlo y de saber cómo estará. La cosa es que no sé si su madre vive todavía en el puerto, no sé si el chamaco querrá conocerme; yo pienso que sí, yo siempre quise ver a mi apá y no se me hizo.

Qué te digo. Ay, mi hermano. Por eso yo alego que tú tienes el alma bien limpia, mugre Epifanio. ¿Qué se siente ser así? Claro que

me dan unas ganas de llorar… Me he perdido de…, de esa sensación calientita, de esa sonrisa que se te ha de dibujar en el corazón cuando sabes que el plebe que es de tu sangre no pasa fríos, no anda con la panza gruñéndole, no…

Así haré, pinche Epifanio. Yo sé que tú no quieres aceptar ni un cinco por el paro que me has hecho. Pero el favor de salvarme este pellejo se lo pagaré a Diosito buscando a mi chamaco, ya lo verás. Ese plebe no va a pasar las hambres que yo pasé.

28

Desde aquel día soleado del 92 en que llegó a vivir al puerto, el bato se clavó duro con el Rafa poniendo en marcha la birriería. No tardaron en tejer conectes y hacerse de palancas, dar abrazos con palmas sonoras en la espalda y sobres llenos de billetes, le pagaban con morras del téibol al Licenciado, al mayor Quirino cada cuando y alguna vez hasta al comandante. Así se volvió pronto el restorante mucho más que sólo el sitio en que vendían platos de birria, tacos, quesadillas y flautas.

Y así se fueron yendo ya casi ocho años. Los dos socios echaron pronto al olvido sus viejos ayeres de Nogales Onora. Los cargamentos y cobros, las idas a la sierra y los encuentros con colombianos en el muelle, sus bisnes los fueron trayendo cada día y cada semana enlazados al inquieto suceder de los instantes: no volteaban al pasado, no le pedían nada al futuro. Era el mero frenesí. La birriería estaba siempre atascada de comensales. Las encomiendas que fijaba el Licenciado mantenían a los dos socios vivos, emocionados, yendo y viniendo, el pulso firme y el puño tenso pa lo que se ocupe. Ya los dos sabían cómo moverse, qué podían y qué no hacer y, aunque estaban a las vivas siempre, el golpe de febrero no se lo esperaban.

Cada quien había ido ya para entonces haciéndose otra vida. El Rafa tenía cinco hijos con dos morras distintas. El Juanillo se enredó pronto con una chavala que conoció en un Oxxo; poco después con otra, originaria de Chilpancingo, que entró a trabajar de mesera a la birriería; más tarde con una secretaria que chambeaba en la estación de radio de a tres cuadras. Así una tras otra: y acababan, todas ellas, aborreciéndolo, hartas de sus malos modos y sus peores puños: al primer ojo morado salían, casi todas, azotándole la puerta. Ahora el bato andaba con esta morra de nombre Karen, a quien había conocido de asistente contable en el despacho de Castro Pino. Y si bien parecía no sentar cabeza ni echar raíces él no dejaba de sentirse ya plenamente afiliado a las calles, los sudores, las ansias del puerto.

Eso sí: el Rafa más de una vez le señalaba esa extraña cosa de no tener descendencia: “¿Qué pasó ahí, mi compa? La gente va empezar a murmurar… No sólo no te duran las morrillas, tampoco se te da eso de empanzonarlas. ‘Además de feo, puto’, van a decir a tus espaldas…”. El Juanillo se reía: “Tarugo no soy, mi bróder. ¿Estás de veras seguro que tus chilpayates son hijos tuyos? A mí nadie me va andar viendo la cara de cornudo…”.

Fue a partir de la refriega de febrero que al Juanillo la vida le empezó a enviar otras señales. Primero estuvo viviendo con su madre, hermana y cuñado en Sanalona, mientras le volvía la salud. Tenía ya tiempo sin venir a verlos. Antes, le hablaba a su madre cada semana por teléfono desde el puerto, le mandaba dinero o papeles para su firma; pero hasta ahí. Ahora, convaleciente, tampoco se abrió mucho. La Lidia quiso convencerlo de acercarse a Dios, venirse a vivir a Sanalona y arrejuntarse con una buena muchacha que le diera nietos. Pero él estaba contento allá en el puerto, además tenía rencor por el viejo rechazo: y lo mostraba haciendo chistes guarros o fingiendo entre burlas que le volvía el dolor en el abdomen cada que su madre se ponía a hablar toda seria.

Lo fue a ver dos ocasiones el doctor Rutilo Beltrán, que tenía su consultorio cerca de La Divisa, en la entrada oriente del valle. La herida en la ingle fue sanando: podía pronto ponerse de pie y dar varios pasos, aunque rengueando, sin sufrir malestar grande. Lo jodido del caso también era el dolor intestinal que desde siempre había traído y ahora se le agudizaba. “Le tenemos que hacer una colonoscopía”, dijo el médico. Luego de escuchar de qué iba el procedimiento, movió el Juanillo la derecha con el índice extendido. “No me venga con esas cosas, doctor; más respeto. Así cúreme sin mariconadas.”

Al término de esas semanas bajó al valle. Hizo visitas para cuadrarse, dar abrazos y conseguir la venia, el apoyo que buscaba. Ya el Chalío, siguiendo instrucciones, había mandado gente al puerto con el objetivo de pelear la plaza. Así pudo el Mochomo volver acompañado por un grupo de quince hombres en camionetas polarizadas. Aprovechando el desorden del carnaval, se dedicaron esos días de principios de marzo a dar golpes sorpresa en distintos sitios; él mismo se encargó de que el Navarro, jadeante, maniatado y con moretones sanguinolentos en la cara, cayera desde el helicóptero hacia la dureza hambrienta del océano. El Mochomo estaba en ebullición, enardecido, al volver a tierra: el pecho lo sentía lleno de un llameo de furibundo volcán.

Fue a partir de aquel episodio de febrero —decíamos— que la vida le fue poniendo otra exigencia. Pasaba esto: traía moviéndose en el pecho, a la manera de un flujo tibio que no halla dónde asentarse, aquello que soñó en casa del Epifanio, también la promesa que le hizo al taxista durante el viaje en carretera. ¿Aún vivía ese plebe? Habría de andar por los doce años. ¿Cómo encontrar a la Otilia? Y, de hallarlos, ¿de qué forma habrían de reaccionar? Ella lo iba sin más a repeler —pensaba—; fácil oía el hombre en su mente las injurias y harejías que la mujer, rencorosa por dejada, habría de lanzarle en la cara. La dejó panzona, se escapó el muy cobarde a la frontera, pues cómo…

A veces flaqueaba y se decía: olvídate, loco, de esa raza. El Epifanio no iba a andar viniendo a reclamarle. ¿Para qué le serviría conocer a ese mocoso? Sí, era su hijo. Algo muy de médula le decía que aquel plebito era de su sangre. ¿Y qué más? Que se rasquen con sus uñas. Recordaba bien el nombre completo de la joven, suponía a su hijo nacido a fines del 87. Los hermanos de ella —especulaba— serían dueños de un restorán, carreta o taquería, la Otilia habría de andar trabajando en ese sitio de mesera o ayudante en la cocina. Así que hambres no han de estar pasando —concluía.

En el Negocio la querella fue pronto decreciendo a raíz de la muerte del Navarro y la expulsión de la clica del Viceroy. El Licenciado llamó un día al Mochomo y a otros batos —cinco agentes de la judicial, el mayor Quirino y el secretario particular de Beltrán Leyva, el nuevo alcalde, entre ellos— para darles la nueva: por acuerdo con el góber, de Bachigualato mandaban al Chalío con el encargo de cuidar la plaza por una buena temporada, poner orden, meter en cintura a todo mundo y evitar sorpresas.

Esta medida le cayó al Mochomo de las mil maravillas. El Chalío era alto y corpulento, de facciones duras en su cara cuadrada, siempre de sombrero negro; sobre todo era también de parriba, había nacido en aquel pueblo llamado El Potrerillo, y aunque en el pasado, de morros, no habrían cruzado ni media palabra, ahora se formó desde el día uno entre los dos un ánimo de compas.

Así se sintió libre el Juanillo de iniciar su búsqueda: iba a comer a este sitio, a aquél, a aquel otro. Empezó a rondar los puestos de comida en los mercados populares, las cenadurías, cocinas económicas, carretas de mariscos, de tacos o hotdogs. Escoltado por uno de sus hombres, tomaba su lugar en la banca o la mesa, fruncía los ojillos a la hora de examinar rostros, ropa, gestos, pedía hígado encebollado o un ceviche de camarón, torrejas, tacos de asada o el

filete de res a la tampiqueña. Sentía un liviano placercito de mínimos rayos en el pecho sólo de pensar en aquello que el destino podía acabar obrando. Quería dejar ese reencuentro a la voluntad de Dios o del acaso, por eso no preguntó a ningún conocido si sabían de la Otilia: dónde vivía, dónde trabajaba. Sin dirimir en su feudo íntimo si se trataba de poco interés o mera superstición, parecía querer solamente hacer el gesto de la búsqueda: no era consciente de que en los huesos mismos tenía un terror telúrico a conocer a aquel chamaco. Sin decírselo, sin advertirlo en la superficie huraña de su pensamiento, la llegada del Kevin a su vida podría desatar alguna clase de ciclón que asolaría todo cuanto él había, hasta entonces, sido, lo que sentía y creía sobre sí y sobre los demás. La mera imagen de un morrillo de doce años caminando por la calle le revolvía por dentro nervios de agria consistencia cuyo solo existir hasta hoy mero descubría.

Luego de cosa de dos meses, detuvo su buscar: no hubo rostro ni hubo gesto que surgiera en ningún lado. Quién quite y esta morra ya ni vive aquí —se decía entonces—. El puerto era grande aunque tampoco tanto; ya tendrían que haberse cruzado sus caminos una vez al menos. ¿Cómo no habría de ocurrir en algún momento esa coincidencia?

No quedó por ti, loco. Ella se siguió para La Paz de seguro; se fue a Tijuana o en una de ésas cruzó pal otro lado. Nadie puede acusarte de nada.

Habían pasado poco más de seis meses desde el día aquel de la balacera. Una vez, a media tarde, sentado en la mesa del fondo de la birriería en tanto revisaba columnas con cifras en el cuaderno de pastas azules con Castro Pino, vio el Mochomo que se le iba acercando uno de sus hombres. Hasta ahí todo normal. Pero apenas el Chuyín, a metro y medio, le hizo la señal de tocarse dos veces la mejilla izquierda con el pulgar, el Mochomo se puso de pie.

No sabía —dijo el Chuyín— si era de veras urgente el mensaje. Había llamado esta mujer, decía llamarse Cárolin Buelna. Marcó al teléfono blanco directamente. El Mochomo levantó la ceja derecha. No me suena su nombre. ¿Quién le dio el número a esa vieja?

La mujer explicó que su padre estaba en el hospital muy grave, por eso es que llamaba. El bato aquel había chocado feo en el taxi que conducía.

—Quiere que vayas a verlo, pues —dijo el Chuyín.

—¿Un taxi? ¿Te dijo un taxi?

No tuvo que soltar el Chuyín el nombre del herido.

—¿Qué hospital te dijo que era?

Salió el Mochomo a la banqueta, le chifló al Melquíades que fuera encendiendo la troca.

Estaba por subirse en el asiento del copiloto cuando llamaron su atención unos rumores. Volvió la vista a la acera opuesta: eran dos niños de diez, once años. El más bajito movía contra sus labios una armónica y el otro tenía el brazo derecho rodeándole el cuello mientras cantaba:

No me pongan en lo oscuro
a morir como un traidor,
yo soy bueno, y como bueno,
moriré de cara al sol.

Siguiendo los pasos de los niños venía un perro pinto que olisqueaba aquí y allá, luego apresuraba el paso. El Juanillo se llevó la mano a la cicatriz en la ceja. Carraspeó apenas hubo indicado al Melquíades que arrancara.

Mientras torcía el cuello para ver a los plebitos alejarse en dirección contraria gritando “¡Guan-ta-namera!”, el pecho —todo lleno de helada inquietud— le hizo sentir que no habría valor en sus fibras para entrar al cuarto en que su amigo Epifanio agonizaba.

Iba temblando como si ansiara llegar tarde a esta nueva lucha con el ángel airado.

¿Dónde en el cuerpo se aloja la verdad?

29

Vino su madre a recogerla. La estaba esperando a pocos metros de la salida del colegio: de brazos cruzados, las manos en los codos, alta y de cara alargada, muy sonriente; vestía blusa blanca y pantalones de mezclilla azul, traía el pelo suelto como una cascada de aire pardo que quieta fluía sobre sus hombros. Tan jovial y fresca, liberada de enojos y gritos. Le saltaba el corazón de gozo a la niña apenas corría desde el interior de la escuela hacia ese cuerpo imposible. Le dio un abrazo. ¡Te ves bien chula, mami!

Luego de conducir varias cuadras mientras la pequeña le hablaba de sus corajes con la profesora de Indicios y Quimeras, la última clase que les dan en el día, estacionó la madre el carro cerca del cruce de la Villa y la Paliza. Iban caminando ahí a media cuadra hacia el restorante Panamá cuando la niña vio las dos camionetas color azabache que paraban el tráfico. Alguien lanzó un grito agudo muy cerca. La niña vio a dos hombres bajarse cargados de errequinces y se estremeció al oír cómo se soltaban los balazos.

La madre cubrió, encorvándose, el cuerpo de la hijita contra la pared. Antes de nada oyó la niña el tronido tan próximo que parecían habérsele a ella misma quebrado los huesos. Gritó y lloró y el hombro de la blusa empezó a rociársele de sangre. Con la vista de ese color rojo venoso tan llameante, se le llenó el pecho de aires macizos de tundra. Oyó cómo una troca arrancaba y huía. De súbito la nata blanquecina del silencio.

No podía moverse. Tenía encima el cuerpo de su madre. Los oídos le zumbaban con furor de avispas. ¿Estás bien, mamita? ¡Dime que estás bien! Buscaba sacar los brazos, quería erguirse; sólo tenía frente a sus ojos la blusa oscurecida de la madre. Todo pesaba: el aire era una capa de azófar fijando su gravedad dorada sobre la piel de la niñita. Luchando contra el peso de la angustia batalló para erguir el cuerpo. Cuando lo hizo abrió los ojos.

Estaba en su habitación. Por entre los visillos se colaban los filos

de una luz tímida que parecía sólo lucir los huesos pobres del nuevo día. En la garganta una placa de herrumbre. Se llevó las manos al rostro. ¡Otra vez soñó a su madre! Hoy precisamente… Ayer jueves fue el último día de clases, ya dejó atrás la primaria.

Su padre tocó a la puerta. Gut mornin, chamaca. Váyaseme alistando.

—Ya qué me queda…

Se acordó de sus abuelos. Le llegó el olor a flor blanda en el cuello de Nanapach. ¿Qué perfume te pones?, le había preguntado una vez al verla ante el tocador luego de bañarse. La mujer le tomó la muñeca izquierda y del frasquito color durazno le roció una esencia almibarada. El recuerdo la hizo sentir ligera. ¡Hoy vería a Nanapach! Suspiró profundo. Se le fue llenando el pecho de un vientecillo sobrio, como si aún recibiera el perfume de madreselva que le había compartido la mujer.

La niña le había dicho a su padre, apenas el pasado lunes: “Mira, apá, te traigo una propuesta”. “Échale, corazona.” “Lo que quiero es pasar unas dos semanas de vacaciones…”, y aquí le parpadeó la voz, “en casa de Nanapach, ¿qué dices? No quiero estar yendo y viniendo; ya están viejos y cansados mis abues, yo podría serles útil en muchas cosas, lavaré los trastes cuando no vaya la señora Cora, limpiaré el arenero de Quesito, regaré el jardín…, todo eso. Hasta le pediré a Nanapach que me enseñe a cocinar, el lomo de cerdo en chile verde le queda bien sabroso…”

Había tenido miedo al soltar sus frases: ¿cómo iba a responder su padre? ¿Se quedaría en silencio, arrugaría las cejas o llegaría a soltar palabrotas como cuando habla por teléfono con el tío Crisantes o cuando va manejando y un peatón se le cruza de improviso?

Luego de vestirse, salió la niña del cuarto a la cocina. De espaldas, su padre revolvía en el sartén un tercio de tripa de chorizo. El olor viscoso y caliente de la grasa de puerco al freírse le hizo nacer la sensación humosa del hambre en la boca del estómago, empezó a salivar. Al lado de la estufa se hallaba el tazón con la ambarina mezcla de los huevos revueltos. En el sartén, los pedazos del chorizo todo desmenuzado lucían un rojizo granate y brincaban chirriando. El hombre señaló con la pala:

—¿Qué dices, mi nena?, ¿lo frío más?

Ella acercó el rostro; jaló aire antes de murmurar con una sonrisa:

—De cocinero te mueres de hambre, jefe, ¡se te va a carbonizar! —y mientras le crecía el hambre y un grueso vaho de calor, haciéndole sentir debilidad en las rodillas, le subía por el esófago, ella misma

tomó la mezcla de huevos y la fue dejando caer en el sartén.

Envolvió entonces con el brazo izquierdo el cuerpo de su padre, reclinó la cabeza y la dejó caer en el hombro.

Aún traía la incierta bala de la pesadilla en el pecho; aquel crujido, esos tiros cerca del Panamá resonaban en el aura de sus nervios cuando volvía a pensar en su madre. Arrugó la frente mientras el Arsenio se daba media vuelta y le correspondía el abrazo. La tarde aquella de humo y trueno afuera del estadio de futbol de los Dorados cuando murió su amá en la balacera ella no la acompañaba; había estado pasando ese sábado con su padre y no vio el agonizar, no vio la sangre ni la cara enrojecida ni vio los labios de esa mujer hoy incomprensible mientras habría dicho quién sabe qué. Su padre no había sabido darle la noticia, no habló con la niña del asunto hasta la tarde siguiente, poco antes de salir a la funeraria… ¡Y justo ahora ella la soñaba a mitad de una balacera, las dos juntas bajo el fuego de los errequinces!

Se llevó una maletita con cinco mudas de ropa, varios tomos de la saga sobre vampiras gemelas de una autora alemana que había estado leyendo y Gabino, su ardilla de peluche. Ya había subido todo en el asiento trasero del carro cuando se pegó con la palma de la mano en la cabeza.

—¿Y ora qué se te olvidó, escuincla del mal?

Sin responder, caminó hacia el jardincito. Luego de allegarse a la cica, inclinó la cabeza, juntó las manos sobre el esternón y moviendo los labios parecía rezar o dejar instrucciones. Sentado ante el manubrio, su padre sacó la cabeza por la ventanilla. ¡Ya deja esa pobre planta en paz, mocosa! Luego murmuró para sí: Los vecinos han de pensar que tengo una hija chiflada… La niña lanzó un beso tronado hacia el jardín cuando ya caminaba de vuelta al automóvil.

—Cuidas mucho de Cicatera, apá. No se te olvide regarla, y tienes que hablarle. Es muy sentidita…

—Ay, mija tan deschavetada. Cicatera es nombre horrible. Le hubieras puesto mejor, no sé…, Manirrota, o algo así —esbozó una sonrisa de guasa, enseñando los dientes a como subía las cejas y abría mucho los ojos.

Ella traía en el ánimo el aroma de una flor sucia. Mientras avanzaban por las calles volteaba a uno y otro punto, escrutaba peatones, banquetas, autos; apenas se tardaba en cambiar el semáforo del rojo al verde o veía una Suburban se le agitaba el corazón, una hiena de pólvora le corría por el brazo derecho.

—¿Qué te traes, chamaca? ¿Tienes hormigas en la cola? Ya

estate quieta…

—No es nada, apá —sonreía forzadamente en tanto erguía la espalda queriendo dar una impresión de adulta entereza.

Al ver el anuncio espectacular en que aparecía el dibujo infantilizado de una zarigüeya de ojos saltones, dos mamuts y un tigre dientes de sable, le dijo, tronando los dedos y como sobreactuando el mecanismo de la súbita recordación, me va a llevar Nanapach a ver *La era de hielo 3*…

—¿Ya hoy es el estreno?

—No. El viernes próximo. Iremos a Cinépolis… A ver si no hay pistoleros por el rumbo…

—¿Pistoleros? ¿De qué hablas…?

La niña subió los hombros, inflando los cachetes.

Al irse acercando a la casa de dos plantas y fachada azul celeste de sus abuelos, el rumbo silencioso y la ausencia de autos en movimiento la hicieron soltar el suspiro de alivio. Cuando hubo de bajarse del auto y en tanto caminaba hacia el jardín, se volvió a ver más de una vez el rostro de su padre, que caminaba detrás. Él traía la cara de facciones duras, su mirada tan fija en un punto vacío del aire, con el tenso pensar detenido en esos precipicios que parecían ocuparlo a menudo y que para ella serían siempre neblinosos. El abundante cabello ondulado, de un negror tupido y juvenil, contrastaba equívocamente con las ojeras de hollín y la palidez de las mejillas. No daba pinta —pensó la niña— de estar cambiando de opinión sobre el permiso de las vacaciones. Le guiñó el ojo izquierdo. Sonriendo, el hombre le palmeó la espalda. Timbraron. Salió Nanapach, abrazó a la niña y le extendió la mano al Arsenio. Él le dio un beso a la hija en la frente.

—Ai le encargo a esta chamaca con todo y nachas…

—¡Óyeme, pa! ¡Yo siempre me porto bien…!

—Ya sabe, señora Francisca, si esta plebita no quiere acabarse el biberón o se poposea en el pañal y hay que agarrarla a cuartazos, ¡sin piedad! —y movía sesgada la palma derecha de arriba hacia abajo simulando el castigo físico.

Feliz, se cubrió la niña con las manos la boca queriendo sofocar el carcajearse: “¡Ya no soy una bebé! ¡Y mis abues me chiquean mucho, ancianito! ¡No hay nada de azotes!”. Él se daba media vuelta levantando la mano en señal de despedida.

Condujo hasta los viveros. Ahí pasó la mañana, salió a comer a las dos y media, dejó la oficina a las cinco. Se dirigió hasta el centro. Antes de bajar del auto, se vio en el retrovisor moviendo la cara a un

lado, al otro; sacó de la guantera el tubo azul de crema y se puso en las manchitas descarapeladas que le nacían bajo las cejas. Caminó por la Ángel Flores hasta el restorán. Era temprano: había acordado la cita para una hora más tarde. De pie en la banqueta vio las mesas vacías a la mitad de la acera opuesta y, en el interior, meseros de blanco se movían a paso lento o se recargaban en la pared al lado de la entrada o sobre el respaldo de una silla.

Caminó tres cuadras hasta la Obregón. Bajo los guamúchiles de la plazuela se veía poca gente sentada en las bancas; un hombre y una mujer miraban en direcciones opuestas, ella se echaba aire con un pañuelo guinda mientras el tipo, de ojos caídos, dejaba posar la quijada en la palma de su mano derecha. De la avenida llegaba el ruido de cláxones y motores rugiendo.

Bajó la vista a sus zapatos. Sudaba. Se pasó el pulgar derecho por la frente. Caminó entre los puestos de venta de libros de segunda mano, recorrió el atrio de catedral; escrutaba el rostro de las mujeres que cruzaban los carriles de la Obregón y se acercaban al puesto de hotdogs o de nieves de garrafa.

Ya quería verla.

Liviana, sonriente, ella podría llegar en cualquier camión de las rutas que hacen parada aquí mismo, en la acera de catedral. O vendría quizá caminando de su casa, a ocho, diez cuadras, opacando este sol sin freno de la tarde cuyo transitar sólo ella y la brasa de sus labios podrían detener. La vería avanzar moviendo las piernas con la levedad mundana propia casi de un duende distraído; la vería sonreír de lado entornando como sin darse cuenta esos ojos tan negros e intensos, con gotitas de sudor sobre el labio que se quitaría en un veloz movimiento de los dedos.

Era algo más fuerte que el calor y similar al frenesí esta impaciencia por verla, como si se tratase de un dulce veneno creado por los ángeles. En los nervios, en las venas se le movía el escalofrío igual que arena revolviéndose entre el viento; al no saber cómo nombrar o cómo rehuir esa arena, ese viento, le crecía bajo la piel el resabio sísmico de la ansiedad. La luz gruesa de julio volvía la tarde y cuanto ahora lo rodeaba un feudo separado, isla de tiempo en que nada más existían él y su fiebre, él y su urgencia por volver a verla. Los ruidos de carros en la avenida, los gritos y risas y rezos y preguntas que venían de esa gente tan corpórea y tan afantasmada que iba caminando por la banqueta —incluso la voz aún infantil y burlona de su hija huérfana de madre en aquella casa al otro lado de la ciudad— se hallaban abarcados en una estela de ecos que en

cualquier instante podía desvanecerse en el silencio y sólo seguiría existiendo su cuerpo, dominado por el ardor amarillo de la espera.

Debía ser franco y decirlo sin recato, qué más daba: lo que con avidez pretendía era de nuevo perderse en aquel remolino. Estar con alguien sin sentir jamás una fisura, jamás la menor duda, el menor saborcillo agrio de ese caldo triste que hay en la frialdad y la distancia, en un mohín de hastío o un par de ojos atizados por la ira o el recelo. ¿Se puede ese milagro? Así lo vivió con la Janet. ¿O había sido mera calentura de treintón urgido? ¿Todo amor es siempre un espejismo de vientos febriles en el páramo avariento de la carne?

Le sabía la angustia a hiel al darle sitio en su pensar a la sospecha de que no habría nadie, nunca más, de coincidir en su camino. No lo esperaba en el futuro un solo ser con quien adentrarse en la pasión absoluta que le diera sentido a todo, que lo salvara de sus ayeres torturados y lo elevase de esta grisura de ser sin hacer nada en una ciudad ajena, de respirar el aire hueco de días y noches sin médula, de ir quemando un año tras otro sin gozar del alto aliento que hay en vivir aventuras ebrias y luminosas, para que su existencia no fuera sólo este recibir el sueldo quincenal de una oficina perdida del municipio.

Ofuscado por la deliciosa costumbre de tirarse él mismo al suelo y lamerse heridas cuya realidad sólo él concebía, no daba a la presencia de su hija Irlanda peso verdadero. Vivía la niña con él, en su casa, pero era una suerte de malentendido, un asunto provisional, algo de lo que llegaría a librarse en el futuro: la niña habría de crecer y buscar su destino y se iría lejos de su vida, él sería sólo el proveedor por unos años de alimentos, estudios, cedés o playeras de gatitos superhéroes… En cambio, con una pareja a su lado, él habría de conocer —así lo soñaba su neurosis— la lumbre de oro con que sanar la lumbre enferma de su vida en esta ciudad que él vino a vencer, esta ciudad tan ríspida donde el mero persistir habría de tener a fuerzas compensación: le ofrecerían un puestasazo en el gobierno, lo llamaría aquel ignoto empresario con deseo de meterle dinero a su proyecto de revista, del *Noroeste* o *El Debate* lo buscarían para, mínimo, hacerlo subdirector. Veía la raíz de su extravío en la pérdida del amor de la Janet; desde entonces todo fue volviéndose fracaso, una triste nada hecha de avaricias fútiles y de vacío.

Entró a catedral, tomó asiento en la última fila. Cerró los ojos a como el espectáculo de las sombras lo robustecía y las oleadas de aire fresco del abanico de pedestal le secaban el sudor. En las primeras filas varios cuerpos de rodillas rezaban el rosario; su

murmullo llegaba tenue, en desventaja, y así fue opacándose en tanto el Arsenio cabeceaba. No debía dormirse. Y entra entonces a la vieja cocina de su infancia, trae una sed de siglos en los dientes; abre la puerta del refri cuando a sus espaldas oye la voz de su madre: es una voz fresca y jugosa y juvenil, me traes un vaso a mí también, mijito; cuando sirve agua fría de la jarra en el vaso jaspeado de vidrio la mano derecha se le vuelve un pájaro negro que se agita, quiere volar y arrancársele del cuerpo.

Abrió los ojos. Traía la boca seca. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Faltaban treinta minutos. Salió de catedral. Con temblor en las rodillas, volvió al restorante. Tomó una mesa. La caminata no lo había serenado. Le dolían las sienes, le punzaban los ojos. Se dijo: Te pondrá bien verla. Se dijo también: No jugarás más jueguitos, no fingirás nada; le dirás así, bien claro: Mija, esto quiero, tú dime. ¿Voy deprisa? Tú dime.

Tú dime.

La había buscado en Facebook un mes atrás. No fue difícil ubicarla entre los contactos del Ramiro Rojo. Ella y el Arsenio tenían otros cinco amigos en común. Amigos amigos no eran realmente, ya sabemos: esa cosa que los ideólogos del Facebook así nombran pero que ni a conocidos llegan, si somos sinceros, la gran mayoría de las veces. Le envió lo que ahí se conoce como solicitud de amistad. Pasaron dos días. Cuando ella lo hubo aceptado, él oprimió el botón de megusta a sus fotografías. Salía sola casi siempre, el rostro tenso, la mirada fija, sentada en un sillón con las manos caídas sobre el halda, o de pie examinándose ante un espejo crudo que sin embargo no ocultaba la belleza de su cara armoniosamente ovalada, la piel de un moreno suave en contraste con las nigérrimas cejas, los ojos arqueados que parecían a punto de cantar las maravillas de la creación bajo la curva de las cejas y el profundo y no menos suave hundimiento de las mejillas bajo los pómulos salientes. Revisó el perfil de la joven. Alegre constató que se definía soltera, no había fotos con el Ramiro, aunque sí se cruzaban saludos, se hacían comentarios a las cosas posteadas por uno o por la otra. ¿Habían quedado como compas? ¿O realmente no hubo nada nunca entre este par?

"Hola! Me doy cuenta que los dos estudiamos comunicación. Me gustaría verte y platicar, sospecho que tenemos, además de conocidos, algunos temas en común. Te late un café, una cerveza? Cómo andas de tiempo?"

Pocos minutos después, ella había leído el mensaje; no dio contestación. Él sintió mucha vergüenza. Pasó un día más. Pinche

morra estirada, ¿qué se trae? Sólo porque estudió en el De Efe ya se cree de mucho. Una cosa lo hacía sentir un hilillo de confianza: ella no había dejado escrito ningún mensaje en su muro virtual estos últimos días, igual y es —pensó— de esa gente sana que sabe controlarse y no se la vive todos los días bobeando en redes sociales.

Contestó al fin: "Ando muy ocupada, sabes? Quizá más adelante".

"Te entiendo, ntp… La publicidad es una cosa absorbente, no? Vi en tu muro cosas muy buenas de las campañas en que has trabajado."

"Pero eso fue hace tiempo, ya dejé ese bisne."

"Oh lo lamento, no sabía. Estoy retrasado de noticias. Espero que tu actual trabajo no te resulte muy pesado."

"De hecho no. Ese es el problema… Disculpa! Me tengo que salir de FB… Otro día le seguimos, que estés muy bien!"

Al día siguiente ella posteó el link de un reportaje de la revista *Proceso* sobre el asesinato de tres estudiantes universitarios de Monterrey a manos del Ejército Federal. Él puso unas palabras contra el presidente, su política de militarización de la seguridad es catastrófica, Oralia, qué bueno que compartes estos materiales!

Le mandó otro mensaje personal. "Hola de nuevo! Cómo has estado? Vi en tu muro que te gusta mucho Kapuschinsky (disculpa que nunca me acuerdo cómo se escribe bien su apellido en checo). Yo lo leí mucho una época pero los últimos años le perdí la pista… Me puso triste lo de su muerte, fue hace poco, no? Qué libro te gusta más de él?"

A raíz de la mención de Ryszard Kapuściński, ella se quedó un buen rato mensajéandose con él sobre los reportajes que cada uno prefería del autor, "sé que me falta leerlo más —aceptó el Arsenio—, pero mi favorito es aquel de *Ébano* en que cuenta cómo casi muere en el desierto del Sahara por la sed, te acuerdas? Para alguien que vive en una ciudad tan calurosa no es difícil imaginarse una cosa así!".

"Pues la verdad", contestó ella, "es que si dejé la publicidad y me volví del DF es porque quiero escribir un libro a la manera de Kapuscinsky, he estado investigando y tomando notas, pero batallo mucho, ya no sé si estaré perdiendo el tiempo. Tiene que ver con lo que está pasando por culpa del asesino borracho de Calderón, violaciones de los derechos humanos a manos del ejército, muchachitos que son reclutados por los Zetas o por la gente del Chapo… Son historias muy gruexas pero no quiero tratarlas con amarillismo."

"Oye, pues veámonos, qué dices? Me gustaría conocer más de tu

proyecto, yo estuve un buen ratote en el *Últimas Noticias* y en una de esas me enteré de cosas que te puedan ser útiles."

Y sí: se vieron a los dos días, un viernes. Cenaron en un sushi, ambos pidieron cervezas, ella después dos tequilas. Al salir, él la invitó a seguirla en otro lado, se le fue acercando hasta tocarle el cabello con la barbilla y la cintura con la palma derecha. En tanto cerraba los ojos y usando el brazo extendido lo alejaba, ella le dijo no puedo, si quieres nos vemos otro día… Ya se empezaba a dar media vuelta cuando se detuvo. Él dio un paso al frente. Sonriendo, la jaló hacia sí con ambas manos. Te traigo muchas ganas —y lamiéndole la oreja llevó la mano debajo de la cintura.

—Pues mal hecho. ¿O qué…? ¿Te quieres aprovechar de que se me subieron las copas? Nos acabamos de conocer y ya me estás manoseando…

—¿En serio te emborrachaste? —alzó la ceja escrutándole la cara al tiempo que subía las manos. No había querido percatarse. Sí, en efecto: traía ella desde que llegó al restorán una blandura suelta en la mirada, como si los ojos se hubiesen liberado de oscurecidas sogas de tiesura. Durante la charla, el tono levemente tropezado con que hablaba y aquella lasitud etérea de los gestos le habían parecido rasgos insospechadamente encantadores.

—Sí —sonrió ella con gesto apenado mientras lo tomaba de las muñecas y hacía el movimiento de alejarlas y luego acercarlas a sí—, fui con un amigo por mariscos y entonces me hicieron ojitos las chelas… ¡Es que con este calor…! Tanto tiempo en el De Efe hizo que me desacostumbrara…

—No se te nota de veras…

—No te hagas el pendejo…

Excitado, la atrajo hacia sí: el cuerpo de la joven parecía negarse a tener voluntad contra ese ímpetu que repugnaba a su intuición; él la besó en los labios. Recibió el olor espeso del alcohol. Más se enardeció. Ella quiso interponer las manos contra su pecho, luego abrió mucho la boca, le mordió el labio, puso la palma derecha en la nuca. Vámonos pues… No querrás que se me pase la borrachera, ¿verdad, mugre abusón?

Ya el domingo se volvieron a ver. Él pasó por ella para desayunar, ¿has comido en La Chuparrosa Enamorada?

No, no había comido.

—Eso pensé. Por tu largo exilio en el De Efe te va a gustar, es comida típica; está en Bacurimi, a quince minutos…

Condujo hacia el rumbo de Culiacancito. Ya en el restorante

tomaron mesa a la vera del canal en que nadaban los patos. Ante las sillas y manteles —de color rosa, escarlata, cinzolín—, el horno de leña, las hamacas y las mesas de madera rústica entre los troncos y las ramas de los mezquites, la tierra apisonada y el techo a dos aguas, ella frunció los ojos.

—Se ve campirano a fuerzas, ¿no crees? Ponen demasiado esfuerzo en hacerte creer que son auténticos… Color local prefabricado…

Él carraspeó. ¿Te voy pidiendo un café de olla, gorditas con asientos? Hubo al principio un aire incómodo en la plática. Ella se quedaba pensativa, respondía con síes o noes, le sonreía como forzada. Él había previsto que una ligera intimidad existiría entre ambos para entonces, luego de la noche de sexo. Tuvo que contenerse y guardar inquieta formalidad. Buscó llevar la charla hacia los reportajes que ella estaba escribiendo, pues el viernes de este asunto le había escuchado sólo vaguedades. Ahora ella tampoco decía gran cosa: se puso a hablar sobre la comida. Mostró otra actitud, más suelta y bienvenida: es uno de mis placeres, pruebo de todo —y le sonreía antes de levantar la ceja derecha—, cuando estoy comiendo si me ves toda lela viendo a lo lejos no pienses que soy grosera. O quizá sí lo soy, pero es porque estoy concentrándome en los sabores, su mezcla, la consistencia según lo que está viviendo mi paladar… Te parezco deschavetada, ¿verdad?

—Más bien, adorable.

—No me gusta la gente barbera, ¿sabes?

—Es sólo una descripción imparcial —y le guiñó el ojo izquierdo en gesto del que se arrepintió pues ella se le quedó viendo extrañada, cual si no entendiera que él pretendía darle tono de broma a sus palabras—. Yo nunca me había puesto a pensar en eso que dices al comer… ¿Qué te ha parecido aquí? —señaló el plato de ella.

—El chilorio les queda bien: la carne de cerdo así de tiernita sin condimentos agresivos trae el rescoldo un poco ahumado del chile pasilla y la presencia dulzona del comino, ¿lo sentiste? Todo eso es apenas necesario para que enchile y hasta ahí, sin excederse. Además tiene buen contrapeso al venir acompañado de los frijoles refritos, con una textura más espesa gracias a que según veo usan manteca de cerdo y no aceite de cártamo, y el queso fresco ha de ser del Carrizalejo, jugoso todavía pero firme…

Mientras hablaba había estado señalando el plato, acercaba la nariz y lo olía sin énfasis, como si quisiera discretamente cerciorarse de la justeza en sus palabras. Él detenía los ojos en sus labios secos

y ligeramente hinchados y de pronto se supo concentrado en la contemplación del labio superior de la mujer. Sus vértices afilados parecían esforzarse por apuntar hacia la nariz en un apenas tic de hastío o desdén o de molestia; no sabía definirlo. Había en ese gesto un algo de insolencia domada, de hostilidad para nada exenta de gracia. Al terminar su explicación, ella siguió comiendo en silencio, la vista fija en él pero deshabitada: está pensando en otra cosa, se dijo el Arsenio: ella parecía lucir la rebelde energía de una sensualidad superior a su propio discernimiento, como si se tratara de una suave capa hecha de un vaho robusto que la envolviera sin que ella pudiese hacer nada por ocultar o acrecer. A él le dolía hasta el culo tanta fascinación: sentía atenazados los ojos a ese cuerpo que se le había escondido todos estos años. No podía dejar de verla. Querría devorarla, ella parecía no advertir su avidez: lo trataba como si desde su silencio la mirada de vértigo del hombre no le gritara de otro modo, con el ímpetu y la magnitud que habría en el hambre de un ciclón.

Cuando la llevó a su casa esperaba ser invitado a pasar; ella se despidió con un fugaz beso que le rozó los labios. Durante la semana, él encendía la computadora, metía sus datos en la dirección electrónica de la plataforma de Facebook y de inmediato se dirigía a la página personal que de buen grado alimentaba con sus datos y gustos la mujer. Elegía la opción de megusta al calce de cualquier texto, foto, enlace que ella hubiera transmitido. Le llamaba al celular en la tarde o en la noche y ahí se quedaban en el chisme un ratillo.

Ella aceptó verse de nuevo este viernes. Ahí lo tenemos, sentado en un restorante italiano de la Ángel Flores, luego de la pesadilla del pájaro oscuro y la sed que minutos antes tuvo en catedral; la mesa se halla al fondo, al lado de la barra. Él estira las piernas, tararea con los dedos una canción.

Y apenas la ve ir entrando —vestida de blusa color verde junco de olanes y ajustado pantalón azul de mezclilla que le hace resaltar las caderas—, por los nervios le corre un destello eléctrico de euforia; ha estado pensando en ella con tal pujanza que siente en su sangre el oleaje de la sangre del cuerpo de la Oralia.

Es sólo un cuerpo, y es sólo una sonrisa en el óvalo perfecto del rostro moreno, y aun así podemos suponer que —por debajo de la consciencia del Arsenio Rivas— esa muchacha que va llegando es un ser distinto: la taimada estela de un genio sedicioso señala a ese cuerpo femenino como la fuerza mirífica que él ha creído estar esperando desde siempre para recobrar su sombra lejanamente extraviada, aquella sombra que fue de a poco desvaneciéndose cada

vez que de niño escuchó la enfermiza voz gris, desfalleciente de una mujer en aquella vieja casa del puerto.

Exaltado, el hombre se pone de pie.

30

El rayo se le movía por las sienes yendo y viniendo igual que si brincara en todas direcciones. Con saña se le hundía en la arenisca masa de los ojos. Sentada ante la portátil, se frotaba el rostro usando la mano izquierda. El monitor de la computadora era de un total blanco brillante. Palpitaba el cursor en el extremo izquierdo de la primera línea.

La Oralia traía, desde el momento en que se levantó, una terca sed que la impelía a beber de la botella de suero sabor lima limón. Cuando el líquido le invadía la garganta creía sentir un joven alivio hasta que, a los minutos, la vasta sed volvía como el llanto de enojo de un bebé hambriento. Así llevaba, ¿qué?, media hora, una hora. Tomaba el rayo a veces la forma sólida de una aguja: le punzaba las bóvedas del cráneo y volvía para clavar en las cuencas su filo y su grosera potencia. Ella cerraba los ojos; se los estrujaba con el pulgar y el índice.

Fácil podría vomitar.

—No se te ocurra andar faltando, mija —del celular salía la voz de púa de su madre.

—Para qué tanta alharaca. Es sólo una mesa redonda…

—Ajá, Boncita. Ya ves cómo es de séntido este hombre. Si no vas…

—Le dura semanas el enfado. Ahí estaré, jefa —y colgó antes de oír cualquier otra cosa.

No quería erguirse del asiento. Pues nada llevaba escrito ese día. Así, en el estancamiento, con los testimonios y notas espesándosele en la cabeza pero sin que nada de entre todas esas voces bajara a destilarse hasta volverse prosa, así —decíamos— llevaba desde la una, luego de hacer yoga, bañarse y desayunar un mango manila y los restos de un caldo de pollo que se había traído de casa de su madre dos días atrás. Si por ella fuese, ya se habría puesto de pie lejos de la portátil, habría vuelto a echarse en la cama o se habría

dedicado a bobear en redes sociales.

Metió un disco de Aretha Franklin entre los labios de la computadora.

La joven seguía el ritmo con los dedos de las manos y el muy leve sacudir de la cabeza, meciendo cauta en las sienes el pesar del rayo, de la aguja, que no se disolvía.

> I ain't gonna do you wrong while you're gone
> Ain't gonna do you wrong 'cause I don't wanna
> All I'm askin'
> Is for a little respect when you come home (just a little bit)

Le hacía la canción siempre vivir una energía veloz y alegre. Era como si —retadora— la voz de la *mezzosoprano*, secundada por la complicidad ligera de los coros, le dijese: ¡Ei!, voltea pacá, chamaca, a ti te digo…, y al mismo tiempo le lanzaba contra el cuerpo el torrente emocional que habría nacido de la penuria y el quebranto de la Aretha real pero que vivía ya ahora rescatado o henchido o elevado por el júbilo y la fuerza. Qué voz. Creía escucharla sólo para sí: ¡No te caigas, morra! Ponte de pie. Así ella lo sentía. La había escuchado mil veces. La despertaban esas notas, y cada vez como si fuese la primera, con una vitalidad de vendavales que recibía en pleno, salvando las aduanas de su piel sin resistencia para llegar hasta los pozos de cada fibra, de cada víscera.

—Boncita, se cortó la llamada…

—No, amá, yo te colgué.

—Deberías respetar mis canas.

—Qué se te ofrece.

—No me lo tomes a mal, pero hoy en el casino lleva blusa manga larga.

—¿Con el calorón que hace…?

—Tu padre no tiene problemas, pero sus colegas…

—¿Nunca han visto un tatuaje esos rucos?

—Son gente muy cuadrada, te imaginas bien…

—Ya me conocen…

—Te conocen, algunos, de cuando eras niña. Han pasado varios añitos desde entonces.

—Okey. Ya entendí.

—No te estoy diciendo vieja, hija, que conste…

Puso la canción en modo repetido. Tomó suero. Dejó caer la

cabeza hacia atrás, contra el respaldo de la silla.

Ya venía el dolor cediendo. Aun así seguía la ansiedad: un llover movedizo y eléctrico se le agitaba a lo largo de los nervios. Se había contenido todo este rato: sin omitir la compostura habló ya dos veces con su madre; no había abierto la página electrónica del sistema de contactos Facebook ni revisado los mensajes en su buzón de correo electrónico. Había iniciado un párrafo; lo borró luego. Una frase, otra frase. Las acomodaba de este modo, de aquél; borró todo sin que le importara: le sonaban flojas e insípidas, a cosa hueca, sin la menor liga con ese origen de certeza, con la pulsión vibrante que —aspiraba— debían sí o sí manifestar.

La voz de su madre hubo aun más de inquietarla.

Hoy su padre habría de figurar en sabe Dios qué mesa redonda de historiadores; ella no podía no ir y ya estando ahí le daría un abrazo al tiempo que al oído le habría de murmurar qué chingón eres, pa, te admiro. Eso lo había hecho tantas veces, lo haría hoy también sin problema. Era su contribución a un pacto pretérito, nunca puesto en papel y que desde niña habría firmado mudamente, cuando su madre le enseñó sin más que en tanto hija su deber era aplaudirle al maestro en Historia Regional y luego doctor en Ciencias Sociales cada uno de sus pasos, ponencias, nombramientos y hazañas en la Universidad Autónoma.

Las cosas se fueron alterando en la prepa. Ella dijo una vez en la comida quiero estudiar Historia. Levantó el padre la ceja: Cómo crees, madera no tienes. Lanzó el puño contra la mesa en tanto fruncía seco los labios: Ya has perdido mucho tiempo en tus bobadas relajientas. Volteó el hombre a ver a su esposa, que le apretó la mano al tiempo que le sonreía; él dejó salir un suspiro enérgico: ¿Te interesa la Historia de veras?, deja de ir entonces a esos conciertos con vagos y jipiosos. Ella sólo tembló; no sabía qué responder: le caía en el tórax un chorro de alquitrán haciéndola temerse ante una clase no esperada de peligro. La gruesa voz del cuerpo aquel hubo de proseguir: Cómo quieres estudiar Historia si no tienes disciplina, lees bien poco y sin orden. Quitándose el negro mechón de sobre la frente, intervino la madre: Debes entender, Boncita, que tu padre aunque es joven tiene ya un apellido y un prestigio… Y ella recibió de los ojos de hacha de su madre una mirada de advertencia.

No volvió a decir nada.

Llegado el tiempo hizo el anuncio: habría de estudiar Comunicación. Usaría el dinero que le dejó la abuela Simona en el testamento para irse al De Efe, a ver cómo pero entraría a la UNAM.

El padre nada más carraspeó. Pero, mijita —empezó la madre, arqueando la tupida, oscura ceja en un gesto de asombro—, acá está esa carrera también, ¿pa qué te vas?

Su esposo la cortó levantando la palma derecha: Está bien, mujer; ya es mayor de edad, ya no le servimos mucho, que vuele por su cuenta…, con que no caiga pronto en malos pasos… Los meses siguientes el padre la trató cortante, ofendidísimo; cuando fueron a dejarla al aeropuerto, la despidió extendiéndole la mano y sin dejar que se le acercara para abrazarlo. Ella pisó fuerte el suelo al darse media vuelta con rumbo a la sala de abordaje.

Ya que hubo acabado la carrera, se quedó la joven allá en la capital del país trabajando. La madre le hablaba seguido por teléfono, le pasaba al padre unos segundos, se mandaban saludos y abrazos. Ella venía sólo en fechas navideñas, a fines de año; y ya.

Vivía desde este enero de 2009 acá de vuelta en el valle de Colhuacan. Se había venido sosteniendo con los restos de la herencia y algunos ahorros de estos años que se dedicó al mundo —ante los ojos paternos tan frívolo— de la publicidad. No aceptó el espacioso cuarto que, en la casa donde hoy habitaban, los padres le ofrecían, allá en la riquilla colonia Chapule, del lado norte de la ciudad, muy cerca del jardín botánico. Rentaba el departamento que se extendía en la planta alta de una vieja casa construida por los años cincuenta cerca de catedral y del centro, a media cuadra de la esquina de Villa y Rubí, un rumbo —decía su padre— lleno de maleantes y mariguanos, en medio de almacenes y espacios comerciales y por lo mismo de un montonal de camiones yendo y viniendo con gente de ve tú a saber qué costumbres. Tenía la joven rachas en que llenaba el refri con la compra que hacía en el mercado Izábal ahí a pocos pasos y dedicaba horas a cocinar, aunque también se traía ceviche, tacos, sushi o ensaladas de carretas y restoranes que había venido descubriendo. Sobre todo, era el suyo un horario dislocado de insomne crónica: tiene ahora, pues, filamentos nerviosos que se le tensan al escuchar por teléfono nuevamente la voz de su madre.

—Y ahora qué. Madre, estoy escribiendo. Me interrumpes.

—Uyuyuy, usted disculpe. Le espanté las musas a la gran poeta…

—No escribo poesía.

—Ya sé, mijita. Te estoy echando carrilla. Pensé que te haría gracia…

—Dime qué ocupas.

—Ay. Bueno. Hice chiles rellenos. Te quería llevar uno hoy que nos veamos en la mesa redonda. ¿Sí te estás comiendo lo que cocino?

—Pues quién más…

—¿No se lo tiras a los perros callejeros de esos rumbos tan dejados de la mano de Dios? Mijita, podrías estar viviendo bajo el mismo techo que este par de ancianos.

—Madre…

—Está bien, está bien, está bien. No te enojes.

—Sí me como tus platillos. Por supuesto.

—Es que nunca sé si te gusta lo que yo hago…

—Sí, amá. Tienes buen sazón. Muy bueno, realmente.

—Igual y me lo dices nada más pa que no te remuerda la conciencia de tener treinta y dos y no saber freír ni un triste huevo…

—Madre, tengo treinta y uno… Y sí cocino.

—Ya. Okey. Entiendo. Te llevo un chilito con una condición.

—Ajá…

—Mira: tu padre no tiene problema en que le saquees sus libros y nunca se los devuelvas. Pero yo ocupo que me devuelvas mis tópers… Te has llevado no sé cuántos. Ya casi no tengo…

Luego de subir todo el volumen a la computadora, se puso de pie. De un trago se acabó lo que restaba en la botella de suero. Caminó a la cocina y en una bolsa naila del súper echó cuanto recipiente de plástico fue hallando en el escurretrastes, en las repisas. A los cinco minutos ya estaba en la calle. Detuvo un taxi. Cuando hubo llegado a la casa de dos pisos y amplia cochera con portón eléctrico, corrió a la puerta, puso el bulto en el piso y tocó varias veces el interfón. ¿Quién?, se oyó una voz astillada. Traigo un paquete para la señora Juani, gritó. De vuelta en el taxi, vio desde el asiento sin ser vista a la empleada de sus padres abrir y luego levantar el bulto con gesto de extrañeza. Conduzca, indicó al chofer. Vámonos de retache.

A los dos minutos sonó el timbrido agudo del celular y vio el nombre de su mamá en la pantalla.

Una vez de vuelta en el departamento, la catarata que venía, fogosa, de la voz de Aretha Franklin la hizo tensar los músculos de la cara. Soltó un grito cerrando los puños, de ojos cerrados.

Ooh, your kisses
Sweeter than honey
And guess what?
So is my money…

Entonando las líneas, se plantó, briosa, ante el monitor y se puso a

teclear.

Desde enero había hecho investigación. Tenía cuadernos y grabaciones con testimonios, datos, pistas. El Ramiro Rojo, no tan ocupadísimo en ese entonces como ahora, le abrió camino, le dio contactos, la hubo incluso de acompañar a tres, cuatro entrevistas con viejos reporteros o editores muy sabidos del asunto pero misóginos hasta la verga. Le hablaban luciendo sonrisita de burla, uno de ellos con cara chueca de entre asquito y morbo no le quitaba la vista del tatuaje en el brazo izquierdo, le contestaba al Ramiro aunque hubiese sido ella quien hiciera la pregunta. Le era fácil entender qué pasaba. Sabiéndose guapa, ella no tenía interés en cumplir ningún estándar, menos el de estos viejos raboverdes: casi no usaba maquillaje, nunca se hacía rayitos en el pelo, en ocasiones vestía blusas tejidas que había comprado en tianguis del Istmo de Tehuantepec, Tepoztlán o San Cristóbal, no sonreía ni se sonrojaba ni acusaba recibo de coqueterías, por más quietas que fuesen, de nadie que no le agradase. Esa falta de vanidad y galanteo no placía para nada a esta gente. Ella subía los hombros en gesto díscolo, desentendido.

En un primer instante había estado inquiriendo sobre asesinatos extrajudiciales del Ejército mexicano. Pero le faltaba suerte, insistencia, arraigo. No hallaba lo concreto: Eso no es cosa de juego —le decían—, conmigo no cuenten; la gente es tonta pero tampoco tanto… Eran carraspeos, vaguedades, rumores que parecían no llevar a nada sólido entre miradas esquivas y juicios hostiles. En todo caso, mi estimado, dile a tu amiguita que no ande de metiche, ¿quién le está pagando para sacar esas historias?

Desanimada, se fue moviendo luego hacia las historias de lo que llamaba las “fuerzas básicas” del Negocio: ¿quiénes eran esos jóvenes que nunca salían en las noticias, no llegaban a figurar como lugartenientes ni jefes de plaza ni mucho menos como capos? Eran la carne de cañón, una tropa de cientos de muchachitos que bajaban de la sierra o desertaban de la escuela en las colonias populares, y cuya muerte era anónima: historias breves de balaceras o fusilatas en la nota roja, fotos de cadáveres, rostros sanguinolentos, pieles abiertas, desfiguradas, ojos que todo lo vieron y ahora están secos. ¿Quiénes eran sus familias? ¿Qué perdían sus madres, hermanas, sus parejas y acaso sus hijos cuando ellos finalmente faltaban?

Había tenido más suerte entrevistando a mujeres de las rancherías o de colonias como El Palmito, la Cinco de Febrero, Barrancos… Ahí localizó a parientes de jovencitos asesinados. Tocaba la puerta, daba el pésame, hacía preguntas que recibían llantos y un caudal de

explicaciones e historias de lo generoso o lo valiente o lo sangre liviana que había sido el hijo, el nieto, el hermano. Y aun así —sabía la joven— cuánto no le quedaba por delante todavía. Veía muy cuestarriba avanzar en el libro: aún le faltaba material, llevaba escritos estos meses sólo fragmentos, notas dispersas, un puñado de crónicas truncas que quién quite y nunca terminen por dar forma al rompecabezas.

Llevaba la cuenta en su cuaderno: cada noche, antes de irse a acostar, anotaba fecha, número de palabras, número de caracteres. De ahí la congoja y el agobio al saber que vería a su padre esa misma tardenoche en el Casino de la Cultura. No era más —ya no— aquella chamaquilla que oyó la reprensión paterna a la hora de andar diciendo quiero estudiar Historia. Tenía treintaiún años. Por eso su padre al verla no la acusaba de floja, no le hacía escuchar la menor entonación cáustica en sus dichos. No era necesario: con una mirada oblicua del padre, ya ella se tenía a sí misma de verdugo. Pues vivía dentro de su cabeza la duplicada voz probable de ese hombre regañándola en un gesto, alzada de cejas, carraspeo, exigiéndole el parangón dorado de dizque excelencia y aplauso que ella nunca había buscado alcanzar. ¿Nunca, de veras? Un tiempo que estuvo en psicoterapia, allá por los veintisiete, pudo ver que la tensaba en demasía pensarse en secreta competencia con el doctor Cisneros: competencia de la que había buscado evadirse y de la que, con cada evasión o distanciamiento, más se sabía parte: eran atajos para crearse la ilusión de que no se estaba peleando con la áspera sombra de su apellido.

Dos años atrás se supo al límite. Llevaba tiempo insatisfecha, impaciente, con los hierbajos de rabia naciéndole en la piel apenas al contacto del aire. Se quejaba de todo, terminó con su güey de fea manera, empezó a tontear con dos morrillos vanidosos pero al fin de igual modo los botó; no podía dormir, si se dormía despertaba a la hora con ganas de llorar. Y una noche que seguían trabajando, a las tres de la mañana, en la oficina de la agencia en Santa Fe, mientras fluían el vodka y la coca y estaban cerrando una campaña, su colega Víctor Emmanuel se puso a abatir mesas y lanzar sillas mientras gritaba ¡ya sáquenme de aquí!, ¡ya sáquenme de este cuerpo!, ¡no puedo respirar! Los demás aferraron de los brazos al joven, lo cargaron a rastras hasta su cubículo y ahí lo dejaron, amarrado a una silla con *masking tape*. Ella lo veía, hechizada. Y mientras tanto, el aire en torno de su cuerpo le pareció tan enrarecido, tan desnudo y acaso vacío, como si ella misma estuviese aprisionada en esa turbulenta materia que se disfrazaba de su piel, o como si habitara

otra dimensión de flacas paredes y suelos de entelequia en que mientras más huía de sí más ansiedad e insomnio padecía y más alcohol buscaba con las enemigas manos temblándole de urgencia.

Disminuyó sus gastos. Se metió a hacer yoga, se puso a comer sano. Se alejó de la bebida; volvió a sus lecturas y se fijó como meta regresar al valle para escribir un libro con el que retaría no a su padre: a sí misma.

Así ahora. Luego de haber ido a dejar los tópers, llevaba ya esa tarde escritas casi dos cuartillas —585 palabras, 3 366 caracteres con espacios— cuando, ya más relajada y contenta con su avance, metió nombre de usuario y contraseña en la página virtual de Facebook. Entró al buzón de mensajes. Escribió: “Quiero verte hoy, tienes planes a las 7?”.

“Iba a pasar por mija pa llevarla a comer tacos de carreta.”

“Ok bai.”

“No, wait! Puedo llevarla mañana, no se vacabar el mundo.”

“Morro, no quiero meterme entre tu chamaca y tú… Luego nos vemos.”

Salió de la plataforma sin esperar respuesta.

Se estaba poniendo de pie cuando sonó el celular.

—Oye, en serio. Podemos vernos. Mi hija no se va a traumar porque no vayamos hoy… La está pasando a toda madre con sus abuelos. Yo sé bien que aceptó esta invitación a cenar casi casi por compromiso.

—¿Y a ti no te molesta eso? Eres su padre, ¿qué no…? Ah, ya entiendo. ¿Te gusta sentirte plato de segunda mesa?

El seco azote de la sed le urgió en la garganta. Se hizo el silencio.

—Oralia, no es grato escuchar eso…

—Disculpa, güey, no tengo derecho a decirte esas mamadas. Me pasé de lanza… Nada más somos cuates…

—Tampoco soy una bestia sin alma pa que no me importe. Claro que no es grato. Pero hace una semana apenas que ella está en casa de sus abuelos; todo es divertido y padre por la novedad. Y, por otro lado, la vida es muy larga. Ella tiene doce… Aún es una niña, se comporta como niña, es egoísta por eso y… Lo que sé es que tiempo nos sobra pa que adelante me agarre más coraje o más confianza, lo que suceda primero…

—Si así lo crees…, pues veámonos. Mira, es esto: ¿te interesa la historia de México?

31

Ahí estaban. En silencio, sentados en la mesa circular al fondo del solitario restorante, el hombre y la mujer tomaban café. Mientras el doctor Cisneros tenía la vista en el puñado de hojas blancas a su derecha, la esposa parecía escrutar el aire en dirección de la puerta que daba a la cocina. De ahí salía el joven mesero de piel morena. Ella levantó la mano, agitándola, y apenas él se acercaba ella soltó aquella voz gruesa que no sabía sonar cortés: ¿Nos ayudas con la cuenta, mijo? Es la tercera vez que se las pido…

Jalando aire, en cuanto ingresaban al restorán la joven le apretó la mano al Arsenio. Faltaban diez minutos para las siete. La mujer en la mesa los vio entrar, le pegó con el codo a su marido. Se pusieron de pie. Al ser presentado por la Oralia, el Arsenio extendió la mano pero hubo pronto de retraerla: los esposos bajaron ligeramente la cabeza y nada más. El doctor Cisneros volteó a ver a su mujer, enarcando la ceja. “¿Qué edad tiene usted, amigo?”

—Menos que tú, padre —la hija le sacó la lengua, luego se le acercó para darle un beso en la mejilla. Descolocado, el doctor movió la cabeza hacia su mujer. “Qué respuesta es ésa, chamaca”, terció la señora Juani. “Por cierto, muchas gracias por devolverme mis tópers, no urgían.” La hija le lanzó un beso tronado. “¿Quiénes van a estar en la mesa contigo, apá? Ya quiero ver cómo les das un quemón…” El hombre giró los ojos hacia arriba en tanto estiraba el cuello.

—Lo van a sentar —acusó la esposa— con un pasmarote en toda regla.

El doctor explicó: ese ponente del que hablamos —erguía el índice derecho con enojo— es un embaucador. Un vendedor de humo, uno más de esos mercachifles que fabrican bobadas para extorsionar a taxistas y amas de casa que se tragan tontamente sus ínfulas de intelectual.

—Pero ¿sí es historiador? —la hija bajó la voz, acercándosele.

—Sí —soltó la madre, abriendo mucho los ojos—, para vergüenza

del gremio. O lo fue, ya no merece seguir siéndolo.

El rector de la Autónoma —añadió el padre— era primo de la esposa de este buenopanada. He ahí la causa de que lo dejaran subirse a la mesa de hoy. De otro modo, ni esperanzas de que alguien lo invitara a un acto académico. La Conquista de México no es un tema que Félix Cuervo domine. No ha hecho investigación de archivos. Es un *amateur* en todos los campos. Pero cree tener ideas geniales y siempre le salen mensos exabruptos.

La queja del doctor Cisneros se vio interrumpida cuando, desde la entrada del restorán, un joven de camisa verde olivo le hizo una señal llevando el índice derecho a la muñeca izquierda. El matrimonio se adelantó a bajar y la hija hubo de pagar el consumo.

—Ya viste cómo se toma las cosas tan a pecho este bato —y le puso al Arsenio la mano en la mejilla; le sonrió—. Gracias de veras por acompañarme. Ojalá no te aburras mucho.

No se aburrió, en efecto.

En la tercera fila, el Arsenio volteaba seguido a su derecha queriendo buscar los ojos de la Oralia. Ella le respondía con el leve apretón de la mano, o soltaba un murmullo en que habrían de suponerse adjetivos de sarcasmo.

La voz de los primeros ponentes había sido un flujo soso y sin alma —fueron breves por fortuna—, pero ahora ¿qué estaba pasando? No sabría decir si aquello que ocurría al fondo del auditorio, en la mesa cubierta de paño verde zurrapa ante la cual se hallaban sentados cuatro hombres, era un performance, una escenificación excéntrica o acaso una broma muy elaborada entre eruditos. Cuando el tercer historiador agitaba las manos señalando el mapa de México que se reproducía en la pantalla con el letrero de “República de Tlashcala”, ella volteó a ver al Arsenio, le sonrió subiendo las cejas en gesto de incomprensión. Desde el principio había dado la Oralia el indicio de hallarse ahí con un malestar estoicamente aceptado, como si fuese el tácito fastidio del que ni valía la pena emitir queja, si bien ahora una insólita variable causaba por lo visto otro tipo de perplejidad.

Minutos antes, mientras se acercaba al micrófono para iniciar, el doctor Félix Cuervo había levantado el índice de la mano derecha en la dirección del joven delgado de camisa verde olivo que, a dos metros, oprimió el botón del control remoto; detrás del moderador y los historiadores sentados a la mesa, contra la pared, fue descendiendo la pantalla enrollable, las luces abreviaron su intensidad. Se proyectó ahí la leyenda “¡Adiós, México! ¡Hola, Tlashcala! Viejo pasado y nuevo

futuro de un país que ha leído mal su Historia".

Henry Félix Cuervo tendría apenas cuarenta años: era alto, de cabello abundante y ondulado, nariz aguileña que lo dotaba de un aire de suficiencia, ojos pequeños y hundidos detrás del armazón rojo y una voz grave que habitó cada espacio del auditorio no con autoridad pero sí con ímpetu, el propio de un charlatán que nunca duda o, peor aún —sospechó el Arsenio—, de quien se piensa un iluminado. Luego de saludar y decir gracias a una serie de nombres y cargos, empezando por el rector, se lanzó el ponente a la lectura del puñado de cuartillas que sostenía en la izquierda en tanto usaba la derecha para pegar con el puño en la mesa, extender el dedo histriónico hacia los escuchas o hacer movimientos en forma de olas cuando se esmeraba en apuntalar sus premisas. La pantalla trazó el mapa del país: la línea punteada sugería la ruta que habrían seguido los meshícah en su migración desde el noroeste, de un punto negro con la palabra "Aztlan (no Aztlán)", en lo que hoy sería el norte del estado de Sinaloa cerca del valle de Colhuacan, hasta el centro del actual territorio de la república, en "Meshico-Tenochtitlan (no México-Tenochtitlán)".

—El mito fundacional se ha impuesto —la voz de Félix Cuervo inició cavernosa, como quien sugiere el carácter siniestro de aquello que viene a condenar— y el mito fundacional no tiene sustancia. Hay que tumbarlo por tierra. Se nos ha dicho tantas veces: el meshica, aquel pueblo rudimentario, ignorante y bárbaro, salió de Sinaloa, esta aridez parva de la costa del océano Pacífico, hacia el civilizado sur de Mesoamérica. Se nos ha insistido: la humilde cuna del glorioso poderío azteca es aquí, en la tierra del faisán y del venado, la tierra de los once ríos, pero vista como una sucesión de terregales ingratos en que no se habría sostenido una cultura ni mucho menos un imperio. He venido hoy ante ustedes para revertir esa imagen inexacta en que se nos ha educado. Les pido que salgamos de la choza halagüeña del mito y entremos al nuevo palacio del futuro nacional.

La ceja derecha arqueada, Félix Cuervo elevó los ojos. Mientras los mantenía fijos en las primeras filas de asistentes, el doctor Cisneros soltó un carraspeo que se fue alargando a la manera de una tos forzada. Sin volver la vista hacia el lugar en el extremo izquierdo de la mesa donde se hallaba su colega, Félix Cuervo tosió más fuerte.

—Ese punto negro con la leyenda "Aztlan" que ven en el mapa es pura invención. No sabemos dónde estuvo Aztlan porque Aztlan, el sitio del origen mítico, no existió. Es tan real como el Jardín del Edén en que nuestros primeros padres, según el Antiguo Testamento del

mito hebreo, se comieron la famosa manzana por consejos de una culebrita parlante. Yo les digo ahora: nada nos une con los antiguos meshícah. No nos debería resultar motivo de orgullo que de nuestras tierras hubieran salido estos compas. De haber sido cierto, y no un simple mito ideado por los tlacuilómeh y los tlamatinímeh, es decir, los artistas y los sabios de Meshico-Tenochtitlan, nos tendría que dar mucha vergüenza. Pues ya estuvo bueno de identificarnos con los grandes perdedores de lo que se ha mal llamado la guerra de la Conquista de México por los españoles y que no fue sino la Última Guerra Florida de Mesoamérica.

Sobre el primer mapa se dibujó una gruesa y amplia equis roja. La siguiente diapositiva mostraba la región del centro de México, y ahí se veía en color azafrán el estado de “Tlaxcala (pronúnciese Tlashcala)”. El doctor Félix Cuervo fue explicando: recientes investigaciones fijaban el peso innegable, definitorio, trascendentalísimo que tuvieron la valentía y la ferocidad de los indios conquistadores, generales y contingentes de Chalco, Hueshotzinco, Shochimilco y, los más numerosos, Tlashcala, sin cuya ayuda los pellejos resecos del chaparro extremeño conocido como Hernán Cortés de Monroy y Pizarro Altamirano habrían terminado en la olla de pozole que se habría cenado muy orondo el paranoico gobernante Motecuhzoma Shocoyotzin antes incluso de la famosa Noche Triste. Y no crean que exagero, estimados amigos, apreciadas amigas.

Citó pasajes de las *Cartas de relación* en que el capitán metelinense hacía referencias, vagas y veloces, a los que habrían sido decenas de miles de soldados indios deseosos de hacer pedazos a la orgullosa Meshico-Tenochtitlan. Por la importancia del apoyo indio para la guerra contra los tenóchcah, destacados historiadores extranjeros, como Matthew Restall, Laura Matthew y Michel Oudijk —los tres nombres aparecieron en la pantalla—, habían deshecho perniciosos mitos sobre la Conquista. Y en este apartado el doctor Félix Cuervo se dedicó a glosar algunas de las propuestas de sus fuentes en torno del conflicto que condujo a la caída de la capital meshica el 13 de agosto de 1521, día de San Hipólito de Roma. Por eso, fíjense bien, no es raro que Tlashcala haya gozado, como gozó después de la caída de Tenochtitlan, de un derecho particular, único, especialísimo: tuvieron sus propias autoridades de entre las antiguas familias nobles, ¡indígenas, pues!, hasta mediados del siglo XVIII. ¡Estamos hablando de más de doscientos años de autogobierno! ¿Y cómo nos referimos a los tlashcaltécah? ¡Los acusamos de traidores! Ya hemos escuchado demasiado ese sonsonete de —y entonces hizo

burlonamente aguda la voz— la culpa es de los tlashcaltecas. ¡Estás bien taruga, Elena Garro! Como si ellos hubieran tenido que defender a Motecuhzoma el Mancebo, su aborrecido verdugo. Fue una guerra y en la guerra quien manda es Maquiavelo, no san Francisco de Asís, que me perdonen. Los tlashcaltécah no tenían por qué haber apoyado a nadie más que sus propios intereses, y sus intereses estaban con el derrocamiento del poderío meshica; Hernán Cortés fue para ellos el muy provechoso instrumento de venganza. Si mañana llegaran los marcianos en naves nodrizas y decidieran conquistar al imperio yanqui, haciendo pinole sus alucinantes metrópolis, como Nueva York, Chicago, Los Ángeles o Midland-Odessa, Texas, los mexicanos de inmediato nos uniríamos a los extraterrestres para hacer morder el polvo a esos generales matones del Pentágono que tanto daño han hecho a los pueblos hermanos de América Latina. ¿A poco no, raza?

Por lo anterior, presentaré al Congreso de la Unión la siguiente iniciativa de ley. Ya estuvo bueno de identificar la esencia de nuestra patria con los meshícah, que, como les dije, no son sino perdedores de marca. La iniciativa pide que este país no se llame México, ni mucho menos Estados Unidos Mexicanos, su torpe nombre oficial, ese membrete choteado que sólo usan los burócratas de alma de ostión y costumbres de percebe, sino que se llame República de Tlashcala.

Resonaron carcajadas a lo largo del auditorio. “¡Tas bien pendejo!” Un bato gordo se puso de pie, con los brazos empezó a azuzar a la gente cercana para que lo siguiera en su marcha hacia la salida. “¡Yo no quiero escuchar más a este mentecato!” Sin registrar los gritos, Félix Cuervo dio a su voz ahora cariz suave y conciliatorio:

—Me han escuchado decir Tlashcala: eso es lo correcto. No debemos pronunciar el nuevo nombre de nuestro país como Tlakscala, ni Tlascala. Como ha dicho el maestro Carlos Montemayor, los mexicanos hablamos náhuatl cuando hablamos español por la gran cantidad de palabras nahuas que usamos sin conocerlas. Tendremos que enseñar a los plebillos en la escuela desde primer grado de primaria la correcta pronunciación de nuestras palabras originarias. Grábenselo de favor: es una consonante fricativa postalveolar sorda —ocupó la pantalla la silueta alargada de la grafía ʃ entre corchetes—. Se dice: she. A ver, repitan por favor. Tlashcala, somos tlashcaltécah.

—¡Somos mexicanos! —gritó un hombre calvo en la primera fila que se puso de pie. Detrás, una mujer de lentes, vestida de blusa rojo ladrillo, contestó: “¡Cállate, pinche ignorante! Deja hablar al profesor…

¡Déjenlo hablar!”. En el extremo izquierdo de la mesa, el padre de la Oralia tenía la mano izquierda en la frente y los ojos cerrados. El ponente había puesto las cuartillas de lado e improvisaba.

—A ver, a ver, no he acabado… En esta refundación del país, lo que se busca es cambiar nuestro destino. Tanta crisis, y humillación, y ser patio trasero de los gringos, y perder en tandas de pénaltis los partidos de octavos de final en la Copa Mundial de Futbol cada cuatro años se debe a que en mala hora nos identificamos con los meshícah y no con los tlashcaltécah. Ésos fueron los chingones —el ruido en la sala fue disminuyendo y él retomó sus cuartillas, señaló con el índice al joven que lo asistía—. Por lo anteriormente expuesto, también propongo que cambiemos de bandera. Y en vez del águila que se merienda a la flacucha serpiente sobre un triste nopalito sólo apto para vegetarianos con disfunción eréctil, les traigo esta novedad.

En la pantalla el diseño de la actual bandera tricolor recibía el castigo de la cruel equis encimada. Y en su lugar un segundo después la pantalla mostraba una bandera en que aparecían franjas de colores azul, verde, rojo y azafrán; en el centro, un disco de color ahuesado.

La gente se soltó a carcajear. Déjenme les explico. Al principio nos parece raro este diseño. Ya verán en qué consiste. Primero, en el mástil, tenemos ese triángulo rectángulo escaleno, con la base en el borde inferior. Es azul marino, de un coagulado azul de lontananza, como dice el poeta. El ángulo agudo superior es de 30 grados y el inferior de 60; el cateto menor es igual a la mitad de la hipotenusa. En el extremo derecho (lo que en vexilología, la augusta ciencia que estudia las banderas, llamamos pendiente, el borde libre que ondea al aire), pues ahí tenemos un semicírculo ovalado, también azul. Estos elementos representan nuestros mares: el Pacífico a la izquierda y el golfo, que ahora será golfo de Tlashcala, a la derecha. Cada uno, el triángulo y el semicírculo, dan paso hacia el interior a dos franjas delgadas color verde, el verde bandera que llamamos, para hablar de la fertilidad de las costas y de los campos. Decidí conservar ese tono como gentil despedida de la vieja bandera que nos enseñaron a amar en la escuela primaria pero que ya debe desahuciarse por el bien de todos y para que el poder sirva a la gente.

En la parte superior vemos la delgada franja horizontal roja caoba, de tono oscuro y fuerte. Así recordaremos la sangre que los tlashcaltécah hemos derramado por las agresiones de nuestros alevosos vecinos del norte que han querido imponernos el gusto por las películas de Batman, las hamburguesas de McDonald’s y sus teléfonos celulares que de seguro nos van a causar cáncer del

cerebro por tanta radiación y tanto pitidito. La sección central es color azafrán, ¿a poco no es hermoso? Es el color de la tierra roja mojada, un tono tirándole al naranja, parecido al que se saca del estigma del azafrán mismo. Y, claro, en medio tenemos la representación estilizada de la tortilla de maíz, nuestro alimento histórico, con ese color amarillito que resulta una chulada. ¿Qué sería de la comida mexicana sin el maíz?

—¿Eso es una tortilla? —se oyó al fondo—. ¡Parece platillo volador!

—Sí, es una tortilla. No se le parece mucho, pero ésa es la idea. Lo que se ocupa es contratar un buen diseñador, y listo. Y he guardado lo mejor para este momento: ¿saben cómo se dice "tortilla de maíz" en lengua náhuatl? Se dice tlashcali —la expresión "*tlaxcalli* (tlashcali)" apareció en la pantalla—. ¿No les parece lo más justo que honremos su nombre en náhuatl? La República de Tlashcala es la nación de la tortilla de maíz.

—Doctor Félix Cuervo, muchas gracias por su intervención tan erudita y tan… inesperada —habló el moderador—. Ahora pasaremos a…

—Espéreme, colega, no he terminado. Deme un minuto y suelto el micrófono para que estos dos compas sigan con sus pavadas aburridas de siempre.

Al iniciar la mesa, el doctor Cisneros había hablado en primer lugar; dedicó siete minutos exactos a disertar en torno de la fundación de la Villa del Valle de San Agilolfo Colhuacan, el nombre novohispano de esta misma ciudad, el 31 de marzo de 1529, y de los contingentes de soldados, indios y españoles, que venían hacia el noroeste bajo las órdenes de Nuño Rivas de Guzmán, presidente de la Audiencia de México. Hubo de tomar luego la palabra un colega historiador, catedrático de la Universidad de Guadalajara, quien se detuvo en las exploraciones de Diego Hurtado de Mendoza, enviado por su primo, Hernán Cortés, a la costa del Pacífico. Ahora, apenas escucharon las últimas palabras de Félix Cuervo, ambos hicieron gestos de protesta: uno pegó con los puños en la mesa, el otro se puso de pie balbuciendo su enojo. El tercer ponente los desoyó: sin dignarse a verlos, jaló el micrófono hacia sí, lo arrancó sin más de la base y, por encima de las carcajadas y los gritos, hubo de reincidir:

—Yo, señoras y señores, no soy historiador. Hice el doctorado en la Universidad Celtiberoamericana y toda la cosa, pero mi espíritu es el de un filósofo que no teme explorar las nuevas ideas con que derrumbemos las mohosas estructuras de los intereses creados y las

mafias elitistas. Yo no vine a manosear el pasado sino a transformar el futuro. Por eso mi obra no gusta a mis colegas. Se burlan de mis libros. Me tachan de divulgador facilote, invencionero boquiflojo o cosa peor. Pero así nos ocurre a los visionarios que nos atrevemos a pensar por nuestra cuenta. Yo no soy como esos cuatrojos sin sesos que tienen espíritu de contador público titulado y que al escribir sus tesis sólo trasladan los huesos de un cementerio a otro mientras cobran becas y sueldazos sin que sus palabras alcancen a hacerle ni cosquillas al mundo real. ¡No saben que el mar se demuestra nadando! El alfabeto mismo les queda corto para decir lo mismo que estaba dicho. Y ¿saben qué? Yo lo hago todo por amor a mi patria, que se llamará, quieran o no quieran, República de Tlashcala. Es cierto: mi situación económica me permite vivir encerrado en su humilde casita y ahí me dedico a pensar, a leer y a buscar soluciones para mi país. Fui invitado a esta mesa redonda gracias a la generosidad y apertura del señor rector, el químico-farmacobiólogo Augusto Hinojosa Luna, quien me considera sin merecimientos el mayor filósofo de Sinaloa…

Los dos primeros ponentes se habían bajado del presídium, la cara enrojecida. Cisneros pisaba fuerte el alfombrado sin reparar en qué sitio se hallaban su esposa y su hija. Al estar sentada en el extremo derecho de la fila, pudo la señora Juani salir de inmediato y siguió los pasos del hombre. A su izquierda se hallaban la Oralia y su acompañante. El Arsenio veía en la mesa a Félix Cuervo perorando mientras el moderador movía la cabeza de un lado a otro como a la espera de que alguien le indicara qué hacer. Cuando hubo llevado los ojos al rostro a su derecha, el Arsenio fue recibido por el gesto tenso y cerrado de los ojos y cejas de la Oralia.

Ella pareció despertar. Le devolvió al hombre la mirada: él vio, sintiendo destemplanza en el estómago, cómo ella de labios fruncidos entrecerraba los ojos. Fue una mirada breve. Luego, a su derecha ella buscó y no halló a la señora Juani, irguió el cuello en dirección de la salida, aguzando la vista. Se puso de pie y sin fijarse más en el Arsenio caminó por el pasillo.

Molesto por el olvido de la Oralia, decidió el hombre hundirse en el asiento. Empezó a aplaudir. Gritó ¡así se habla!, ¡Cuervo para presidente! Un bato en la fila delantera se volteó con mirada reprobatoria. Él le guiñó el ojo izquierdo, ríase, compa, la vida es puro cotorreo —y siguió aplaudiendo.

El doctor Félix Cuervo se quedó afónico. El moderador aprovechó ese silencio para dar por terminada la mesa redonda ante las doce,

quince personas aún presentes. El Arsenio se puso de pie. Buscaba con la vista el cabello espesamente negro de la Oralia. Dio un paso.

Tropezó con un objeto que la joven había olvidado bajo la butaca. Se agachó; era una bolsa negra en que se hallaba un recipiente de plástico. Tomó asiento, abrió el tóper y le llegó el flojo olor a comino y caldillo de tomate en que nadaba el chile envuelto en clara de huevo.

32

Antes, solía soñar con agua.

Apenas —muerta de cansancio— descendía de la pelada cumbre del insomnio, se iba hundiendo en aquel plasma blandísimo, se fundían sus sentidos en una sola percepción en que todos convivían: vivía el agua en ella, en cada juntura y cada solar de su cuerpo. Era eso, pues, más que el solo sentir: no había frontera entre su piel y aquel entorno así tan bienvenido que a nada suyo parecía exterior. Esa planta, aquella roca y todo cuerpo animal que le salía al paso mientras avanzaba nadando sin mover un músculo le llegaban no sólo como algo que viera o escuchase sino como realidades de una clase absoluta. Las advertía en la distancia; al mismo tiempo, con toda su materia la pulsaban, la palpaban y, adentrándosele, la envolvían en las macizas ondas de una música que resonaba en las fibras invisibles de su propio cuerpo. Objetos y contornos se veían recién salidos de la nada, recién inaugurados para una sola misión: entrar en sus sentidos. Volverse ella.

Disolverla.

A veces con esa intensidad a sí propia se soñaba: cuerpo desnudo entre aguas y ramas y peces bajo cielos de una recia viscosidad de plata. Esos cielos en su resplandor podrían hacerle estallar los ojos. Algo pasaba siempre: veía volar del otro lado de las aguas un ave de alas azul prusia y aunque al principio fuera un puntito a cien metros ella recibía en los hombros y en las sienes el aleteo; el graznido, el peso duro, el ave se le metía bajo la carne y al verla inmersa bajo su piel ella sudaba, le crecía la sed, soltaba gritos cual si le estuviera de esa forma siendo revelado en qué secreto sitio está el centro de la vida, dónde en el cuerpo se aloja la verdad, y luego de un saber semejante ya no habría de existir nada, ni ave ni aire ni agua ni tiempo ni vida. Dejaría pronto de ser quien había sido para verse metamorfoseada en otra cosa, una mujer que era avefría para al poco rato ser medusa, palmera o caimán, un sauce plantado junto a flujos

de agua, acaso helecho, orquídea, quizá cenzontle o anaconda —y su consciencia se habría de disgregar o finalmente perder en otra percepción de la que no hay retorno.

Despertaba ansiosa; volvía sedienta.

Pero ya no: desde aquel día no había vuelto a verse soñando así.

Cuando él hubo salido del auditorio al término del acto académico, de pie al lado de una columna ella lo vio sin ser vista: él lucía la mirada de zozobra gris de un niño que se descubre perdido en mercado bullicioso. Era tan ridículo, casi una decepción el verlo así: ojeroso, despeinado, de mejillas enflaquecidas, con aire de agotamiento o hastío. Lo dejó ella un instante mover la cabeza a un lado y otro, apretando los ojos.

Pensó en irse. No verlo más. Sí, habían cogido varias veces. Había rasgos en él que le agradaban: esa sonrisa de niño que no se ha enterado de la adultez de su cuerpo, la mirada de entusiasmo con que seguía el fluir de imán de sus palabras, aquel tono pausado y sin énfasis —de quien valora la calma y no busca, bravucón, imponerse— con que le murmuraba sus impresiones y sobre todo el hambre con que hacía sentirle deseado su cuerpo. Esa cara del hambre no la había conocido, o sí, mas no con esa afinidad: él la besaba, la mordía; la lamía y la jalaba, le apretaba el pómulo, le hundía dulce las uñas en la espalda al penetrarla, parecía entender sin disonancias las estaciones propias del hambre ámbar del cuerpo de ella: no era sino hasta que ella misma bajo la piel estaba a punto de estallar que él daba el siguiente paso. Y ella no requería pedir nada, indicarle nada con la voz ni con el gesto.

Pero un bosque de lobos intuía ella en él que la hacía sentir temor. Un flanco avieso, acaso esquivo, tal vez mendaz la detenía. Este güey se le lanzó —aquella primera noche que se vieron en el sushi— prontamente. Ya andaba cerca de los cuarenta y supo ser directo sin ser amenazante. O sólo un poco, ese mínimo de incerteza que a ella siempre la había condenado a andar con fulanos que casi de inmediato dejaban salir al chacal que se atisba por debajo de la sonrisa de lumbre que hay en la lujuria. Sí, un bato anodino jamás le atraería. Por qué llameaba, ella no sabía por qué llameaba sólo al creer ver la inminencia feroz de un cuerpo masculino hecho de volcanes posibles, a la manera del hechizo que nace del ver a un caballo de belfos agitados que, dando la apariencia de domado o comedido, viene de la distancia acercándose, cada vez más brioso y casi tan marcial como el peligro mismo.

Perturbado, el hombre bajó las escaleras de vuelta al auditorio,

volvió a subirlas dos minutos después y al pisar el último escalón irguió la vista.

El brazo izquierdo en la espalda, la joven, recargada en la columna, le hizo un lento saludo moviendo la mano derecha como si el aire le infligiera una resistencia de engrudo torpe. Ella no le sonreía. Él dijo: “Olvidaste el tóper”, y le extendió la bolsa negra. Ella la tomó. No dejaba de verlo, muy abiertos los ojos, frunciendo la nariz, hasta que movió los labios: “Te esperé para decirte que ya no quiero que nos veamos”.

El hombre endureció la cara.

—¿Ya no? —soltó con voz gruesa—. Ah, mira. Está bien, pues.

—Qué maravilla que te parezca bien.

Hirviendo en el caldo del enojo y el despecho, ella se daba media vuelta hacia la salida cuando él la jaló del brazo. Sin borrarse la mirada torva, casi diríamos helada, de seriedad, él la señaló con el índice: “Sé que estás mintiendo. ¿Para decirme esto me invitaste hoy aquí?”. Ella sintió temblor en las rodillas.

—¿Te crees la gran cosa? No quiero que nos sigamos viendo. Es todo.

—No te creo —y el hombre, juntando las cejas en expresión que podía ser de súplica no menos que de admonición, la tomó de la mano —. No soy un perro de la calle.

Ella respiró con fiereza: “Suéltame. De veras”. Salía a la calle cuando le dijo volviéndose: “Das miedo, güey. Eso es lo que pasa”. Él levantó la ceja derecha. “¿No lo sabes? Causas miedo. Y en eso no hay mentira.”

Dos horas después, ya en su departamento, ella entró al Facebook.

Leyó: “Lo que te he dicho es real. Lo puedo ver ahora: sospechas que miento, que exagero. He ido demasiado rápido. De ahí viene tu miedo? Quizá te sientes insultada de que yo parezca buscar endulzarte el oído con palabras de amor encendido como si fueras preparatoriana. Quizá supones que yo sólo quiero contigo una cosa. Está bien: eso deseo. Tu cuerpo. No tocaré nada más que tu cuerpo… aunque eso que los demás al verte llaman tu cuerpo es para mí otra cosa, mucho más, todo un océano. Es tan intenso, es inacabable como el estarse hundiendo a mitad de un mar y no morirse. Te has metido al mar alguna vez?, y estando ahí has sentido el deseo de nunca jamás volver a tierra? En ese mar que es tu cuerpo yo podría perderme y disolverme y dejar de ser lo que he sido. Para qué volver a la grisura del vivir a medias?”.

Ella oprimió el botón de apagado del monitor. Todo se volvió una placa negra frente a sus ojos. Caminó hacia la cocina. Del refri sacó una lata cilíndrica de aluminio color rojo. Sólo de verla le arreció la sed como zarpa seca alrededor de la garganta. Puso los ojos en el contorno del águila negra que abre las alas sobre la piel del aluminio. Por vez primera se fijaba en la letra T puesta en el corazón del ave de la lata. T de Tecate. No, se dijo: T de todo.

Jaló la pestaña, se llevó a la boca el líquido amargo. Dos minutos más tarde, tomó el celular.

33

Él traía una caja de chocolates. Un paquete de galletas de coco. Nieve de limón; dos vasos de a litro de agua de cebada. Ella tenía ya el ceviche de atún con mango y pepino. Lasaña de berenjena al día siguiente. Sopa de mariscos, si no suflé de atún con granos de elote. En el refri una botella de vino chileno o Casa Madero o la botella que tenía su origen en Baja California pero él no se aprendía el nombre de la marca.

Llegaba al depa hacia las cinco y media de la tarde. Se abrazaban al pie de la escalera. Se besaban y sin pausa ni prisa subían, al fin de los escalones se veía la sala de paredes con libreros, a la derecha la cocina, al fondo la habitación. Él le iba quitando la blusa campesina blanca con bordado de claveles. O la blusa carmesí manga larga que lucía la silueta de pétalos amarillo miel. Otro día la playera azul marino con el dorado contorno de la cara de un puma. Le lamía las tetas, los hombros, la espalda. Ella le iba desabotonando el pantalón de mezclilla y la camisa verde alga o la gris ceniza o la color hueso, que exponía rastros de sudor en axilas y espalda. Al besarlo en el pecho, ella recibía la esencia de raíz de orris y vetiver que la hacía pensar en madera recién cortada. Se tendían en la sala, al lado del sofá, sobre el tapete pardo que tenía en el centro el cuadrado color piñón. Luego de hacer el amor, dormían una, dos horas, los brazos de él cubriéndola, ella de espaldas. Los dos sudados recibían el fresco aletear del abanico de techo. Se hundían en un sueño limpio y sin grietas, de luces nítidas y mansas.

Luego de besarse otros minutos, se ponían de pie. Sintiendo las rodillas flojas, calentaban la comida. Descorchaban la botella de vino. Se servían tostadas, cachos de pan de centeno, tortillas de maíz. Ella sacaba del refri la salsa de chile manzano o de chipotle.

Un calorcillo de tonos naranja les subía del estómago, haciéndolos salivar.

Si no había nada preparado —o tenían antojo de otra cosa—,

salían a la calle. Iban por tacos a la carreta ubicada a pocos pasos de la Obregón y la Leyva Solano, frente a las arboladas franjas del parque Revolución. Cada uno pedía tres o cuatro de asada. Le echaban salsa de tomate, guacamole, pepinos, rábanos, pedían agua de jamaica. Otra noche iban al restorán de sushi de por la Juárez, cerca de la Morelos: pedían sopa udon de camarón, un rollo de mar y tierra, un teriyaki de pollo o de cerdo que ambos preferían por la intensa alianza del pimiento morrón y las cebollitas cambray.

Y hablaban. Iban y venían las palabras entre sonrisas y bromas, entre una y otra carcajada, sin enfrentar la menor suspicacia, nunca pedruscos de un lado o de otro. Él se le quedaba viendo los labios como si la voz de ella fuese un fresco esplendor de soles ebrios colgando en la mitad del aire. La Oralia le decía esto y lo otro de su carrera en aquella facultad de la UNAM famosa por sus luchas políticas de izquierda, las consignas pintadas en las paredes con letras blancas y rojas, los paros de clases cada que había marcha pues se volvía necesario —y aquí ella subía y bajaba el índice y el cordial de cada mano poniendo comillas a los renglones del aire— oponerse a una nueva salvajada del gobierno neoliberal.

O le decía, si no, de aquel amigo suyo, un cerebrito que dejó su natal Sonora para irse a estudiar a la Ciudad de México; ella lo conoció en la carrera, él tenía el sueño de hacer un documental sobre el asesinato del guerrillero Rubén Jaramillo, sólo que luego de ser golpeado en un callejón por desconocidos el pobre quedó amarrado para siempre a una silla de ruedas. En otro momento le decía cómo preparaba los frijoles puercos, el secreto era la manteca de cerdo en que se freía el chorizo, había que esperar hasta que soltara bombitas enrojecidas para echarle los granos del frijol recién cocido, sin nada de caldo al principio, por supuesto. O le hablaba de su madre, que no la creía capaz de hacer ni huevos revueltos y ella nada hacía por desmentirla llevándole nunca sus platillos; para qué. De su madre, pues, le hablaba: esa mujer que la vio con ojos de basca cuando años atrás la joven vino del De Efe en vacaciones estrenando el tatuaje del brazo izquierdo. Míralo bien, ¿no te gusta? Ella extendió el brazo y él detuvo la mirada en el dibujo: las líneas grises y oscuras definían la figura de una mujer desnuda, con las alas hacia abajo, en vez de pies tenía garras de ave rapaz que reposaban sobre la espalda de dos leones, un tocado de cuatro trenzas lucía cuernos y traía en cada mano una cuerda. Al verle en los ojos el cosquilleo tímido de la perplejidad, ella le explicó: se había basado en el altorrelieve mesopotámico llamado la Reina de la Noche que está en el British

Museum desde hace bien poco, cuando vi la noticia de que lo habían adquirido no me podía quitar de la cabeza las fotos, es una placa de terracota que ha de tener tres mil ochocientos años. Me volví loca con esta mujersaza: se cree que representaba a Lilit.

—Ah, caramba —dijo él, tragando saliva—. La mala del cuento, ¿no? Palabras mayores.

—Eso se cree —advirtió ella, subiendo las cejas en mohín de no querer comprometerse—. Puede ser, puede no ser.

Una noche que se sentía más liviana le contó del viaje que hizo en sus tiempos de estudiante a las ruinas de Tajín y Papantla, vio por vez primera las aguas del golfo que —decía guiñándole el ojo izquierdo en gesto cómplice de burla— ahora se va a llamar golfo de Tlashcala. Se coló a un grupo de la Facultad de Filosofía gracias a su amiga Carolina Olmedo de la Rodriguera, chica adorable de lentes y pelo corto con quien habría de compartir el cuarto pero quien se la pasó enmuinada, distante, con voz herida y seria, todo eso me hizo miserable el recorrido a lo largo de los puestos de venta de frascos de vainilla, las ruinas me dejaron fría, el porqué de las pirámides se me volvió incomprensible a pesar de la perorata del profesor de Historia de México Antiguo o no recuerdo cómo se llamaba la materia, hasta que la última noche me puse a platicar con aquel muchacho alto y delgado de pestañas chinas, nos fuimos por unas cervezas y…, bueno, hasta ahí…

—Oh. Esto se pone interesante…

—Qué cochino. ¿Te gustaría saberlo?

—Simón. Cuenta, cuenta.

—¿No te dan celos?

—Claro que sí. Pero ahí está el chiste…

—Vaya que eres atascado.

—Lo que no fue en mi año no fue en mi daño.

—Pues síguele y nunca más va a ser tu año, ¿entiendes? Nada te cuento mejor.

Ella a su vez lo escuchaba y le veía los ojos llenos de una energía entre solar y densa cuando él hablaba de sus años de principiante en el periódico, la voz suave y casi budista de su primer jefe, Tomás del Campo, los horarios matadores y la adrenalina de cerrar la edición. Una vez lo enviaron a Tacuichamona, está a poco más de una hora, al sur, ¿nunca has ido? Él iba en el carro con Inzunza el fotógrafo, persiguiendo el chisme de una aparición de la virgen de Guadalupe en el lodo del chiquero aledaño a la casa de una mujer con nueve hijos, aunque no pudo reportear nada de la famosa virgen pues al llegar al

pueblo se soltó un chaparrón. Cambió el asunto de la nota y todo se le fue en hablar de los destrozos que provocaron las aguas —entre ellos, se desdibujó para siempre la imagen de la virgencita en el chiquero—. Desmenuzaba el hombre otras veces algún episodio de su condición de padre, ejem, y no cualquier padre, sino de un caso peliagudo: ser papá de una hija única, como tú comprenderás, es crianza batallosa… Mira, una vez…

—Ay, no. Si te vas a quejar de tu hijita no me digas nada… ¡Es una niña! Este mundo está hecho para los batos. No sabes qué dura nos hacen ustedes la vida…

—Si quieres, te acerco otra cosa que se me pone dura…

—Eres un marrano…

Luego de besarse y hacer el amor, volvían a hablar. Y mientras se besaban y hablaban y comían y volvían a hacer el amor parecía no caer el tiempo en la bajeza de la mortalidad: se movía fiel y benigno el paso de los días con la aleve inconsciencia de lo feliz.

Él se quedaba en la noche. Permanecían abrazados a como se hundían en el sueño llevados por la música cruda del aire acondicionado pero en algún momento se acababan separando, él sentía un arenal rasposo en la garganta, carraspeando se tapaba con la colcha. A las pocas horas despertaba ella al escucharlo quejarse, lo sentía mover las manos mugiendo, le cubría el tórax hasta que él de a poco volvía al atolón del silencio, pero ella no podía dormirse: veía el techo, se ponía de pie, iba por cerveza al refri. Se quedaba en la sala leyendo un rato hasta que, con dolor en la cabeza y el cuello, volvía a la cama —las dos, las tres y media serían para entonces.

Desayunaban omelet de espinacas y requesón. O media baguet de lomo mechado y lechuga. Huevos revueltos con nopales y queso rallado. Él se iba a los viveros, ella volvía a dormirse dos horas y hacia el mediodía, luego de hacer yoga y bañarse, prendía la compu y se ponía a escribir su libro.

Así la primera semana; así la semana que siguió a la primera. ¿Fueron dos semanas solamente? No solía poner ella atención al paso de los días; sólo si habría de ver a sus padres cobraba consciencia de los tres, los cinco, siete meses que llevaba en el valle desde su regreso. Él por su parte sí tenía un ancla en el calendario:

Aquel domingo al término de la segunda semana le dijo debo ver a esa escuincla, ya tengo rato sin… Nos vemos mañana, ¿sale?

—No urge —ella frunció los labios—. Ai cuando puedas —y miró hacia la ventana.

—¿Sí? Ah… Claro —él movió la cabeza de arriba abajo—. Tú eres

libre…

Ella lo tomó sin brusquedad del cuello de la camisa:

—¿Qué quieres decir?

—Que no hay… —él bajó la cabeza cerrando los ojos, como si así pudiera decir las cosas en un aire menos enemigo—, pues han sido días bien chilos, pero entre tú y yo…

—No hay nada —ella le hundió en el pecho el dedo índice—. Por eso: no urge. Cuando puedas.

—Eso entendí —él adelgazaba la voz ensayando un acento agudo de ego herido y, al mismo tiempo, entre cínico y burlón—. Eres joven, eres libre. Yo tengo una hija, ya voy pa los cuarenta. Entenderé si tú no piensas en serio que…, que nosotros…

—¿Nosotros qué, Rivas?

—No me entiendas mal.

—Entendí bien. Un día de éstos te llamo.

No le llamaría. Tenía una hija, ¿quería de veras algo serio con ese hombre viudo papá de una mocosa adolescente? Viudo viudo no, aunque era casi lo mismo. ¿Esperaba este cabrón que ella asumiera el papel de madre sustituta? Si ya se había negado a tener los suyos, ¿qué iba a andar malcriando los errores ajenos? Esa misma tarde buscó el nombre de Molina en el celular; le mandó mensaje de texto.

Esas dos semanas juntos, cada que ella había recibido una llamada y se metía en el baño a responder en voz baja —como quien pretende hacer creer a los demás que habla así no por cálculo sino por desidia o cansancio—, el Rivas acercaba la oreja a la madera. Nada se oía del interior. El runrún del aire acondicionado atenuaba la identidad saliente del sonido. Esto habrá pasado ¿qué?: tres, cuatro veces esas dos semanas. Él no era ingenuo. ¿Que alguien más la buscara? Sería normal. Raro si no. Él qué podía decirle. Coqueta y joven, vaya que habría de mandar señales tácitas a cuanto gañán se cruzara en su vida: cuándo nos vemos, guapo. Allá en el Chilango —pensaba el Rivas— se revuelcan todos con todas sin mayor prejuicio, sin ningún pudor: las morras aflojan bien fácil. Que disfrutara de su cuerpo y de su libertad; allá ella.

Decíase esto y un segundo después se le iban derritiendo flojas las nervaduras del cuerpo. Una ráfaga caliente le hacía vibrar de modo incómodo la mandíbula y el cuello; desde la raíz de la cintura hasta el cerebro parecían subirle los dedos de un humo de plomo que lo obligaba a voltear la cara y verla, a ella, sonriente, en ese mismo instante en que ya de vuelta hacia la sala iba cerrando la puerta del

baño, guardaba el celular en el bolsillo trasero del pantalón y se ponía a mirarlo, retadora. “Qué ojetes pueden llegar a ser ustedes, mijo. Mi amiga Julia, de la agencia, tiene una broncota con su güey; me pidió un consejo”, explicaba señalando hacia el baño, como si la famosa amiga se hubiera quedado a llorar su pena sentada en la taza del excusado.

Él habría querido decirle no te hagas, ya cuéntame. Soy open main, nada me espanta. Y el calorcillo se le volvía fiebre lozana bajo la piel nada más de imaginarse que la oía decir claro que hay otro güey, se llama así y asá, qué te creías el único. Pero él no se animaba a preguntar: en lo hondo se moría de miedo de llegar a descubrir entonces algo: los dedos de la mano de humo parecían cobrar la forma real de un basto puño y le cerraban la garganta.

Antes de que esa noche de domingo le hubiera Molina contestado el mensaje, ella abrió el Facebook. Buscó el nombre del Rivas. Escribió:

“Te seré franca. Hay otra persona. No es nada formal, pero debes saber que él existe. Nos vemos cuando podemos. Cuando queremos. Él no es dueño de su tiempo, yo no quiero ataduras. Ni con él ni contigo. Tú dices.”

Acercó el dedo a la tecla del énter. Una marea de témpanos le corrió por el pecho. Quitó el dedo. Se quedó viendo en la pantalla la flecha que señalaba hacia la izquierda, la breve rayita vertical en su extremo derecho. Algo la desubicó: parecían sus ojos divorciar la flecha del teclado, parecía extraerla de un modo tan físico que todas las demás letras y números y signos se disolvían en la grisura sin contornos. Respiró largamente.

Borró el mensaje. Escribió entonces: “Me he querido mentir que no te amo”. Lo borró también.

Se puso de pie. A lo largo del tórax le viajaba el hormigueo de la zozobra, le hacía correr por la laringe el río rival de una sed sibilinamente ronca. Caminó a la cocina y abrió la puerta del refri.

Él sí la llamó. Fue el martes, luego de tomar el café con Narsia. La invitó a su casa. Mija, ya en serio, ¿no quieres conocer mi humilde cantón? Conseguí un chilorio muy bueno. Sin albur. ¿O creerás que vivo en una pocilga?

—Cómo crees; no es eso. Hoy no puedo. Quedé ya de ir con mis jefes. Mi amá prometió carnes en su jugo. Mejor ven tú mañana pacá. Te espero.

Él guardó silencio. Querría decirle vete mucho a la verga. Que te

empaches con las carnes en su jugo de tu guanga madre. Las dos semanas que pasaron juntos no había aceptado nunca ir a comer ni dormir a su casa. Aquí la estamos pasando bien chido, ¿pa qué movernos, Rivas?

—Déjame consentirte —dijo al fin con voz tiesa—. Nos vemos mañana en mi casa. Salgo de la oficina, paso por ti a las cinco y media.

—No —ella titubeó—. No… pases por mí. Yo llego a tu casa.

Él salió al día siguiente más temprano de los viveros. Preparó *fusilli* con chilorio y al lado ensalada de lechuga y espinaca con fresa y queso de cabra. Probó una receta de pastel de manzana con azúcar glas. Un vino de doscientos pesos que había comprado de última hora en la Ley.

Dio la hora. Diez minutos, veinte. No llegaba. Le estuvo marcando. Ya voy, mijo. Aguanta. Tuve un imprevisto.

—¿A qué altura vienes?

—No me ubico bien, ya ando cerca. No te enojes porfa.

Cuando, hora y media tarde, bajó del taxi, ya él tenía la jeta de encabronado. La veía con la cara cerrada, los ojos tensos, la voz fría y cortante: “Hubieras dicho que te da asco venir a verme”, dijo poniendo distancia, sin acercarse.

Con el rímel descorrido, ella le sonreía haciendo pucheros. Traía los ojos idos, desobedientes. Caminaba tambaleándose.

—No me odies —extendió la mano para tocarlo en el brazo, aunque ese gesto podía también lucir la intención de alejarlo, como si el olor que suponía fuerte en sí la hiciera sentir fétida—, se me fue todo de las manos…

—¿De qué hablas?

Ella abrió mucho la boca, igual que si tuviera una obstrucción para respirar. Lo que dijo lo habló haciendo pausas, entre ataques de hipo, entreabría los ojos espiando las reacciones del hombre, tragaba saliva y a veces buscaba erguir la espalda, tensar los hombros, mostrando dos gramos de firmeza que luego se disipaban:

—Soy una inepta, Caqs, mi libro no sirve… Y me daba mucho miedo venir a tu casa. Llámame supersticiosa pero no sé por qué siento que si te vengo a ver me voy a clavar contigo y me da miedo sufrir… ¿No me harás daño? Te sigo teniendo miedo, Caqsi, ¡no te enojes! Ya sé que estoy bien peda… Me tomé una cerveza, no podía escribir. Sólo quería una. Pero ya después no me detuve… Ni siquiera escribí una línea, me vas a despreciar por ser una borrachita que no escribe su chingado libro…

Contra la voluntad de su enojo, él se inclinó, las manos extendidas, para abrazarla.

—Cómo abusas —le dijo, y el tufo del alcohol al entrarle hasta la más animal alcoba del cerebro le hizo nacer una codicia atroz de besarla y despedazarla al mismo tiempo.

Toda oscuridad que parte deja sombras

34

El Kevin iba para trece cuando una tarde puso el Juan un pie en el ingreso central del almacén. Lo reconoció la Otilia de inmediato. Sentada ante la caja, en el extremo derecho al lado de la zona de abarrotes, lo escrutó con un latir de urgencia. Era el mismo: flaco y moreno, de ojos pícaros, nariz chata, labios delgados y quijada recia, sólo en la cicatriz de la ceja y en el aire de jefe se le veían los años: serio y contenido, no ocupaba decir nada, se movía con pesadez, parecía ver las cosas sin parar la mirada mucho tiempo en ningún sitio, presumiendo el gesto que habría aprendido de películas o telenovelas.

El sol de agosto caía seco y duro contra la grisura del asfalto y sobre la troca parqueada ahí afuera. Escoltando al hombre venía aquel muchacho de camisa roja de rayón y gorra anaranjada, tenía labio leporino. El Juan se quedó de pie: miraba a la izquierda, en el área de carnes, al empleado de mandil sanguinolento cruzar los cuchillos, la báscula y las tablas, el mostrador blanquísimo sobre el que las mamparas hacían ver la aldilla, el chambarete, la puyita… Daba la impresión de buscar algo que podía brincar de la nada, al tiempo que deseaba fingir desinterés, asco, desidia ante las cosas. La única clienta a esa hora de la mañana, una señora canucia de lentes, estaba por pedir con el índice extendido kilo y medio de cabrería.

Frunciendo la cara, el recién llegado se acomodó el sombrero en tanto llevaba los ojos a la parte central de la tienda, hacia el mostrador de lácteos, sin nadie rondando a esa hora; luego se acercó a su escolta para susurrarle algo en que parecía escaparse la palabra *diarrea*. La Otilia sintió que las rodillas se le hacían de lodo; en el pecho se le abría una cámara olvidada y secreta de la que iban surgiendo carámbanos de tímida ansiedad.

Se agachó para esconder los ojos.

La señora de lentes seguía hablando con el carnicero; de la acera venían las palabrotas de un peatón, del bulevar el ávido salto de un

claxonazo. En algún momento, la cabeza sobre el pecho, vio la Otilia con el rabillo del ojo al bato aquel acercársele. Respiró agitadamente; el rencor le llenaba por dentro de lava esa cámara intensa en que segundos antes mandaba la frialdad.

Supo que fue abriendo el Juan los labios y que algo decía. Era una voz rápida, la de quien se enoja al no saber cómo escucharse amable o contrito o a lo menos persuasivo.

Ella batallaba para respirar. El rumor de voces y el movimiento de aspas de los abanicos de techo habían dado forma al motor de trueno que le latía por dentro de las sienes.

Al fin, la señora de lentes se acercó. De pie a la izquierda del Juan, le entregó dos billetes y la nota a la Otilia, quien, maquinalmente, hizo el cobro. Respiró profundo. "Gracias por su compra, vuelva pronto."

Y ahora sí lo vio a la cara, al Juan: "Vete sabiendo que él es buena gente. Ai de ti si le das mal ejemplo".

Se volteó la señora de lentes, arrugando las cejas. Iba a protestar o decirle algún regaño a la Otilia cuando, llevada de súbito a ver a su derecha el mirar de látigo del bato aquel de sombrero texano y cicatriz en la cara, se calló y presurosa fue caminando hacia el área de carnes para recoger su compra.

Claro que a la Otilia desde el primer instante le disgustó la idea de que su hijo llegara a tratar al hombre ese. Podía oponerse sin darle una razón; pudo haberle dicho al mismo Juan eres un lacra irresponsable, pura calaña de lo peor, vete de aquí; podría mentirle diciendo ni siquiera es tu hijo qué te crees.

¿Lo haría? No lo haría. Era obvio a qué se dedicaba el Juan ahora: sólo de imaginarse lo que el hombre podría querer hacer para acercarse al niño, si le llevaban la contraria el muy cabrón era capaz de llevárselo a güevo. Cerró los ojos con fuerza.

—Es mi hijo —decía el hombre—, ha de querer verme.

—No te ocupa en su vida.

—Que eso lo decida él mismo.

Ella le pidió al Juan volver al día siguiente, a las cinco de la tarde, media hora antes del cierre. Debía primero hablarle al morro, prepararlo.

Apretando los músculos de la cara, habló el Juan otra vez en tanto del bolsillo trasero del pantalón sacaba el sobre blanco. Esto es pa ti… No es mucho pero quiero compensarte lo que… Ni acabó la frase. Iba extendiendo la mano con el sobre, ella levantó la derecha.

—No ocupo nada —se sorprendió de que la voz no le temblase

aunque el corazón le latía impetuoso y enojado—, ahora hasta me quieres comprar.

—Dáselos al plebe entonces, que se compre los juguetes que quiera, unos tenis nuevos… Dáselos… de favor.

Él dejó el sobre al lado de la caja. Se dio media vuelta y seguido por el muchacho avanzó al estacionamiento. Mañana sin falta, dijo señalando hacia la Otilia con la mano derecha.

Antes de subirse en la camioneta se plantó frente al negocio, tensó los ojos estudiando el letrero en la fachada:

Delicias El Ángel
Carnicería * Cremería * Abarrotes
La diferencia la hace la atención

Parecía buscar un mensaje en los recortes de fotos que a gran tamaño ofrecían chuletas y cortes de carnes, zanahorias, tomates, botellas de Coca-Cola, y al final los rutilantes logos de las marcas Lala, Trizalet, Santa Mónica, Sukarne. Luego de escupir, el hombre subió a la troca.

—Se conserva güila esta pendeja —murmuró antes de indicar a su chofer que manejara.

35

Nueve años atrás, los dos medios hermanos de la Otilia juntaron sus ahorros y con ellos pusieron acá en el puerto una carreta de mariscos a dos cuadras del malecón. La joven y su madre dejaron entonces el valle; estuvieron los cuatro así su buen tiempo chambeando duro y parejo. Pero el hermano mayor, de nombre Abigael, tenía un lado flaco: la botella. No sólo se metió en deudas con gente a saber de qué calaña, también fue mostrando una cara paranoica y agresiva que hartó a los proveedores y alejó sin más a la clientela.

Un día no volvió a aparecer. Fue buscado en hospitales, cantinas, baldíos y callejones, en agencias del Ministerio Público y en la morgue; nada. De tanta pensión la madre se fue poniendo cada vez peor de salud; se la pasaba con rostro deprimido, se veía débil, lloraba mucho. No podía darle duro al trabajo como antes. Se fueron gastando el dinero en medicinas y estudios de laboratorio; traspasaron la carreta. La Otilia consiguió este empleo de cajera, su hermano Abel entró a revisar medidores para la Comisión de Electricidad.

No debía —se dijo ella esa tarde apenas se hubo ido el Juanillo— permitir el encuentro.

Tan blando y asustadizo que le salió el Kevin… Había ya dejado atrás —es cierto— aquellas veces en que, de morrito, se le subía la rabia a la cabeza, chillaba y pataleaba, corajudo. Ahora que movía los brazos con torpeza o vergüenza sintiendo que le habían crecido de más o que el mundo en torno suyo enflaquecía, se había vuelto el plebe más sereno, con mirar apacible de mártir penoso.

Le daba a la Otilia inquietud que saliera blandengue o, peor aún, joto; sacudía la cabeza queriendo así quitarse de la sesera ese que suponía un agrio pensamiento, sobre todo porque a últimas fechas veía en el niño interés por las cosas de Dios. Ya había hecho la primera comunión y solía ir los sábados a clases de Biblia, en la misa de ocho los domingos se ofrecía a leer la primera o la segunda

lectura, pronunciaba las conjugaciones del vosotros en las cartas de Pablo o los arcaísmos espesos en los fragmentos de Jueces o de Reyes o del libro de Esther con lentitud, sonoramente, abriendo mucho la boca para no comerse las consonantes en las sílabas trabadas o en la terminación de los plurales.

Se esmeraba en la escuela, no era de dieces pero sí andaba entre 8.5 y 9 su promedio. Ahora que eran vacaciones ella lo tenía inscrito en el curso de verano del municipio en que los ponían a hacer deportes toda la mañana: mucho ejercicio, mucho correr y jugar básquet y fut. No lo quería ñengo ni flacuchento. Por lo demás, el muchacho le salió acomedido. Acá se la pasaba en la tienda ayudando seguido en las tardes, cargaba la bolsa de la compra a señoras mayores que le daban una o dos monedas. Los últimos tiempos también repartía horas de sus tardes cuidando de su abuela.

Sí, su abuela estaba mal de salud; era la diabetes.

"Aunque eso difícilmente ha de interesarle al señor coyón que salió corriendo al otro lado cuando más se le ocupaba…" En la mente de la Otilia el Juan seguía en el mismo sitio ahí frente a ella, escuchándola a un lado de la caja, y levantaba la mano, como pidiendo paz.

—Y a santo de qué, bonitura, te haces ahora el aparecido —soltó al fin en un murmullo hablándole al aire sin materia en que habría deseado siguiera el cuerpo del Juanillo—. Ay de ti si le haces mala el alma buena a mijo.

No le contó nada al chamaco. Al Abel menos: nunca había tenido gran confianza en su hermano. Echadote en el sofá, sin hacer caso de sus dos hijos de siete y cinco años que se peleaban agarrándose del pelo a un lado del televisor, leía el Abel el *Semanario de lo Insólito* cuando ella llegó de la calle. El hombre no levantó la mirada, ella pasó directo al baño.

A las pocas horas ya se había dormido el Kevin. Y por fin, en el cuarto que compartían ellos dos con su mamá, la Otilia se sentó en el borde de su catre. Comenzó a gimotear. Enfrente se hallaba el cuerpo recostado de la enferma.

—Lo que no tiene es vergüenza, Jesús bendito —veía la madre el techo—. Con qué cara se atreve a buscarlos. ¿Qué piensas hacer, mijita?

—Si supiera…

—Ni que te busques otro trabajo pa que le pierdas la pista…

—Me vuelve a hallar. Está bien metido en el Negocio… Me da miedo.

—Pobre tarugo. Se va achicharrar en el infierno, ya lo estoy viendo —y movió la mano en dirección al almanaque en la pared que lucía el Cristo rubio de ojos garzos y túnica rojo granate con las palmas abiertas—. Mi Diosito santo luego no sirve pa muchas cosas pero pa castigar a ese inmundo más le vale que sí.

—No hable así, ma. Es pecado…

—A mi Diosito lo adoro, pero a mi edad ya sé que ni pone atención a lo que digo.

Sentada ante la caja, ella estuvo espere y espere al día siguiente la llegada del Juan desde las cinco. Ensayaba su parlamento:

Tienes que decirme tus planes. Si quieres verlo seguido, cada cuándo, si lo vas a llevar al cine o a comer…

Luego escuchaba la voz de resina capaz de arder al contacto del aire con que otro ser más fuerte que ella decía desde su pecho:

¿Sólo quieres verlo esta vez? Criar un mocoso es una cosa para siempre. A ti te gusta andar de vareta, pallá y pacá, ¿te nos vas a perder de nuevo por diez años?

Tecleaba precios, recibía billetes, devolvía monedas.

Apelo a tus sentimientos, Juan, sé que en el fondo eres de buena entraña. Él es muy inocente, no es como los demás plebes de su edad… Le dije hace mucho que habías muerto al cruzar al otro lado.

Y al final, más allá del silencio que la tarde tejía en el aire de la tienda a como iban raleando los clientes, se oía la voz de brasa buscando abrir sus labios:

Tú lo vas a querer llevar bien pronto con las rameras, le vas a dar alcohol y harás que se meta esas cochinadas que vendes… No voy a dejar que te le acerques, Dios me ampara. Ni creas que te tengo miedo…

Nada de eso tuvo que ser dicho. No volvió a tener nuevas del hombre aquel sino hasta las cinco semanas. Vino una tarde en la troca negra el morrillo de gorra anaranjada y labio de liebre. Entró en la tienda hasta la caja y sin esperar a que ella terminase de atender a la clienta de blusa roja floreada, le ofreció el sobre manila diciéndole: “Le mandan esto a tu hijo; se lo manda ya sabes quién”.

Eran ochocientos pesos.

Pasaron luego cuatro meses sin noticias.

Ella no sabía qué pensar. Había un algo de calma y gratitud, de liviana alegría por creerlo lejos, quizá lo balearon o sencillamente se olvidó de nosotros. Mujer de fe que seguía mascando el anémico cebo de su culpa adolescente, rezaba cada noche antes de dormirse, comulgaba en misa, pedía perdón sin hallar sosiego. Ese susurrarle al

dios de su madre los temores y angustias era insuficiente: aprendió que toda oscuridad que parte deja sombras, el hombre aquel se había otra vez desvanecido aunque su cara brusca podía volver hoy, mañana, cualquier día para llevarse al niño. Qué cosa tan imposible sería la existencia sin su Kevin.

Un mediodía calmo de febrero, entró el Melquíades al almacén con paso rápido. La mujer lo vio. Apenas ella hubo terminado de atender a un cliente de barba de candado y lentes oscuros, el muchacho se le acercó. Iba extendiendo el sobre por encima de la caja registradora cuando vio en la mujer los ojos húmedos, la quijada tembleque, de susto teñida la cara: “Yo tampoco sé en qué esquina se le perdió el alma a este compa”, dijo. Ella no supo qué responder, tomó el sobre. El muchacho levantó las manos, mostrando las palmas, como renunciando a decir cualquier otra cosa sobre su patrón.

El siguiente sobre llegó a las dos semanas. Después pasó mes y medio. Luego, diez días. La vez siguiente fueron tres meses. Y así, cada cuando.

Los montos eran distintos siempre. Lo más alto fueron dos mil pesos, dos días antes de que el chavalo cumpliera catorce, a finales del 2001.

La mujer sustraía parte de los billetes y los metía en una bolsa naila que guardaba en el cajón de su ropa íntima en el ropero. Con lo poco que ella le entregaba —cincuenta o cien pesos—, el chamaco hacía en la parroquia donativos para el seminario diocesano.

Ya se acercaba la graduación de secundaria del morro cuando pudo la Otilia llevarse a su madre y al hijo de la casa de su hermano Abel. Rentó una casita de dos cuartos cerca del panteón municipal.

La última visita que la Otilia recibió del Melquíades fue en octubre de 2006.

El Kevin entró al seminario para estudiar la prepa.

Estudioso, serio, rígido, ya sabe lo útil que es para su carrera fulminar con labia feroz a “los descendientes de Sodoma y Gomorra urgidos por casarse y asegurar así su sitio de pudrición entre las llamas perennes del infierno” y a “las hetairas de minifalda y escote que sin temor del Altísimo andan pidiendo se haga ley el derecho, como Herodes, de matar a inocentes niños no nacidos”. En una de ésas se nos vuelve cardenal, por lo menos obispo.

La muerte no es un más allá del tiempo

36

Casi casi recién llegada del De Efe, allá por enero, había estado la Oralia con su amigo el Ramiro Rojo tomando café en el Woolworth frente a catedral cuando el hombre de rostro macizo y moreno se les acercó a la mesa. “¿Qué pasó, condenadote?”, le habló al Ramiro. “¿Ya no saludas a los compas?” De brazos abiertos, sonreía entrecerrando el ojo izquierdo con un tic. Le pegó en el omóplato. Al ver a la joven soltó una carcajada: “Mira namás… Tienes miedito, loco, que te baje esta guapura. Mucho gusto, compañera”. Le tomó la mano, diciendo su nombre; se agachó y le plantó un beso en la mejilla.

Ella levantó la ceja al recibir el olor suave de agua de colonia.

Esa noche le llegó en el Facebook la solicitud de amistad: el hombre había sido actor de teatro, ahora se anunciaba como “gestor en el ámbito de la cultura universitaria”.

Días después se vieron para tomar unas chelas.

—Apenas llego y que grita mi nombre de un lado al otro. Se para y abre los brazos, hace un zapateado con los brazos a la espalda. Pensé: este güey está bien ebrio. Me trataba igual que si nos conociéramos de toda la vida, pero con gracia, sin pesadeces. Nos sentamos y empezó a platicar de un viaje que hizo a la playa, de niño; se la pasó correteando en la arena con sus primitos, nadie le puso protector solar y que se medio quema la espalda y el pecho. Luego me hace un guiño, saca la lengua, hace ruidos con la boca mientras cata el vino, se me acerca y me dice: tú vas a vivir noventa y dos años… Todo un personaje.

—Es un payaso —dijo el Rivas—. ¿No te confesó que era casado?

—No lo niega. En su muro de Facebook se le ve sonrisudo con la mujer esa. Pone fotos de ellos juntos y toda la cosa.

La joven y el gestor se volvieron amantes. Se veían siempre según los tiempos de Molina; es decir, según los tiempos de la esposa de Molina. Si aquella mujer salía de viaje, él aprovechaba para vivírsela

encerrado en el depa de la Oralia. Dos, tres, cuatro días seguidos. Así, en general, no era el hombre dueño de su tiempo; cuando la esposa se hallaba en la ciudad, él devenía marido perfecto y se excusaba con la Oralia alegando una simple frase. "Ando de viaje, mija."

Así respondió ese domingo al mensaje de la joven.

Apenas hubo leído la respuesta en la pantalla del celular, ella arrugó la nariz y los labios; un latigazo de aire frío en el nervio le hizo arquear la ceja derecha, luego la espalda. Cincuentón, sonriente, de baja estatura y brazos nervudos, Molina —nunca lo nombraba anteponiéndole el artículo determinado— había sido en efecto actor de teatro en su juventud hasta que se agenció un puesto de funcionario cultural en la burocracia de la Autónoma. Había sobrevivido a cuatro cambios de rector desde entonces. Era ese tipo de personas en quienes el cinismo se asume carismático; la forma liviana, o admisible, del desentendimiento. Nada parecía inquietarlo nunca; siempre caía de pie, aunque fuera negligente en su trabajo las cosas nunca le estallaban en la cara, todo se resolvía por cosa de magia. Se carcajeaba a la menor provocación, no creía en nada pero jamás ponía énfasis en su escepticismo. Hablaba sin presunción de libros de rango muy amplio en las humanidades: un día se acordaba de aquel pasaje de las *Memorias de Adriano* o *La guerra del fin del mundo*, si no de *El malestar en la cultura*, *Vigilar y castigar*, citaba a Benjamin, Fanon, Nietzsche, Bowlby. Y de esa erudición podía pasar sin más escala a discurrir de cosas frívolas, a contarle historias guarras. Quizá por esos rasgos la joven disfrutaba tanto el verlo: sabía que, luego de beber, coger y reírse hablando con él de todo y de nada, cada uno habría de olvidarse del otro. Cada quien habría dado y recibido el placer del instante que se extendería a la manera de flujo energético para tolerar sin demasiada amargura los absurdos de la vida gris. Era eso, nada más: pasar un rato a toda madre con alguien que también la estaba pasando a toda madre. "Igual mañana al cruzar la calle me apachurra un camión urbano, o Diosito se apiada de mi mujer y por fin me petateo de una congestión alcohólica", decía él, guiñando el ojo izquierdo mientras se vestían sus labios de la sonrisa ladina.

—¿Y entonces ya llevan cuántos meses…?

—De llevar, no llevamos nada. La cosa no es seria, Rivas. Pero sí desde enero nos vemos.

Él se quedó callado. Miraba la palidez sorda del techo de la habitación. A distancia de metro y medio de la ventana pendía de un

gancho el hilo de nailon rojo del que se sostenía la esferita de cristal facetado. No le era fácil lidiar con estas sensaciones: había una cosa sucia y excitante en saberla libre, dueña de su deseo, pero la consciencia de esa libertad, de esa propiedad de sí que había en ella hacía que se le expandiera por el tórax esta sábana de témpanos ante el temor de que cualquier día ella decidiese no verlo más. La sábana le enfriaba entonces la laringe y él respiraba con zozobra.

—¿Qué opinas del sexo anal? —preguntó ella dejando ver una sonrisa.

—Paso —y puso cara de asco—. Es para jotos no asumidos, que quieren ser homosexuales activos pero se reprimen, para que nadie sepa que andan tras las nalgas de un putito. Y así le piden el culo a sus mujeres.

—Fue de lo primero que él me pidió.

—Vaya, no perdió tiempo el mayate…

Ella no había tenido antes buenas experiencias. Una vez, sí, años atrás, en aquella fiesta, con un desconocido, un extranjero, de hecho. Era uruguayo, muy alto, de labios gruesos y pelo tupido y ondulado, se escaparon al depa de él. Pero las otras veces ella claudicó: fueron muy bruscos, o no recuerdo bien, alguna de esas veces ya estaba yo pedísima como pa saber qué pasaba. Les pedía parar, salte, me duele. Hasta que llegó a Molina. Con él era otra cosa.

—El compa tiene cincuenta y pico y es hora que no sale del clóset…

—Envidioso. Ni sabes de qué hablas y bien que sacas el veneno.

—Quizá mientras está contigo fantasea que se la mete a un efebito de quince años…

—¿Sabes que hasta el nombre me cambió? Para él no soy Oralia sino que me dice, ¿cómo crees?: Analia.

Él sentía mucho calor en las sienes.

—Y… ¿cuándo crees volverlo a ver?

—¿Para qué quieres saber esas cosas?

Él pasó una saliva nerviosa; ella lo veía de manera esquinada, pícaramente atenta a que él dijese algo más para seguir zahiriéndolo con el verdoso calambre de los celos.

Acabó julio, avanzó agosto, se siguieron viendo.

El Arsenio vivía en dos esferas sin más vínculo entre sí que el puente inmaterial por el que él y sólo él se movía.

La mayor parte del tiempo era el mundo de la Oralia: se veían tres, cuatro días a la semana, ella le caía en la casa de Orquídeas, se quedaba a dormir. En la cama, al amanecer, él la veía, ojos cerrados,

respirando desde la inconsciencia; miraba la quebradiza luz del sol pasar entre la pelusa de sus mejillas morenas, ella abría los ojos y él, acercándosele, los creía más grandes que la noche previa, una y otra vez ella abría los párpados, bostezando, en ese proceso aletargado de hacer las sumas y las restas del sueño y la vigilia. Los ojos se le abrían desde una grieta del desorden, como si acabaran de ver pájaros vacíos o un derrumbe de arcángeles; se le humedecían y él le escrutaba el iris, creía ver ahí una serie de capas superpuestas: la más espesamente oscura, de un negro carbón, se hallaba en el centro, y a como el disco se extendía él iba viendo breves aros que pasaban del azabache al grafito al tono avioletado de la berenjena. Ella lo alejaba con la mano, qué tanto me ves, güey, aún tengo sueño. Desayunaban y antes de irse a trabajar a los viveros él la conducía hasta el departamento del mercado Izábal. Ahí volvía en la tarde, comían, cenaban, se quedaba a dormir con ella.

Cuando no se veían, él le marcaba en la noche buscando sonar ligero y casual; ella a veces le contaba entre risas episodios de tal o cual época de su vida en el De Efe, pero en ocasiones la llamada era breve: ella sonaba seria, decía lentamente las palabras, temiendo acaso propagar por la línea los grumos ácidos de su voz multada. Es que escribí bien poco, decía muy mansamente antes de colgarle, mañana a ver si sí nos vemos…

La otra esfera —muy disminuida y casi lánguida— era la hija, Irlanda. Le llamaba él todos los días a media tarde, en algún momento antes de su hora de salida del trabajo: una llamada rápida, sólo para ver que estés bien, mijita…

—Estoy bien, pa.

—Come bien.

—Como bien.

—Cuídate mucho.

—Tú tambor, pa.

—Me saludas a tus abues…

—Yo les digo, bai.

Él pasaba a casa de los exsuegros el sábado, cargado de bolsas del súper, con verduras y frutas, una caja de cereal, pastas de sopa, puré de tomate, huevo, leche. Luego de poner todo en la cocina, salía con su hija a recorrer los poblados pasillos de Fórum o de Plaza Fiesta, compraban el devedé de esta película, una camiseta, aquel par de tenis, iban a cenar en algún sitio. La dejaba de vuelta con Nanapach hacia las nueve y media.

—Cuando ya se harten de esta mocosa me dice usted con

confianza y me la llevo de las greñas —fingía cara seria al despedirse.

—Ya, padre —ella subía los ojos, fruncía la boca—, te estrenas con tus bromas, no eres gracioso…

—Ni pensión hay, muchacho —llevaba la mujer su mano al cabello de la Irlanda—. Se porta adorable esta hermosura… Que se quede aquí otros diyitas…

—¿Y sí has regado mis plantas por lo menos? —el gesto de la niña podía ser desconfiado e impaciente.

—Uy, sí, claro… ¡Mis plantas, mis plantas! —el hombre imitaba, burlón e infantil, la voz de la hija—. Es lo único que extrañas de Orquídeas, ya voy viendo…

Pegando con el pie en el piso, ella se daba media vuelta sin decir más.

A finales de agosto, ya cerca del regreso a clases, Nanapach le habló al Rivas por teléfono. Aprovechaba que la nieta había salido a un mandado a la calle, llevada por el abuelo. La mujer quería decirle dos cosas:

—Una es que ya le bajó la regla. Es toda una señorita. Lo otro es algo que ojalá no te moleste. No se anima la pobre chamaca a pedirte permiso de seguir más tiempo aquí con nosotros. Ahora que inicien las clases…

—Ah, caramba.

La niña seguiría estando bien cuidada, pues los dos abuelos, ya jubilados, tenían tiempo de sobra. El Rivas podría venir por ella en las mañanas y llevarla en el carro a la escuela. Ellos se encargarían en la tarde de ir a recogerla a la salida de sus clases, así no tendría él que moverse del trabajo a mitad de la jornada.

—Le ha hecho bien estar aquí. Somos también su familia… Pero es tu hija y tú tomas la decisión.

—Deja de pagar esa renta —le dijo esa noche a la Oralia.

—¿De qué hablas, Rivas?

—De tu departamento. Así no te acabas tus ahorros.

Habían cenado en la calle, llegaron a Orquídeas e hicieron el amor en la sala. Estaban acostados sobre la alfombra, él tenía la cabeza sobre el hombro de ella, que jugaba no sé qué juego en su celular.

—Tráete tus chivas, tráete tus libros —dictó el hombre—. Hay espacio en el clóset para tu ropa. Te encierras a escribir en el cuarto que era de la Irlanda.

Ella movió el cuerpo a un lado, se le quedó viendo con gesto de atiesar las cejas, rozando en el recelo. Sintió que las venas del cuello le latían con rigidez. Apretó la frente. Jalando aire, movió la cabeza a

los lados.

—¿Quieres que me mude contigo, neta? ¿Y la niña? ¿Qué pasa con tu hija? —la voz le temblaba, buscó sonreír pero sólo se le fue esbozando una mueca baldía—. Me va a odiar: ni siquiera la conozco y ya me estás pidiendo que le quite su cuarto…

—¡Vaya que tienes prisa! —subió la voz Narsia el martes siguiente en el café al escucharlo—. ¿Y cuándo se muda contigo?

—El sábado.

—O sea que la vas a meter a tu casa —la mujer se frotaba las sienes con la mano izquierda— ¡y ni me has conseguido su hora de nacimiento! Les tengo que hacer la sinastría, ver si te dejo en buenas manos ora que me vaya…

Él tomó el celular. Mientras oprimía los botones, Narsia se puso de pie rumbo al baño. Cuando hubo regresado a la mesa, él le extendió una servilleta con el nombre “Oralia”, tal fecha, tal hora, el nombre de un hospital en esa misma ciudad.

Esa tarde —él iba saliendo de su cubículo en los viveros—, Narsia le marcó al teléfono.

—Ya tracé la carta de tu pioresnada. Ya la cotejé con tu propia carta. Es fácil entender por qué se atraen tanto. Por su emplazamiento y sus aspectos, la Venus de Escorpio de ella está ni mandada a hacer para ti, y viceversa. Sus cuerpos están hechos el uno para el otro. Lo demás, qué te digo…

Él cerró los ojos.

La cabeza empezó a zumbarle. Esta oleada de ratas con fiebre le subió desde el pecho y daba vueltas furiosas en su cerebro. Temblando, alejó el celular de la oreja; la voz de Narsia era un sindicato de murmullos que sin llegarle a los oídos lo hacían sentir amenazado. Se llevó la otra mano a la cara.

A mitad del mareo, creyó que se le doblaban las rodillas.

Tomó asiento en la banca.

—Narsia, espera… —respiraba fuerte.

—Así que disfruta del placer mientras no les caiga encima el amor, que los hará hacerse pedazos…

Se tendió el silencio.

—¿Sigues ahí, mijito?

—Aquí ando —jadeaba—. Madre mía, ¿qué debo hacer? No soy un perro callejero…

—¿Qué quieres…? No soy yo, mijo. Son los astros.

Él carraspeó ruidosamente, luego se quedó callado. Al ponerse de pie, traía en las articulaciones una sequedad de arena triste. Los oídos

le seguían bramando.

Esa tarde no fue a ver a la Oralia.

37

Era un lugar lleno de frío.

O no era el lugar aquello frío.

Era esa tela mojada lo que de modo hostil se le iba enfriando en torno de la piel. Se le pasmaba todo su cuerpito y el aire en torno suyo parecía volverse barda de ladrillos de hielo.

Transcurrían los minutos y las horas; pero ella ni cómo sabría qué eran los minutos, qué las horas.

Lloraba. Y al no tener respuesta de la voz ni del cuerpo aquel antes tan suyo y que ahora iba y venía de la cocina y la sala al cuarto sin quedarse más tiempo a su lado, ella comenzaba a hipar, sentida; en algún instante se dormía y al volver con miedo a la blanda luz de la vigilia otra vez el llanto le nacía. Ahí, recostada en la cuna, luego del frío en la tela venía la piel rozada, se le iba la terca mierda resecando en la ingle y las nalgas. Venía pronto la abismal hiena en la parte superior del abdomen, los dientecitos de esa profunda hiena propia le iban royendo y con hambre le acababan por abrir un volcán de angustia en el estómago.

Qué otra cosa sino llorar podía. Podía llorar sin término; le salía primero el caudal agudo de la voz, luego toda ella rugía desde el lodoso asiento de la inconsciencia. A veces venía rumbo a su breve cuerpo la voz del cuerpo aquel: a veces venían los pasos del cuerpo aquel de blusa guinda y bermudas con su olor a ajos tostados que la tomaba entre sus manos: No te puedes quedar callada tú, jodida escuincla, a cada rato estás friegue y friegue. Cosas decía más tarde el cuerpo aquel, ahora de playera azul marino y olor a caldo picante de mariscos: Y del cabrón de tu padre, ni sus luces, déjame en paz. Luego de las palabras el cuerpo volvía a dejarla ahí en la cuna, salía llorando, azotaba la puerta. Quién te crees pa estarme chille y chille, a ver quién le hace caso a tus berridos. Era entonces para ella la muerte. No soportaba más los dientes de ruina de la hiena recóndita. Le corría por el cuerpito la última sangre de la sangre; le corría por los

nervios un sonoro fluir de rojos vidriecitos pues nadie ahí le decía en el idioma tierno del tacto y del latido no vas, nena, a morir, no desaparezcas. En cada relieve del sentir parecía írsele grabando el miedo a que todo terminare por el frío y el hambre.

Era la pura agonía.

Arrepentido, volvía el cuerpo aquel de camiseta amarillo huevo, era esta vez olor a vino en el aliento: Tú no tienes culpa de nada, nena linda. La erguía entre sus manos: Tu pobre mami sufre tanto, ya no sé qué hacer con esta vida… La llevaba a su pecho; seguía la niña llore y llore contra el pecho, pero ahora más pausadamente, le entonaba la madre una canción de cuna… y poco a poco el latido del corazón adulto la iba silenciando.

Sabrá Dios cuándo la tela mojada en la piel por fin desaparecía. El líquido dulce de un blancor sagrado entraba por su boca para ablandar los dientes amargos de la hiena. Se secaba el río de vidriecitos y no la asaltaba ya el fluir de la ansiedad en cada nervadura bajo la piel; hasta que volvía el ciclo a empezar al día siguiente y como rival volvía la garra del frío contra su piel.

Así aquellos días que ahora no recuerda.

Un día llegó gimiendo el hombre aquel. Traía sangre en la manga izquierda de la camisa, a la altura del hombro, en el pantalón también. Llorando pedía perdóname, chiquita. Se le torcía cada palabra al nacer por culpa de una lengua entontecida, lenta. La mujer dejó a la niña en el corralito, al lado del sofá. Luego de caminar hacia la puerta, le gritó al hombre, le estrujaba los brazos. Él dejó emerger quejidos, ella lo jaló hacia sí al tiempo que hacía chocar los dientes, evitando que brotase cruda su espiral del insulto.

Ya no se escapaba el hombre aquel desde ese entonces. Nada de parrandas finalmente; todo era concentrarse en la casa, no perder el empleo, rehuir la bebida. Se volvió un esposo tal cual lo había pedido siempre la mujer aquella. Acabó —redactando en las noches— su tesis de maestría, al tiempo sacó beca y se lanzó al doctorado. El susto de esa noche en que por andar borracho queriendo cruzar el bulevar Madero en la esquina con la Obregón casi lo mata aquella troca le había puesto en el alma del pie una atadura. Traía el hombre un domado brillo saturnino cada vez más espeso en la mirada.

La mujer se la vivía siempre en casa: hacía el huevo con jamón o con chorizo para el desayuno; albóndigas, entomatadas o algún día hígado encebollado para la comida; avena o arroz con leche de cena. Lavaba los trastes apenas acababan de comer en tanto oía melosas

canciones de Pandora o de Daniela Romo. Bañaba a la niña por las noches, le jalaba sin dulzura los nudos del cabello al peinarla para hacerle colitas antes de llevarla al kínder o ya después a la primaria; le lavaba a mano las calcetas y las pantaletas en el lavadero. Siéntate bien. No subas los codos a la mesa. Te acabas la zanahoria y las calabacitas. No quiero que me salgas toda desnutrida.

El añejo río de vidriecitos volvía huracán de cuando en cuando al cuerpo de la niña. Por ejemplo, en las noches. Tendría siete años cuando aprendió la intimidad de la palabra *insomnio*.

—No puede ser, chamaca —le pasó la madre los dedos por la mejilla—. Estás bien plebe. Eso es asunto de gente grande. A dormirse, qué.

Era cosa común quedarse sola en su cuarto, apagada la luz, viendo en la sombra esa puerta que la madre cierra luego del beso de las buenas nochecitas. Pero la piel profunda de la noche sin piedad se estira. Cada ruido emerge del aire opaco y se dilata por las brumas hasta entrarle hosco en los oídos. Un agua penosa bulle en su pecho; le vibra en cada arteria un caliente ejército de agujas y eso le pone los ojos muy abiertos, le pone la mente toda tensa, inclinada hacia aquel presente rígido que nunca concluía. ¿Cuánto duraba, por qué duraba tanto ese silencio? No sabría decirse cuándo por fin se hundía en el sueño. Despertaba sabrá Dios a qué hora de la madrugada. Venía de la calle el ruido de una llanta al reventar, la sirena de aquella ambulancia fantasma, los ladridos de algún pobre perro temblando de miedo en la orfandad de la negrura. Y por eso qué batalla era el despertar al día siguiente; con qué lodo reseco se le entiesaban las coyunturas del cuerpo y en la escuela tenía siempre el cuello pesado; el dolor de cabeza se sentía estaca de fierro rasgando la pared del cráneo y el día arrancaba como un día de plomo más plomo que la noche.

Se la vivía bostece y bostece.

—Y en la secundaria fue cuando mi padre tuvo depresión. Depresión clínica, no cualquier cosa. Ya tenía tiempo que había obtenido el doctorado. Le dieron a partir de eso un superpuesto en la coordinación general de asuntos tarugos de la Autónoma, empezó a ganar su buena lana, pero… con la depresión se fue hundiendo poco a poco. Estuvo con incapacidad no sé cuántos meses. Así como lo ves, él está medicado. Y las pastillas le cambiaron el carácter.

—¿Tu madre qué hacía?

—Se volvió su enfermera de tiempo completo. Sólo había sitio para un paciente, y ése era él. Dejaron de verme. El lugar que me dieron

fue el de un estorbo, el de la floja, la renegada; poco menos que un fantasma. No podía hacerles ruido, no podía pedir un centavo para ningún capricho porque cómo se te ocurre ser tan egoísta, y ay de mí si sacaba por debajo de nueve en la escuela. ¿Quería ir al cine con mis compañeritas de la secu? Qué hija tan desconsiderada, ¿no veía que mi pobre padre estaba pasando por una oscurana de infierno y yo de frívola queriendo ver un churro de Hollywood? Si me enfermaba de cualquier cosa, luego luego me ponían en duda, como si sólo quisiera llamar su atención. Ni de mis cólicos podía quejarme. No sabes: fueron años áridos, de espantosa sordera, todo se había vuelto una pared ante mis gritos. Y es en esa edad cuando más ganas te dan de hacerte oír…

—¿Por qué no tuviste un hermano? Te habría hecho compañía…

—Ay, Rivas. De dónde se te ocurre. No quiso mi apá nunca. “Son bien caros los hijos”, le decía a mi madre, “¿qué quieres?: ¿otro hijo, o un doctor por marido?” Mi mamá tampoco tenía muchas ganas. En todo caso fue mejor: con haberme echado a perder a mí ya era suficiente. Él es abstemio a la fuerza y su neurosis la saca en su papel de resentido perpetuo; la otra se la vive cobrándole al mundo con sus chantajes el solo sacrificio de respirar en beneficio íntegro de su marido. Si el oficio de papás fuera pagado, los dos se habrían muerto de hambre antes de que yo alcanzara la edad de la razón.

La voz de ella subía de tono. Salía ríspida dejando oír un cauce de agravio. De repente, se callaba. Veía al Arsenio, lo veía con mirada punzante. Ambos se hallaban recostados en la cama, o en la sala sobre el tapete; él alargaba el brazo y le cubría el abdomen, le daba un beso en las sienes. Temía, de no hacerlo, incumplir una labor de ternuras agrias, un pacto del que se sabía firmante pero que habría querido evadir: le resbalaba por el pecho una sucesión de arenillas al verla cerrar —sonriente— los ojos, igual que el escuincle satisfecho de que se le consecuente la rabieta. ¿Por qué lo sentía así?

Ocurría pocas veces; de algún modo, él se temía en un forzoso examen donde lo solidario, aunque hueco, era de mayor relieve que lo sincero. Se sabía mezquino, se hallaba falto en compasión, ¿no que la quería bien bien?, ¿por qué traía esa resistencia a darle el mínimo consuelo? De haberse auscultado con dureza, habría de aceptar, llanamente, que la envidiaba: ella hablaba, ella contaba, ella lloraba su pasado sin pudor, segura de que los términos de este nuevo vínculo con él habrían de incluir no sólo el sexo sino el acompañamiento de un oído y un cuerpo sensible. Mientras, él decía bien poco de sí y de

sus ayeres: intimidado y tieso, con la pira callada de vergüenza y desconfianza calcinándole las vísceras de antaño, no se atrevía a contar gran cosa de la enfermedad y muerte de su madre ni de los pleitos agrios con su papá. Sólo cosas escuetas y rápidas: nombres, edades, fechas.

Desde aquella vez del Casino de la Cultura y el escándalo de Félix Cuervo sobre la República de Tlashcala, él no había vuelto a ver a los padres de la Oralia. Ella iba a visitarlos a su casa en la Chapule, allá comía una vez a la semana. Él no esperaba ni pedía ser invitado, de la misma forma en que nunca había expuesto la idea de que su hija y la Oralia convivieran. Luego de la mesa redonda en que los presentó y aquéllos actuaron tan fríamente, la joven se había quedado sin ganas de hacer coincidir a padres y novio: temblaba al pensar en qué dirían de volver a verlo, cómo le harían preguntas insidiosas, de qué modo habrían de mirar su caspa, los ojos hundidos, sus dientes amarillos, ¿y ya estuvo usted casado entonces, amigo Rivas?; dicen que divorciarse es señal de inmadurez, no es que sea su caso, pues ya va a cumplir cuarenta, ¿qué edad dijiste que tiene tu novio, mijita?

Aquel día de finales de septiembre, al despertar, vio el Arsenio el hombro desnudo de la Oralia, su cabello regado sobre la almohada como hilitos de brillante petróleo. Era martes —recordó—; una punción en el pecho le hizo cerrar los ojos arrugando el entrecejo y la nariz. Sería hoy, este martes mismo, el último día de Narsia en el café. Última vez que se verían…

—¿Sabes, Paks? —soltó en voz alta. Vio que ella seguía dormida. Querría estrujarle los hombros para despertarla, querría decirle en un susurro: “No tendría por qué importarme gran cosa”. Siguió ahora en su mente, sin abrir los labios, con la soltura que le daba el saberse no escuchado: “Es raro, Paksi, es raro ir a ver a alguien sabiendo que es la última vez que…”. Lo siguiente sí lo pronunció, como urgido de darle consistencia a su pensar—: No sé qué ocurre.

Los caminos de la vida
no son como yo pensaba,
como los imaginaba,
no son como yo creía…

Al escuchar aquellos versos que venían de la calle, se dejó invadir por el amasiato dúctil y coqueto de las vibraciones del acordeón y el

rasgueo de la guitarra. Se le llenó el pecho de un agua dulcemente lánguida. La quijada se le quería soltar, guiñó temiendo ceder al bochorno lívido del llanto: pues cuántas veces no escuchó esas estrofas durante sus primeros años en el periódico, allá por el 95 o 96. Luego del cierre, cuando ya noche cansado por la jornada en la redacción llegaba a su depa, una cantina a media cuadra seguía abierta. Desde la ventana, mientras se iba desvistiendo, recibía fuerte la música, si bien a veces los borrachos por cualquier cosita armaban una frasca de pleitos y voces coléricas. “Los caminos de la vida”, en la versión original de Los Diablitos, sonaba desde la cantina una y otra vez. La voz llorosa del solista estiraba la palabra *vida*, luego los verbos *pensaba*, *creía*, y el Arsenio atiplaba su propia voz para escoltar los versos que hasta la víscera lo estremecían.

> Los caminos de la vida
> son muy difícil de andarlos,
> difícil de caminarlos,
> y no encuentro la salida.

No ponía atención en lo demás de la letra. Eran esas dos estrofas las que de modo irreflexivo se aprendió de memoria, y al día siguiente sin fijarse las andaba una y otra vez tarareando.

Cuánto tiempo que no las escuchaba. El sonido vendría de un auto detenido afuera de la casa de al lado. Viendo sin ver la blancura del techo, el hombre fijó la tirantez entera de su cuerpo: los sentidos tensos en el solo acto de percibir seguían la canción. Ya que volvieron a escucharse las dos estrofas preferidas, la tibieza de esas lágrimas que recorrían sus mejillas le dejó una sensación de respiro, como si se hubiera librado por momentos de una obstinada y furtiva exasperación.

Cuando el auto hubo arrancado y sólo venía de la calle un rumor sordo, el Arsenio abrió los ojos, sonriendo. Estrechó el cuerpo de la Oralia, pasándole el brazo derecho sobre los senos. Recargó la cabeza en el hombro desnudo. La empezó a lamer. Ella soltó una risita. Él levantó la mirada: ella dormía como un ópalo que sueña, dejaba salir en intervalos un gemido alegre, luego se reía al modo de una esfinge incomprendida y volvía al silencio. Él le siguió lamiendo el brazo. Cuando le llevó la mano a la entrepierna, ella se dio media vuelta, mostrándole la espalda.

Despechado, luego de ponerse de pie, el hombre se metió a la

regadera.

Llegó esta vez tarde Narsia a la cafetería. Traía la cara muy pálida, hondas ojeras, soltó al verlo un desganado murmullo. Con la bolsa azul prusia colgándole del brazo, se quedó de pie como si examinara las mesas del café en busca de un rostro que no aparecía. Le puso a su amigo la mano en el hombro. ¿No había ordenado aún? Mejor salgamos. Él alzó la mano en dirección de la mesera, dibujó una firma en el aire y luego de sacar el billete de cien pesos lo dejó al lado de la taza.

Entraron a los viveros.

Ella le contó. No quería otro café; había dormido mal y luego de hacer taichí acompañó el desayuno con dos tazas de expreso. Pasó algo que, bueno… Su hijo, Rodolfo, le había hablado ayer desde Praga: discutieron. El desgraciado no viajaría al país esta semana, no viajaría sino hasta fines de año, podían —dijo el cabroncísimo— encontrarse en diciembre en la Ciudad de México. Eso le propuso. Había cancelado el viaje tres semanas atrás y apenas ahora le contaba. Así de aéreo y de glacial: hasta se asombró de que ella se enojara, de que le recriminase la escasa consideración.

—“¡Son sólo dos meses, Narsia!”, me dijo el descarado.

—¿Así te dice? ¿“Narsia”? ¿No te dice amá o madre por lo menos?

—Ay, no, cómo crees; nunca dejé que me llamaran mamá, ni mami… Yo no me llamo así.

Ella no le había contado nada entonces a su hijo del plan que tenía de viajar a Lisboa. No le contó de su arritmia, por supuesto. Al colgar tuvo la sensación tan relámpago y al mismo tiempo tan piedra de que no volvería a hablar con él, su primogénito.

—¿Y por qué no le llamas cuando estés en Lisboa? De Praga puede tomar un avión en fin de semana, sirve que pasean por las orillas del río ese…

—¿Ya para qué…?

En cualquier caso, ¿ella quería estarle rogando?

Nunca había sentido eso que llamaban el instinto materno. Tantas veces observó, impávida, a mujeres que se derretían viendo babear a sus mocosos cuando hacían la gracia más insulsa. Ella no, por lo menos no de ese modo tan animal. Sí vivía la ternura, claro, pero… Era un chantaje: cuando por sus errancias y sus escapadas la tachaban de fría y de malamadre sentía como si le colgaran un yunque del corazón, obligándola a encorvarse, a jalar más pedregoso el aire. Y se enojaba. Sí supo de cuidados: cambiaba pañales, hacía biberones, les canturreaba, los cargaba contra su pecho; pero, a como

crecían, ella, cada vez, había querido estar en otro lado, tener otra vida. Trabajar, leer, dirigir, dar clases, estudiar química, acupuntura, tarot, la cábala o viajar a la India, eso sí, cuánta energía le despertaba, cómo se le inundaba el pecho de una emoción caliente. Ser mamá, ¿qué mérito había en ello? Sólo porque la suegra, doña Nati, la suplió siempre en el papel de porrista del Rodolfo y el Adrián —ya le había contado de esa buena mujer, ¿se acordaba?— fue que este par de escuincles habían crecido con una figura más o menos materna.

Llegaron a la oficina del Arsenio entre los árboles.

Ella le puso en el hombro la mano derecha. Cubriéndose los ojos con la otra mano, elevó la mirada hacia las copas de los sauces. La luz de ese octubre sin fin y sin castigo era una cortina de luz ferrosa que fijaba la reciedumbre del día en todas direcciones. A lo lejos se escuchó el rugido del motor de una camioneta, luego la voz aguda de una joven que vendría de la entrada sur de los viveros: “¡Farid! ¡Farid! ¡Ya sal de ahí, tramposo!”.

Sacó Narsia de la bolsa un anillo que tenía montada una piedrecita de centelleos malvas y rosáceos:

—No te lo quites —y se lo puso al hombre en el anular de la mano derecha—. Me lo regaló una amiga rusa que conocí en un áshram de Pondicherry. Es una rubelita, así se le llama a la turmalina de este color. Sigues extraviado, ¿te das cuenta? Ojalá y este anillo te ayude a salir de ese laberinto que sigues confundiendo con la vida.

Él extendió la mano. La piedra brillaba dejando salir el fulgor manso del aleteo de una mariposa exhausta.

—Hasta aquí llegamos, mijo —Narsia dejó caer la palma derecha en el pecho del hombre—. Nos tratamos poco tiempo pero te quiero mucho.

Él se inclinó y le dio un abrazo.

—La vida es agria por vocación —dijo ella—. Por eso, como dicen por ahí: ni temas a la mar ni esperes puerto.

Él traía un tumor de aire sucio en la garganta. Ella iba caminando, sin volver la vista, por el sendero de las amapas; la luz del sol hacía brillar de modo más vibrante el azul prusia de la bolsa.

Cuando él se metió a su oficina, tomó asiento, se llevó la mano izquierda a la altura del pecho. Creía sentir bajo la piel glaciales truenos que le hacían zumbar las sienes.

38

Pasaron los días, no supo más de ella.

Le habló la noche del jueves por teléfono; la línea ocupada.

Le habló el viernes temprano, cuando ella —pensó— no habría salido aún al aeropuerto; el timbre estuvo suene y suene. Le dejó un mensaje grabado en la contestadora.

—Nos despedimos ayer, fui a su casa, tomamos café turco —contó la Alma Delia cuando él le habló por teléfono esa mañana de viernes—. No quiso que la acompañara al aeropuerto. La vi muy tensa, sí… Nos dimos un abrazo bien fuerte y muy largo. Y, claro, me regañó por llorar…

Él se hallaba esa noche en un quinto piso. Era la oficina del licenciado Miranda, hombre alto y nervudo, de barba espesa y lentes. Los dos iban de traje y corbata. La oficina era amplia; se veía al fondo el ventanal y entre la luz opaca del atardecer se dibujaba fila tras fila de árboles y, contra el cielo, nubarrones mucilaginosamente grises. Abierto de par en par, el portón daba paso a la terraza, a un lado y otro había macetas: un tronco de Brasil, con sus alargadas hojas de contornos amarillentos y blanquecinos, la verde melena de la bromelia —sucesión de capas de hojitas en forma de redondas islas diminutas—, las duras e impositivas hojas del crotón, que iban del rojo ladrillo al verde pálido al amarillo piña. Abstraído en las plantas, él había dejado de escuchar hasta que el licenciado le tronó los dedos y se puso de pie. Le pidió seguirlo a la terraza. Se palpó el Rivas los bolsillos del pantalón, ¡no traía consigo el celular! Se inquietó; temía que le hablara pronto la Irlanda.

Llovía.

—Loco, escucha bien —le ponía el Miranda el índice en el pecho—. Ya deja de hacerte el desentendido. Tienes que compensar a tus viejos. El Farid te puede guiar al camino correcto —ahora lucía el Miranda una hendidura sanguinolenta en la mejilla izquierda. No lograba el Rivas entender lo que el hombre decía; agachó la mirada y

se vio desnudo y descalzo, el otro lo empujaba con la mano a la altura de la clavícula y él resbalaba hacia atrás.

Sintió mucho frío a como los pies resbalaban por el agua y el suelo liso.

De repente, la raya del ruido agudo le cruzó los oídos, se fue la lluvia del sueño desvaneciendo.

Cuando al fin despertó, seguía en la sala el teléfono sonando. Sin ver el cuerpo de la Oralia en la cama, dejó atrás el frío del aire acondicionado en el cuarto y en la sala lo recibió el calor. Al pie de la puerta de salida a la calle se veía la línea de luz que otorgaba a las formas el siniestro cariz de posibilidad, de vacilante inminencia, como si merced al camino fijado por esa luz tan breve podría toda la noche absurda del exterior invadir sin lástima la sala. Tomó la bocina.

—Mijo, perdona la hora.

Como si una descarga lo sacudiera, el marasmo gris del sueño se le disipó en el acto.

—¿Dónde estás?, ¿qué horas son?

—Aquí, mijo, en la casa…

—No entiendo —le zumbaban los oídos—, ¿perdiste el vuelo? ¿Sigues aquí en la ciudad?

—Aquí sigo, Arsenio. Son las tres y cuarto. Me urge que vengas.

Él prometió salir en chinga.

—¿Te llevo algo? ¿No ocupas nada?

—Nada. Sólo que vengas.

Apenas hubo colgado, le subió un ajeno huracán desde el nudo ansioso de las vísceras. El corazón le latía con mucho susto.

Robirosa había atendido por años cada achaque de los papás de Narsia. Cuando ella volvió al valle luego de vivir tanto tiempo en la capital del país, se dedicó a traer y llevar a los viejos de su casa al consultorio. Así, en el año 91, la profesora de teatro conoció al geriatra.

Calvo y de ojos diminutos, de nariz aguileña, mentón pronunciado y mueca de entre sarcasmo y hastío, Robirosa daba consulta en su vieja casa porfiriana de balcones enrejados, techos altísimos y patio al centro, en que echaba sombra un formidable naranjo. Había en esos espacios, pues, la sensación de larga frescura, lo que era un vislumbre inesperado en el centro de la ciudad seca y calurosa. El hombre se volvió, a partir de la muerte de Sebastián y Esperanza, el médico de cabecera de Narsia, aunque en aquel entonces no se creyese ella aún, para nada, cerca de la senectud. “Nos caemos bien porque tienes la luna en escorpio”, le dijo ella una vez. “De esas lunas

yo no diagnostico nada", respondía él mostrando los dientes en burla amistosa: "Me caes bien porque eres una paciente sensata y dócil, aunque después de los cuarenta eso ya no es mérito".

Fue Robirosa quien el año anterior la había alertado de la arritmia. Ella voló en diciembre a la Ciudad de México, allá consultó a un cardiólogo, viejo amigo suyo y de su exesposo. Y nada: volvió al valle sabiendo que el diagnóstico original había sido preciso. Los dos médicos le instruyeron la fácil solución —podría vivir diez, quince años más con el marcapasos.

Osciló estos meses Narsia entre dos rivales pulsiones. Por un lado, el envión de irse procurando la despedida que la limpiara (que la aligerara); se iba deshaciendo de cuadros, libros, amuletos, plantas, piedras… Llamaba por teléfono a remotas amistades en la Ciudad de México, ofreció disculpas a cuatro personas —cuatro, y ni una más— a quienes, sabía, en algún momento había lastimado malamente, y escribió cartas a sus amigos en Francia, en Tamil Nadu, en Jerusalem o Catalunya: eran cartas serenas, adioses que no lucían nunca la palabra *adiós*. Frente a este ritual de despedidas, se oponía un temor: el súbito infarto insuficiente que la condenaría a la parálisis, a la vejez detenida en una silla bajo el cuidado de enfermeras malencaradas.

—Cambio de planes —le dijo a Robirosa el miércoles, al día siguiente de su último encuentro en los viveros con el Rivas. La mujer no había sacado cita pero esperó en el consultorio hasta que se hiciera un hueco en la agenda del médico—. No volaré nada a Lisboa. Acá me quedo, acá me ayudas.

El doctor dibujó su media sonrisa. Cerró los ojos.

—Y yo tan feliz creyendo que me había librado de ti —con la mano izquierda se frotaba la calva—. Pensé que en Lisboa, viendo esa gente melancólica, tú que eres una contreras profesional ibas a recobrar la alegría de vivir —luego de juguetear con la pluma entre los dedos se la colocó en la oreja, se le quedó mirando—. ¿Tiene que ser este viernes? ¿Y si le das otra pensada al asunto?

—Ni pierdas el tiempo, Abel. Es más: quiero que me acompañes. Que estés presente, hasta que no haya duda de que todo salió bien…

El hombre irguió la espalda. Luego de levantar las palmas de las manos, y haciendo sonar la voz grave, movió la cabeza a un lado y otro.

—Ni en sueños —carraspeó, evadiéndole los ojos—. Te doy tu receta —y ahora sí miró cómo Narsia subía la mirada hacia el techo, luego cerraba los ojos jalando el aire—. Paso a tu casa al día siguiente —añadió en tono conciliador—, yo me encargo de que en el

acta diga que fue infarto.

Él esperaba verla alegando, insistiendo, ceñuda. Luego de escrutar el mosaico leonado unos instantes, sonrió la mujer —era apenas la insinuación de una sonrisa que parecía hacerle cosquillas en la comisura de los labios— y dijo que sí se tomaba por su cuenta la dosis de pastillas.

¿De veras con eso bastaba?, insistió.

De veras.

¿No se iba a quedar en el viaje, paralítica o en coma?

—Nada de eso, mujer.

—Hacerlo yo misma, ¿sabes?, no me gusta. Me aterra afectarme el karma. Pero qué me queda…

—Ay, Narsia. Ya estás grandecita para seguir creyendo en esos discursos de jipis. Después de esta vida de mierda ya no hay más mierda.

—Ay, Abel. Si hablas así de tajante es porque te duele tanto saberte mortal, ¿no te das cuenta?

Al despedirse, Robirosa bajó la mirada, el ojo izquierdo le empezó a parpadear en un tic que Narsia, de ceño fruncido, no recordaba haberle visto.

—¿Sabes? A las seis y media de la tarde me tomé las pastillas. Ni me di cuenta de a qué hora me hicieron efecto. De repente había mucha luz, una terrible aurora. Me entró esta mezcla de angustia y de esperanza viva, una tortura deliciosa y áspera cuando me descubrí, de niña, en un teatro, ávida de que iniciara el espectáculo. Odiaba el telón porque no se movía. Cuando por fin se levantó, ningún actor aparecía… El escenario siguió vacío… De pronto la fría verdad se reveló: yo estaba muerta, pero seguía en una butaca del teatro. No sé cuánto tiempo pasé en esa espera. Después me vi en un anfiteatro, sobre las planchas había cadáveres resecos, despellejados, casi momias. Estiraban hacia mí los brazos como si pidieran ser llevados de vuelta al osario. Tuve mucho frío al descubrir que yo misma era uno de ellos y que ni en la fosa es seguro el sueño prometido, que la nada nos traiciona y todo, hasta la muerte, miente… La eternidad era eso: la amarga espera de un juicio final que nunca ocurrirá porque Dios, aunque exista, no juzga nada, no hace nada. Salí corriendo del anfiteatro. Luego soñé, no recuerdo… Algo más soñé, tenía que ver con un niño muy chiquito… Cuando desperté, ¡no sabes qué decepción! Ya me quería ver en el Nirvana, jugando ajedrez con el Satán, y ve…

El rostro de Narsia se veía enflaquecido, amarillento. Tenía un

camisón color hueso. Sentada con la pierna derecha sobre la rodilla izquierda, dejaba oír en la voz un filón de disgusto.

—Me mintió el muy sinvergüenza. Le he estado marque y marque —señaló la bocina que descansaba en el sofá—. Claro que no contesta. Ya supongo qué me va a decir cuando se reporte en la mañana, riéndose: me dio somníferos para calarme, para ver si no me arrepentía. Pero yo voy en serio.

—Eso puede ser, Narsia. O igual no quiere meterse en líos. Por una cosa así puede acabar con los huesos en el tambo.

—Ves muchas películas gringas. Eso no pasa en este país. Y no esperaría de él esos temores. Es geriatra. Casos terminales tendrá a cada rato, las familias le piden que las ayude a evitar largas agonías de sus viejitos… Él no es una persona débil, ni convencional. Pero la bruta soy yo, por confiar en un géminis. Ésos, y los piscis, son la cosa peor que se ha inventado…

—En cambio, los sagitarios somos un amor.

Ella lo vio con cara de no tengo paciencia para oír tarugadas.

Se quedó el Arsenio muchas horas, estuvieron platique y platique.

Del enojo inicial no quedaba gran cosa para cuando ya había amanecido. Se metieron a la cocina, él picaba la cebolla y el pimiento verde mientras ella batía los huevos en un plato hondo. En ese momento ella soltó el tenedor, puso la mano en la muñeca del Arsenio.

—No puede ser —y se llevó la palma derecha a la frente—. ¿Por qué me dijo “tres semanas”?

39

Lleva en los brazos ese niño tan pequeño. El mocoso tiene recios ojos de negro grafito. Es un bebé: patalea y llora. Ella debe consolarlo; mas no tiene biberones, pañales, papillas, nada. Lo escucha sin hacer que se sosiegue. Tararea una canción. El llanto no es furibundo; suena como un hilito continuo que se atipla a veces, cuando al bebé le gana el sentimiento.

Ella va saliendo de la cueva, en el costado de la montaña. Camina por la cuesta que asciende hasta un promontorio. Y al llegar ahí, ve a sus pies el valle todo lleno de cuerpos. Desde allá vienen gritos y aullidos, palabras de dolor, agudos lamentos y acentos de la ira resuenan por el aire sin estrellas, voces sordas y altas dan perfil a un tumulto que se esparce en los vientos del color de la tinta, una arena gruesa se eleva en torbellinos. “Es el Mar de las Almas”, escucha la voz grave muy cerca a sus espaldas. Al darse media vuelta, buscando a la persona que habría hablado, no ve la montaña ni la cuesta; no se oyen los ayes ni hay viento ni arena. Yo estaba ahora en la casa de mis padres, donde viví de niña. Era la voz de la Vitoria, venía de la cocina. Tan sólo de escucharla, el pecho se me inundó de un limo de tristeza, ¡cuánto la quise! Caminé hacia la puerta. La abrí un poco, no queriendo hacer ruido. La Vitoria se veía de espaldas. Parecía batir algo en la cacerola. “Aún no te dan licencia, entiende, chamaca terca”, me decía. “No puedes meterte al mar, no todavía.” Yo no quería verle el rostro. Me daba miedo. ¡Ella murió hace cuarenta años! Le toqué la frente al bebé, la tenía ardiendo en fiebre. “Tienes tres semanas pa curar esa preciosura”, me dijo la Vitoria con el tono de voz más hueco y resonante. Yo llevé la mirada al bebé y ya no tenía ningún bebé en los brazos. Era la cabeza de un cerdo ensangrentado. La arrojé contra el suelo, salí corriendo.

—No recuerdo más —dijo al fin en un murmullo en tanto se doblaba y al recargar la mano derecha sobre la repisa volcó el plato con los huevos revueltos. Irguiendo la mano pegajosa, soltó una

carcajada—. ¡Mientras más vieja más ñenga, mírame!

Tomó el Rivas un trapo y se puso a limpiar.

Cuando ya hubieron desayunado, se reportó Robirosa. Luego de escuchar en calma la hilera de enojos de la paciente, desde el otro lado de la línea le propuso recibirla el martes a mediodía. “¿Ahora sí te vas a portar como la gente decente, mugre coyón? Si no me ayudas verás que me ahorco en una viga y volveré como alma en pena pa espantarte a la clientela.” Colgó.

—¿Valdrá la pena ir a verlo al consultorio? —soltó en tono ensimismado—. Ya me falló una vez, ¿le creo de nuevo? —levantando la cabeza encaró a su amigo—. ¿Tú entiendes quién era ese bebé, por qué me dijo la Vitoria “tres semanas”?

—¿A mí qué me preguntas? La bruja que sabe leer las almas eres tú…

—¿Cuál bruja? —enarcó las cejas, frunciendo la cara—. Anoche me despedí de todo, Arsenio Rivas. Estas semanas hice mi meditación, ¿sabes?, de un modo que sólo había alcanzado, si te soy franca, en Madrás y en Lhasa, hace mucho… ¡Si supieras! Esa lucidez, y esa intensidad, ayer las sentí, ¿cómo decirte…? No te burles, ¿okey? Fueron liberadoras, en cierto modo, mansamente liberadoras. Supe que ya estaba lista. ¡Eso creí! ¿Sabes lo que es desapegarse de a de veras? Abandonas tu propio nombre como si fuera un juguete roto, sientes extraños los deseos pues ya no los sigues deseando. Te ocurre a menudo aquello que le pasa a los ángeles: no sabes si caminas entre gente viva o ya entre los muertos. Flotas en el presente como si fuera la espuma que recubre a la eternidad y en la que no tardarás en verte absorbida, pues sabes que la muerte no es el más allá del tiempo: es el nunca más en que todo se disuelve… Sé que te sueno esotérica, pero… Ay, mijo, ¿cómo puedo volver al mundo así como si nada? ¿Cómo podría ver las cosas otra vez en sus colores reales? Todo se siente desabrido, apagado… De este modo se habrá sentido el atarantado de Lázaro, ¿te acuerdas de ese pobre…?

El hombre la dejó al mediodía.

A partir de ese sábado ella dormía poco y mal. Le caía pésimo casi cualquier cosa que comía: padecía indigestión, reflujo, la hernia hiatal otra vez haciendo de las suyas. Cuando ya se había alistado, el martes, para ir a la consulta con Robirosa, tuvo que desistir: las rodillas le flaqueaban y le quería estallar la cabeza; salió corriendo al baño, vomitó. Llamó por teléfono al consultorio: el doctor prometió visitarla en la noche.

No ocurrió así. El Rivas le estuvo marque y marque pero el celular de Robirosa habría de estar apagado; las llamadas se querían pasar al buzón.

—Ha de estar en un caso de emergencia, déjalo; ya se reportará. Cómo culparlo; le da prioridad a quienes sí quieren vivir.

No fue sino hasta el miércoles ya noche que el doctor recaló en casa de Narsia; le pidió internarse en una clínica. Ella se negó; le decía lo que ya quiero, Abel, es irme, ¿no te has enterado?

Con antibióticos, suero y dieta blanda le respondía Robirosa.

Temprano el Rivas la visitaba luego de haber dejado a la Irlanda en la escuela. Volvía en la tarde, una vez concluido su día de trabajo en los viveros. Hallaba a la mujer de ojos caídos, chípil, quejosa, de mal humor o a veces ya decididamente airada. No quiero que me tengas lástima —le señalaba con el dedo desafiante—. No vengas a verme para creerte el buen samaritano.

Él respondía sonriendo, movía la cabeza de un lado a otro como si tuviera frente a sí a esta niña destemplada que suelta impertinencias por culpa de la fiebre, esa colonia de medusas raudas que le pasean a lo largo del cuerpo bajo la piel. Ella al rato se sentía mejor, empezaba por disculparse, yo no tendría tanta paciencia como tú con alguien como yo, mijo…

Él iba a la farmacia, o iba a la Ley por esto y aquello que se ocupara. Le hacía el consomé de pollo, asaba una pechuga. Le servía pan tostado, atole de arroz, manzanas cocidas, le hacía papilla de calabaza o de mango, le tenía llena la tetera con hierbabuena o manzanilla. Cada noche, antes de irse a Orquídeas con la Oralia, le ponía en la nalga la inyección.

El viernes de la segunda semana, cuando él llegó, a las cinco y media de la tarde, Narsia traía puesto el vestido verde olivo, se veía bañada y peinada. Leía un manual sobre el poder curativo de las piedras, sentada en el sofá. Apenas hubo cerrado la puerta, él recibió el olor grueso y ahumado del almizcle que desprendía la varilla de incienso. Reconoció la música: era un disco de aquel compositor brasileño que a su amiga tanto le gustaba. Se oían ahora en el reproductor los momentos finales de “Águas de março”, se alternaban palabras sueltas en la voz gozosa de una mujer y la ligeramente ronca de un varón.

Luego de sentarse en el sofá opuesto, él recargó la cabeza. Le vino el amago de un bostezo. Sonreía Narsia en dirección al ventanal con aire de quietud: era igual que si hubiese tenido cerrados los ojos muchos días y al volver a abrirlos pudiera ver las caras blandas de la

luz con gesto que lucía un algo de ligereza y otro poco de docilidad. Cuando la canción hubo terminado, vino del baño el ruido del agua en el excusado corriendo. Él abrió mucho los ojos, interrogó a Narsia con las manos abiertas. Ella se llevó el dedo a los labios. A como la puerta del baño se abría el hombre vio salir a la Alma Delia. Casi al instante creyó sentir por la estancia un olor a flor de almendro. “¡Por qué no me avisaste nunca, condenado!” Los ojos color canela de la mujer brillaban como los de una niña que acaba de ser testigo de esa exacta travesura que ella misma habría querido cometer.

Luego de abrazar al Rivas, la mujer se acomodó a la izquierda de Narsia en el sillón y le recargó su cabeza en el hombro. El libro estaba ahora sobre la mesita de centro.

Narsia miró al hombre.

Se veía inquieto: tensaba los ojos, escarbando en las derivas de un pensamiento intranquilo, al modo de quien no sabe cómo hacer frente a un imprevisto enojoso. Tuvo Narsia la impresión de que él quería decirle algo. Los labios, con todo, se le quedaban detenidos en un naciente abrirse.

Ella levantó las manos, como pidiendo paz o buscando acallar la ira de invisibles vigilantes. Él nada más sonrió mientras dejaba caer el cuerpo a su derecha. Se hizo el silencio.

A los pocos segundos iniciaron las notas de “Corcovado”. Narsia misma entonó en portugués, acompañando la delgada voz de Tom Jobim:

> Quero a vida sempre assim,
> com você perto de mim
> até o apagar da velha chama…

La Alma Delia le tomó las manos con la derecha, le dio un beso en el hombro sobre la tela.

Él soltó un bostezo, sin darse cuenta se fue durmiendo.

No se les volvió a ver en la cafetería de los martes.

40

Nada le decía el Arsenio de los planes a la Oralia.

La joven había con briosos ánimos venido haciendo breves incursiones en Sanalona, Estación Dimas, Eldorado, La Cruz… De mochila y bule lleno de agua, sonriente y de pelo recogido en una liga, salía muy temprano a tomar el primer camión para volver en la noche. Se dilataba a veces, sin embargo, un día más o dos y regresaba exhausta pero llena de historias y voces y apuntes.

Con sus peluches y pósters de bandas adolescentes de música pop, el cuarto de la Irlanda le había traído buena suerte.

Fluía por fin continua la escritura.

Los ojos le brillaban cuando, ya en la cama, al pasar los dedos por el mentón del Caqs a su izquierda, le iba diciendo de sus idas y venidas en aquellos lugares que en su infancia habían sido sólo topónimos sin ruidos ni gente ni color —no fueron sus padres dados nunca a salir de paseo, a escaparse y curiosear fuera de sus sitios citadinos de siempre—. Luego de bajarse del camión, ponía los pies en el camino hacia la plaza central, tomaba asiento en la banca frente al quiosco o al lado del puesto de nieves de garrafa mientras, estirando los brazos y las piernas, jalaba el aire en largas, lentas respiraciones, luego se metía al mercado o la parroquia y al poco rato le estaba sacando plática a las mujeres que atendían una tienda de abarrotes, la farmacia, la panadería. Con qué ligereza, con qué familiar confianza le salían las preguntas; sonreía y se recargaba en el mostrador, anotaba en la libreta, fruncía la boca en gesto de pensar, pedía y pagaba la empanada y el jugo.

Su tomo de crónicas habría de abordar la vida, el vacío, la sombra que dejaban tantos plebes de las rancherías que se fueron, de catorce, quince, dieciséis, al otro lado, que nunca volvieron o que igual y sí volvieron, a veces con lana —más bien poca— pero que en semanas o meses fueron muertos en una balacera o se les desapareció sin que nada más se sepa de ellos, enterrados en una

fosa múltiple o disueltos en ácido sabrá Dios en qué almacén. Los informantes eran familiares que aún hoy guardan colgada de una pared la foto en blanco y negro de ese joven serio y de facciones inmaduras, pelo corto y mirada recia, a quien le prenden una veladora y sobre quien hablan entre lagrimeos, sollozos y sonrisas de orgullo.

De seguir avanzando así en su libro, lo habría de acabar —juraba— allá por abril o mayo.

Para ese viernes 23 de octubre, llevaba la joven siete semanas sobria.

Había salido muy temprano. Él la condujo en el Tsuru hasta la central del mercadito Rafael Buelna, la vio subirse al camión, sentarse a la ventanilla, guiñarle el ojo izquierdo mientras sonreía con gesto plácido, risueño. Era la segunda vez que viajaba a ese lugar, Sanalona. Quedó de volver en la tarde.

Sin embargo, hacia el mediodía le envió al Caqsi un mensaje de texto: sus informantes —una mujer y su madre— ofrecían llevarla río arriba, al pueblo de sus orígenes ya del lado de Durango. Luego de comer habrían de subirse en una troca; eran poco menos de dos horas por el camino de terracería. Se planeaban quedar a dormir en aquel pueblo; ella volvería al día siguiente por la tarde a la ciudad.

Cuando a las cinco salió de los viveros, el hombre condujo hacia Las Quintas. Le latían las sienes. Al pensar en la Oralia volvía a emergerle un resuello febril y movedizo. Algo podía pasarle en esos viajes. Llevaban poco juntos; pero qué bien se había estado sintiendo él a su lado. ¿A qué se debían entonces el ansia y el hambre, el nervio y los temblores que lo seguían sacudiendo… como ahora? ¡Qué ahora ni qué ahora! No debes pensar en esas cosas. Estás bien con ella, punto. ¿O te engañas? ¿Lo exageras todo? Y era entonces que la aguja de plomo le punzaba por dentro del cráneo: él no le había contado nada de los planes del domingo. Si algo salía mal con la inyección, si quedaba Narsia con daño en el cerebro o cosa peor, ¿no se arriesgaba a que lo hundieran en la cárcel?

Era cosa fácil. El domingo a las doce él sólo tendría que extraer la jeringa de la envoltura, quitaría el capuchón, metería la aguja en el frasco, jalaría el apoyo para succionar ese líquido de un amarillo enrojecido casi parecido a la cúrcuma, sacaría el aire y luego de apretarle la mano o de murmurarle una palabra de blando adiós o de hasta siempre le pincharía a Narsia el hombro izquierdo, el hombro pálido y de piel reseca de una mujer de sesenta y ocho años. Lentamente, sin el menor temblor, sin ninguna inquietud, sin el resabio de ningún miedo, haría que el émbolo empujara esa sustancia de

sulfuro de hidrógeno que Robirosa compartió y que habría de hacer parar —¿cuánto tiempo después?— el quebradizo corazón de Narsia.

La mujer soltaría desde el puntal de la garganta un ruido seco, igual que el de pedazos de madera que unánimes se quiebran. Él sostendría su mano.

Después, haría las llamadas. Vendría Robirosa a levantar el acta. Llegaría la Alma Delia de ojos húmedos, buscarían la agenda telefónica de Narsia y habrían de marcar el número telefónico en Europa central, a siete horas de diferencia. Todo eso habría de suceder.

—Si no cambias de opinión, claro —se dice en voz alta.

Enciende el radio del Tsuru. Se detiene ante el semáforo en rojo. Una mujer rolliza y de pelo canucio cruza la calle arrastrando con la mano izquierda una arpilla de naranjas de diez o doce kilos. Casi al llegar a la banqueta, se para y voltea a su derecha con cara sorprendida: invadiendo los carriles de los autos, una joven de shorts blancos y camiseta guinda corre gritando. Viene seguida a dos metros por un muchacho gordo de pelo al rape, vestido de negro. El hombre da un salto. Alcanza a la joven, la jala del cuello. Ella le tira un codazo que le da en el costado, la mujer de las naranjas suelta la arpilla y le pega al hombre en la sien con la mano abierta. El bato da un giro y extendiendo los brazos cae al borde de la acera.

Se oye pitar el claxon de los carros. El Rivas tarda en acelerar. Cincuenta metros adelante, se orilla. Vuelve el rostro queriendo hallar a las dos mujeres, ¿qué habrá pasado con la bolsa de naranjas? En aquella esquina sólo cree discernir la figura negra del hombre encorvado que con la mano izquierda se sostiene en el poste mientras parece estar queriendo jalar aire.

Vuelve el Rivas la vista hacia adelante. Está por meter primera cuando repara en la voz del locutor que lee la pauta de noticias locales.

Se lleva la mano a la cara. Reportan tres personas muertas en otro enfrentamiento a balazos entre bandas rivales, los hechos ocurrieron pocas horas atrás en el restorán El Templete, ubicado frente a la presa Sanalona.

No dicen los nombres de las víctimas.

Voltea hacia la banqueta.

Mientras camina haciendo gestos de enojo, la mujer de pelo canucio le está recriminando o se está quejando de algo con la joven de camiseta guinda, quien lleva en la espalda la arpilla, ahora sin frutas.

41

Cuando Narsia le dijo por teléfono que acá seguía en el valle, que su hijo Rodolfo le había cancelado el encuentro y ella de tan postrada y achacosa no quiso tomar el avión ni ver a nadie todos estos días, la Alma Delia dejó todo y salió corriendo para abrazar a su amiga. La encontró de rostro enflaquecido, el ánimo apagado, la voz sin fuerza. La Alma Delia se había sentido, ciertamente, de que Narsia no le llamase esas dos semanas; la había supuesto en la Ciudad de México y luego en Portugal. Pero ya la conocía: podía aparecer y desaparecer sin dar aviso, ligera de equipaje. Lo que sí no entendía es cómo si estuviste enferma no me hablaste, ¡qué falta de confianza!

Luego de esa primera visita en que se la pasaron escuchando bossa nova y jazz y en algún momento se apareció el mismo Rivas somnoliento, la Alma Delia vino el sábado y luego otras dos veces, aunque a las carreras, quedándose sólo unos minutos: acababa apenas de entrar, entusiasta, a un nuevo trabajo y ahora tenía menos tiempo libre entre semana. Eso sí, le trajo la primera vez un ramo de blancas flores de inmortal y la vez siguiente una bolsa de corbatas y conchas que el Rivas y Narsia se comieron acompañándolas de té de cúrcuma y anís.

Además, la Alma Delia telefoneaba a diario.

Esta vez quería invitar a Narsia para ir mañana sábado al restorán de comida vegetariana que se halla a dos cuadras de los viveros. Ya iba anocheciendo; por las ventanas se colaba, sin vigor, la luz de las farolas. “Ando mejor, sí, mijita”, fingía Narsia su voz alegre. “Pero ganas de salir no tengo tantas. Tenme paciencia, luego nos veremos…” Apenas se hubo despedido, hizo caer la bocina del teléfono al piso, a un lado del sillón donde se había recostado.

Desde el umbral de la cocina, él la veía, meditabunda, sostenerse la quijada con la mano. La bocina en el suelo, a mitad de las sombras, parecía la marioneta que alguien arrumbara en ese sitio desde tiempo atrás. Tenía ella fija la mirada en la pared opuesta; ahí colgaba —

desentonando con las paredes ya desnudas y los libreros que lucían muy pocos libros— el póster de Shiva: un cuerpo adulto, firme, de piel verde menta, sentado en posición de flor de loto, la palma derecha abierta, el aura de un amarillo cadmio claro en torno de la abundante cabellera castaña, el tercer ojo en la frente, arbustos, montañas y el sol fulgurante a sus espaldas. “Quiero que esto encuentre mi hijo cuando cruce el Atlántico para venir a enterrarme”, había dicho una semana atrás, cuando el Rivas le preguntó a quién pensaba heredarle el cartel.

—Esa pobre te quiere como a su madre —dijo él en tanto sacaba un plato de la alacena—, ve a comer con ella. Mañana es el último día que te podrá enlistar las bondades del marcapasos…

—No… ¿Sabes…? —titubeaba—. Me da miedo…

Él había esperado una reacción cortante, propia de la mujer decidida a desoír, esa voz que no dudaba nunca.

—Me da miedo… estar a solas con ella —tenía los ojos bajos, humedecidos, le temblaba el labio inferior—. ¿Y si le termino contando…? Quiero decir, lo que pasó aquella noche con las pastillas que me dio Robirosa, ¡ya se están cumpliendo tres semanas! La quiero mucho. No me gusta seguir ocultándole las cosas. Pero no deseo lastimarla…

Él sostenía entre las manos el plato humeante que puso en la mesa. No entendía la paradoja: ella decía no querer lastimar a la Alma Delia, ¿y qué iba a sentir la pobre ingrata cuando el domingo él le llame pa avisarle?

Ella tomó su lugar frente a la sopa de verduras. Él sentía el corazón desazonado nada más de verla de cejas fruncidas y carente de afán meter la cuchara en el plato y luego soplarle al líquido. No había sabido de nuevos reportes sobre lo ocurrido en el restorán de la presa. ¿Y si la Oralia estuvo en El Templete a esa hora? ¿No debería él mismo mejor tomar el auto y salir a carretera? Mientras había venido conduciendo hacia la casa de Narsia le estuvo marcando, a la Oralia, desde el celular; una grabación le respondía diciendo el número que usted marcó se encuentra fuera del área de servicio. Tampoco los mensajes de texto tuvieron contestación. Se le ocurrió marcarle a su amigo Ceballos; al llevar la fuente policiaca del *Últimas Noticias*, él sabría sin duda qué había acontecido. Cuando el Rivas se estacionaba frente a la casa de Narsia, un mensaje de texto del Ceballos prometía devolver la llamada más tarde.

La mujer se le quedaba viendo al plato. Le caía el mechón en la mejilla izquierda. “Se me antojan unos buenos chilaquiles”, dijo.

—A cualquiera.

Apenas él jalaba la silla para sentarse, ella empujó el plato hacia el centro de la mesa. Antes de que el hombre algo le dijera, ella levantó la cabeza. Lo veía fijamente. Le apuntó con el índice: “Si has cambiado de idea…, pues ni modo, me aguanto, lo hago sola. Estás a tiempo. Lo entenderé”. Él bajó los ojos. ¡Por qué no mejor estaba en Sanalona! Quería balbucear algo; bajo la piel le corría una ventisca de grumos ponzoñosos, enardeciéndolo. “Mijo, no es malo sentir miedo, ¿sabes?”

Ya que jaló un suspiro, él le correspondió con el mirar rígido, forzado, pasando saliva. Últimamente el mal humor de Narsia, su pesimismo y su quebranto se manifestaban en indirectas o con fortuitos comentarios que rayaban —creía el hombre— en esa forma agresiva de la suspicacia. Él habría querido más de una vez esta semana tomar su gorra del perchero y azotar la puerta al salir, ¡a ver quién te ayuda, pinche maniaca! Le vibraba el mentón, sí, pero apenas veía el rostro enflaquecido de su amiga la ráfaga de grumos se apaciguaba y las húmedas ramas de un árbol muy joven se le esparcían en el pecho haciéndole olvidar todo arrebato.

—Qué miedo ni qué nada —hubo al fin de soltar—. Aquí sigo al pie del cañón, ¿no me estás viendo?

Ella jalaba de nuevo hacia sí el plato de sopa. Con la cuchara tomaba pedacitos de zanahoria y calabaza, sin el caldo.

—Esta chamaca encimosa —y señalaba con el pulgar izquierdo hacia el lado del sillón donde había caído el teléfono luego de hablar con la Alma Delia— no me ayudaría en el viaje del domingo: ya has visto qué ideas tan aferradas tiene —y hacía girar el índice derecho en torno de su oreja.

Aun sometido por la tiesura, él buscaba apurarse a sonreír. Mientras hablaba movía las manos, se llevaba los dedos a una mejilla, movía el salero de lugar en la mesa:

—Cuando la vi aquí el viernes me saqué de onda. Pensé que habías cambiado de opinión: “Esta Narsia sí se va a querer operar”, me dije: “por eso le habló a su alumnita querida”.

—Cómo se te ocurre…

—Ella anduvo con tu hijo, has sido su maestra desde hace tantos años… Es natural que te quiera ver vivita y coleando…

—No creo que sea cuestión de antigüedad. Es su temperamento, eso lo sé. Ella tiene tanta energía y su alma es tan lozana que no puede imaginarse que haya un punto más allá…, cómo decirte…, más allá del mismo decaimiento, que si lo cruzas… ya valió… Te sientes

como el explorador que ha descubierto aquella tierra fabulosa e incomprensible de la que no puede volver para dar noticia al mundo. No exagero, mijo… Vivir así ya no trae nada, no respiras por ver qué más traerá el día de mañana. Eso es: la palabra *mañana* deja de tener sentido. Ya ni siquiera es desaliento, ni desánimo. Es algo más cercano al vacío, una blanca fatiga de estar sin ser… A todo esto, ¿tú por qué aceptas ayudarme?

—¡¿Para qué preguntas?! —soltó el Rivas el manotazo en la mesa —. ¡No todo tiene que explicarse con palabras! —se puso de pie, le dio la espalda: se le movía la ventisca en forma de espiral de polvo entre las sienes, parecía venir subiendo de las cavidades del hueso petroso en la base más densa del cráneo—. ¡Qué ganas de chingar siempre…!

Ella se le quedó viendo, perpleja, pero luego habría de llevarse la mano a los labios al tiempo que, nerviosa, fingía sofocar la carcajada.

—¡He creado un monstruo! —estiró la mano como si desde esa distancia pudiera acariciarle el hombro, el brazo—. Perdóname por ser tan torpe… Tú eres periodista, ¿y ya te hartaste de las palabras? ¡Es buena señal! —se forzó a una sonrisa que hacía sonar falso su entusiasmo—. Yo estoy bien luria de que ya contestas como Dios manda.

Él frunció la cara. Engrosando la voz en tanto le esquivaba los ojos, soltó esa vez:

—Lo hago más por mí que por ti, Narsia.

Ella pareció no escuchar.

Ya que se hubo despedido, venía el hombre conduciendo de modo maquinal, viendo sin ver la calle, las trocas, el asfalto; el tropel de ruidos del mundo de afuera parecía atenuado por el rumor adulto del aire acondicionado. ¿Tendría sentido tomar camino a Sanalona? Ya era tarde, él era malo conduciendo en carretera, más aún de noche, ¿y si resultaba falsa alarma y tiempo perdido? Cambió el radio de estación. Sólo hallaba música y programas de chismes. A la hora del resumen noticioso, en Estados Unidos habían sido detenidas 303 personas vinculadas al grupo delincuencial de La Familia y el futbolista paraguayo Cabañas aseguraba no irse del América hasta no hacerlo campeón del torneo nacional.

Iba llegando a Orquídeas: al fondo, en la escuadra que forman las dos calles perpendiculares, la silueta frágil de la cica fuera de su casa recibía la luz de los postes eléctricos. ¿Qué pasaría con la Paksi o con su hija si él se metía en problemas por ayudar a esa loca? Se veía a sí mismo en su casa, domingo a mediodía, el celular silenciado, mal

colgada la bocina del teléfono fijo, queriendo distraerse con la televisión que habría de transmitir en ese instante el partido de los Halcones de Atlanta visitando a los Vaqueros de Dallas, y mientras en la pantalla Tony Romo lanzaba el ovoide por las alturas de un estadio abarrotado de gente vestida de azul y plata, en el otro lado de la ciudad estaría Narsia a su espera, tardando en dar salida a la decepción y la cólera al entender que él la había desertado. ¿Para qué aceptó ayudarla? ¿Era el morbo de tener una experiencia límite en su vida rutinaria? ¿Quería calmar su consciencia haciéndose creer que todo era un acto de compasión? Tenía —se dio cuenta— aferrado con fiereza el manubrio, como si quisiera romperlo. Estaba muy alto el aire acondicionado; había ahora en el carro una sensación de hielo que le entiesaba las narinas. Apagó el aire, abrió la ventanilla; frenó tres casas antes de la suya.

Es —se dijo— una cosa de compasión. Narsia de cualquier modo lo habrá de intentar; pero qué calidez sentía en el pecho al verse a sí mismo de bienhechor, de risueño ángel de la muerte…

No —se corregía—: no mientas, compasión de dónde.

Apagó el motor. El nuevo silencio le trajo vivos los rumores del rumbo: gritos, carcajadas, el runrún de una camioneta, los sones de algún acordeón. A su izquierda, por la mitad de la calle, pasó rodando la pelota roja de futbol, luego la alcanzó el niño de playera naranja en que se veía el dibujo de la rosada y redonda cabeza sonriente del cerdito Porky de las caricaturas. El niño tomó el balón entre las manos, dándose media vuelta lanzó un grito; de súbito lo vino a arrollar con las piernas otro plebe más alto, de cachucha blanca y quien al verlo en el suelo le tiró de patadas en el costado.

Pronto estaban los otros chicos separándolos.

—¡Cálmate, Brandon! ¡Ponte con uno de tu tamaño! —se los llevaron dos metros en dirección opuesta.

No podía quitar la vista el Rivas del rostro enrojecido y las muecas rabiosas del chamaco de gorra blanca, el llamado Brandon. Habría de tener catorce años. Vivía —recordó— en una casa aquí a dos cuadras, lo había visto varias veces; su padre era un médico urólogo que conducía un Jetta azul.

—¡Eres un hocicón! —gritaba el Brandon al niño de la camiseta de Porky—. ¡Ni la puta de tu madre va a querer ver tu cara hecha pura cuacha como te la voy a dejar! —y se zafó de los brazos que lo detenían, le dio al otro plebe con el puño derecho en el rostro.

Se bajó el Arsenio del Tsuru. El aire caliente se le pegaba a los poros de la piel. Luego de palparse los bolsillos del pantalón, volvió a

meterse al carro, estiró el brazo, abrió la guantera. La cerró azotándola. Caminó hacia la cajuela, metió la llave. Al lado de la llanta de repuesto y el gato, estaba un martillo. Lo tomó con la derecha, sopesándolo. Volvió a dejarlo en su lugar.

El chico de playera naranja tenía sangre en la boca. Bañado en llanto, jalaba los mocos en tanto tres amigos le gritaban ¡pídele perdón, Mollete!, ¡nada te cuesta! A dos metros se hallaban otros cinco niños, que gritando empujaban al Brandon, uno de ellos le tumbó la cachucha blanca.

—Plebes, plebes, ¡oigan! —el adulto se les acercó, extendiendo las manos en gesto de pedir calma. Al verlos callar, se llevó la mano a la cartera en el bolsillo trasero del pantalón. Sacó los billetes que le quedaban. Eran cinco, daban 320 pesos en total. Los extendió—. Tengan. Repártanse esto. Váyanse por unos chescos, por unos tacos. Hagan las paces.

El Brandon agarró con mano rápida el dinero. Y que se suelta a correr.

—¡Todos me la pelan! —grita volviendo el rostro. Deja caer, sin percatarse, un billete de cincuenta, que otro de los chicos se apremia a tomar del suelo. Los demás se dispersan en tanto le gritan ¡eres un rata, culero!, ¡Brandon, regresa la lana!

Luego sólo se escucha el gimoteo del chico de playera anaranjada, que arrastra los pies por la acera.

Se sube el Rivas al Tsuru, conduce el breve tramo hasta su casa. De un lugar cercano vienen gritos de júbilo, como de alguien que festejara un gol en la pantalla de la tele.

Deja caer la frente en el manubrio, ha estado sudando. Sube la ventanilla, prende el aire, prende el radio. Dejan de oírse los gritos, los motores, la música lejana. Aguza el oído para recibir más nítido, por encima del rumor del aire, el hablar resabiado del locutor de radio. Lo imagina todo: la Oralia muerta, acribillada a pocos metros de aquel restorante, y él solo de nuevo, otra vez perdido, el cuarto de la Irlanda otra vez desierto, sin el cuerpo de la joven frente a una portátil escribiendo, de ceño arrugado y mirada encantadoramente fija.

"Lo hago más por mí que por ti." No es compasión. Lo que trae es —se dice sin llevarlo a palabras— un animal de rabiosos silencios en el fondo de las vísceras, la avidez telúrica de dar la muerte y destruir lo vivo, el impulso que vio en el Brandon y que él se ha dejado enunciar sólo una vez, sin llevarlo a término: cuando quería matar a la Rubí.

Trae mucha ira. Es vibrante esa ira. Una raíz pudriéndose. El

amargo enojo por seguir perdido en un mundo sin calor ni cimiento. Severo ante cualquier contacto, ansioso por fundirse en otro ser, su cuerpo vagó solo, ardido, sin amarras. Desde que enfermó su madre. Desde aquellos tiempos del fin de su infancia en que la salud de su madre se fue adelgazando hasta la oquedad de la muerte. Una cosa así no se borra, no termina fácil. Se queda grabada, vuelve con ecos briosos cada tanto. Por eso, aunque estés con la Oralia, sigues perdido.

Todo ese ardor no basta.

Cambia el radio de estación una vez y otra: no hay noticias. No sabe cuándo timbra el celular. Le tiembla la mano. Ve la pantalla que brilla.

—Hasta orita me desocupé, loco. Dime en qué te soy útil.

—¡Viejón, qué gusto saludarte! Oye, Cebollas, ocupo saber algo con un tantito de urgencia —y refiere a su amigo lo escuchado sobre los sucesos de El Templete en la estación de radio.

De ahí mismo venía el Ceballos precisamente. Una tragedia —le cuenta a su amigo Rivas—: fue un muchacho, el hijo menor de la dueña, quien se había deschavetado. Sí, literal. Salió del baño empuñando una pistola en cada mano y empezó sin ton ni son a disparar hacia las mesas. Lo único bueno es que le temblaba el pulso, o era la primera vez que empuñaba armas así. Ya había tenido —contó un cliente— ataques de rabia en el pasado, una vez amenazó con un cuchillo a los comensales.

—En el radio hablaron de un enfrentamiento entre dos bandas…

—Mentirosos que son, bróder. Yo estuve ahí. Lo peor de todo es que la víctima fue su propia madre: una mujer de cuarenta y ocho años, que aún se conservaba muy chula, si te soy franco, traía un vestido rojo entallado.

—¿Y los otros dos que murieron?

—¿Cuál *murieron*…? Tienen heridas, leves. Son dos compas de parriba. Uno es abarrotero de un pueblo que se llama Jala, el otro un muchachito de veinte años que venía regresando de los Yunaites, se había ido de mojado. Acababa de pagar su consumo con un billete de veinte dólares.

El Rivas respira hondo. Su amigo le dice que ya se deje ver; ¿por qué no le cae este domingo a la casa para ver el americano?, sus Acereros le van a quitar el invicto a los Vikingos, pueden apostar; hará una carne asada.

—Sirve que así conoces a mis chamacos, ya están creciendo.

El Rivas promete caerle, ¿qué debe llevar?, ¿con que lleve unas

chelas está bien?

Apenas cuelga, escribe en el celular un mensaje, no cabe de alegría en el cuerpo:

“Qué gusto saber que todo está bien, Paksirinda. Sé que hay mala señal por allá. Te amo. Tu Caqsi te extraña.”

Apaga el radio, baja del Tsuru, entra a su casa y a la recámara. Se deja caer en el colchón sin desvestirse ni quitarse los zapatos.

Ese domingo 25 de octubre del 2009, él no despertó a la Oralia. Hizo desayuno para ambos y dejó el de ella en un plato cubierto en el horno de microondas.

Antes de salir a la calle, pasó a la recámara. Dormida, la joven respiraba con una pinta de sosiego, tenía la sábana azul claro sobre las piernas, la playera de los Pumas dejaba ver el ombligo.

El Rivas sintió como si fuera él mismo quien habría de salir de viaje ahora a la sierra, a algún sitio con verdor, lleno de agua y vientos fríos y nórdicos tan distintos a los de la estéril ciudad incandescente.

Al salir recibió en el aire un olor a humo, ¿de dónde vendrá?, ¿quién estará quemando qué?

Vio de frente la cica, vibrantes las hojas verdes con el recio sol de la mañana. Un fulgor tibio le habitaba en el tórax. “Hola, Cicatera, ¿qué hongo?”, soltó en voz alta sonriendo. “Mi hija siempre te manda saludos.” Con el índice y el pulgar de la mano derecha hizo girar el anillo de la rubelita en el dedo cordial izquierdo.

No sentía ninguna pesadez en eso que llamamos alma.

Una hora después se soñó Narsia. Oía a lo lejos el canto de la abubilla, parecido a gotas de agua que caen una tras otra, luego se silencian para poco después volver a oírse. Ella era una mariposa. Ebria, lanzada por un hambre de aventura, empezó el vuelo hacia la casa entre las sombras. Por un resquicio en la ventana entró a la estancia oscura y espaciosa en cuyo centro resplandecía la piel indócil de un animal ambiguo.

No era un animal aquello: era la luz apasionada de una vela que subía y bajaba, que brincaba cada vez más alta y más incitante. Llevada por el viento alegre de la embriaguez, se posó la mariposa encima de la lumbre. Abrazó el fuego y el fuego la abrazó. Regocijadamente unida a la carne de las llamas, se perdió en sí misma.

Ya no era mariposa ni era lumbre. Y no era sueño.

El bien desplazado de su lugar correcto

42

Desde su regreso al valle a inicios de 2007, el Juanillo se quejaba una y otra vez del calorón, tan seco y distinto al calorcillo húmedo del puerto. Pero lo que más resentía de su nuevo encargo era el hacerla de pilmama; el muchacho ese al que le tocaba cuidar era abúlico, soso y con atole en las venas, parecía emerger de su íntimo pantano sólo para hablar de box y futbol, nalgas y tetas. Le decían (claro que a sus espaldas) el Cuajo.

Era el nieto preferido del jefe.

—Ya lo sabes, putito —le dijo el Chalío al hacerle saber su nueva encomienda—: vas a estarle oliendo los pedos a un mocoso güevón que se la quiere pasar en la parranda. Ponte buzo o con tu pellejo nos respondes.

Alto y delgaducho, de ojos saltones, piel muy blanca, nariz de gancho y pómulos huesudos, el muchacho ese había sido tiempo atrás inscrito en la prepa local del Tec de Monterrey pero no duró ni un semestre. Lo mandaron luego a un colegio en Wilson, Carolina del Norte; al mes y medio ya estaba de vuelta. Poco después su padre, el hijo mayor del jefe, murió finalmente de leucemia, llevaba meses el pobre bato atendiéndose en Londres el padecimiento. Nadie en un trance así pareció voltear a ver al chamaco.

—¿Y qué no tiene mamá? —preguntó el Juanillo.

—Ni toques ese son. Nadie ha vuelto a decir su nombre desde que el plebe tenía tres años. Dicen que vive en el Gabacho, que allá la tienen vigilada pa que ni se le ocurra venir a buscarlo. Le hicieron no sé cuántas operaciones en la cara; tenía los cachetes, la nariz, la boca, todo desfigurado. No ocupas saber más.

Una vez atropelló el Cuajo a una señora que vendía elotes y esquites afuera del parque Revolución. Otro día se empinó tanto tequila que fue a dar al hospital inconsciente, con medio pie en las playas del más allá. Se la pasaba semanas sin bañarse ni cortarse las uñas. De últimos tiempos le dio por ir a las prepas de la Autónoma, se

paraba al lado de la troca y se abría la bragueta, con la chola flácida en la mano ofrecía a las alumnas del turno vespertino pasar juntos el fin de semana en Cancún o Los Cabos, él pagaba todo —eso decía.

Ahora su abuelo esperaba el arribo del 2008 para meterlo en enero a ver en qué colegio de alumnos problema aquí en el valle.

Pero no vayamos tan recio. Arriendémonos en el tiempo un poquito.

Todo en el puerto empezó para el Mochomo a descomponerse cuando a fines del 2006 volvió al valle su compa el Chalío, llamado por el mero jefe para nuevas tareas. El Licenciado se fue entonces sin decir adiós, según unos a Los Ángeles, según otros vivía en Israel. En lugar del Chalío fue nombrado jefe de la plaza aquel compa de nombre Juan Toledo, apodado el Tranqui, con quien desde el día uno surgieron roces y broncas. El Tranqui era un tipo exigente, de formación militar, y no aguantaba que ese chaparro ensoberbecido se negase a traer el celular encriptado, que respingase al pedírsele ver las cuentas de la birriería, que siempre se tardara un día o dos en reportarse con los cobros en sus tres colonias, hasta que trajera ese olor tenaz y cotidiano a flatulencia lo sacaba de quicio.

Fue entonces que el Mochomo le habló al Chalío: Sácame de aquí, este loco me trae tirria, un día de éstos va querer hacer pozole con mis chulas lonjas.

El Chalío, ya que estuvo bien instalado en el valle, se reportó al poco tiempo con su amigo por teléfono: Listo, Calixto. Ahora vas a estar cerca de las estrellas, culo flojo. Acá te ocupo. Las cosas se están poniendo color de verga.

El Mochomo hizo su mudanza entonces, pues, al valle de Colhuacan.

¿Que qué ocurría?

Según algunos, eran ya los efectos de la ocurrencia que tuvo el nuevo presimiente de la república, Felipe Ismael de Jesús Calderón Zambada. Desde octubre de 2006, subido en el banco del poder federal y mareado por el exceso de güisqui —decían unos— o de estiércol —alegaban otros— que habita en su ganglio cerebroide, este político, apodado ya entonces el Enano Teporocho y también el Cara de Cerote Fruncido, quiso ver el mundo arder y sin estrategia, sin ton ni son, como si fueran vencidas que uno juega por divertirse en la cantina, mandó a los soldados a una guerra con las clicas del narco aunque en realidad quién sabe por qué los muertos eran luego estudiantes, reporteros, activistas, campesinos que defendían sus

tierras y sus aguas. Bien raro todo.

Luego también se dijo en varios lados que la calamidad se debía a los Zetas del Golfo: como lo había querido hacer el Viceroy años atrás, esos compas iban subiendo y querían hacerse de la plaza peleándosela al propio Mayo y su trama de empresarios y políticos en el estado. Hubo quien pasó el chisme de que el Mayo mismo le exigió una plática al goberladrón, así cara a cara, no a través de mandaderos como es el uso inveterado; a partir de ese encuentro, el góber y el comandante de la novena zona militar habrían dado la instrucción de no dejar entrar vivos a los Zetas.

Todo esto que contamos ahora son, pues, solamente rumores y no es en todo caso del interés de la crónica de lumbre fingir certidumbre diciendo "pasó así" o "pasó asá", por eso lo resumimos torpemente; quien tenga deseos de claridad incuestionable puede visitar la hemeroteca en horario de diez a dos o comprar libros sensacionalistas de esos que a los cinco meses sólo sirven para limpiarse el culo (aunque el culo qué culpa tiene). Lo único cierto es que el puerto y el valle, todo el estado se llenó de muertos, chicos baleados al salir de la escuela, gente colgada bajo un puente, cabezas metidas en costales; mucha gente que ni la debía ni la temía y sólo iba cruzando una calle o estaba comiendo en esa carreta o aquel restorán se vio caer a la mitad del fuego.

Una vez más, el Juanillo tuvo suerte. Las cosas le pasaban siempre a otros, en otro lado, en otro instante, cuando él ya se había ido o no llegaba todavía. Fuera de eso, no se hallaba bien bien de vuelta en el valle: el calor se le pegaba en las axilas y la espalda e incluso le producía su buen dolorón de cabeza, en ningún lado servían el coctel de camarón caliente —como se debe—, y la raza era bien atrabancada para manejar, todos se pasaban el semáforo en rojo, había un chingo de señoras —vaya que de esto se quejaba de modo inverecundo a cada rato— conduciendo Suburbans aunque no sabían poner las direccionales ni mucho menos estacionarse. La ciudad tenía para él una mala vibra muy espesa, o era sencillamente que le traía recuerdos feos, de soledad y hambre y bellaquería.

Aprovechó para visitar cada cuando a su familia en Sanalona.

—Algo bueno debe tener ese lugar, hombre, no seas exagerado.

—Hay una cosa buena, te doy la razón —respondió a la Estela un martes que les cayó a cenar. Ya habían acabado y sólo estaban él, su hermana y su madre sentados a la mesa, tomando atole blanco con piloncillo rallado.

—¿Qué? ¿La carne asada?

—No, mujer. Que acá sí me dicen bien por mi nombre.

—¿Y de qué otro modo te iban a decir? —terció su madre—. Así te puso tu tata, faltaba más…

Él se llevó la mano a la coronilla y, siguiendo con los dedos la sutura sagital, se rascó el cabello; una delgada comezón parecía anunciar la separación brusca de los huesos parietales. De hecho él no sabía cuándo tendría chanza de volver a verlas, pues cada vez le era más arduo deslindarse aunque fuese unas horas del marcaje personal al famoso Cuajo todo el santo día, todos los días.

De ojos reconcentrados, se le quedó viendo a su hermana:

—Es que allá en el puerto —explicó la Estela a su madre— los socios del restorán le pusieron un apodo que nunca le gustó aquí a mis ojos.

—Qué ganas de moler tiene la gente —acotó la Lidia—. Juan es bonito nombre… Está en la Biblia.

Los dos hermanos estuvieron hable y hable en susurros una vez que la Lidia se fue a acostar.

—Ora sí que todo puede ocurrir —soltó él mientras fijaba los ojos en el reborde de la taza que, ya vacía, apretaba con las dos manos—. Si me pasa cualquier cosa, la cuenta del banco está a nombre de mi amá.

—Ni hables de eso, mijo. Cristo te anda cuidando aunque tú no quieras.

—Mejores cosas tendría que ponerse a hacer ese señor, si te soy franco. Pero hay algo más que debo contarte.

—Te andas tardando.

Fue por el año 2000. Un día de agosto él recibió la llamada de una mujer.

—Era la hija del tipo que me salvó la vida, ¿te acuerdas? El taxista aquel se estaba muriendo en el hospital.

Él fue corriendo a verlo en la troca, llevado por uno de sus hombres de confianza.

Dos cuadras antes, algo le zumbó bajo la piel: pensó me va dar un infarto; por dentro del pecho el latir de un corazón enemigo le volvía calientes las sienes, de agua mercurial sus tobillos y las piernas.

Le pidió al Melquíades oríllate a la orilla, morro, porfa.

Se quedó viendo el hombre frente a sí la guantera, de cabeza ladeada, respirando bien lento. El chofer no sabía qué ondas: a los dos minutos apagó el motor.

Volviendo en sí, el jefe le pidió que manejara por donde quisiera. “Así nada más pícale pacá y pallá. No me estés viendo como si

estuviera loco. Tú maneja." Anduvieron vuelta y vuelta por varios rumbos.

—¿Por qué si estabas cerca de una clínica no entraste a buscar un matasanos que te revisara?

—¿Qué no me conoces? Yo no soy de ésos. Cuando ya me fui sintiendo mejor le pedí al Melquíades volver a la calle del hospital. Pregunté por la habitación de mi amigo.

—Pues, ¿qué cree, joven? Ya no es hora de visitas. Venga mañana y podrá ver a su pacientito.

Se sorprendió el Melquíades de que el hombre no rezongara, no amenazara, me dejan verlo por las buenas o me dejan verlo por las malas. Nada de eso. El Juanillo salió de la recepción del hospital hacia la calle caminando bien despacio, la mano rozando la quijada.

Volvió al día siguiente a las dos de la tarde.

—Se llama Epifanio Buelna, es el taxista que chocó ayer por la mañana, soy su primo carnal.

—Así les dije —y se quedó callado viendo a su hermana como con tibio desespero; apretaba los labios y parecía forzarse a mantener los ojos abiertos.

—Ya era tarde —entendió la hermana.

—Ya era tarde, mujer. El pobre murió a la medianoche. Y yo desde la balacera de febrero no me había sentido así de enrevesado, todo movido y ansioso, como si aquí por dentro —y se pegaba con la palma extendida de la mano izquierda en el tórax— un morrillo huérfano me chillara a gritos… y no sabía yo cómo consolarlo.

El velorio fue en la casa del chofer. De camisa negra, se apersonó el Juanillo ante la hija para darle el pésame. Luego de haberla abrazado, batalló para dejar salir sus palabras:

—No sé cómo decirle lo que siento, mija. Yo me quedé en deuda con su tata —frunciendo la nariz, habló en un susurro antes de elevar la voz y pasar al tuteo—; pero tú debes estar orgullosa. Tu jefe estaba hecho de otra pasta… Cuenta conmigo si tienes un problema un día, si algún fulano te falta al respeto con cinco mil yo te consigo quien lo mande al otro barrio…

—No me haga esas ofertas —devolvió la Cárolin—, y no se me vaya. ¿Me espera un rato? Debo contarle una cosa que mi apá quería contarle él mismo.

La joven se quedó callada. Reciamente miraba al Juanillo, con los ojos muy negros a punto de soltar esa especie de lágrimas en que sin usar palabras cobra el silencio vocación de grito.

—Mi apá se quedó esperándolo a usted en el hospital —dijo al fin.

43

En la esquina había dos hombres. El que era calvo y de lentes levantó la mano, soltó un chiflido. El chofer del taxi se fue orillando.

Luego de subirse y sentarse y de indicar el destino al conductor, el calvo se le quedó viendo a su amigo, quien era más esbelto y tenía barba de ocho días:

—¿Y tu carnala cómo va? —le preguntó pegándole en el hombro —. Hace tiempo que no cuentas nada de ella.

—Esa taruga está bien, aunque nomás no agarra bato. Habrá que rifarla un día a ver si así sale por fin.

—Pero si no está fea —repuso el calvo—: tiene una carita de rasgos muy chulos, tiene buen modo. Sobra quien le haga el favor. ¿Cómo no se casa?

—Se la vive en la iglesia. Yo creo que la muy bruta se castiga por haberle abierto las piernas a un morro que la dejó empanzonada y luego salió corriendo. Ella era bien chavalilla, no vivía aquí entonces que si no yo me la traía a lo cortito. Desde que nació mi sobrino no ha vuelto a tener novio, nada serio.

—Debería meterse de monja —sonrió el calvo en un gesto de burla —. Eso te sería útil. Así rezará todos los días por que se te quite lo marica…

—Yo hablando en serio y tú con tus corrientadas. Todos los pelones que conozco son igual de elementales. Y lo dirás de broma, eso de volverse monja, pero sí salió bien persinadita. Es lo malo de que mi amá le metió en la cabeza esas cosas de Dios desde bien morra. Yo no me dejé. Y ahora por eso mi sobrino, el Kevin, quiere volverse cura.

—¿Salió con eso? Suena bien cagado: "El padre Kevin Giovanni oficiará la misa del domingo…".

—Qué desperdicio, digo yo —dijo el hombre de barba de ocho días —: esos compas tienen prohibido coger.

—Pus déjalo, muy su vida. Quién quite es putito y salió a su tío

Abel…

—Me la pelas, cuatrojos —Abel soltó la carcajada—. Tanto hablas de maricones que no tardas tú mismo en salir del clóset. Ya, fuera de broma: sí ocupo que me prestes dos mil varos. Nomás no me doy abasto, mi sueldo de la comisión se me esfuma al tercer día. Por eso ya quiero que la santurrona esa busque marido. Es mucha carga tenerlos a ella y su chilpayate de arrimados.

—Pero ¿qué la Otilia no trabaja? Me quedé en que era cajera en…

—Ahí mismo sigue. Al mero lado de la Coppel de la Serdán, en el abarrote grande. Pero gana una miseria.

—¿Tú qué opinas, changa? —murmuró esa noche el Epifanio a la hora de cenar, sentado a la mesa en tanto la Cárolin sacaba del refri el bote de leche Santa Mónica, luego de reportarle el diálogo de los dos pasajeros—. ¿Serán mucha coincidencia los nombres? Otilia, Kevin Giovanni, todas las cosas embonan… La vida del Juanillo está a punto de cambiar por completo…

—Ay, pa. ¿Por qué te interesas tanto en ese compa?

—Es por su bien. Ese descarriado ocupa hacerse cargo de su hijito.

—Se ve a leguas que es un mafiosillo sin remedio.

Luego de lanzar un suspiro, el Epifanio inclinó un poco la cabeza y así se quedó viendo a su hija en tanto erguía significativamente las cejas; ella no tuvo que preguntar nada pues leyó en la mente de su padre una cosa que a lo largo de los años le había oído decir más de una vez: que el mal es apenas el bien desplazado de su lugar correcto.

—Y no pudo ya dormir toda la noche —hizo la Cárolin el tono de la voz más grave en tanto movía las manos con las palmas abiertas, al parecer dudosa de que el Juanillo estuviese entendiendo el espesor de sus palabras—. Su plan era luego luego ir, cuando anduviera por el rumbo, para echarle un ojo al abarrote del que hablaron los dos pasajeros. Lo ubicaba muy bien. Y mire nada más lo que pasó: el accidente fue a cuadra y media de esa tienda.

—¿Tienes un mocoso entonces, mugre Juanillo? —la Estela ponía los codos sobre la mesa mientras se llevaba las dos manos a las mejillas.

—Tú tienes un sobrino que va a ser papa en Roma. A ver si ya se les quita lo aleluyas a mi amá y a ti, porque eso sí no se los va a perdonar Diosito santo… Yo por lo menos, haga lo que haga, ya llevo ganada la salvación…

—¿Por qué estos siete años no lo trajiste nunca?

—¡Cuál es la prisa!

—De veras que eres un lacra —ella se tapó la cara con las manos, exasperada al ver el rostro de liso cinismo de su hermano—. Yo aquí sufriendo tanto —cerró los ojos— porque no he podido encargar; Dios sabe mejor que yo por qué me castiga así. ¿No has pensado —le apuntó con el índice de la mano derecha— en cómo se alegraría tu madre de saber que tiene un nieto?

—Falta que yo mismo lo conozca, para empezar…

Pasó el verano y sus meses más calientes. La rutina del Juanillo se veía marcada por las ocurrencias del adolescente a su cargo. Muy seguido el trabajo era quedarse hora tras hora en la residencia, pues el muchacho quería sólo jugar videojuegos o ver en la tele futbol, porno, *kick boxing*. En otras ocasiones ordenaba ser llevado a la zona roja, a algún antro, también a cenar a un restorante de moda. Tenían vedado agarrar carretera; cualquier cosa inusual debían reportarla con el Chalío de inmediato.

Esta vez el Cuajo había pedido ir al juego. Durante todo ese tiempo en el palco el jovencito se fue metiendo líneas de coca, solito bebió media botella de Buchanan's. No hizo caso de los totopos ni las salchichas bañadas en salsa guacamaya ni de los callos de hacha. El Juanillo nunca puso interés en seguir lo que pasaba en el campo allá abajo. Traía unas torsiones en el bajo vientre; entraba y salía del palco, musitaba —el rostro tenso— indicaciones a sus muchachos, luego tomaba asiento y respondía los comentarios del Cuajo sobre el partido apenas moviendo la cabeza en señal de asentimiento. Aunque el ruido de la multitud llegaba atenuado, le daba mala espina haber traído a este morro precisamente hoy a un lugar con tanto gentío, y además era como si el muchacho más que nunca despidiera un olor hediondo que era no sólo el de sus eructos o las axilas desprovistas de la piedad de un desodorante. Algo en su rostro abotagado, en sus ebrios ojos, sueltos y a la deriva en la nada gris del extravío, abatía más que otras veces a su jefe de guaruras.

Cuando el juego acabó, esperaron para salir. Traían *walkie talkies*, recibían avisos de afuera.

Pasaron diez, quince minutos, les decían espérense. El Cuajo insistía: ya vámonos, hay que festejar. No era grosero. Sólo lucía la terquedad guanga del que, aun teniendo kilos y kilos del poder, es tan displicente que ni sabe ejercerlo. Le ofrecieron comerse por de mientras una tostada de ceviche de camarón, había bastante aún en la hielera. Dijo no tengo hambre.

Al final, les dieron luz verde: pueden ir bajando.

Antes de venirse al valle, Juan López Millán traspasó su parte de la birriería —registrada a nombre de Lidia, su madre, desde el principio— a un empresario local que le presentó el contador Lázaro Castro Pino.

Y, sin darle el menor aviso, dejó a la Eva, jovencita a quien conoció afuera de un Cobaes y que, luego de abandonar la prepa y alejarse de su familia, llevaba con él viviendo medio año; era risueña, se le hacían hoyitos en las mejillas, tenía ojos almendrados color miel, se rehusaba a lavar trastes o a planchar las camisas y por eso él la reñía muy a menudo.

Esa noche del sábado 24 de noviembre de 2007 en que a los treinta y seis años de su edad se le apagó la buena estrella y descubrió que la muerte alcanza incluso al que evita el combate, el Juanillo no la recordó en ningún momento, tampoco a la Julia, ni a la Karen ni a la Marián ni a la Silvia, ni a ninguna de las otras mujeres. Sólo le vino a los ojos de adentro la memoria del Kevin.

Hacía un año y tres meses, la última vez que lo vio a lo lejos, sin que el plebe supiera —como procuró el hombre siempre—, aquel chamaco se veía delgadito pero correoso, los brazos largos, el rostro de un moreno claro brillante, sus ojos pequeños estaban emboscados por cejas espesas en que parecía concentrarse, entera, la voluntad de un parco diamante. Jugaba en el equipo de futbol del seminario contra los del colegio de la prepa del Opus Dei, era defensa, metía el cuerpo, brincaba en los tiros de esquina; por esfuerzo no quedaba. El Juanillo atiesaba la expresión de los ojos en tanto veía a su hijo gritar y correr. Cuando los dos equipos se juntaron al final en el centro de la cancha para rezar de rodillas y agarrados de la mano, el hombre le hizo la seña al Melquíades de ir prendiendo la troca.

El partido allá en el puerto lo perdieron los morros del seminario y no importaba mucho porque era una cosa *amateur*, pero el de este sábado en el valle sí era un asunto serio y profesional: pertenecía a la fecha diecisiete y última del Apertura 2007 en la liga de ascenso, Dorados le ganó 4-1 a Correcaminos.

En la balacera fuera del estadio hirieron a siete y mataron al Cuajo, a seis de sus hombres, también a dos estudiantes de agronomía, un vendedor de paletas heladas, un profesor de educación física y su novia que habían bajado tarde por el mismo túnel. Al Juanillo lo llevaron a una clínica donde murió a las horas, en un cuarto a oscuras, poquito antes de que saliera el sol sobre el valle que nunca quiso.

Su hermana y su cuñado se llevaron el cuerpo a Sanalona.

Cuarenta días después —pero el cuarenta de allá no es el cuarenta

de acá—, aquello que fue el Juanillo al fin salió, llevado por ángeles de negras trenzas y corazones de aceite, de entre las olas del Mar de las Almas y volvió a encarnar en la materia; pero no sabemos aún en quién o en qué, ni en dónde.

Mienten quienes piensan que la carne olvida

—*Azucena* era el otro nombre.

—¿Qué te digo? Es bonito. Tiene un aire sensual; no exagerado.

—¿Te gusta más que *Oralia*?

—No. Son demasiadas sílabas —respondió el Rivas—. Suena mejor *Oralia Cisneros* para cuando firmes tus libros y te vuelvas famosa. *Oralia* suena tierno… Es tan tierno como un beso tuyo al amanecer…

—Dios, qué cursi…

—Y tus ojos son dulces como el suspiro de la luna, ¿te gusta eso?

—Ya, para, porfa… Me va dar un coma diabético contigo.

Sólo con ropa interior, se hallaban acostados en la recámara. Habían dormido buena parte de esa tarde de sábado luego de comer. Ella reposaba la cabeza en el brazo izquierdo del Rivas, quien con la derecha le acariciaba el rostro. De la sala vinieron las notas de una canción: se sucedía uno tras otro el sonido de las cuerdas de la guitarra eléctrica, como si se quisiera no repetir una hasta no haber pulsado las demás, dando al ritmo un aire aflamencado. Ella levantó el índice moviendo los ojos hacia la puerta.

Ya que hubo el vocalista cantado las primeras líneas, ella cerró los ojos inspirándose y acompañó en falsete los versos:

> And I was thinkin' to myself:
> "This could be Heaven or this could be Hell"

Soltó un suspiro dejando ver una expresión risueña.

—Me pregunto qué otra vida pude haber tenido si mi amá se hubiera salido con la suya y me ponen Azucena. Ha de haber en otra ciudad una Azucena Cisneros Valle que sí sea feliz, más alivianada, sin problemas de autoestima… Cuando estaba toda depre en la carrera me veía a mí misma haciendo un viaje de mochila a la India, a Japón, al Cuzco… Me han faltado ovarios para lanzarme. Por eso me

pongo a fantasear con esas cosas: hay otra yo que sí creció con padres chidos, que no sufre de insomnio a cada rato, que tiene agallas para irse sus buenas temporadas a San Petersburgo, a Kenia, ¡a Portugal! ¿No te ha ocurrido tener esas vagancias mentales? Oye, por cierto, ¿quién eligió tu nombre?

—Sepa.

—Yo sospecho que fue idea de tu padre. Tienes nombre de viejito, de santoral católico; de sacristán regañado que allá por los años cincuenta subía a la azotea del edificio vecino para masturbarse mientras espiaba a las sirvientas que tendían la ropa. ¿Nunca has preguntado quién lo eligió?

—No me sentiría cómodo preguntándole a mi padre una cosa así.

—Relájate, Caqs. No te estoy haciendo un examen.

—No hay confianza entre él y yo. Lo visité en junio del año pasado y ya ni he vuelto…

—Si un día dejas de avergonzarte de mí y me llevas a conocerlo —le acercó la cara haciendo una mueca burlona—, yo le haré esa pregunta… Ya sabes, con el carisma y encanto que me caracterizan.

Giró a la derecha y, sentándose en la cama, extendió el brazo hacia la mesita de noche. Llenó su copa de vino. Enseñando la botella al Rivas, sin decir palabra hizo el gesto de inclinarla para servir un poco en los labios del aire. Él cerró los ojos moviendo la mano en señal de no. Luego de ponerse de pie, ella dio un sorbo y se dirigió al baño. Mientras se escuchaba el chisguete de orina, él dejó la mirada fija en el techo, planicie de apariencia laminada en cuyo centro el foco parecía un ojo silencioso a la mitad de un cielo estéril. Había tomado mucho. La cabeza parecía írsele llenando de niebla híspida; traía una pesadez parecida a la de materia apelmazada en la parte baja del abdomen, del costado derecho. Su madre nunca le habló de esas cosas. De cuando él fue bebé, aquellas cosas chuscas o bobas que los adultos recuerdan de sus hijos. Nunca preguntó él nada tampoco. Sí había visto fotos de estudio: él muy serio y pálido, de tres o cuatro años, peinado con la partidura a la mitad, guayabera amarilla y pantalón café, un venado de peluche en la mano izquierda, de pie a la vera de una columna color hueso.

—Tienes cara de llamarte Ulises —ella se hallaba al pie de la cama, con la copa en la mano. Lucía su cara de placidez y picardía: los ojos sueltos, con un aura de juego que le alisaba las facciones y le hacía ver los labios más carnosos, brillantes los pómulos, la ceja izquierda se erguía en invitación equívoca. Luego de acecharlo para ver su reacción, elevó la copa en un brindis solitario, le dio un trago y

volvió a ponerla sobre la mesita.

—No, Ulises no —él sacudió la cabeza—. Es… demasiado libresco.

De ojos cerrados, ella movía los dedos de la derecha sobre el vientre y los de la izquierda —doblado el codo— los tenía a la altura del hombro, como si tañera una guitarra imaginaria, escoltando el solo final de “Hotel California”.

—Qué chula estás. Tú sí que te volaste la barda, Azucena Cisneros.

—No me cambies de tema, Ulises. Ya sé que parece nombre de mirrey presumido —ella se arrodilló en el borde de la cama, estirando los brazos mientras reposaba el torso hasta dejar la mejilla derecha en el abdomen de él—. Suena a nombre de chamaco fresa que va a puros colegios de paga y a quien sus papás ricachos mandan un año a estudiar en una prepa de Kentucky. Pero ¡se oye bonito! Es musical: U-li-ses —se irguió y extendiendo el brazo izquierdo intentó alcanzar la copa en el burocito; al no alcanzarla, cerró los ojos dejándose caer —. Mira: tu madre quiso darte ese nombre. Y tu apá se opuso: pensó que ella habría tenido un amor llamado Ulises en la secundaria. Tu mamá no sangró la noche de bodas y él le recriminaba que el noviecito Ulises le habría dado de cenar huevos con chorizo. ¿Tu apá es celoso?

Él abrió mucho los ojos, echando los hombros hacia atrás.

—Me agarras en curva.

—Lo es —afirmó ella—. O lo fue, un chingo. Algo de eso influyó en que tu madre se la pasara enferma. Ella somatizó el temor al carácter posesivo de tu jefe: enfermita no podía salir para tener aventuras y darle rienda suelta a la calentura con un sancho de veintitrés centímetros. Así tú quedaste libre de los celos.

—Me estás hablando en chino.

—Es fácil, pon atención: tu papá vivió los celos hasta el límite. Eso le amargó la juventud, arruinó su matrimonio, lo llevó a la viudez. Me dices que no se ha vuelto a casar, ¿cierto? Qué mejor prueba. Y como él agotó la provisión de celos para los Rivas, tú saliste limpio.

—Yo no soy celoso, pero eso no se traduce en que desconozca qué cosa son los celos.

—Ya lo sé, marrano. Tú disfrutas lo que hizo sufrir tanto a tu padre. Él en realidad, allá en lo profundo de su ser machitrol, habría querido ver a su esposita a cuatro patas ensartada por un mulato dominicano. Pero qué puedes hacer si eres un varoncito reprimido de Sinaloa en la década de los setenta; imagínate en aquellas épocas. Bien sabes que

todo asco es deseo al revés.

—¿Y qué más se te ocurre? Ya hiciste el guion de una película porno con la historia de juventud de mis padres. Y aun así no aceptas que tú y yo hagamos una que nos quedaría de rechupete…

—Ya sé pa dónde vas. Pero no. Quieres verme cogiendo con otro para tener la excusa y acostarte con quién sabe cuántas, a mis espaldas. Pero yo no te voy a compartir. Si un día me engañas, te capo. Y a la fulana esa la mando al hospital.

—No tienes temor de Dios, saliste peor que Camelia la Texana…

—¿Ya ves? No te conviene hablar de guarradas. Mejor tenme miedo: a mí Diosito me hace los mandados y me trae la feria. Lo único que les agradezco a mis padres es que no me educaron con esas cosas de la religión. Crecí viendo un póster del Che Guevara en el estudio de mi apá, imagínate. Aunque estábamos hablando de otra cosa: quiero que me cuentes de tu otra existencia.

—¿De qué hablas? A mí que me esculquen…

—Piensa dónde está o qué hace el Ulises Rivas Gastélum que no has sido en este lado de la vida. Qué tiene él que tú tanto ansías y nunca has conseguido.

No era necesario esforzarse. Desde el 25 de octubre de 2009, tres meses atrás, otro ser iba emergiendo por sobre la espalda incierta de sus vísceras.

La voz de Narsia era un ave de montaña volando sin cesar en su pensamiento: creía escucharla, fácilmente imaginaba qué diría ella ante esta o aquella situación. Y, al estar oyéndola entre las sienes, le nacía el impulso de ir al café de los martes o de marcar su número telefónico.

Sacudido, vacío, al recordar un segundo después que ya ella no estaba sino en la soberanía del polvo, se quedaba quieto en su oficina o en la sala de su casa, frunciendo los músculos del rostro cual si hubiese despertado de un sueño de hiena y no supiese de qué modo enlazarse otra vez con el ritmo liviano del tiempo, o como si bajo su piel habitara un distinto Arsenio, alguien traído de otra ciudad u otro país, con otra memoria y otro idioma y otro corazón y quien buscaba desligarse de esa triste cadena ferrosa que le impedía respirar en calma, confiado; en libre sosiego.

—Cuando te veo así todo surimbo me da una ansiedad nivel Dios: pienso que hice algo malo, que te enojaste conmigo y me quieres cortar…

—¿Sí, de veras? No, cómo crees. Me estaba acordando de

Narsia…

Ya era el nuevo día. Estaban sentados a la mesa. El alcohol los tumbó temprano la noche anterior y por eso no se desvelaron. Se pusieron a cocinar juntos desde las ocho y ahora sólo quedaban restos del desayuno en los platos. En media hora él saldría por la Irlanda a casa de los abuelos, irían al museo de ciencias para una tarea de Química que la niña debía entregar al día siguiente, lunes, en la escuela.

—¿Quieres hablar de ella? Fue un infarto fulminante. Nada se podía hacer. ¿Te sientes culpable? Tú la ibas a ver todos los días.

—Eso no, Paksi —se forzó a sonreír—. Sólo estoy… sacado de onda. Era una persona que se daba a querer…

Dijo eso, pero habría querido decir muy otra cosa que se movía, sin volverse palabras, en el sótano de aire de su pensamiento.

¿Qué era exactamente? ¿Podría recordarlo?

Todo había nacido de una reflexión que le soltó Narsia una vez, sentados al café de los martes, luego de estar hablando de su hijo Adrián. La voz de Narsia fue fluyendo serena y lenta, en tanto que sus ojos, de una tonalidad cristalinamente verde, se hallaban sometidos por una tibia fatiga, por el abandono propio en quien ha llorado ya bastante pero, al seguir respirando, conserva bisbiseos, insuficientes palabras con que busca desentrañar el secreto de ese llanto más llanto que el llanto, esa marea de luto sólo conocida por quien perdió a un hijo. Él ahora no recordaría de modo exacto el decir de Narsia pero, si ayudamos con claridad y esmerada sintaxis su flaca memoria, aquella reflexión de su amiga sería, palabras más, palabras menos, un hilo parecido al siguiente:

—Hay algo que nos roban los muertos al morirse. Lleva tiempo saber qué es: si fuera un brazo o una pierna lo descubriríamos pronto. Es una cosa invisible: un pedazo de aire que ya no respiraremos, el calor de los abrazos que no se halla en ningún cuerpo, la voz de cielos ebrios cuya tesitura buscamos en otros labios sin oírla de nuevo nunca. Eso que nos roban nos vuelve más grises, más sordos y solos y extraviados, nos trae más cerca la muerte propia. Un dolor así hace emerger un ser distinto que teníamos escondido, un alma de tantas esas posibles que han hecho hasta ahora sólo raramente acto de presencia en el mundo real aunque, en la oscuridad detrás de nosotros mismos, se han hallado siempre a la espera de ser convocadas. Es como si la muerte de aquella persona que amábamos fuese la hora favorable para desplazar eso que fuimos antes, igual que si dejáramos caer pedazos del rostro viejo que hoy se siente una

máscara falsa. Este nuevo ser, esa alma de relevo, no tuvo el mismo fervor que nosotros por el ser querido que ha muerto y así, gracias a su desmemoria, sobrevivimos al pesar y en algún momento logramos salir livianos a la calle. A la larga, el nuevo inquilino toma ya casi solo el sitio impalpable de eso que aún llamamos yo…

—¿Así te ocurrió con tu hijo?

—Imposible. Quizá porque ese relevo, esa forma del olvido, aunque sea imperfecta no ocurre cuando se trata de un hijo, menos un hijo suicida. O ve tú a saber si el alma nueva que emergió en mí lo amaba aún más que yo, lo extrañaba más enrabiadamente.

—Yo no entendía bien qué vínculo tenías con ella, por qué la procurabas y la cuidabas tanto, eso de hacerle caldo de pollo y ponerle inyecciones… No era de tu familia, tenías poco de conocerla. Lástima que se la pasó enferma esos últimos tiempos. Me habría gustado conocerla, Caqsito.

—Híjole —respondió él—. Dos escorpios frente a frente: duelo de titanes. Una de dos: o se amaban o se aborrecían. Con ella no había medias tintas.

—Conmigo tampoco. Pero no soy una ogra, tampoco exageres. Aunque, por mi experiencia, la gente de los demás signos que he tratado me ha salido bastante defectuosa…

Él se le quedaba viendo: había de vez en cuando dichos en la Oralia, en el tono de su voz, en cierto cariz de ironía o broma expresado de modo grácil y tajante, que la hacían pensar en Narsia. ¿Eran sólo imaginaciones suyas, parto de la tristeza? Se levantó, llevó los platos y tazas al fregadero, pasó al baño, se lavó los dientes y se puso bloqueador en la cara y el cuello. Luego se acercó a la silla de la Oralia, inclinándose le dio un beso en los labios; le pegó la frente a la nariz mientras le decía te amo, no me dejes de querer.

—Tú no me dejes de querer, Caqsillo, qué tal que te aburres de mí pronto.

—Imposible, ni que me operaran del cerebro.

—¿O sea que si te operan sí…? ¡Ay! —y fingía hallarse al borde del desmayo con la mano en la frente, los ojos cerrados, la cabeza hacia atrás.

Cuando él hubo salido y se oía el ruido del motor del Tsuru, ella metió en el modular un disco de su padre que decía *Gymnopédies, Gnossiennes & Other Works*. Se recostó en el sofá. Cerró los ojos.

No se lo habría esperado nunca: luego de seis meses de vivir juntos, había dejado en el rincón, a la manera de una blusa ya raída, los recelos y reservas de mucho tiempo. Traía este halo blando de

gustosa morriña unido al flujo de su sangre cada que se hacía en su pecho la claridad dichosa de aquello que sentía: ¿lo sabía?, ¿podía decirlo? Qué arduo, ay, era poner una emoción así de refulgente en las palabras que siempre han sido ceniza silenciosa. Mucho tiempo de su juventud estuvo fija en su sentir la certidumbre de que el amor era una mentira de gente ingenua obnubilada por la avidez de sublimar los sordos apetitos de la carne, y ahora por eso es que dudaba: ¿cómo se dio esto? Era una cosa distinta a su primer amor en la universidad, todo ímpetu, elevación y fiebre. Ella en esa instancia amó más de lo que fue amada; era Manu un muchacho guapísimo pero depresivo y narcisista al que ella no supo dejar cuando debía: quiso redimirlo. Duraron cuatro años, si bien el último ella lo engañó cuantas veces pudo, como si tratara de enviarle todas las señales para que fuese él quien la mandara a volar. Cosa que al fin ocurrió.

Ahora no eran las falaces alas del falso deseo, no era sólo la vivencia de su cuerpo en una hirviente atmósfera de roces con otro cuerpo hecho de la carne nocturna de los ángeles. Ella quitó al fin de su pecho el acerado escudo con que se vestía al adentrarse en la arena de las voces y los cuerpos masculinos. Había también logrado quitar del rostro del Arsenio una serie de mallas sombrías que sugerían miedo y pedían cautela, como si él pudiera ocultar un venablo envenenado entre sus gestos y palabras: debajo de esas capas creyó encontrar —¿cómo llegó a ser tan cursi?— un manzano entre árboles silvestres, quería recostarse a la sombra del árbol de ese cuerpo y llenarse del alimento tan escandalosamente dulce que la sola cercanía del Arsenio le daba. Habían pasado, pues, ya seis meses de una ternura tan espontánea, hecha de caricias, besos, miradas, abrazos, platillos, alcohol, voces chuscas y apodos risibles, una polvareda cálida de lluvia finísima que la hacía flotar. ¡Usaba la palabra *ternura*! ¡No le avergonzaba decir te quiero! ¿Quién podía usar la palabra *ternura* o la palabra *amor* sin parecer crédulo, mendaz, anacrónico?

Una calma imprevista, esta sensación de oasis luego de tanto desierto le dejaba el estar cada nuevo día con el Arsenio. Luego de levantarse, él picaba una manzana y se la llevaba en un plato que le ponía al lado de la cama; en la tarde le traía de la calle una alegría de amaranto, una paleta helada de chocolate y almendras, el disco de una película de Hitchcock que verían juntos esa noche o la siguiente. Ella le abría la camisa cuando en la mañana lo veía listo para salir a los viveros, le ponía en el ombligo una bolita de algodón a la que había echado gotitas de aceite esencial de romero o de salvia y la

aseguraba con un pedazo de tela adhesiva: “Es para desviar las malas vibras”, le dijo el primer día, “tú eres una esponja y todo se te trepa”. O le dejaba papelitos con recados, corazones, nubecitas, mandalas, en el bolso del pantalón o en la cartera, que él de repente, sonriendo, hallaba a la mitad del día.

Qué escabroso había sido, pues, perderle miedo a esta forma artera de la felicidad. Pues —así lo pondría ella misma en palabras si obedeciera el envión que recibía de su lectura asidua de poemas— mejor que el vino le sabían sus amores, más suave que nunca le llegaba el olor de esa piel tan pálida, un olor de miel en luz ahogada. Cuando daban las cinco de la tarde, su sangre parecía sonreírle: veía en su mente cómo él estaría saliendo de los viveros, cómo se acercaba conduciendo por las avenidas y saltaba del carro para llegar a la puerta. Lo veía igual que si fuera un animal gallardo y hermoso, una gacela o un venado, de pie al lado de la cica mientras iba eligiendo la llave de la puerta, luego él ladeaba la cabeza para verla y llamarla a través de la ventana y las celosías. Engrosaba la voz a la manera de galán otoñal en filme de la Época de Oro: “Disculpe, jovencita, busco a una chamacona que se llama Paksi Paks. Guapa, nalgona, jariosa. Quiero invitarla a salir, irnos de vagos… Ya bajó el calor, no creo que vaya a llover. Podemos revolcarnos ahí tras lomita hasta que se venga seis veces…”.

“Bésame con besos de tu boca, y ya luego me das para mis tunas”, decía ella, grave el tono de la voz, imitando a una *femme fatale*, apenas le había abierto la puerta y ya que le pasaba los brazos por el cuello.

Se fue dando entre ambos una estela de gozo y serenidad, de sólo estar juntos, hable y hable oyendo música en tanto daban sorbos a una copa de vino tinto, ella le leía algún poema de Pellicer o García Lorca, o acurrucados muy juntitos veían con el volumen bajo un documental en History Channel sobre el Cantar de los Cantares, el asesinato de algún rey rubio del Medievo o el juicio por blasfemia y obscenidad que perdió un poeta francés del siglo XIX, y mientras se daban algún beso y se hacían caricias en el rostro, el cabello, los brazos, el pecho, estaban olvidados de todo: de los padres de ella, de la hija de él, del trabajo en los viveros, el libro de crónicas, las balaceras en las calles…

—Mis tías me elogiaban los ojos o la cara pero luego, bajando la voz, añadían: “aunque saliste prietita, ni modo”. Te estoy hablando de las hermanas de mi amá. Ella en aquellos tiempos las visitaba seguido y ahí me tienes siempre acompañándola; cómo me aburría sentada en

el sofá de la sala. Se ponían a chismear y cocinar y quejarse de sus güeyes. Y ¿qué crees? Una vez reventé. Apenas me repitieron su objeción al color de mi piel, les dije: “Soy prietita y estoy chula, ¡hijas de la chingada!”. Me salió del alma. En cuanto solté la frase, se hizo el silencio. Estaban todas azoradas. Me veían como si dudaran de haberme escuchado. En cuanto volvieron en sí, que se hace la rebambaramba. ¡De dónde había aprendido yo esa grosería! ¡Cómo es que les salí tan respondona! Se enfadaron conmigo, mi amá me exigió pedirles perdón, yo me rehusé y me encerraron en el cuarto de servicio. Me metí a la lavadora y ahí me quedé toda súpita, de seguro hasta habré roncado.

“¿Qué edad tenías?”

“Siete, ocho años.”

“No creo que hayas roncado nunca tú. Eres adorable.”

“Oye, me hace sentir tan contenta cuando nos hablamos así. Me gusta mucho acurrucarme contigo, este calorcito es una cosa tan chida.” Y cerrando los ojos se le arrepegaba más. “¿Sabes cómo me gustaría llamarte?”

“¿Me quieres cambiar el nombre otra vez?”

“No, es distinto. Cuando estamos así y eres tan cariñoso, me gustaría que me dejaras llamarte… No te rías, porfa: me gustaría llamarte Mamito.”

“Ah, caray. ¿Mamito? Suena siniestro, ¿no crees?”

“Ándale, déjame…”

Traía ese domingo la Oralia algo de sueño, se sentía además medio cruda, decidió por eso robarse un tiempo para no hacer nada; ya escribiría por la tarde el discurso que le había encargado el Ramiro para la visita del góber a la Cámara de Comercio.

Quién sabe cuándo se pasó al cuarto y pronto se hallaba hundida en el sueño. Quizá fue la música; seguía escuchando los acordes ligeros, melancólicos, esas blandas disonancias de Erik Satie que una vez terminaban volvían a empezar. De súbito le llega un ruido: él toca a la puerta. Ábreme, amorcita, ¿estás bien? ¿Te desmayaste?

Qué cansancio y pesadez traía. ¿Cuánto había dormido? Creyéndose desnuda bajo las sábanas, sintió los pies limpísimos, frescos igual que si acabara de bañarse minutos antes. El suelo estaba lleno de polvo, cuánto que no barrían, hasta arañas podría haber.

Él intentó sin suerte dar vuelta a la perilla, ella se empezó a estremecer desde las vísceras, le nació de ahí una vergüenza interminable. ¡Espera, no entres! Deja me pongo algo y te abro…

Luego de erguirse, al caminar hacia la puerta se descubrió en los dedos de las manos una sustancia resinosa de tono rojizo pardo y un olor dulzón que le hacía evocar la pasta de dientes. Se limpió con un trapo.

Cuando abrió la puerta él se había marchado.

Le temblaron las rodillas, sintió un vacío caliente en el estómago. ¡Se enojó de que le puse el seguro a la puerta! ¿Qué día es hoy? ¿Dormí hasta tarde, otra vez me puse peda? Serían más de las nueve de la mañana. Lo buscó en la sala, el baño, la cocina… ¿Acaso lo soñó entonces? Su voz había sonado tan diáfana. Ya él tendría que estar aquí de regreso de la escuela de su hija. Le marcó al celular.

El timbre del aparato sonó en la misma sala.

Inquieta por un mal escenario, se vistió y salió a la calle, caminó al bulevar y tomó un taxi. Fue a la casa de los abuelos de la Irlanda, nadie contestó a sus llamados, sólo venían maullidos tras la puerta. Fue al colegio de la Irlanda, un policía se le aproxima. Tenga, señorita, no ande tirando estas cosas. Era su celular; lo había dejado caer sin darse cuenta. Quiso preguntarle: ¿y el Ulises, poli, lo ha visto usted? Es mi novio, lo traigo perdido.

Pero ya el policía se había dado media vuelta. Metió ella la mano en el bolsillo del pantalón y en vez de un billete para el taxi de regreso lo que hubo de encontrar fue el dibujo arrugado de una manzana. Le llegó un olor a fruta pudriéndose.

Despertó sudando. Extendió el brazo al lado izquierdo del colchón; sólo halló el frío de la sábana.

Aquél no había vuelto del museo… Pensó en salir a buscarlo, tomar un taxi en la avenida. La abatió entonces una arcada. Corrió al baño, se hincó en el excusado. Luego de vomitar, sintiendo mucho frío, volvió a la cama. Sin poder contenerse, soltó el llanto. Traía mucha sed, era tan injusta esta sed… Y es que había prometido sólo abrir una botella cuando bebieran juntos, ella y el Rivas, y sólo un día a la semana. Qué inhumano aguantar este amor a su derrumbe: era igual que el amor del reo a sus prisiones o de la carroña al gusano. En el cráneo alguien, Dios o el Diablo, le había desplegado un estandarte del color del plomo que la ahogaba de la ansiedad y sólo con el alcohol por unas horas esa bandera se desvanecía.

Cuando él volvió esa tarde a Orquídeas, ella se puso de pie y lo abrazó apretándole las manos sobre la espalda. Lo llevó jalando hacia el cuarto. Él le preguntaba ¿y ora?, ¿te sientes bien?, ¿qué mierdas traes en los ojos? Ella lo miraba seria, sin hablar, se mantuvo aferrada a su cuerpo, ahí acostados. Luego dijo:

—Dime que me quieres, dime que no te has decepcionado de mí…

—Cómo mueles, ya te lo he dicho tantas veces…

—Dímelo otra vez, ¿qué te cuesta, Mamito…? ¿Me quieres?

—Cuál quererte, eso es bien poco: yo te amo un chingamadral…

Ella le daba besos en la frente, en las mejillas.

Él se fue quedando dormido, alegaba el cansancio de recorrer el museo de ciencias, seguirle el paso a la infatigable adolescente que tenía por hija.

Luego de limpiar los restos de vómito en la taza del baño y esparcir un aromatizante de esencia floral, ella se volvió a la recámara.

Se le quedó viendo, al Rivas: su cabello era negro como las alas tímidas de un cuervo, bajo los párpados creía ver sus ojos, imaginaba los ojos de dos palomas lentas al lado de un arroyo. Si yo habitara su cuerpo, ¿viviría en su alma? Luego de un día fuera, asoleándose, las mejillas del hombre eran las dos mitades de una granada. Si alguien viniera por él, si la hija o el padre en el puerto enviaran mensajes de apremio en busca de este hombre, ella lo negaría.

Escucharse pensando eso la aterró: habría querido sacárselo de adentro, ser libre de nuevo. Quería que él la amara, pero no amarlo tanto.

Seguía teniendo mucha sed.

45

Ya iban varias veces que su padre le decía: ¿Y Robusto?

Ella movía la cabeza a un lado, cerraba los ojos, se mordía el labio superior. Lo buscaré hoy en la noche, pa, ha de estar abajo de la cama.

—Eso mismo has dicho ya otras veces, y no veo claro, chamaca.

Jalando el aire, ella se ponía las manos sobre los ojos y la frente dejando salir un gemido.

—De seguro Quesito se puso a jugar con él y lo tiró… ¿O no estará en la cajuela del Tsurutato?

—¿En qué cabeza cabe que pueda estar en la cajuela?

Luego de quedarse en silencio unos instantes en que las púas de un invisible estramonio se le clavaban en el tórax, ella se apremiaba a hablar de Queso: el animal hacía ruidos a las tres de la mañana rasgando la puerta de la habitación, ella aún aturdida por el sueño le abría y —pues tenía prohibido dejarla dormir consigo— la cargaba en brazos hasta los muebles de la sala. Ahí le daba masajito en la nariz, la gata parecía calmarse, ronroneaba.

—Dime la verdad, niña: ¿lo tiraste?, ¿se lo diste a alguien?

—¿Que si tiré qué? —fingía ya haber dejado atrás el asunto del cuarzo—. ¡Ah! No, es sólo una piedra… ¿A quién se lo voy a andar regalando?

Lo veía, de reojo, sofocar el coraje: el hombre fruncía los labios, reprimía un suspiro en tanto subía la mirada al techo. Permanecía mudo y ella no decía nada tampoco: de hacerlo, su padre alegaría cortante y agrio, sin posar siquiera sus ojos en los ojos de ella, haciéndola sentir minúscula y vacía.

Ella sin embargo no retenía la promesa de buscar a Robusto en su recámara; la memoria no le daba peso al valor emotivo de la piedra y ya nada tampoco persistía del temor al enojo de su padre, pues pasaban tres o cuatro meses antes de que él volviera a exigir nada —hasta que pareció por entero olvidarse del cuarzo.

—Ándele, mijita, parriba. No hay que darle hilo a la flojera…

Ni terminaba aún de entrar al cuarto de su nieta y de inmediato Nanapach encendía la luz del techo, apagaba el aire acondicionado. “¡Ya vienes detrás de mí, caramba!”, decía en un murmullo a la gatita que se iba metiendo veloz a la recámara y a quien la Irlanda extendía los brazos. Bostezando, con terrosa bruma por dentro de las sienes, la chamaca se metía a bañar. En pocos minutos, Quesito siguiéndole los pasos, salía de su cuarto y ya estaba sentándose a la mesa, de uniforme puesto —blusa blanca y falda azul marino—; mientras la abuela le hacía dos trenzas, la nieta resentía de dientes apretados el jaloneo en el cuero cabelludo y se forzaba a comer: “no hay hambre, agüe”, decía con voz aniñada, pero Nanapach cómo iba a enviarla a clases sin que desayunara huevos revueltos con pechuga de pavo, si no dos burritos de machaca, licuado de plátano, un tazón de avena.

Al escuchar el ruido del motor apagándose, la niña, empujada por un resorte arisco de inquietud, se ponía de pie, metía en la mochila el sándwich y la manzana que había la abuela puesto minutos antes en el borde de la mesa. Se oía sonar el timbre y, luego de dar abrazo y beso en la mejilla a la mujer y de acariciar a Quesito, ella propia, forzando una sonrisa, abría la puerta.

Serio y en silencio, el hombre la escoltaba al Tsuru. Ella sacaba plática en tanto él conducía: ¿Dormiste bien, pa?, ¿ya no te ha dolido la espalda?

—No es la espalda, hija, es el costado; ha de ser colitis o algo así.

—¿Y qué estás tomando?, ¿has visto al matasanos?

—No seas llevada, niña: ¿cómo que *matasanos*?

—Oh, pues. Se lo escuché a mi abuelo ayer.

—Qué mal ejemplo te da Lord Voldemort…

—Óyeme, no le digas así —hacía como que iba a darle una palmada en el hombro—. Pero ya de veras: cuéntame qué te dijo el doctor…

Él parecía estar a punto de responder aunque, dando la impresión de recordar una cosa urgente, cerraba los labios, pretendía afinar la vista en los autos, el semáforo, los peatones. Ella se le quedaba viendo a la rubelita en el anular de la mano derecha, dejaba caer la barbilla. Al llegar a la escuela, salía del carro mientras farfullaba gracias, pa.

En la tarde venía el abuelo a recogerla. Seguido pasaban a la pape por una cartulina, plumines, monografías. Ya que iban en el auto, ella le pedía que le contara sobre el tiempo que estudió en Puebla o sobre los pericos que crio mucho antes, allá por sus años de chamaco, o

sobre la tía Silvia, cuándo salió con eso de irse a vivir al otro lado. ¿Por qué no visitarla un día?

—Uy, no. Se ocupa sacar la visa americana.

—¿Y eso es difícil?

—Casi imposible, niña. Los gringos son la mar de sangrones. Tendríamos que ir a Hermosillo, allá está el consulado.

—¡Hay que intentarlo! ¿Qué esperan? ¡Sirve que me llevan! Yo hablo un inglés de Oxford… —decía la última palabra alargando las oes y ensordecía la de final hasta hacerla salir como una te.

El anciano le ponía la mano en el cabello, sonriéndole.

—No te distraigas —señalaba ella hacia el frente—, maneja con cuidado: en este carro traes un tesoro de importancia galáctica.

Otras veces ella le contaba los pleitos y chismes de la escuela: Arosemena, la profe de Mate, usaba peluca, hoy el Chorizo la vio acomodándosela en el carro ante el espejo, la pobre mujer acababa de estacionarse. O para el trabajo en equipo de Química la pusieron con un pecoso odiosísimo que siempre quería estar hablando de futbol y si ponías cara de no entender sus referencias te veía feo, como si fueras de raza primitiva.

Apenas llegar, la Irlanda se quitaba el uniforme y de bermudas y camiseta se sentaba a comer. Había tardes en que se la pasaban sus abuelos hable y hable de esto y de aquello, se reían por cualquier nimiedad; pero también había otras veces en que los dos adultos tomaban el arroz, el bistec con papas o las albóndigas sin decir una palabra más allá de lo que preguntaban a su nieta: ¿y cómo te fue en el parcial de Historia, chiquita? o ¿por qué no te pones la blusa rosa que te regaló tu papi en Navidad? Ella les sonreía al responder. Si abundaba en los detalles el abuelo se mordía el labio y carraspeaba subiendo los ojos al techo o Nanapach se ponía de pie, sacaba del refri el bote de crema y volvía a sentarse con expresión distraída. Esas tardes a la niña le timbraba disonante una sensación de espina en el cúbito y el radio del brazo derecho, las papas cocidas le parecían de engrudo, los fideos de cartón. Decía gracias al levantarse y luego de lavar los trastes se metía a su cuarto, jugaba un rato en la cama o en el suelo con Quesito. Se sentaba a su escritorio, ponía algún cedé, *My World* de Justin Bieber o *Can't Be Tamed* de Miley Cirus, y mientras tarareaba, iba sacando los cuadernos de la mochila, hacía las tareas primero de Español, Historia, Formación Cívica y Ética.

Poco antes de las cinco, sonaba el teléfono en la sala. ¡Yo contesto!, gritaba desde el cuarto poniéndose de pie. Ella imaginaba a

su padre sentado en la oficina de los viveros, la bocina gris en la oreja en tanto apagaba la computadora e iba cerrando los cajones del escritorio. Él preguntaba qué tal, chamaca loca, cómo te fue en la escuela, ¿has comido bien? —cosas de ese tipo—. Luego de colgar, decía la Irlanda a su abuelo: "Era el jefe de jefes". Desde el sillón de la sala, el viejo subía la ceja derecha escrutando el rostro de su nieta, ponía a un lado el ejemplar de *Muy Interesante* o *Siempre!* o *México Desconocido* que había estado leyendo.

—¿Y ora qué nuevas tiene el Conde Pátula?

—Que me des permiso de jugar al PlayStation, ¿cómo la ves?

—Qué raro. Parecía un terrícola sensato.

—¡Ándale! Sólo una hora…

—Qué hora ni qué ocho cuartos. Jugando esas cochinadas violentas te puede dar un ataque de epilepsia.

Ella sacaba la lengua, movía los brazos a un lado y otro, hacía bizcos y ruidos guturales. Sacudiendo la cabeza, decía entre gritos: ¡Oh, me está dando, me está dando un ataque! ¡Voy a quedarme mongolita!

—Tú sí que estás zafada —decía el abuelo, fingiendo enojo—. ¿Ya acabaste tus tareas?

—Sólo me falta la de Mate —y dejaba salir un gemido en tanto fruncía las cejas.

Luego de traerse cuaderno y libro, se sentaba al lado de su abuelo en el sofá. Él le daba un beso en la frente, le pasaba el brazo por los hombros y la estrechaba contra el pecho. Ella recibía un olor macizo que la hacía imaginar madera resguardada en un almacén a media luz. Él le pedía leer en voz alta las instrucciones de la tarea, luego le daba pistas; ella sin saber al principio bien a bien qué hacía terminaba resolviendo los ejercicios de Trigonometría o de bases numéricas. "¡No era tan difícil! Cada vez me sorprendo más de mi prodigiosa inteligencia." Dejaba salir la carcajada mientras se ponía a acariciar a Quesito, que había estado silenciosa a su derecha.

—Lo difícil todo este tiempo ha sido ablandarte la cabeza dura que te heredó tu padre —y el abuelo hacía en el aire el ademán de un coscorrón—. Lo bueno es que no sacaste sus ojeras…

Entre risas y chistes se ponían a ver la tele —programas de púberes gringos burlones y bastante cínicos: *Drake & Josh*, *iCarly* o *Los hechiceros de Waverly Place*—, hacia las siete ella se metía a la cocina con su abuela, cenaban; se iba a dormir.

Ese viernes de junio de 2012, apenas despertar, lo sintió de inmediato: primero fue el calambre en el vientre, luego ahí mismo —

por debajo de la piel— se le ensanchaba una manta de hielo. Cuando ya cedía la primera descarga, volvió recio el calambre, jalándole el vientre hacia los pies en tanto la despojaba de calor y energía. ¡Tenía que ser hoy! Se acurrucó, cerrando los ojos. Cómo iba a querer ponerse de pie. El solo runrún del aire acondicionado le hacía sentir más fuerte el frío. Eran pasadas las siete, podía quedarse otro rato en la cama: la ceremonia de fin de cursos era a las nueve y media.

Luego de un nuevo calambre, empezó el dolor en los huesos de la cadera. Apretó los músculos de la cara.

No debía quejarse —le dijeron—: hay las que, como la tía Silvia, desde dos o tres días antes padecen cólicos brutales que las tumban en cama. Aun así, ella creía sentirse, sobre todo el primer día —como hoy—, un cuerpo a medias, atontado por el frío, sin el vigor de siempre; era el suyo un cuerpo en mengua que no tendría que salir a trajinar en el mundo.

Sin hacer ruido, la abuela abrió la puerta, estirando el cuello con el propósito de ver si su nieta aún dormía.

—No quiero el té de orégano —musitó la Irlanda en tono de quejumbre.

—Ay, mijita, no me digas —la mujer entró al cuarto—. Tenía que ser hoy, qué mala pata…

—Es un castigo tomar eso…

—Ni sabe tan amargo, niña; una se acostumbra.

Luego de apagar el aire, abrió la abuela un cajón del ropero, extrajo la bolsa azul con toallas sanitarias y se la extendió.

—Nanapachi, ¿no hay muicle? Ándale, haz mejor el té de muicle… Sabe más dulcecito…

Sin contestar, la mujer se dio media vuelta.

Se le oyó haciendo ruidos un rato en la cocina; encendió en algún momento el horno de microondas.

La Irlanda llamó a Queso chasqueando los labios, se la colocó sobre el vientre. El ronroneo del animal la hacía sentir bonito. Se oprimió los ojos con las palmas de las manos. Acababa hoy la secundaria, y ya iban dos, tres veces que estos días su abuelo soltaba aquello de qué luria estará tu madre, allá donde esté sabe que sacas puros dieces en la escuela.

"No saco puros dieces, tuve nueve en Mate…"

"No me lleves la contra. Eres un cerebrito, mija."

"La Mariana Bazúa es la cerebrito, ella sacó el primer lugar en aprovechamiento…"

"Eres muy lista, eso es lo fundamental, y aunque extrañes a tu

mami debes saber que…”

Para ella, lo fundamental era otra cosa: a su madre no la soñaba más. Tenía en un pizarrón pegadas, sobre la cabecera, varias fotos donde se les veía juntas, de distintas edades, desde recién nacida. En el día a día ni se daba cuenta de aquellos retratos; eran tan rutinarios como el abanico de techo, el tocador de caoba o los mosaicos color hueso. Y ahora no sabía qué responder a su abuelo: se creía culpable de ingratitud, como si tuviera un alma olvidadiza o malcriada. No extrañaba a su madre como suponía era lo esperable o lo normal: se le hundía, sí, un coágulo de agua congelada en el súbito pecho al recordarla, pero de esa mujer sólo le venían un segundo después a la memoria sus caprichos y neuras, sus regaños, quejas, gritos que tanto la tensaron siempre. Con Nanapach se sentía en cambio bien cálida: la mujer radiaba una música de cielos calmos, una vibración de auroras que le daba tanta quietud y tanta paz. De haber justicia en el mundo, su abuela tendría que ser eterna.

No iba más con Yadira, la psicóloga, y a la Ivette no podía contarle cosas así. Tampoco en el puerto tenía escuchas para su intimidad. Cada cuando hablaba, es cierto, por teléfono con la tía Milagros y el abuelo paterno. Al principio el Arsenio le había dado largas a la idea de volver al puerto, luego de aquel fin de semana glorioso en que ella conoció a esa parte de su familia. Por intercesión de la tía Milagros, que habló con el Rivas, la nena se salió con la suya, y desde el año siguiente de conocerlos, pudo pasar allá los días de sus vacaciones en cada Semana Santa y semana de Pascua. Se volvió una suerte de acuerdo, una cita anual. El Rivas la llevaba al puerto y, luego de entregarla en casa de su papá, se arriendaba solo al valle. A los quince días, sonriente y bronceada, ella volvía en la Suburban del abuelo Lauro conducida por el chofer bajo la vigilancia de la tía Milagros, quien al llegar acá elogiaba el pelaje y la seriedad aristocrática de Quesito y se la pasaba un buen rato platique y platique con los abuelos maternos de la niña antes de tomar la carretera de regreso al sur.

Como su padre nunca la llevaba a Orquídeas, se tardó la Irlanda en conocer a la Oralia. Esto ocurrió un sábado de junio de 2010, cuando ella llevaba ya cosa de un año viviendo con los abuelos. El padre la condujo esa vez a un restorán italiano. Ahí los esperaba la noviecita aquella. Sonreía mucho, nerviosa, traía blusa de manga larga y en algún momento se arremangó inadvertidamente. Ay, déjame verlo, ¿qué te tatuaste? La Oralia tartamudeó al explicarle el dibujo, luego se lo cubrió y con prisa tomó el tenedor para llevarse a la

boca un poco de lasaña vegetariana. La niña a partir de entonces los veía juntos en ocasiones para comer, una vez fueron al cine, más seguido a comprar ropa, discos, chucherías. Ya no tenía ella interés en volver a Orquídeas. Salvo por la Cicatera, no era su casa más. El cuarto aquel donde la Oralia escribía su libro mostraba aún pósters de bandas de morros fatuos que ella ahora veía con indiferencia: Jonas Brothers, One Direction… Su casa era la casa de sus abuelos. Aquí llevaba ya tres años viviendo.

Nanapach volvió al cuarto sosteniendo con el índice de cada mano los extremos de una bolsita gris de tela.

—¡Ay, sí! —aplaudió la Irlanda—. ¡Eso sí te lo acepto!

—Primero baja de la cama a esa gata del mal, chamaquita.

Agachándose, la abuela espantó con un gesto de la mano a Quesito. Luego de dar a la Irlanda un beso en la mejilla, colocó la bolsa caliente de semillas por encima de la sábana sobre la ingle. “Sí queda muicle”, murmuró tomando asiento al borde de la cama. “Ya orita hierve el agua y pongo la infusión. Cuando salgamos a la escuela, vas a tener que andar cargando el termo lleno.” Vio que su nieta se oprimía los ojos.

—Me va dar mucha vergüenza si me suelto a chillar enfrente de todos —la voz le temblaba—. Ya tenía suficiente con el viaje odioso a Gringolandia que van a hacer ustedes, traidores…

—Ay, hijita… Pero vas a tener ese tiempo a Quesito pa que te haga compañía…

Cuando a las pocas horas recibió el diploma de segundo lugar de aprovechamiento, estrechó la mano de la directora de la escuela y volteó dos metros a su derecha, donde se hallaba el abuelo con la cámara tomándole foto tras foto. Al volver a su silla junto a sus compañeros, en el centro de la cancha de basquetbol y bajo la amplia lona que les cubría del agrio sol de fines de junio, volvió a mirar hacia las gradas, enfrente: de guayabera azul cielo y pantalón de mezclilla, iba su padre avanzando en la segunda fila, pedía permiso —de seguro disculpándose por llegar tarde— a las gentes ya sentadas que recogían las rodillas y tomaba su sitio a la izquierda de Nanapach, quien algo le decía señalando hacia los estudiantes.

Al asir la mirada de su hija, el hombre movió la mano derecha sonriéndole: más flaco se le veía el rostro, más vivas las ojeras.

Ella irguió la cara sin darle a sus ojos ninguna expresión. Pero una lágrima le cruzó la mejilla.

46

Batalló mucho para convencer a su esposo. No días, no meses: fueron años.

—Mujer, no insistas: esa muchacha no es mi hija.

—Pues yo la parí y sé que no me preñó el Espíritu Santo…

El Gregorio era cosa seria como testarudo: su sentido práctico y el temple calmoso que, a pesar de los pesares —era también mandón y chingaquedito—, lo habían hecho un esposo tolerable, no se mostraban cuando venía a cuento el nombre de la Silvia, su hija mayor.

—Una sola condición le puse —remachaba el hombre—: que no viniera a avergonzarnos.

—¿Y de veras sigues con eso? Qué descaro. Ni sus fotos quieres ver cuando te las enseño…

—Ahora tú le aplaudes sus marranadas…

Ella había perdido al primer bebé con apenas cuatro meses de embarazo; se malogró el pobrecito, sencillamente. Pero la Francisca era en aquellos tiempos joven y fuerte; ella y el Gregorio tenían, pues sí, toda la vida por delante. El eco de esa pérdida no duró mucho pues al año siguiente la mujer se alivió de la Silvia y tres después de la Rubí.

Cuando al tiempo volvió a quedar encinta, una mañana de octubre fue acompañada por su marido a la cita con el ginecólogo. Sin pestañear y escrutando el rostro del contador Lizárraga, dijo el doctor, luego de resumir los hallazgos del estudio: “Hay que decidir, y pronto; de otro modo, usted sabe, la vida de…”. Fue en ese instante que la Francisca tembló. El hombre de bata blanca no le había dirigido a ella las palabras. El Goyo, tomándola de la mano derecha, sin titubear en nada hizo saber su decisión al médico.

“Si es así, sepa entonces, contador, que ya no podrán volver a…”

“Que sea lo que Dios quiera…”, respondió en un murmullo el joven Gregorio antes de levantarse de la silla.

—A un hijo no se le renuncia, viejo, cómo crees…

—Pues de aquélla yo sí me desentiendo: salió muy buena para faltarme al respeto.

—Yo haré sola el viaje…

—Ay de ti si te atreves —el esposo endurecía la voz, apuntaba a su mujer con el índice.

—No me quiero morir sin verla otra vez, entiende.

—Ay de ti si te atreves.

Esa frase la detenía. No sabía qué esperar; ella temía del hombre, por tan orgulloso, un gesto definitivo que la haría miserable. Aunque… a su edad no podía dejarlo solo: era ella quien, junto a un vaso de agua, le entregaba las pastillas contra la hipertensión y para la próstata y la tiroides, ella quien le sacaba cita con el cardiólogo, el dentista, el urólogo, ella quien llevaba, en fin, las cosas de la casa. Él se iba dos, tres horas por la mañana al restorán de mariscos del que era socio desde antes de jubilarse y al que llevaba la contabilidad. En la casa arreglaba, sí, cualquier desbarajuste que tuvieran la plomería o la instalación eléctrica; fuera de eso, no sabía freír ni un triste huevo. Cuando según sus parámetros andaba de buenas, hacía chistes de su propia desidia en el cuidado de la salud, se burlaba de la mujer por su rutina diaria de abdominales, flexiones y sentadillas, también por llevar una dieta de cero harina y lácteos y mucha verdura, fruta, pollo y pescado, o cada que sus tres amigas más cercanas, viejas compañeras de los tiempos en que fue maestra de primaria, venían a visitarla: unas a otras se pintaban las uñas, veían catálogos de tópers, revistas y recetarios y hablaban de la necedad de los maridos, los errores de los hijos y el encanto de los nietos, mientras Nora, la estilista, les iba por turnos escondiendo las canas. Cada que ella le recordaba la proximidad de una ida al consultorio, el anciano afinaba sus pullas, machacón, en contra de los médicos: los sufrió toda su vida en el trabajo —fue contador en el Seguro Social— y narraba de ellos sucedidos que los hacían ver como charlatanes, frívolos y calenturientos. Nada más lo escuchaba, ella se encendía: ¿Te parece gracioso ser tan ingrato?, de no ser por Archundia ya estarías achicharrándote en el infierno. El Goyo se carcajeaba, le picaba las costillas endulzando la voz. Pero, Paquilla, ríete, Archundia sí es de ley; lo que te digo es pura carrilla nada más para pasar un rato alegre.

Eso era ahora.

Antes, se la pasaban tristeando: lo de la Rubí les desgarró el pilar manso de la entraña. En el caso de la señora Francisca así fue, realmente, físicamente: el cuerpo más hondo —la tierna materia

exacta del dolor— se le agrietó apenas escuchó la noticia del estadio de futbol, la balacera, el nieto del Mayo… En esa fisura se heló muy pronto una forma rocosa que no se disolvía. Ella no podía dejar de llorar. Suspiraba, se hacía bolita en la cama o el sillón, hipaba y dejaba salir gritos y gemidos que no le hacían conocer la mansedumbre. Pasó el novenario y ella retomó el uso de ir a misa el domingo, buscó la ayuda de una psicóloga, probó la acupuntura y la terapia sacrocraneal. Aun así la sensación física permanecía: aquella grieta brusca le dejó los adentros vulnerados y en el viejo sitio del sosiego pervivía una biznaga mineral y cruda que le hacía pesado el tórax, neciamente duro el solo hecho de jalar un respiro tras otro al recordar a su hija. El Gregorio respetó ese dolor, pues lo compartía; él mismo había llorado desde el primer momento, ella lo veía de ojos enrojecidos salir del baño, sonándose la nariz con papel higiénico. Luego de haber desayunado o comido se quedaban ahí en la mesa cabizbajos, viendo el piso, en silencio. Ella sollozaba, él le palmeaba la mano, esquivándole los ojos.

Ese como bulto ajeno de enemiga roca se le quedó, así, en el pecho a la mujer, y desde entonces le volvió ella a pedir a su marido, con esta insistencia de la que no se cansaría, vayamos a ver a la Silvia.

—¿Cómo crees, vieja? Yo no puedo…

—Sólo ella nos queda, por favor: sé razonable.

—¿Por qué eres tan terca, mujer? Ten piedad y no me hables de aquélla.

—Tú también la quieres.

—Me da asco pensar en sus cosas.

—Pues yo iré a verla.

—Paquirri, más te vale no hacer mensadas…

Ella se le quedaba viendo: qué ocurriría si este hombre muriera.

Dejaba salir un suspiro. Era una cosa bien fácil: nadie tiene la vida comprada, y menos de entre todos alguien que ya tuvo un infarto, no se cuida el colesterol, nunca hace ejercicio… Con que agarre a Dios un día de malas y sanseacabó. Lo peor es que sufriría por él. Eran tantos años juntos, no tenía ella corazón de saguaro. Pero había en su pecho, con imaginar aquella muerte, una sensación de libertad, como al abrir la ventana de esa habitación que ha estado largo tiempo encerrada y llena de polvo: ¿estaba segura de no desearle el mal a este desconsiderado? No lo lloraría como lloró a la Rubí; no lo iba a extrañar como tanto echaba de menos a la Silvia. Podía ser sincera: qué ganas le daban de verlo muerto cuando le negaba a su hijita.

Era a veces el Gregorio un desconocido con quien llevaba viviendo más de cuarenta años.

Iba una vez hace muchos años el contador Lizárraga manejando por la Aguilar Barraza, estaba por cruzar la Juan José Ríos. Era cosa de la una de la tarde. Había salido a una reunión de trabajo con la secretaria de insumos y materiales ("una junta de carácter ombligatorio", diría con un guiño a sus compas ese fin de semana durante el dominó y la cervecita), ahora volvía a su oficina en la delegación del Seguro Social, donde ya era subdirector de área. Vio entonces a la Silvia, ¡era su hija!, entonces de veintidós años, entrando en una casa de mosaicos azules al lado de… la Verónica, su amiga de tiempos de la secundaria; él le tenía prohibido verla. Las dos muchachas sonreían, se hablaban de muy cerca, parecían festejar una broma, la Silvia tocó entonces el mentón a su amiga. Encendido, apenas pudo estacionarse, el hombre tocó a la puerta —no había timbre, era un portón de madera hacía poco tiempo barnizada—; al no ser atendido, se la siguió grite y grite. Ninguna de las dos jóvenes hubo de salir.

Condujo a casa. Sin saludar a su esposa entró al cuarto de las hijas y llevó los pantalones de mezclilla y las camisetas grises y negras de la mayor, las pesas, el manual de fisicoculturismo y el póster de los Osos de Chicago al bote de la basura en el patio trasero, les prendió fuego. Ya ni volvió a su oficina ese día.

En la tarde, apenas hubo llegado y luego de pasar unos segundos a su cuarto, la Silvia se sentó en el comedor, tenía cerrados los ojos. En la silla de al lado, su madre le pasaba el brazo por el cuello. La Rubí no volvía aún de sus clases en la universidad. Estaba el Gregorio en su cuarto, había puesto en el modular a volumen bien recio el disco de duetos de Joan Sebastian, canciones que mal de su grado ya las tres mujeres se sabían de memoria.

—Llevamos juntos serenata,
juntos hasta el balcón aquel.
—Tú la guitarra y yo maracas…
—Ella quince y nosotros dieciséis…

"El que tiene mejor voz en ese dueto es Alberto Vázquez, pero de calle", dijo la Silvia con acento despechado y sonrisa triste, como quien alega ante ese interlocutor a quien se quiere mucho y no se

logra convencer.

“Te ves tan linda cuando sonríes, hijita. Se te siguen haciendo los hoyitos en los cachetes.”

“De veras, ma. Es malón Joan Sebastian; no le llega ni a los talones a Alberto Vázquez.”

“Ya se volvió el ídolo de tu padre, a ver la fijación cuánto le dura.”

Acababa la Silvia de recibirse de la carrera de Pedagogía, y era lo mismo siempre: ya estaba harta de chocar con ese hombre del Medievo que le prohibía traer el pelo corto, salir a la calle sin maquillaje o citarse con quien ella quisiese, y ahora se había vuelto loco porque… Sí, mija, te entiendo; él no tiene derecho a… Pero no te vayas a ir, porfa. Para mí también fue difícil de entender esto al principio, te acuerdas. Tenle paciencia. Cambiará.

“Hasta cree usted. Este compa no tiene remedio.”

“Pero claro que te quiere.”

“Pues no lo demuestra.”

“Ay, hijita.”

Mientras obtenía una beca para la maestría en el extranjero, vivió la Silvia rentando un cuarto en aquella casa de huéspedes cerca del estadio Ángel Flores, trabajó dando clases en la secundaria del colegio Independencia. Un día a media mañana visitó a su madre, sabedora de que su papá estaba en la oficina: se iba —le avisó— en pocos meses a la Universidad de Pensilvania, se iba con la Verónica. Pero, mi niña, ¿tan lejos? ¿Por qué no a Guadalajara…? Así puedes venir en vacaciones…

“¿Sabe qué me dijo ese hombre la última vez que lo vi?”

“Lo sé.”

“¿Y así quiere usted que venga?”

“No lo avergüenzas, hija, cómo crees…”

Luego de años de quemarse las pestañas y trabajar duro, consiguió la Silvia un puesto en cierta institución ubicada en Chicago; era algo sin duda precario y donde la explotaban al cien por ciento, pero era el primer mundo y así no volvió al país de cuacha donde vivía su padre. Sostuvo con la señora Francisca el contacto por teléfono y por carta, aunque madre e hija en dos décadas no habían vuelto a verse —ni al velorio de la hermana vino.

—Consiente mucho a este pegoste —dijo la señora al Arsenio, poniendo la mano derecha sobre la cabeza de la adolescente. Ya estaban los dos ancianos por pasar al filtro hacia la zona de abordaje, traían pase y pasaporte en la mano. La jovencita rodeó a su abuela

con los brazos; de ojos humedecidos, le recargó la frente en los hombros—. Mira cómo ha crecido esta enana. Se va a portar a las mil maravillas, ¿verdad, princesa?

—¿Qué vas a decir tú, si te la pasas chiqueándola? Nadie vende pan frío —el señor Gregorio veía su reloj en la muñeca y luego, guiñando el ojo izquierdo y abriendo la boca como para anunciar una broma, se dirigió al Arsenio—. El secreto está, muchacho, en prohibirle los videojuegos y en que se bañe todos los días. Si no, huele a chivo de rancho —movió los dedos de la derecha cerca de la nariz; en el pulgar se le veía una marca de tinta marrón.

De ojos cerrados, la Irlanda no acusó recibo. Seguía tensamente aferrada a Nanapach, quien le daba besos en el cabello.

—Nos saludas a tu compañera —dijo la señora Francisca al Arsenio—. La van a pasar muy bien con mi angelito… Y, por cierto, no dejen que la Queso se meta a los cuartos, deja regados pelos por todas partes…

La niña no la quería soltar. Tenía los brazos apretándole la espalda.

—Bueno, pues ya vámonos —cortó el abuelo—. El que mucho se despide… Además, vas a tener —le dijo al Arsenio, refiriéndose a la elección presidencial— mucho trabajo en el semanario: ¿ya aceptó el Pege que le pasó un tráiler por encima? Esta vez perdió por paliza el buenopanada ese…

Opacando al altavoz que anunciaba el aterrizaje de un vuelo venido de Cancún, la Irlanda soltó el llanto.

Jalaba los mocos, abría mucho la boca. A los pocos segundos ya era una cosa compulsiva y airada, con grititos agudos que algo querían decir aunque nada se le entendía. El Arsenio se le acercó; poniéndole la mano derecha en el hombro, trató de jalarla sin hacer mucha fuerza; en ese momento la hija lanzó un grito más alto, bruscamente movió el codo hacia atrás.

—Niña —soltó el señor Gregorio, de áspero acento y ceja levantada—. Estás siendo grosera.

La Irlanda dijo finalmente a su abuela:

—¡No te quedes a vivir allá, porfa!

Mientras se hacían a un lado para que pasaran seis pasajeros rumbo a la zona de abordar, Nanapach la jaló consigo hasta recargarse en la pared, donde lucía el anuncio de una cadena de hoteles con fotografías de playas llenas de sol, limpias y refulgentes, y de un ocelote encaramado en algo que parecía una ceiba. Algo empezó la abuela a murmurar muy cerca del oído de su nieta. La niña

subía y bajaba la cabeza, como si tomara nota de instrucciones que a pesar suyo habría de obedecer. Fue soltando a su abuela, y el señor Gregorio tomó a su esposa del brazo. Caminaron hacia el guardia de uniforme azul y boina gris que en el filtro, al lado de una pantalla, revisó los documentos.

Pálida y de ojos enrojecidos, la Irlanda tenía puestos los ojos en el suelo. Éste no es lugar para andar haciendo desfiguros —oyó la voz de cactus de su padre—. Sé que la quieres mucho, pero no había que hacerla sentir mal; la pobre quiere visitar a la única hija que le queda.

La Irlanda dio un paso hacia su padre, dejó caer la cabeza en su pecho mientras lo abrazaba, hipando dejaba salir un sollozo. Sintió que extrañaba a su abuela como al dolor extraña la herida que ya ha empezado a sanar.

—Me da miedo que no vuelva…

—Claro que vuelven, mocosa —el hombre soltó un suspiro mientras le ponía la mano derecha sobre el cabello—. Ni creas que allá la van a pasar a toda madre.

47

Del otro lado de la ventanilla, la cajera movió los labios. De lentes, cara alargada y pelo lacio y negro, regresó por debajo del vidrio la credencial de elector. Entre el barullo de la tanta clientela a esa hora en el banco la Oralia no supo qué se le decía. “¿Cuál es el problema?” Apretó los músculos de la cara. “Hable más fuerte…”

Perpleja, al recoger su identificación se puso a examinar su propio rostro en el documento: frente despejada, óvalo moreno claro, cejas espesas. Supo entonces, como si el eco apenas le llegara, qué le había dicho la mujer tras el cristal: “La cuenta está a nombre de otra persona”.

¡Cómo que de otra persona!

Dos noches atrás había perdido quién sabe dónde la tarjeta de débito y no podía por eso retirar efectivo en el cajero automático. Ahora le salían con esto: ponían trabas para evitar que ella dispusiera de su propio dinero. Enfocó la vista en las palabras que se iban dibujando en su credencial. Sintió un mareo, como si le subiera a la garganta el aire hediento de un mar cerrado. No era su nombre… ¡¿Quién es Julia López Castillejos?! ¿Ahí qué hacía el nombre de esa desconocida? Volvió a escrutar su cara en la fotografía de la identificación. Era ella misma. Levantó los ojos y ahora la cajera le devolvía el pedazo de papel en que la Oralia había anotado el número de su cuenta. “Lo siento, señorita. Tiene que venir la titular.”

“Yo soy… Mi nombre es Oralia Cisneros, hay una confusión…”

Hubo de hacerse a la derecha y dejar que el cliente en la fila a sus espaldas, un hombre acromegálico, de ojos achinados y olor a colonia Jockey Club, tomase el lugar en la ventanilla. Ardiendo en coraje, salió del banco. Eran bien ladrones. En un descuido y le vaciaban la cuenta, ¿qué haría sin sus ahorros? Contempló la credencial. Las letras bailaban ante sus ojos. ¿Se había puesto peda la noche anterior? Por qué traía la percepción tan alterada —era acaso por estar en ayunas—. Abrió y cerró los ojos. Ahora el nombre en su

credencial decía Nadine Castro Chaparro. La cabeza le dio vueltas al ver cómo ese último nombre también se borraba y cómo la tinta se movía en la superficie para formar otro. Entró corriendo a una cafetería que tenía espejos en las paredes, preguntó por el baño. Antes de llegar a la puerta violácea en que lucía la palabra *Lili*, tropezó con el cuerpo de ese hombre que venía corriendo de espaldas. Lo sacudió, le jaló el brazo; al lograr que volviera el rostro, vio que era el Rivas. Él movió los labios: la voz que salía —se percató sufriendo un espasmo— sonaba igual que la voz de su madre. Chirriaba, luego era gruesa y punzante: “Ya vele diciendo a tu novio que si no compra no mallugue”. Y entonces los ojos y la nariz, los labios y las cejas del hombre se hundían dejando ver ya no el rostro sino una tabla de carne palidísima.

Abrió los ojos.

Tenía sed; en la garganta se le había hecho costra la figuración de un clavel marchito. Iba entrando la luz por la ventana con la plenitud instintiva del verano. Sentía el pulso veloz y las sienes le vibraban con dolor de púas. ¿Cuánto durmió? Luego de extender la mano, tomó del vaso de agua que cada noche dejaba en el burocito. Agarró el celular: seis llamadas perdidas. Y dos mensajes de texto: “No salgan”, “Balacera cerca”.

Llamó al Rivas. Él le dijo: hubo ejecutados, metralletas y bombazos frente a la Profeco, por Enrique Félix Castro, luego una persecución que llegó hasta la Pedagógica, bien cerca de Orquídeas…

—Sí, sí, te entiendo —y ella le colgó arguyendo que estaba por ponerse a hacer yoga.

Se levantó, le puso seguro a la puerta. Volvió a tenderse en la cama y, cerrando los ojos, se masturbó. Esta vez la fachada que vio al venirse era de un edificio muy alto —de ser real tendría quince, veinte pisos—: desde el nivel de la calle, ella veía mientras duraba el éxtasis la brillantez de los mosaicos violetas; las ventanas, cornisas, terrazas eran líneas y polígonos en un movedizo mar violeta, la eléctrica danza de los tonos iba del índigo al glicina, del malva y el púrpura al magenta. Antes, más antes, ella describía a su novio el río visual que venía con cada orgasmo. A menudo era un color cálido el que prevalecía: veía el convulsionar de tonos rojizos, naranjas, ambarinos, más luminosos, más oscuros, en superficies inquietantemente vívidas. Él hacía preguntas mientras le acariciaba la espalda y la cintura y le daba besos en el cuello, la oreja o la comisura de los labios. Antes.

Ya en la sala, vio a la hija de su novio sentada ante el comedor. Con los dedos de una mano pulsaba los botones del celular y con la

otra sostenía la cuchara, que luego hundía en el tazón amarillo lleno de leche y cereal, se la llevaba a la boca.

—Que si le llamas, dice mi apá.

—Ay, se parece a Pitufo Miedoso. Ya le hablé…

—Algo dijo de que mataron a no sé quién cerca del gimnasio.

—No pensaba ir de todos modos…

La Oralia entró al baño. Al chico rato se hallaba sobre la esterilla, en el centro de la sala; la esencia de sándalo salía de la varita en el incensario.

De su garganta salió un rosal sonriente:

—Te enseño yoga, anímate.

—No, gracias —la Irlanda se llevó la mano a la mejilla, dejó salir un acento apenado—. No se me antoja…

—Conste —fingió la Oralia el tono de reproche—. Era una promoción de vacaciones que no se repite muy seguido. Oye, ¿no te gustaría meterte a un curso de verano? En la Casa de la Cultura hay uno de teatro que pinta bien.

—Ya estoy grandecita para cursos de verano.

—No es pa niños; es para morros de tu edad.

—No, de veras —la Irlanda extendió los brazos sobre la mesa mientras ladeaba el cuello y fruncía la cara—. No se me antoja salir con este calorón…, y con balaceras, menos…

Ya sentada en posición de flor de loto, la Oralia cerró los ojos. De manos juntas sobre el esternón, inhaló lento y largo; exhaló despacio por la boca. Repitió. Buscaba llevar la consciencia al punto más hondo en la fosa craneal anterior; situarse ahí, reposar su consciencia sin el menor pensamiento de riñas ajenas, sin basuras ni estropicios que la distrajesen. Hundirse en ese suelo significaba flotar en un aire sin nubes donde no hay mañana ni antes, no hay gimnasios, reproches, no hay niñas ni cuentas de banco; no hay nada. Todo, con largas respiraciones. Luego de inhalar, a como dejaba huir el aire fue sacando un largo *om*. Esbozó en silencio su intención del día. Levantó el brazo derecho, lo dobló hasta tocarse la oreja izquierda, inclinó la cabeza levemente estirando el cuello. Iba poco a poco.

Y soltó el estornudo. La gata habría de estar dormida sobre la colcha en el cuarto de la Irlanda. Escuchó un maullido. Abrió los ojos. Volvió a cerrarlos. Levantó el brazo izquierdo, lo dobló hasta tocarse la oreja derecha, sesgando la cabeza. Ahora entró la voz de la Irlanda: una voz tibia y esbelta, sin vigor, a ratos parecía querer romperse, hallarse en la vecindad del llanto. La niña decía a su mascota con voz de terneza no nos ha llamado Nanapachi, Quesito Filadelfia, ¿por qué

se olvidó ya de tus bigotitos tan chulos?

Desde el lunes, dos días atrás, cuando la Irlanda llegó, cargando con ambas manos la caja transportadora en que venía el animal, había en el aire de la casa un elemento que la Oralia desconocía; el agresivo hedor de un puñado de aquenios de cicuta que sólo existía en su percepción la movía de su sitio hacia una espesura en que su respirar no hallaba asiento. Otro estornudo.

De un envión se puso de pie, levantó la esterilla, entró a su cuarto.

De no ser porque la tía Milagros aprovechaba julio y agosto para visitar a su hermana menor en Acámbaro, lo más probable es que la chamaca esta habría sido enviada al puerto. “Son sólo tres semanas”, avisó el Rivas a la Oralia en un principio. “La voy a traer bastante ocupada, no la tendrás aquí todo el día.” Pero la ingrata no quería salir. No es que hiciera gran barullo; pero estaba aquí presente, respirando; también estaba la gatita. Lo invadían todo.

—Voy a la Ley —con los nudillos en la puerta daba la Oralia—. ¿Me acompañas?

—¿Adónde vas? —se oía tenue la voz de la Irlanda.

—Al súper. ¿Puedo abrir? —y sin esperar respuesta ella misma abría.

Muy poca luz hallaba en el cuarto: las persianas corridas, apagada la tele y, en el centro del colchón, cubierta por la sábana blanca, lucía la Irlanda el rostro palidísimo, fruncía los ojos en actitud de quien no tolera la luz.

—Si tienes frío apago el aire —decía la Oralia.

—No, es que me quedé dormida…

—¿Estás bien? ¿No tendrás fiebre?

—No, no, para nada —y la Irlanda se erguía en la cama apoyándose en los codos. Mientras se obligaba a sonreír, iba mostrando ambas manos, queriendo dar cuenta de no esconder ningún objeto.

—Te hará bien caminar. Anda, ¿me acompañas?

—La verdad, tengo flojera.

—Bueno. ¿Vas a querer que te traiga algo?

—Una paleta helada, de ciruela. Ya sabes, las que están en una hielera al lado de las cajas.

—Ya sé cuáles. ¿Algo más?

—Una caja de *macaroni and cheese*, gracias.

—¿De veras no quieres ir?

—Que no, ya te dije. ¿Por qué no entiendes…?

Si bien consiguió a principios de este 2012 una beca estatal de Jóvenes Creadores, la Oralia no había iniciado la escritura de nada nuevo. Sin respuesta ya de seis editoriales, con más pena y cero gloria en un concurso de crónica al que lo envió, el libro acumulaba polvo en la repisa de su frustración. No sabía qué hacer: retrabajarlo, quitarle, ponerle —o dejarlo—: ya, a la mierda: lo que sigue.

Cada que ella deshebraba en voz alta estos dilemas, su novio movía las cejas, se rascaba la barbilla o abriendo mucho los ojos de vez en cuando dejaba salir un “entiendo”, un “qué cosa”…, algún apunte fugaz por el estilo.

—Fueron dos años y medio de mi vida. Y en realidad qué carajos hice. ¿Te soy franca? Ese libro es…, no sé…

Él sonreía. A lo largo de ese tiempo, ella había esperado del bato este un rebrote de curiosidad: que pidiera leerla para darle sus pareceres. Sólo que él nunca manifestó inquietud en ese rumbo y ella, cebando su sensación de despecho, nunca le ofreció tampoco el manuscrito.

—No me estoy tirando al suelo para que me levantes… Quizá me he estado forzando a escribir de este modo. Quiero ser leal a lo que me han contado. Pero esas personas, mis fuentes, no vivieron las historias por su cuenta. ¿Me consta que ellos han sido leales a lo que los otros, aquellos jovencitos, vivieron? Y como mi libro es de crónicas, todo debe ajustarse a la vida real, a los hechos verdaderos. Aunque todo eso me parece sin vida…

El Rivas erguía un poco el cuello, dando silencioso pie a que ella prosiguiera y luego, la mano en la quijada, en algún lugar de su mente parecía sopesar un comentario.

—¿Sabes qué me exaspera? Hay muchos vacíos en todo lo que investigué; lo que he sabido de esos hechos es insuficiente.

—Así ocurre.

—Sí, ya sé que eso pasa. Es como si fuera historiadora y sólo me hubiera hallado restos de papeles quemados en un archivo municipal, pedazos de prendas de ropa o unas cuantas piedras de lo que fue una torre o un mercado. Ya sé que los testimonios que conseguí no son lo que ocurrió realmente, como una sabe que un acta de nacimiento no te hace escuchar el llanto del recién nacido, ni un mapa es el sudor y el cansancio y el gozo que siente el cuerpo durante un viaje. Entonces me acuerdo que hoy en día todo mundo quiere realidad; lo que se aplaude es contar la verdad estricta, atar cada palabra a un hecho que sí haya ocurrido. ¿Eso es de veras posible? ¿Y si no es más que una ingenuidad o, peor aún, una estafa? Mira: Javier Cercas, el

supergenio de *Soldados de Salamina*, habla de los "relatos reales". ¿No lo has leído, en serio? Lo tiene mi apá en su biblioteca, te lo traigo la semana que entra. Bueno, pues mi Papichulo Cercas, aunque haga novelas, nos asegura que su mundo procede sin imposturas de lo real. ¡Pero hasta Capote alteró cosas en *A sangre fría*! Entonces caigo en cuenta de que, aunque pueda haber una "novela de no ficción", es imposible una "crónica de sí ficción".

—Sería un contrasentido.

En silencio, ella le ponía la mano en el hombro; él volteaba, le sonreía pero esquivándole los ojos.

—Ahora caigo en la cuenta de que te estoy hablando de un español y un gringo. Y es que sus realidades son otras. Acá en Latinoamérica todo es distinto: es peor. Acá no es necesario inventar algo si quieres contar las historias de la violencia. Yo ya estoy harta de esos novelistas que manosean balaceras y narcos y secuestros con puros lugares comunes y giros inverosímiles. Si le echas una gota de ficción a los hechos verdaderos todo se empaña: lo que queda entonces son la neurosis, los sesgos, los traumas del novelista y no el peso de la violencia que hay en el mundo de a de veras. ¿Qué tuvo que inventar Walsh en *Operación masacre*?

—Ése sí lo he leído. Es un libro chingón.

—Era una verga parada el pobre Walsh. Pero, ¿entiendes una cosa?, es un ejemplo con el que no puedo; nomás no. Es muy sencillo: hay una frontera que me tienta y no he cruzado. Todo ha de ser verificable, sí, no estoy inventando nada. Hasta ahora. Pero a cada rato me detengo y me rebelo y se me ocurre que sé más sobre estos muchachos, aunque ni los llegué a conocer; no es que lo sepa realmente: lo intuyo; intuyo qué habrán sentido o soñado. Es como ver fotos en sepia, una tras otra: en algún momento echas de menos el color, el sudor, que haya movimiento… Y lo imaginas bien nítidamente…

El Rivas entrecerraba los ojos, como repasando en su interior aquellas fotos en sepia. Mientras, la propia Oralia fruncía las cejas: acaso él en realidad pensaba en algún chisme de periodistas que le habría contado su inseparable amigo Ceballos, o en los pleitos con su hijilla adolescente.

—Mi neurosis es mucha, Caqsito —ablandaba la voz, le acariciaba el brazo—. Me pesa cabrón la imagen de mi padre, la educación tan atea y cartesiana que recibí de él. En su mundo no hay lugar para los símbolos, para el milagro, para lo azaroso y la emoción. Un historiador con sus prejuicios se avergonzaría de una hija que no consigue

perpetrar una buena crónica.

—Ya está grandecito…

—No lo conoces…

—Pues no escribas el libro para él.

—Se dice fácil. Si mi apá fuera contador o ingeniero de esos que no leen ni en defensa propia, otro gallo me cantara. ¿Te digo qué me ocurre? Cada página que escribo es insuficiente, la sé insuficiente, porque en ese instante puedo decir qué sintió fulano o perengano personaje. Y un segundo después escucho una voz muy similar a la de mi apá regañándome por esa tentación.

—Madres…

—Mira: está este bato que durante años no se hizo responsable de un plebe que procreó. Es el *man* del que me hablaron su amá y su carnala en Sanalona. Cuando mucho después el güey este descubre el sitio donde trabaja la mamá del chamaco, va y habla con ella y le pide ver al plebe. Le deja un sobre con dinero; no sé cuánto, habrá sido poco. Queda de volver al día siguiente para conocer al niño. ¿Y qué ocurre? No vuelve a buscarlos. Sólo manda sobres cada cuando, y a veces lo ve a la distancia, cuando el morrillo sale de la secundaria o juega futbol. Todo eso lo sé porque él le contó a su hermana, meses antes de morir, que existe un mocosito que se llama así y asá, que vive en el puerto y su mamá se llama así y asá y trabajaba de cajera en una tienda de abarrotes. El hombre le dice a su hermana: Nunca hablé con mi hijo. Pero no le contó por qué no quiso verlo. Yo sí lo sé. No ocupo que me lo reporte alguien más. Conozco a mi padre y, la verdad, he conocido a otros batos, ejem, de los que no te contaré nada porque eres bien pinche morboso, pero que han sido unos papás de la peor calaña, y con todo eso, o no sé con qué realmente, puedo armarme en mi cabeza lo que ese bato sentía ante la idea de conocer al hijo que nunca quiso tener. ¿De dónde viene eso? ¿Cómo se dice la vida de alguien? ¿Me equivoco al asignarle emociones para las que no hay pruebas documentales? En esos casos se me antoja mucho darme permiso y decirme: “Órale, mija: atáscate ahora que hay lodo”.

—¡Matanga!, dijo la changa.

—¡Exacto! —le brillaron los ojos—. Pero eso que imagino pueden ser escenas de películas que he visto o puras proyecciones chafas mías porque nunca me llevé bien con el pasmarote amargado que me tocó de papá… Y con todo, ya de regreso de esos regaños contra mí misma, sé que no me equivoco. La imaginación es como la vida: nunca se equivoca. Porque no es falsa ni verdadera. Es algo más poderoso: un país de fuego en que todo misterio se vuelve

transparente sin dejar de ser misterio.

—Aguas. Ya estás hablando como los intelectuales de saco y corbata del Canal 22 que tan gordos te caen porque se la viven pontificando. ¿Cómo le dices a esa gente: viejos rancios y lesbianos?

—Sí, Mamito —ella subía y bajaba la cabeza, cerrando los ojos y sonriendo—, ya me parezco a Carlos Fuentes, qué horror; quién lo diría. Bien dicen que lo que te choca te checa. Pero, ¿sabes?, me da cosa que, si acabo haciendo una crónica de sí ficción, en realidad esté proyectando la neurosis de mi mundo interior en la vida de esos que no son personajes, ¡son personas! No quiero terminar haciendo una novela guanga en el vendaval de novelas de realismo sucio y amarillista y violento que se producen en serie.

Él se rascaba la cabeza mientras fruncía los labios.

—Ya te aburrí, ¿verdad? Siempre digo lo mismo.

—No, cómo crees; es que yo no me muevo en ese mundo…

Ella advertía lo huidizo en la mirada, la velocidad con que, desentendido, él se erguía y caminaba al baño. Al volver, el bato se ponía a hablar de otra cosa o a hojear el número reciente de *Proceso*, *Nexos*, *RíoDoce*.

—Voy a hacer suflé de atún y granos de elote para la comida, ¿te late? ¿Lo prepara tu abuelita? —la Oralia iba entrando a la habitación que había sido su estudio y sin acercarse a la cama se forzó a sonreír; tenía la Irlanda sobre el abdomen a Quesito ronroneando.

—Es que… no me gusta el atún.

—¿Tanto así? —la Oralia quiso hacer como que soltaba una carcajada pero se contuvo—. Bueno, ¿qué tal espagueti a la crema con camarones?

—Ay, no, guácala. Yo no como mariscos.

—¿Nada de mariscos?

—¡Se los he dicho! Las veces que hemos salido a comer…

—¿En serio? ¿Por qué no me acuerdo? Oye, tu papá me dijo una vez que de más chica iban juntos a carretas de mariscos…

—Eso fue antes. La gente cambia, ¿sabes?

—Madre mía, ¿y entonces de qué te alimentas, muchacha?

—No te preocupes por mí. Yo me hago un sándwich con jamón. Así me lleno. Además, hoy tampoco vendrá mi apá a la hora de la comida, ¿o sí?

—No, no viene.

—¿Es por lo de la balacera? ¿Aún es peligroso andar por estos rumbos?

—Eso no tiene que ver; de cualquier modo él nunca viene a la hora de la comida. Sale de la revista a una fonda cercana con el Ceballos, se supone…

—¿Por qué se supone?

Cosa de diez meses atrás, por septiembre de 2011 —la noche del 15 exactamente—, ella y el Rivas celebraron solos la Independencia con lasaña de res y vino tinto.

A la hora él comprimía los músculos del rostro, se doblaba sobre sí llevándose la mano al costado derecho. Te hace daño el alcohol, Caqsito, sólo te tomaste dos copas. No me hace daño nada, qué ganas de hacerle a la doctora sin saber; habrá sido la comida, es la gastritis.

Ella le insistió varias veces ya debes visitar un médico, puedes ir con un internista o un gastro, pero él recurría al omeprazol, la itoprida o la trimebutina, se acostaba sobre almohadones que ponía a la altura de la baja espalda y al tener alivio no iba más allá.

Ella, por su parte, a la semana se hizo análisis clínicos en un laboratorio, los hubo de llevar al doc. Que no tenía nada grave, dijo el médico. Ella le contó cuánto y cada cuándo tomaba. Eso —fue la respuesta— se reconocía como abuso, aunque por ahora los riñones, el hígado estaban bien. Eso sí, convenía que le bajara al consumo, o mejor lo dejara del todo; no sería cosa fácil, pero ir a psicoterapia o a un grupo de Alcohólicos Anónimos le sería de mucha ayuda. Ella se prometió a sí misma contenerse; la sola mención de Alcohólicos Anónimos era bochornosa amenaza: ¿cómo se atrevería a plantarse frente a ese puñado de desconocidos para decir: “soy alcohólica”? Qué vergüenza, no lo haría.

Esforzó la disciplina: media hora de yoga en casa; nadaba en la alberca del gimnasio que está cerca de la Pedagógica; salía algunas tardes, cuando bajaba la fuerza del sol, a trotar o por lo menos caminar un rato al parque Agilolfo, aquí a siete cuadras. Tomó un cuaderno, puso en la primera página la leyenda “Últimas noticias de la ansiedad” y antes de acostarse o luego de hacer yoga anotaba cuanto le surgiera en la mente. ¡Cómo fluían las hebras de pensamiento que, al tomar presencia en la materialidad de las páginas, le hacían sentir bajo la piel una cobija de sosiego! Y eso que nunca había sostenido un diario, esa costumbre la había visto siempre cosa cursi de chamaquillas adolescentes o poetas torturados. Le pidió a su amigo Wenceslao, de la editorial universitaria, que le pasara todo el trabajo *freelance* que pudiera: revisión de estilo de tesis aburridísimas sobre

Agronomía, Historia Regional, Ciencia Política; cotejos, cuartas de forros, pruebas finas. Además, cuando visitaba a sus padres se seguía trayendo novelas y libros de poesía que devoraba en desorden. Así, esas primeras semanas a las diez de la noche ya se hallaba muerta del cansancio y feliz por alejar de sí las fangosas manos que la bebida usaba para hundirla.

—Por cierto, esa gata ¿tiene sus vacunas?

—¿Vacunas? —la voz de la niña salió titubeante—. Claro…

—¿Cuándo tiene su periodo de celo?

—¿Cómo? —la Irlanda parpadeaba mucho.

—El celo, ya sabes…, cuando…, cuando se vuelven locas y se escapan y vuelven panzonas con quince cachorritos…

—¡Ya sé qué es eso! Pero ella no…

—Si quieres la llevo con un veterinario para que la castre… No conviene correr el riesgo de que…

—Ya la llevaron mis abues, ella tenía como ocho meses. Yo aún no vivía con ellos.

—¿La esterilizaron?

—Ajá.

—¿Te consta? ¿Pero tú no fuiste con ellos?, ¿cuándo fue eso?

—Son mis abuelos, cómo no voy a creerles…

—No sé…

—Son mis abuelos, te digo.

Tres meses atrás, aquel sábado de marzo llevaron a la Irlanda a comer al restorán El Gnomo.

La nena, quien cumplía quince años bien pronto, no había querido fiesta por todo lo alto ni nada por el estilo —aunque sí pasaría en el puerto las vacaciones de Semana Santa con el abuelo Lauro—. Ya casi terminaban de comer. Luego de llevarse a la boca un pepinillo que había quedado en el plato, la Irlanda dijo algo, dijo una frase.

Parecía una cosa inocente sobre las hamburguesas, pero ella, la Oralia, se quedó primero pasmada, luego el ánimo se le fue venciendo por la desazón y al poco rato el cuchillo más triste le pinchó los pulmones. Se quedó muda igual que si careciera de aire para el menor balbuceo. Temía que, de abrir la boca, eructara gusanos o se soltase a llorar.

De regreso en Orquídeas —una vez que dejaron a la Irlanda en casa de los abuelos—, se metió la Oralia al cuarto casi corriendo. Por

fin pudo llorar. ¿Se puede saber qué te pasa? ¿No tienes mejor forma de decirme que aborreces a mi hija? El hombre azotó la puerta tras de sí, ella lo escuchó meterse al baño.

Con la sensación de que moría de la sed, tomó la Oralia el bolso. Salió a la calle, pidió un taxi. Sacó el celular. Ocupo verte, cabrón. Me vale que estés en juntas donde se decida el destino de la galaxia. ¿Eres mi bróder? Ocupo verte.

El Ramiro Rojo llegó al bar poco después que ella.

Y desde esa vez tomaba, no a diario, pero sí cada tercer o cuarto día. Tan sólo de ver al Rivas venir de *Ráfaga* con cara de estar oliendo mierda, ella misma se ponía de malas. Acaso él tenía una amante, venía del hotel y verla —a ella, ahora— sólo le causaba fastidio, asco sin duda. Buscando salir de ese desánimo, le preguntaba: ¿Vas a querer cenar?, ¿y si vamos por unos tacos?

Estuve todo el día fuera, ¿qué ganas voy a tener de salir?; no me chingues. Mientras él se quedaba veinte minutos en el baño antes de acostarse, ella abría la puerta del refri y —el pulso latiéndole con la respiración convulsiva de una presa que se ha cansado de huir— sacaba una cerveza.

Al principio, hacía el ritual de servirse la bebida en el vaso de cuello alargado, inclinaba la botella de tal modo que no surgiera espuma. Daba un primer trago minúsculo, dejando que el flujo ambarino se deslizara en su paladar a la manera de un frescor inesperado, como si temiera no reconocer el sabor amargo de esa agua densa, de repente agresiva. Tomaba entonces con una mano la botella y de ojos tensos creía posible examinar en la piel del vidrio la consistencia, el origen, los secretos bastardos del lúpulo y la cebada de malta. Sonriendo, cerraba los ojos antes de llevarse el vaso de nuevo a los labios, y a como se iba moviendo la tarde y la noche en el carril despiadado del tiempo un trago sucedía a otro, bebía directo de la botella y su sentido del gusto dejaba de apreciar nada: sólo quedaba el iridiscente festín de la embriaguez haciéndole sentir la mente y la piel y las articulaciones liberadas del ocre peso de la acedia o la ansiedad. Prendía la tele, ponía cualquier programa en silencio. A veces caía dormida ahí mismo en la sala, en el sofá.

Otras noches, para cuando él llegaba de *Ráfaga*, ella tenía tres horas tomando, habría empezado después de comer. Aunque se limitara a la cerveza, o al vino tinto, para ese instante ya se dejaba mecer en su arroyo ebrio de doradas tonalidades. Apenas él, luego de entrar, se le quedaba viendo, ella desde el sofá veía en sus ojos el árido aire del rechazo: Ya está bien borracha esta pendeja —se

imaginaba el pensar mudo del Rivas—; quiero correrla de mi casa, es una mugre alcohólica sin remedio.

Ni uno ni otro decía buenas noches ni cómo te fue hoy. Y otra vez se le espoleaba a la Oralia el potro ciego de crines ansiosas. La palabra *alcohólica* vaya que la sometía en una esquina opaca, donde, de seguir bebiendo, temía ver una noche aparecer ratas de lustrosos colmillos. Él por lo visto ya venía cenado, se metía al baño, ella escuchaba el chorro de orina cayendo en la taza del baño como si por el desagüe se fuera también lo poco de amor que les quedaba; el hombre luego de lavarse los dientes y la cara se ponía la piyama y, sin volver a la sala para pedirle que durmieran juntos, se acostaba solo y a los pocos minutos se le oía dormido. Soliviantada por la indiferencia, ella abría otra cerveza, le daba un trago insaciable, juraba al día siguiente dejar al Rivas y dejar que este amor suyo, tan flaco ahora y preterido, se perdiera al fin como lágrimas que mueren en la lluvia.

Al día siguiente, apenas iba despertando, él ya no estaba: ella veía en el fregadero los platos y cubiertos con que él habría desayunado. Aunque esa vez no bebiera, al llegar en la tardenoche él no le hablaba: o, si ella le sacaba plática, él respondía cortante, de palabras sueltas, la cara vuelta una tapia de carámbanos. La recorría por dentro lluvia brusca; dejando caer los brazos, sentía terco temblor en los labios y la quijada. No podía dormir. Ansiaba un trago pero se resistía, queriendo exponer la fuerza de voluntad que él, ya en ese país de páramo que es el desamor, no habría de advertir siquiera. Entraba a la habitación, se sentaba al borde de la cama, lo veía en la penumbra, acostado.

Sobria y lúcida, con esa lucidez que bajo el cráneo podía ser un puñal de lumbre dolorosa, se decía que por fin, así con él durmiendo, ella no ocupaba hablarle nada, explicarle nada, y que él no habría de juzgarla, pues no la estaba escrutando con dureza o desdén. Ella no tenía entonces que vivir en la superficie de sí misma, alebrestada por el pánico de perderlo. Al cerrar los ojos, al extraviar la consciencia, el Arsenio se había desprovisto de las caras numerosas con que ella lo había visto desde el primer día, cuando se conocieron. Él ya no estaba animado sino por la vida silenciosa del mundo vegetal, de los árboles y las frutas, y era una vida tan distante y enigmática que, sin embargo, le podía de nuevo pertenecer, a ella, como en un virgen principio. Inconsciente a la manera de un azadón en el cuarto de trebejos que nadie ha visitado por años, él parecía haber recluido debajo de su piel todo aquello que él mismo era durante el día, cuando revisaba textos en la revista, hacía llamadas al área de

publicidad o miraba las piernas o las nalgas de una reportera que salía de su oficina. Toda la vida del Arsenio estaba en ese cuerpo detenido, y ella escuchaba su quieto respirar como si fuera la emanación de una rosada morganita o del cansado sol de medianoche. Era una sensación tan bella y tan agónica: él era suyo en ese instante, él no la dejaría ni la traicionaría con nadie más, su cuerpo era en esa postura, en ese silencio, lo más cercano a la naturaleza que había conocido el amor de ambos.

Ella querría detener el tiempo. Al no ser posible, querría congelarle el cuerpo, ocultar ese amor para siempre en la tumba leonada del sueño.

48

Tres días antes de la elección presidencial —estamos hablando del jueves 28 de junio—, ella se atrevió por fin a contarle la nueva. No se había animado pues temía romper la paz reciente: llevaba diez días sin beber y para entonces ya se hablaban como antes: él había deshielado su rostro de tundra, ella le prometió ir a psicoterapia para tratar su adicción.

—No te puedo acompañar —de inmediato se puso el Rivas de pie, extendiendo las palmas de las manos como queriendo evitar que ella se le acercase—. Tendrás que hacer el viaje sola.

—No es un trámite de ventanilla, cómo crees.

Se sentía igual que una niña deseosa de visitar un parque y que, al soltarse la lluvia, se halla de vuelta solitaria en su cuarto. Habría querido decirle: Ocupo que estés conmigo, porfa.

Pero no podía rogárselo. Temía soltarse a llorar. Bajó los ojos.

—No tengo vacaciones en la revista, entiende.

—Pues pide permiso.

—Hasta crees. Las cosas se van a poner feas el domingo, y los días siguientes peor: habrá pleito, ya viste lo que hizo el Pege hace seis años. Ese compa es una ladilla, no sabe perder. Por mí que le pongan un balazo en la crisma y…

Ella seguía con la mirada baja, se le oía agitado el respirar.

—Y además debo cuidar a mi hija estas tres semanas. Sus abuelos se van a Chicago el lunes —ella hundió la cabeza contra el pecho, como diciendo eso ya lo sé; el Rivas le puso la mano sobre el hombro, en falso gesto de cercanía con el que más daba la impresión de querer alejarla—. Te puede acompañar alguna amiga chilanga que hayas tenido en la agencia. Entre morras se apoyan mejor en esos trances…

Ella tenía veintiún años de edad, la vez anterior. Estaba en sexto semestre de la carrera. Manu, su novio de entonces, era sobrino de una ginecóloga que atendía en Cuernavaca; médica liberal y

feminista, ella compartió los datos de aquella partera de Tepoztlán llamada Aurelia, a secas. Marcó la Oralia el teléfono. La mujer tenía una voz suave y sedosa. Le dijo qué pastilla debía comprar en la farmacia —hoy sólo recuerda que era blanca—, debía tomársela esa noche, los esperaba al día siguiente en su casa.

Salieron de la Ciudad de México a las cinco y media de la mañana, iban en el auto que les prestó un primo de Manu, ajustador de una aseguradora.

La casa de Aurelia era de una planta, en el centro del jardincito había un descomunal árbol de hule. Manu esperó sentado en la sala. Ella pasó a la recámara del fondo: era de paredes color madera, había flores rojas y rosas en las esquinas, fotos grandes de cascadas y ríos, en algún sitio se quemaba incienso. Para cuando ya se había acomodado, de piernas abiertas, en la silla de exploración, Aurelia empezó a dejarle oír su voz de lira dulce. “Respira, corazón”, le dijo. Ella se sentía muy débil. Traía esta sensación de ahogo y vergüenza, como glóbulos calientes trenzándose en el pecho. Puso la vista en las raíces del pelo largo y canucio de la mujer. Las náuseas eran olas que iban y volvían de súbito. Enojada consigo misma al haberse olvidado de tomar las pastillas —por qué no te cuidaste, tú que tienes una educación, se decía—, sintió el rasguido. Era una fuerza sin clemencia, apresurada, hiriente, de garras que la jalaban por dentro, como si aquella cuchilla quisiese vaciarla no sólo de materia sino de otra tela más interior y más esquiva, y en ese trance fuera a quedarle el cuerpo insuficiente. “Respira, hijita.” La frente le sudaba. Se durmió quién sabe en qué momento.

Ya de vuelta a la Ciudad de México, iba muy adolorida; traía frío, como si se hubiera orinado sobre la ropa. Ese día y el siguiente tomó antibióticos, se revisaba a cada rato la temperatura, no podía hacer gran esfuerzo, caminaba frágil sobre el piso lento.

Y ahora volvió a pasar. El Rivas nunca dijo que no a la idea de la vasectomía, siempre prometía ir a la unidad de medicina familiar, o decía tengo un amigo que se la hizo, le pediré los datos de su urólogo; pasaban meses, y nada. Cuando ella no pudo más traer el diu por instrucción del ginecólogo, se confiaron al preservativo. ¿Deseaba el Rivas otro plebe? Si no quería cerca a la Irlanda, ¿qué tenía en la cabeza este hombre? Y, ahora, venía con esa barbarie de que no tomaría con ella el vuelo a la Ciudad de México.

En el valle no quería ella buscar a ninguna persona, lo sabía peligroso, era ilegal todavía por acá. Cada tanto iba a consulta, sí, con el ginecólogo que le recomendó Irene, la mujer de Crisantes, pero

tanta confianza no sentía con aquel especialista. Y ni cómo contarle a su madre. Nunca había sido mucho de tener amigas. Desde que volvió al valle en enero de 2009, no había intimado en plan profundo con ninguna morra, una cosa se lo impedía: el alcohol. Ser mujer y ser una borracha: veía en su mente las miradas de reprobación o de burla en otras jóvenes; se creerían superiores o sanas por no traer cada día esta sed esclava en el vacío verdoso de las células. Sí, sus vínculos con hombres habían sido más netos, más alivianados. Así había creído su lazo con el propio Rivas: de aceptación, sin juicios. “No eres alcohólica”, le dijo él una vez al inicio de sus andares, allá por el 2010. “Tú eres funcional: escribes, investigas, editas. Cumples tus entregas de los discursos que te encarga tu cuate el Ramiro, ¿qué no? Un alcohólico es alguien perdido, que deja todo botado. Es alguien en quien no se puede confiar ni pa que se limpie el culo él solo.”

Ya habían pasado un susto antes. Fue a los seis meses de que vivían juntos, un domingo que él anduvo con la hija en el museo de ciencias y la Oralia tuvo puras pesadillas. Ella se la pasó con basca en ese entonces dos, tres días, pero resultó por suerte falsa alarma.

Sin náuseas esta vez, habituada a los retrasos de tres o cuatro días en la regla, no se percató de que se habían embarazado sino hasta que compró en Farmacón una prueba y en el baño vio dibujarse en paralelo, a la mitad del tubo alargado, las dos líneas de ese rojo sangre sobre la superficie gris; uno de los extremos del tubo era del mismo azul marino intenso que antes veía en sus sueños cuando temía disolverse.

Desde el jueves 28, habían pasado días tensos y helados, pero todo se agravó con la llegada de la niña el siguiente lunes. Se habían estado hablando con monosílabos, ella lo rehuía cuando él le preguntaba si ya tenía el boleto de avión.

Ahora, casi una semana después, él volvió al ataque: qué has pensado de lo que hablamos, me preocupa que el tiempo pasa.

Se hallaban en la recámara, acostados.

—Ay, qué crees —ella sonriendo extendió la mano para acariciarle la mejilla—. He estado pensando en cómo serían sus ojos, ¿no te causa curiosidad saber a quién se parecería?

—Oye, pero yo no quiero tenerlo. ¿No ves cómo está de cara la vida? Además, tú siempre me has dicho que no quieres criar chamacos. Hasta me pediste no sé cuántas veces que me cortara los huevos.

Ella recogió la mano, igual que si acabara de quemarse con un

bloque de hielo.

—Caqsi, no me hables así de golpeado. Se siente feo.

—Está bien —él bajaba la voz—. Pero te digo en serio: no podemos. ¿De cuándo acá lo estás pensando? ¿Cuándo fue la última vez que te pusiste a pistear? Capaz que ya le hizo daño irremediable el alcohol que te metiste sin saber que estabas panzona.

—Mamito, porfa. De veras. No me hables así…

—Entiende, Oralia —él se puso de pie—: yo gano poco. No soy un *rockstar* de los medios. Nunca lo seré. Ya sabes que en *Ráfaga* no tengo seguro, me pagan por honorarios asimilados; soy poco menos que el chalán de Tobías con membrete de subdirector, y este empleo se me acaba cuando termine el sexenio o cuando el goberladrón se aburra de que nos la pasemos aplaudiéndole a él todo y golpeteando a sus enemigos. Con eso pago la colegiatura de esta plebe; en septiembre la meto a una prepa pública, pero de todos modos la lana no alcanza, ves que yo me encargo de todos los gastos. No me quejo —bajó un poco la voz—; yo entiendo bien cómo son las cosas, cuando seas afamada con tus libros será otro cantar. Además, el tiempo que debes dedicarle a un recién nacido, ¿has pensado en eso?, son dos, tres años de esclavitud. ¿Vas a dejar tus crónicas, tus viajes y tu libertad de hacer lo que quieras? ¿Para qué un plebe si este país se está cayendo a pedazos? Tan sólo hoy en la mañana fueron ocho los balaceados frente a la Profeco…

Él volvió a acostarse, bocarriba; ella quería que él extendiera el brazo izquierdo y la jalara hacia sí. No se atrevía a acercársele pero ansiaba ponerle la palma derecha sobre el tórax.

—Yo sí quiero tener algo tuyo —dijo ella sollozando—. Pero ahora no. Eso es lo que me duele. Y además yo sería peor que mi madre.

Él no dijo nada. Parecía ni haberla escuchado.

—Lo peor de todo es que lo tuyo y mío también se va a morir, Mamito.

Él soltó un suspiro. Luego de sentarse sobre la cama, volvió el rostro.

—Eso no es lo peor —soltó en un murmullo.

—Ya lo sé —dijo la Oralia—. Lo peor es que ni tú ni yo volveremos a ser así de felices con nadie.

Y, sin responderle, él se tendió a su lado; abrazándola, le besó la sien, los ojos, la comisura de los labios.

49

Antes de que ella despertara, su padre salía —luego de haber desayunado— hacia la oficina del semanario *Ráfaga*. No volvía hasta las siete u ocho de la noche, los viernes eran de cierre y llegaba más tarde.

Ella dejaba todo el día prendido el aire acondicionado. Se la vivía viendo pelis y series o jugando en el celular, a ratos coloreaba mandalas, brincoteaba con Queso en su cuarto o en el sofá, en dos días acabó de leer *Crepúsculo* y se siguió entonces con *Luna nueva*. Permanecía un buen rato bajo el chorro de la regadera. Se masturbaba. Al sentir hambre buscaba en el refri o en la alacena algo que llevarse a la boca: abría una caja de macarrones con queso y los echaba al sartén, revolvía salchichas Fráncfort en salsa de soya, freía un huevo estrellado cuidando de dejar la yema cruda.

Cada tercer día le llamaba su abuela de Chicago; antes de fin de mes habrían los dos ancianos de regresar al país y ella volvería a su cuarto, a su vida de siempre —por fin.

Pues poco la unía con su padre: él le hablaba para lo mínimo, para lo básico, como si ella fuera una sobrina o alguien de parentesco distante que vino a su casa unos días pero pronto se irá. Y, por su cuenta, al acordarse de la Oralia, de su rostro tenso y de aquellos ojos duros y suspicaces, la Irlanda movía el hombro hacia atrás, comprimía los labios. Sin su presencia ahora que se había ido de viaje a la Ciudad de México, el aire de la casa era más ligero y ella más libre. Lo veía claro: cuando hablaba con esa mujer sentía un revoloteo de aves indecisas a la altura de los pulmones.

La mañana de ese miércoles de mediados de julio en que la Oralia volvió de la Ciudad de México, la Irlanda se le acercó e iba extendiendo los brazos. Pero la mujer venía cansada y se veía de gestos agrios; dándose la media vuelta para cerrar, dejó la petaca al lado del sillón y sólo diciendo “buenas” se encaminó al baño. Amilanada, la joven se metió en su cuarto, seguida por la mascota.

Pasaron dos días en que al toparse en el pasillo o la cocina se saludaban con un gesto de los ojos o un murmullo; solían en todo caso no coincidir en los horarios de la comida.

—Acuérdate de lavar los trastes en cuanto los uses —le dijo la Oralia cuando ese viernes se toparon en la cocina: eran las once de la mañana y la jovencita había terminado de comerse unos huevos revueltos con machaca y cebollitas cambray.

—¿Qué día viene la señora Geo? Todo este tiempo nunca vino. Mi apá ni se fija en cómo está la casa —dejó salir la risita nerviosa—. Yo lavé el baño el lunes pero no me quedó muy reluciente que digamos.

La mujer no respondió.

—¿Tienes su teléfono? —la Irlanda se exigía sonreír—. Si quieres, yo puedo hablarle.

—Sí tengo su teléfono. Pero antes de irme a México le dije que ya no íbamos a ocupar sus servicios.

—¿En serio?

—Tu padre se queja de que sale cara.

—Ah.

La Irlanda bajó la cabeza. Se levantó de la mesa.

No lavó su plato ni los cubiertos.

La tarde de ese viernes, la Oralia luego de comer permaneció en la sala, puso música a todo volumen. Como a las seis la Irlanda salió un momento al pasillo, ocupaba entrar al baño. Botellas vacías de Pacífico se veían dispersas por el suelo. Sentada de piernas abiertas, de blusa desabotonada y el brasier colgando, la mujer se tocaba un pezón con la izquierda mientras tronaba los dedos de la derecha y canturreaba los versos de una canción en inglés:

> Hit the rock, Jack, and don't you come back
> No more, no more, no more, no more

La Irlanda le veía los ojos de frente pero la mujer no parecía responder a su mirada, como si a pesar de verla a dos pasos de la puerta del baño no advirtiera la densidad del estar ahí de ese cuerpo adolescente. Con una vibración aguda en los oídos, la jovencita volvió a su recámara. Sintió más pungente la pulsión de la orina. Quería llorar.

Pasó una hora y media. Todo siguióPasó una hora y media. Todo siguió del mismo modo: se oían viejos éxitos de música pop en inglés aunque cada vez la Oralia levantaba más la voz a la hora de

acompañar los versos.

I won't cry, I won't cry, no, I won't shed a tear
Just as long as you stand, stand by me

Tapándose los oídos, la Irlanda apretaba las piernas. Sin poder seguir reprimiendo la urgencia de pasar al baño, se levantó de la cama y volvió a salir. Detrás venía Quesito, que soltó un maullido.

El tiempo se detuvo en seco en el puente de nada de ese instante. Pues aquel maullido se derramó en la sala a lo largo del silencio en que una canción había terminado y no empezaba la siguiente.

—¡Ai está otra vez ese animal asqueroso!

Apoyándose con la izquierda en el brazo del sofá, la Oralia se puso de pie. Levantó una botella del piso y con muy poca fuerza movió el brazo de atrás hacia adelante. La botella, sin romperse, rebotó en la pared a medio metro de donde, atónita, se hallaba la adolescente, quien vio cómo el objeto rodaba hacia la cocina.

Tres minutos después, el Rivas en su oficina leyó en el celular un mensaje:

VEN ES URGENTE
Qué pasa hijita
ES ORALIA
Qué pasó con esa mujer
VEN ME DA MIEDO

Sintió frío. Sin pensarlo más, se levantó de la silla. Un piquetazo en el tobillo izquierdo lo obligó a recargarse con la mano en el escritorio. Pasó al cubículo de su colega el Ceballos, al fondo del pasillo; le dijo tengo una emergencia. Te encargas del changarro, le reportas a Tobías. Se dio media vuelta y no escuchó las quejas de su amigo. Al conducir rumbo a Orquídeas, marcó varias veces el número de su novia. No tuvo respuesta. Apenas se hubo estacionado junto a la cica, permaneció unos momentos con la frente recargada en el manubrio; el cuerpo le pesaba el doble y no creía poder moverse ni salir del auto. Le latía el corazón como trastornado.

Pues ya se lo esperaba: desde antier, cuando volvió de su viaje a la Ciudad de México, la Oralia era otra. Todo lo que hubo antes de aurora blanda en su mirar se había disuelto y sólo quedaba la noche fría, un tono grave y seco en el andar y los gestos; si habían intercambiado cinco palabras ella y él estos días eran muchas. La joven actuaba igual que si el Rivas no existiese, como si su voz no

viajara por el aire y el lado de la cama donde él dormía estuviera vacío. Ella parecía moverse por la casa como a la espera de quién sabe qué señal de un escurridizo dios mensajero que sólo ella escucharía y con la que habría su ser de liberarse ante la luz gruesa de julio para siempre.

Se ven encendidas las luces de la sala. El hombre marca el número de su hija. El timbre suena y suena. Trata de respirar de modo largo y pausado; no puede. Tiene que dejar salir el aire por la boca antes de aspirar otra vez con desespero. El animal silencioso que se ha venido alimentando de su pavura desde que él nació se agita y brinca, temeroso de ser atrapado por un rival superior en fuerzas. Cometió un error: debió haberla acompañado. Es tarde para eso. Batalla para pasar saliva. Es como si le pidieran caminar descalzo por un sendero en que hay tirados aquí y allá pedacitos de vidrio.

El celular timbra. Ve un mensaje del Ceballos: “Ya vuelves, cabrón? Es día de cierre, Arnecio, no te pases de lanza”.

Al salir del carro, se descubre frotándose el dedo anular de la mano derecha, hace girar el anillo de la rubelita. Jalándolo por sobre la piel seca, se lo quita y lo avienta hacia el gris cadáver de la noche.

50

Ella lo buscó a los tres días, le llamó por teléfono. Él no quiso responder. Ella le envió un mensaje de texto: Necesito mis cosas.

Las tiré a la basura. Vete a la verga.

—Le mentí, claro. Veo su blusa azul en el respaldo de la silla, o el libro de José Martí que anduvo leyendo esos días y estoy a nada de soltarme a chillar.

—¿Quieres que vuelva?

—Quiero que vuelva.

—Y le dices que se vaya a la chingada. Suerte con eso, loco.

El Cebollas le da un trago a su Pacífico. Pulcramente rasurado, de pómulos recios en su cara redonda, lleva rato escuchando al Rivas mientras, con la mitad de la mirada, pone de cuando en cuando atención en la pantalla que, a tres metros y teniendo como base uno de los refrigeradores, transmite un programa de resúmenes deportivos.

De una mesa cercana vienen las voces cada vez más estentóreas de dos hombres. Uno, moreno y robusto, de pelo cortado a rape, mueve de arribabajo el puño derecho con gesto de militar en tanto regaña a grandes voces a su acompañante, un bato alto y enjuto, de piel palidísima, quien primero se palmea las piernas en tanto alega no ser culpable de nada, luego se pone de pie, toma el sombrero blanco de la silla contigua y se lo coloca ladeado. Dándose media vuelta, no deja de rezongar mientras avanza a la salida.

—Y ni se ha disculpado por lo de la Irlanda —retoma el Arsenio—. Ha pasado semana y media y sólo quiere de vuelta su ropa, su calzado, sus libros.

—Pues no seas rata. Regrésale sus madres. Si no, tú mismo le llamas y le pides que vuelva. Fin de la discusión.

—No hay vuelta atrás, Cebollas: ¿y mi orgullo qué? La noche que se volvió loca hasta eso que fue precavida: se llevó lo que aún estaba en la maleta de su viaje al De Efe y también su laptop. De seguro en

la peda pensó toda paranoica que yo sería capaz de quemar el aparato o de borrar los archivos de su libro.

El Cebollas le hace con la mano la seña de que espere. Toma el celular, contesta luciendo una sonrisa alegre y, luego de quedarse escuchando unos momentos, dice al fin “pues yo a ti más, chula”, manda un beso tronado. Cuelga. El Arsenio suspira y finge en burla una voz dulzona e infantil:

—Te traen cacheteando el pavimiento, chula.

Sin dejar de sonreír, el Cebollas no responde nada.

Habían elegido esta mesa al fondo del bar para hallarse lo más lejos de la música. Aun así llegan ahora las veloces notas de una canción en voz del Komander, que un hombre de gorra guinda acaba de poner:

> Siempre que me emborracho,
> palabra que algo me pasa:
> voy derechito a verte
> y me equivoco de casa…

El Cebollas entorna los ojos inclinando la cabeza en dirección de la rocola, como a la espera de que pase lo peor y la cantaleta baje de volumen. Mirando significativamente a su amigo, con el índice de la mano derecha señala hacia el aire dionisiaco por el que viaja la canción, como pidiéndole que discierna un mensaje secreto. Al final sólo eructa y sonríe.

—Ella alega que está yendo a terapia, que no ha bebido nada desde esa noche. ¿A mí de qué me sirve eso? Todo lo que ganaba se le iba en alcohol; ¿sí te conté que nunca se ofreció a pagar nada, ni el súper, ni la luz, mucho menos la renta? Yo de pendejo no le dije nada nunca tampoco.

Riéndose, le pone el Cebollas la mano en el hombro, se levanta y camina al baño.

—No me quejo del dinero, si te soy franco. Que se ahogue en tequila si quiere. No me debe ni un cinco.

Yergue la mirada. El asiento de su amigo está vacío.

Le duele el pecho. La extraña y se enoja de extrañarla. Querría embriagarse. Agarra su botella; aún le queda más de la mitad. Se le ha entibiado. Le da un trago corto. Frunce la boca: este sabor amargo le repele. Se queda mirando en la mesa de la izquierda a un grupo de cuatro señores de arriba de sesenta o setenta años que juegan

dominó.

Se vuelve cuando el Cebollas, luego de sentarse, hace una señal al mesero con el índice y el cordial de la derecha. “Igual”, añade en voz alta.

—No, mugre Cebollas —dice el Arsenio—; yo con esta chela bajo la cortina. Tanto no puedo.

—Loco, te oyes de lo más mezquino hablando de dinero. Lo que se gastó en el amor siempre será dinero bien gastado.

—Sólo una cosa me debe: disculparse con mi hija. No lo va a hacer. Ella actúa como si mijita fuera la culpable. No he querido hablar con ella por teléfono, pero me ha escrito meils diciendo que la Irlanda le hacía la vida imposible, que mi chamaca la trataba con la punta del pie, que le dirigía miradas de burla al verla peda. Mijita me contó lo que pasó esa noche.

—¡Ai está otra vez ese animal asqueroso!

Apoyándose con la izquierda en el brazo del sofá, la Oralia se puso de pie. Miraba a la gata, como si la niña fuera invisible y la mascota llevase en su carne la vertebrada posibilidad de un espíritu bárbaro. La mujer levantó una botella del piso y con muy poca fuerza movió el brazo de atrás hacia adelante. La botella, sin romperse, rebotó en la pared a medio metro de donde, atónita, se hallaba la adolescente, quien vio cómo el objeto rodaba hacia la cocina.

Llevó sus ojos la Irlanda hacia la mujer en el centro de la sala. El corazón pedía escapársele. Ahora tenía la Oralia un cinturón en la mano. Avanzó dos pasos, a pesar de la lengua pastosa gritaba ¡ven, gata cabrona!, te voy a sacar las tripas. Quesito corrió a la habitación y la Irlanda, al verla huir, siguió sus pasos; pero antes de cerrar la puerta y ponerle seguro sintió en el brazo derecho la centella azafrán del cinturón.

Se dejó caer en la cama. Estuvo así unos segundos mientras, frotándose la zona del brazo, se le calmaba el respirar. Traía mojada la entrepierna; sintió asco y enojo de sí misma. Tomó el teléfono.

La Oralia le estuvo pegue y pegue a la puerta, después se oyó que azotaba la puerta del otro cuarto, luego a gritos decía que se largaba con su maletita, que el Arsenio era una bestia sin alma por no haber viajado a México y ella tenía derecho a descoser a la gata resbalosa, a ella misma así la desgarraron en aquella clínica de Marie Stopes.

Luego todo fue silencio.

Estaba la niña temblando cuando llegó su padre. Ella se le abalanzó y estuvo llore y llore, hipaba, no podía respirar bien.

—¿Crees tú que todo eso lo va a inventar mijita?

El Cebollas muestra la palma de la mano derecha, como invitándolo a la pausa y el sosiego. El Arsenio lentamente jala el aire. Su amigo por fin habla:

—Quizá nunca la amaste con todo, bróder. No con la pasión de ella.

—Estás bien pendejo…

—Te quedaste corto. Le pichicateabas el cariño. Tú mismo me decías que era bien empalagosa y te asfixiaba.

—Claro que la quise, un chingo; pero a mi modo.

—Y, además, le pusiste el cuerno ¿cuántas veces?

El Arsenio luce sonrisa plena, de cómplices que recuerdan una fechoría.

—Pero eso fue ya que salí de los viveros, no al principio. Acá en el semanario sí hay buena carne, qué quieres que haga: a quién le dan pan que llore. Tú no aprovechas porque saliste mandilón… ¿Qué toloache te dio la Esperanza para que ya lleven tantos años juntos?

—Qué toloache ni qué mis huevos. Tú eres un cualquiera, es lo que pasa… ¿Cuánto te gastas en viejas, a ver? Antes de llegar al hotel pasan por unas chelas o a cenar, ¿qué no? A eso súmale los condones, el lubricante y el viagra… ¡El viagra no te puede faltar!

—¡El burro hablando de orejas! No, ya en serio: te voy a contar qué me ocurrió: llegó un día en que ya no se me antojaba su cuerpo.

—Hablas de la Oralia…

—Simón. Está bien buena, claro, pa qué te la describo si a ti ya no se te para. Pero después de dos años del mejor platillo pues te aburres. Estar desnudos en la cama y que no te excites… Eso es un infierno.

—Ahí sí te la jalaste. ¿Un infierno estar al lado de una mujer desnuda a la que dices que quieres un chingamadral? No era tu alma gemela, *man*. Sólo así se explica: ¿cómo te puedes aburrir de las nalgas de tu media naranja?

El Arsenio se queda con la vista fija en la tele. No sabe quiénes son esos beisbolistas. Una vez ella le estuvo chupando la verga quince minutos, pero él no conseguía y no consiguió nunca la erección. Otras ocasiones él le lamía largamente el clítoris y aunque ella al llegar al orgasmo se sacudiera y le pidiera metérsela, a él nomás no se le paraba. En cambio, con la Lina, con la Estela, con las practicantes que hacían caso a sus pesadas insistencias, se daba vuelo, sentía la verga tiesa nada más verles las nalgas, nada más besuquearlas. ¿Cómo contarle a su amigo que a últimas fechas sólo le había excitado la Oralia si la imaginaba cogiendo con otro? Sólo de

ese modo conseguía y luego sostenía la erección. Ella no había aceptado hacer un trío, él le había propuesto a varios conocidos —el mismo Ceballos, el Vicente, el Ramiro, el Wenceslao, hasta el antiguo Molina—; más de una vez, durante el sexo, él formulaba en voz alta las escenas de candaulismo que tanto lo enardecían, y ella perdía el ardor, dejaba de moverse o lo forzaba a hacerse a un lado, no cuentes conmigo para eso, te vas a quedar con las ganas de ser un puerco. Yo así no amo.

—Pues ahora la aborrezco. Cuánto quisiera arrancármela de adentro. No volver a soñarla nunca. La sueño todas las noches…

—Nanay, bróder. Mienten quienes dicen que la carne olvida. Te toca pasarla de la chingada. ¿Por qué no mejor te concentras en cuidar a tu hija?

—Esa guerra la perdí. Ya te dije que esa chamaca no quiere dejar a sus abuelos. Es más: me repele.

—Bien veo por qué te apodan Arnecio —el Cebollas se pone de pie y camina hacia la barra. Vuelve con un platito de cacahuates. Se lleva un puñado a la boca. Habla mientras mastica—: La vida es larga y fea, carnaliño. Y, sin el amor, eso sí que es un infierno.

Última noticia

Un martes de fines de noviembre a mediodía quedan de platicar en el café de los viveros. Han pasado poco más de cuatro meses. Tantas noches soñó con ella; la última vez se veía a sí mismo hirviendo en olla de barro un corazón de cerdo, él lo sacaba con el trinche, hacía un corte y al llevárselo a la boca, mientras salivaba, algo lo distrajo: ante sí brillaba, acercándose, el cuerpo de ella, ataviada con un manto verdemar de flores negras: ¡era ella!, morena y luminosa. Él masticaba lento, incómodo: la carne sabía a ceniza, ella le sonreía burlona, él entendía entonces que había estado hirviendo y probando su propio corazón.

¿Por qué le propuso este lugar? Fue un impulso del instante. ¿Le traerá suerte?, ¿qué le diría Narsia, a todo esto? Cuando él llega, hay muy pocas mesas ocupadas. Luego de pasar al baño, toma asiento. Observa las paredes: distingue fotos de cuarzos rosas, cornalinas y ópalos de fuego. Sabe que es distinta la decoración, aunque no sabría decir exactamente qué se veía en los viejos tiempos: ¿eran fotogramas de películas de Chaplin o de Hitchcock? Se le cuatrapean los recuerdos.

Cambia de silla para tener frente a sí la entrada y la acera y el cruce del semáforo.

La quijada le tiembla; desde que se levantó de la cama ha estado así de nervioso, anduvo así mientras iba por la Irlanda a casa de los abuelos y la llevaba a la prepa. Trae consigo un libro de Ryszard Kapuściński en cuya portada el Che Guevara, barbudo y visto en contrapicado, sostiene al lado del muslo derecho un rifle. Ella no lo ha leído, no lo tiene. Está seguro; el libro salió hace poco tiempo, un año o dos, primero en España y meses después —le dijeron en la librería— se imprimió en México. Pero ¿y si se equivoca?, ¿si ella lo compró de inmediato y ya hasta lo leyó? Eso sería mala señal. Le ha escrito una dedicatoria. La relee. Se muerde el labio superior. ¿Volverá a los ojos de ella esa torva mirada de piedra de luna que él le hallaba

cuando ebria? ¿Volverá el olor a alcohol sudado que con andar de lince salía de su cuerpo a la hora de abrazarse o de hacer el amor?

Pasan veinte, cuarenta minutos. Una hora.

La ve entrar finalmente. Ella tropieza con el anciano vestido de guayabera amarillo canario que le sonríe guiñándole el ojo izquierdo y luego extiende el brazo en afán caballeroso para indicarle que pase.

—No se me ponga nerviosa, ya no muerdo —dice en voz muy alta el anciano antes de salir a su vez.

Se ven los amantes.

De inmediato el Rivas distingue la mirada de agua huidiza. Apenas ella se agacha para besarle la mejilla, el bato recibe el mismo olor espeso, picante, aborrecido. Se echa hacia atrás. Jala el aire.

Ella toma asiento. Se mesa las manos. Que no pudo evitarlo, dice. Empezó con una cerveza porque no sabía cómo venir a verlo. Pero él debe saber que ella quiere que vivan otra vez juntos, igual que antes, igual que al principio.

Él sube la vista. Los oídos le zumban; el corazón le late avorazado. Ella echa los hombros hacia atrás.

—¿Y la terapia? ¿Puedes beber alcohol si estás tomando no sé qué medicamentos controlados?, ¿no se te cruzan?

—¿Eso es lo primero que me dices? —ella sube los ojos al techo.

—Pues tengo una hija.

—No tienes nada —y se quedan en silencio. La mesera se acerca, saluda al Rivas, tanto tiempo sin verlo por acá, joven; ella pide un expreso y él un té negro, luego rectifica y pide también un expreso, cambia de parecer y al fin ordena un capuchino con leche deslactosada.

Ella le pone las manos enfrente, como esperando que él las cubra con las suyas.

—Cuando pienso en ti me duele el pecho, me carcome igual que si tuviera cáncer en el corazón.

—Yo te he extrañado mucho, Paksita.

—Ya no me llamo así. Todo aquello se acabó. Esos nombres ya no valen…, ya somos distintos; ni tú eres tú ni yo soy yo.

—Eran bien bonitos…

—Esto que ha pasado fue un rayo que pulverizó todo. Ahora lo tengo claro: miente mi corazón cuando te ama.

—¿Piensas que nos engañamos al creer que…?

—Tú me engañaste. Te has acostado con putitas jariosas de la revista.

—Es falso.

—Por eso ya no te me acercabas. Por eso me veías con asco.

—No he cogido con nadie.

—No sabes mentir y no sabes amar.

—Y tú amas la botella por encima del amor.

—Tú estás seco por dentro.

—Deja de beber…

Lo que ella dice no es una pregunta:

—Me quieres con mis abismos o no me quieres.

Él calla.

—Responde, Arsenio.

Él siente frío en los huesos: es la primera vez que ella lo interpela usando su nombre de pila. Él supo desde el principio que su nombre a ella no le gustaba. Ella buscó siempre modos de evitarlo. Él ahora lo escucha de sus labios… Se cree desnudo a la vista del universo. Sin saber decírselo, lo que experimenta por debajo de la consciencia es que han llegado al último cruce de caminos. Ella lo llama con esa entonación de obsidiana funesta porque le ha visto los adentros: ha llegado a la transparente verdad del enfermo corazón, del corazón siniestro que hay en él.

—Arsenio, mírame… Esta ebriedad no es mía, viene de otra cantina que no soy yo…

Ella lo contempla como si fuese una cripta de la que ha perdido la llave. Él rehúye la mirada, finge estar escrutando a la mesera como si la viese por primera vez: es de piel blanca, ojos almendrados y cabello castaño, tiene los codos en la barra.

—Nunca creí que amar doliera tanto —ella se pone de pie.

Sale de prisa.

Él la ve cruzar la calle. Siente en el sitio del corazón un páramo.

Ve la portada del libro. Lo toma, camina a la salida. La silueta de la Oralia se ha detenido en la acera de enfrente a quince metros; está de cabeza baja, abre y cierra los labios: parece sacar cuentas o rezar o maldecir.

Un hombre se le acerca. Es alto y flaco, trastabillea, parece entonar una canción. Luce una camisa azul cielo de rayón desfajada, barba de cuatro días y una botella verde zurrapa en la mano izquierda. La Oralia repara en ese cuerpo, el tipo le presenta sonriendo la botella.

A sus espaldas, escucha el Rivas la voz de la mesera. No sabe qué ha dicho. Él se vuelve, sonríe. Ahora me acabo el expreso, dice sin saber qué dice. Cuando regresa la mirada a la acera, ya no están la Oralia ni el hombre de la camisa azul cielo. Busca con los ojos a un

lado y otro del cruce. No hay nadie.

Le duele el tobillo izquierdo. Avanza hacia la mesa. La taza de expreso de la Oralia tiene marcas de labial rojo en los bordes. Le da un trago a su propia bebida y al llegarle el sabor lácteo, metálico del capuchino hace una mueca de encono. Deja la taza en el plato.

Abre el libro, arranca la portadilla en que ha escrito la dedicatoria: “Para Azucena, este libro que le regala Ulises: a falta de un dios con mayúscula, que el Che Guevara nos salga milagroso”.

—Señorita —llama a la mesera agitando la mano—, ¿le gusta leer?

Acercándose a ver la portada del libro que el cliente le enseña, la joven arruga los músculos del rostro. Voltea a verlo. Es un comensal de otro tiempo, venía semana a semana con una mujer grande que habrá sido su tía o su mamá. Le examina el rostro macilento, las ojeras hundidas, huellas polvosas de psoriasis en las patillas y los bordes de las cejas.

Viene de la cocina el estropicio de unas tazas o platos que han caído al suelo. Ella se vuelve y, sin decir ni sí ni no a la pregunta del Arsenio, camina hacia la barra.

El dolor en el costado le vuelve. Es una pulsión opaca e incisiva, igual que si le fuera creciendo una piedra de aristas caprichosas. Él se dice, y en ese momento se escucha a sí mismo como hace milenios atendían los creyentes el sólido trueno del oráculo: “Ya estoy enfermo”. Ahí, bajo la piel, en el conducto uretral del riñón derecho, han estado de modo paulatino constriñéndose las breves paredes desde antes de su nacimiento, y esa insaciable oclusión enemiga —aún no lo sabe en la razón pero sí lo sabe su cuerpo— lo hará aprender palabras nuevas: hidronefrosis, ectasia pielocalicial, estenosis, gammagrafía renal con perfusión, y lo enviará, cinco meses después, al quirófano. Se ve a sí mismo en una cama de hospital despertando a las tres de la mañana con un río de pirañas en el abdomen.

Sabe entonces que no volverá el tiempo. Se muere por volver a abrazar a la Oralia, y trae también esta aversión de hiena contra su sonrisa de ondina exasperante, su voz seca y grave, esa su inteligencia de heroína griega que tanto admiró y hoy envidia. Aquel amor se halla finalmente en el pasado. Como el calor que el pan exhala, esa mitad de su vida no volverá a entibiarle la sangre. Su amor por la Oralia era una jaula de pájaros que un niño ciego dejó mal cerrada. Quiere llorar, su pecho tiene la torpe aridez de una mina abandonada. Ve volar los días vividos con esa mujer, aletean en el

viento despedazados por el hacha de un guerrero taciturno. Ya nada queda: el plomizo dios del inframundo vino a desgarrar la cadena de airosos relámpagos que los había unido; contra una fuerza así no hay nada en el corazón de la lumbre que perviva.

Lo que ha sido su respirar sobre la tierra tiene ahora menos peso que la huella de un beso posada entre las sienes. A como él deje de amarla, volverá el caos entero contra sí. Lo acepta: ya él no es otra cosa que el vampiro de su propio corazón. La pérdida del amor lo acerca a la muerte. Y su cuerpo al morir se irá al polvo, su nombre al olvido y su alma caerá en el resplandor de la nada.

Noticia de Esther

Esther Seligson nació el 25 de octubre de 1941 y murió el 8 de febrero de 2010, en la Ciudad de México. Escribió libros de cuentos, ensayos, poemas, novelas. Fue profesora de teatro en la Universidad Nacional Autónoma de México y ejerció la crítica teatral y la traducción. Cuando su libro *Para vivir el teatro* (2008) estaba por irse a la imprenta, los editores pidieron a Esther Seligson una ficha curricular para la contraportada. Ella entregó este autorretrato:

> Escorpión con ascendente en Leo. Lleva en la sangre "la unión de lo que no puede unirse": la turbulenta alquimia del agua y el fuego. Connubio que ha guiado su incesante búsqueda de Conocimiento, tanto en el magisterio en las aulas universitarias como por los senderos hacia ciudades que desde niña configuraron su muy particular camino de Compostela, mismo que nace en Tenochtitlan y ha pasado por Toledo, París, Brujas, Praga, Delfos, Jerusalem, Katmandú, Lhasa, Madurai, Pondicherry, Lisboa, Beijing y aún no satisface su sed de encuentros.
>
> Dos pasiones: el teatro (fuego) y la escritura (agua). Comparte ambas con sus alumnos a quienes considera sus únicos maestros. Un amor constante, absoluto: su libertad.

Este libro es un homenaje a Esther Seligson. Y este libro es una traición a Esther Seligson.

«¿Quién vive la otra mitad de nuestra vida?»

Narsia, profesora de teatro de 58 años, acude con su exmarido al llamado de su hijo menor. Es febrero del año 2000. El joven les confiesa a sus padres que una semana atrás asesinó a su novia. No los ha citado, sin embargo, esperando ayuda, sino para que sean testigos de cómo salta al vacío desde ese décimo piso.

Con el alma fracturada, Narsia retoma su vida en su ciudad natal, en Sinaloa. Nueve años después conoce a Arsenio, un periodista extraviado. La madre de su hija, con quien tenía un trato hostil luego de separarse, fue asesinada en un tiroteo, y desde entonces va tropezándose con su propia paternidad y en la constante búsqueda de los relevos del amor. A pesar de sus diferencias, en poco tiempo surge entre Narsia y Arsenio una amistad verdadera: la singular sabiduría de la maestra de teatro se convierte en un inesperado faro para Arsenio. Pero Narsia padece una grave enfermedad cardiaca. Aunque es tratable mediante cirugía, ella no quiere cumplir un aniversario más de la muerte de su hijo en esta tierra.

Las vidas de los personajes se cruzan aquí —rozándose o anudándose fatalmente— en un árbol narrativo monumental y minucioso. Geney Beltrán reflexiona con lucidez sobre la intimidad de la violencia y las heridas familiares que nos arman, sobre el arduo amor a los hijos y la imposibilidad de otros amores. Estas páginas son una crónica del fuego que todo lo consume. Y también de ese otro fuego que ilumina.



Geney Beltrán (Tamazula, Durango, 1976) es autor de las novelas *Adiós, Tomasa* (2019), *Cualquier cadáver* (2014) y *Cartas ajenas* (2011), los tomos de relatos *No nos vamos a morir mañana* (2024) y *Habla de lo que sabes* (2009), los libros de ensayos *Asombro y desaliento* (2017), *El sueño no es un refugio sino un arma* (2009) y *El biógrafo de su lector* (2003) y el tomo de aforismos *El espíritu débil* (2017). Ha sido becario de la Fundación para las Letras Mexicanas y miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Es coordinador ejecutivo de la Casa Estudio Cien Años de Soledad de la FLM.

Una selección de capítulos de esta obra, integrados en un manuscrito
que recibió el título provisional de Mala estrella,
obtuvo el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen 2024,
convocado por el Instituto Sinaloense de Cultura.
Se trata de los capítulos 3-6, 7-8, 11, 14, 29, 30 y 45-46.
Estas distintas secciones recibieron los títulos respectivos de “Las fumigaciones”, “Mala estrella”,
“El marcador global”, “No saps quin dolor”, “Historias muy gruexas”, “Malos pasos” y “Nueve en mate”.



Crónica de la lumbre

Edición en formato digital: agosto, 2024

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

Ilustración de cubierta: Composición a partir de imágenes de iStock e ilustración de *La Reina de la Noche* de Javier León
Fotografía del autor: © Barry Domínguez

(Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.com.mx).

ISBN: 978-607-384-803-9

Composición digital: Tangram. Comunicación y Estrategias Digitales

Facebook: @penguinebooks
Twitter: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
Youtube: @penguinlibrosmx

ÍNDICE

Table of Contents